

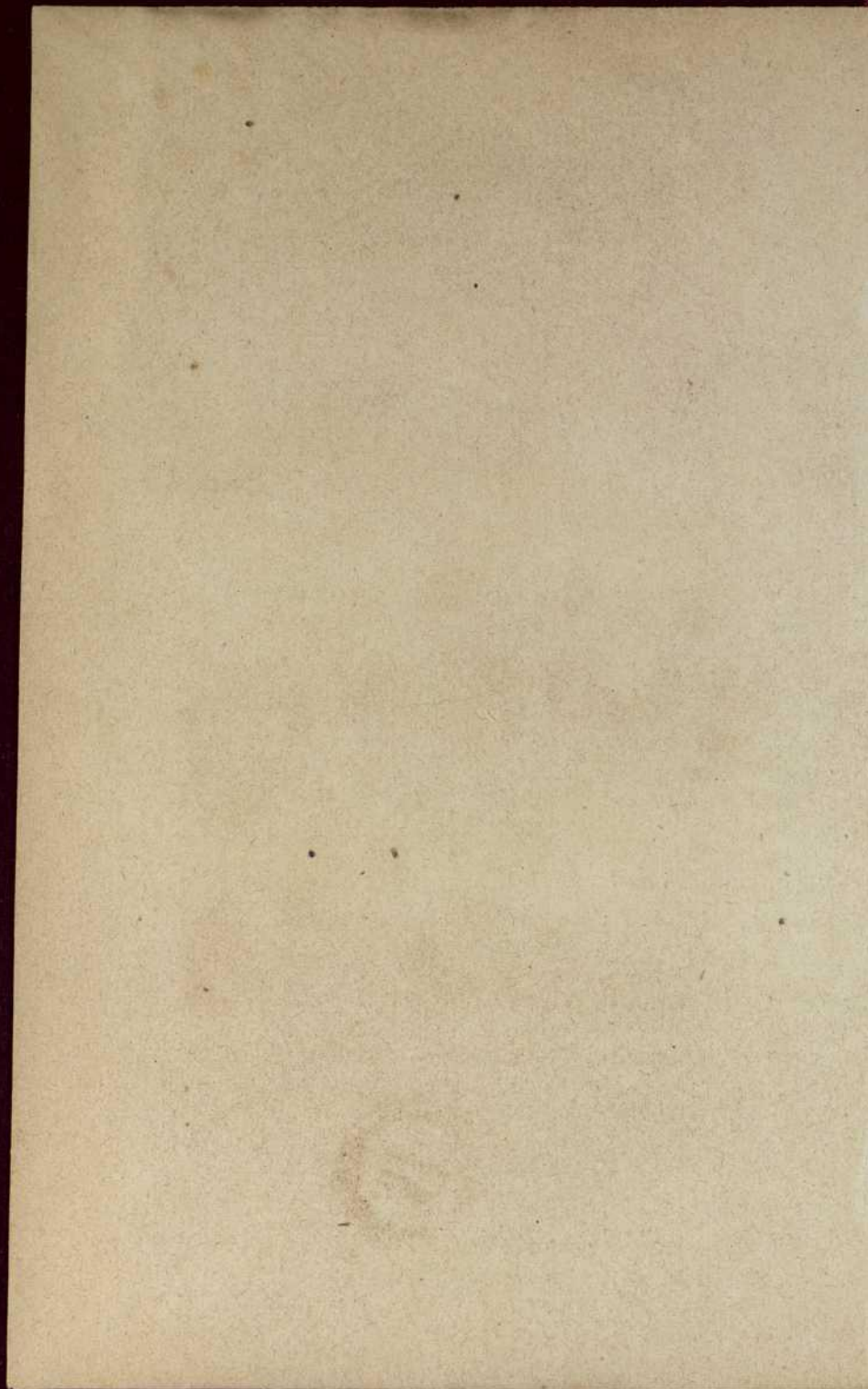
Small white label on the spine with faint, illegible text.



50000482489

Bibl. General i Històrica





OBRAS COMPLETAS

DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO IV.



THE CHATELAIN

THE CHATELAIN

THE CHATELAIN

THE CHATELAIN

R 86. K 82





Por T. Elise Saler

Valencia.

GENIO DEL CRISTIANISMO.

El verdadero creyente nunca camina solo;
porque siempre vela un ángel á su lado

T' 2:

Pag 269

D-114
46

JENIO

DEL

CRISTIANISMO,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Con un retrato.



VALENCIA:

IMPRESA DE CAMERINO.

(Editor)

1843.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHOTODUPLICATION SERVICE

Page 10

D-114
44

JENIO
DEL
CRISTIANISMO,
POR EL VIZCONDE
DE CHATEAUBRIAND.

Tomo segundo.



VALENCIA:
IMPRESA DE CABRERIZO.
(Editor.)
1843.



LIBRARY

OF THE

DEPARTMENT OF AGRICULTURE

WASHINGTON, D. C.

D 482486

L 482489

JENIO

DEL CRISTIANISMO.

LIBRO CUARTO.

De lo maravilloso, ó de la poesía en sus relaciones con los seres sobrenaturales.

CAPITULO PRIMERO.

La mitología apocaba la naturaleza; los antiguos no tenían poesía llamada propiamente descriptiva.

Hemos hecho ver en los libros precedentes que el cristianismo, mezclándose con los afectos del alma, ha multiplicado los resortes dramáticos; y nunca repetiremos bastante, que el politeismo no se empleaba en los vicios y virtudes, y estaba totalmente separado de la moral. He aquí, pues, una parte inmensa que el cristianismo abraza mas que la idolatría. Veamos si en lo que se llama *maravilloso* sucede en belleza á la misma mitología.

Harto conocemos que tenemos que combatir

contra una de las preocupaciones mas antiguas de la escuela. Todas las autoridades están contra nosotros, y se nos pueden citar mas de veinte versos del Arte poética que nos condenan:

Y hay objeto por último mas digno
Para ser presentado á nuestros ojos;
En vano, pues, autores engañados, &c.

Como quiera que sea, no es imposible sostener que la mitología tan ensalzada, lejos de embellecer la naturaleza, destruye sus verdaderos hechizos; y creemos que en el día son de esta opinion muchos literatos distinguidos.

El principal y primer vicio de la mitología, era desde un principio humillar y empobrecer, digámoslo así, la naturaleza, y desterrar la verdad. Prueba irrefragable de esto es, el que la poesía que nosotros llamamos *descriptiva*, fue ignorada de toda la antigüedad (1); los mismos poetas que cantaron la naturaleza, como Hesiodo, Teócrito y Virjilio, no hicieron *descripciones*, en el sentido en que tomamos aqui esta palabra. Nos han dejado sin duda admirables pinturas de los trabajos, costumbres y felicidad de la vida rústica; pero en cuanto á las descripciones de los campos, de las estaciones y de los accidentes del cielo, que han enriquecido la musa moderna, apenas se halla un rasgo en todos sus escritos.

(1) Véase la nota A, al fin del volumen.

Es cierto que estos pocos rasgos son excelentes, como lo restante de sus obras. Cuando Homero describió la gruta del Ciclope, no la tapizó de *lilas* ni de *rosas*; puso en ella laureles y altos pinos, como Teócrito. En los jardines de Alcinoo hizo correr fuentes, y florecer árboles útiles; en otra parte habla de la colina *azotada de los vientos*, y cubierta de higueras. Representa el humo de los palacios de Circe, elevándose bajo un bosque de encinas.

De la misma verdad usa Virjilio en sus pinturas. Da al pino el *epiteto* de *armonioso*, porque tiene en efecto una especie de jemido suave cuando el viento le ajita débilmente; en las Jeóricas están comparadas las nubes á las vedijas de lana arastradas por los vientos, y en la Eneida gorjean las golondrinas bajo el techo pajizo del rey Evandro, ó pasan rasando con su vuelo los pórticos de los palacios. Horacio, Tibulo, Propercio y Ovidio, bosquejaron tambien algunos dibujos de la naturaleza; pero esto jamás pasa de un sitio sombrío favorecido de Morfeo, de un valle donde debe bajar Citerea, ó de una fuente donde descansa Baco en el seno de las Náyades.

La edad filosófica de la antigüedad no varió en nada aqieste estilo. El Olimpo, en el que ya nadie creia, se refujó entre los poetas, que protejieron en retorno á los dioses que les habian antes protejido. Stacio y Silio Itálico no escedieron en poesía descriptiva á Homero ni á Virjilio; solo Lucano progresó algun tanto en esta carrera, y se halla en la Farsalia la descripcion de un bosque y de un de-

sierto, que recuerdan los colores de los modernos (1).

En fin, los naturalistas fueron sobrios como los poetas, y siguieron con poca diferencia la misma progresion. Asi Plinio y Columena, que parecieron los últimos, se detuvieron mas que Aristóteles en describir la naturaleza. Entre los historiadores y filósofos, Jenofonte, Tácito, Plutarco, Platon y Plinio el jóven, se distinguen por algunos cuadros bellos (2).

Parece increíble que unos hombres tan sensibles como antiguos, careciesen de ojos para ver la naturaleza y de talento para pintarla; es preciso, pues, que los cegara alguna causa poderosa; y esta causa era la mitología, que poblando el mundo de elegantes quimeras, quitaba á la creacion su gravedad y su soledad. Fue preciso que viniese el cristianismo á desterrar toda aquella multitud de faunos, sátiros y ninfas, para volver á las grutas su silencio y á los bosques su ilusion. Los desiertos tomaron bajo nuestro culto un carácter mas triste, mas incierto y mas sublime: se ha elevado la cúpula de las florestas; los rios han roto sus pequeñas urnas para derramar las aguas del abismo desde la cima de las montañas; y volviendo á entrar el ver-

(1) Descripcion de muy mal gusto, pero aqui solo tratamos del jénero y no de la ejecucion.

(2) Véase en Xenofonte *la Retirada de los Diez mil*, y el *Tratado de la caza*; en Tácito, la descripcion del campo abandonado, donde fue destrozado Varo con sus lejiones (*An. lib. 1*); en Plutarco, *la Vida de Bruto y de Pompeyo*; en Platon, la abertura del *Diálogo de las leyes*, y en Plinio la descripcion de su jardin.

dadero Dios en sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza.

El majestuoso espectáculo de la naturaleza no podia hacer sentir á los griegos ni á los romanos las sensaciones que difunde en nuestra alma. En vez de ese sol en su ocaso, cuyo rayo prolongado tan pronto ilumina las selvas, como forma una tanjente de oro sobre el arco siempre móvil de los mares; en lugar de esos accidentes de luz que nos recuerdan cada mañana el milagro de la creacion, los antiguos solo veian constantemente una uniforme tramoya de teatro.

Si el poeta se estraviaba por los valles del Tayjetes, por la orilla del Esperquio, sobre el Ménalo, tan amado de Orfeo, ó por las campiñas de Flora, á pesar de la dulzura de estas denominaciones, no hallaba mas que faunos, ni oia mas que driadas. Allí estaba Priapo sentado sobre un tronco de olivo, y Vertumno dirijia con sus céfiros interminables danzas. Los silvanos y las náyades pueden presentarse agradablemente á la imaginacion, con tal que no se reproduzcan muy á menudo. Nosotros no queremos,

Arrojar los tritones de las aguas,

A las Parcas quitarles sus tijeras,

Ni tampoco al Dios Pan la dulce flauta...

Mas en resumen, ¿que deja todo esto en el fondo del alma? ¿que resultados trae para el corazon? ¿que fruto puede sacar el pensamiento? ¡Ah!

¡cuanto mas favorecido es el poeta cristiano en la soledad en que Dios se pasea con él! Libres ya los bosques de aquella multitud de dioses ridiculos que los limitaban por todos lados, se le representan llenos de una Divinidad inmensa. El don de profecía y de sabiduría, el misterio y la relijion, parece que residen siempre en sus profundidades sagradas.

¡Internaos en aquellos bosques americanos, tan antiguos como el mundo, y vereis que silencio tan profundo se advierte en sus retiros cuando están apaciguados los vientos....! ¡que voces desconocidas cuando el aire se llega á conmovér! Estais inmóvil, y todo enmudece; dais un paso, y todo jime. Se acerca la noche, se espesan las nieblas, y á su amparo se oyen andar manadas de bestias salvajes; retumba la tierra á vuestros pasos; hace bramar los desiertos tal cual rayo; se ajita el bosque; caen los árboles; corre delante de vuestros pies un río desconocido; y por último, sale la luna de Oriente: á medida que pasais al pie de los árboles, parece que anda errante en su cima por delante de vosotros, y que sigue tristemente vuestras miradas. Se sienta el viajero en el tronco de una encina para esperar el día; mira sucesivamente al astro de la noche las tinieblas y el río; se siente inquieto, ajitado, y como en espera de cierta cosa desconocida. Un placer nunca sentido y un temor extraordinario hacen palpar su corazón, como si fuese á ser admitido á algun secreto de la Divinidad; está solo en lo interior de los bosques; pero el pensamiento del hombre llena fácilmente los espacios todos de la

naturaleza, y las mayores soledades de la tierra son menos vastas que un solo vuelo de su corazón.

No hay duda: aun cuando negase el hombre la Divinidad, el ente racional seria siempre mas augusto en medio de los mundos solitarios, sin acompañamiento y sin espectadores, que si apareciese rodeado de las pequeñas deidades fabulosas. El vacío desierto tendria aun alguna analogia con la estension de sus ideas, la tristeza de sus pasiones, y con el mismo disgusto de una vida sin ilusiones y sin esperanza.

Existe en el hombre un instinto que le pone en relacion con las escenas de la naturaleza. ¡Ah! ¡quien no habrá pasado horas enteras sentado á la orilla de un rio y viendo como se deslizan sus olas! ¡quien no se habrá complacido en las riberas del mar al ver blanquear el lejano escollo! Debemos compadecer á los antiguos, que no vieron ni hallaron en el Océano mas que el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo; era cosa bien triste no ver mas que las aventuras de los tritones y de las nereidas en la inmensidad de los mares, que parece nos dá una medida confusa de la grandeza de nuestra alma, y un deseo vago de dejar la vida para abrazar la naturaleza y confundirnos con su autor.

CAPITULO II.

De la alegoría.

¡Como! exclamará alguno: ¿ninguna belleza hallais en las alegorías antiguas?

Preciso es hacer una distincion. La alegoría *moral*, como la de las *súplicas* en Homero, es hermosa en todo pais, en todo tiempo y en toda religion: el cristianismo no la ha desechado. Y siempre que queramos podemos poner al pie del Arbitro soberano las dos urnas del bien y del mal. Y aun tendremos nosotros la ventaja de que nuestro Dios no obrará injustamente y al acaso como Júpiter: esparcirá las olas del dolor sobre la cabeza de los mortales, no por capricho, sino por un fin conocido de él únicamente. Sabemos que nuestra felicidad en la tierra está coordinada, y se encamina á una felicidad jeneral, en una cadena de seres y de mundos que se ocultan á nuestra vista; que el hombre, en armonía con los globos, camina á paso igual con ellos al cumplimiento de una revolucion que oculta Dios en su eternidad.

Pero si la alegoría *moral* subsiste siempre para nosotros, no sucede asi con la *física*. Que Juno sea el *aire*, que Júpiter sea el *éter*, y que de este modo sean aun el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, ¿donde está el encanto y la grandeza de esta personificacion? Aun hay mas; esta especie de alegoría es contra los principios del gusto, y aun de la sana lójica.

Nunca debe personificarse mas que una *calidad*, una *afeccion* de la cosa, y no la *cosa misma*; porque de otro modo no es una verdadera *personificacion*, sino haber hecho mudar el nombre al objeto. Bien se puede hacer hablar á una piedra; pero ¿que sacaré con dar á esta piedra un nombre ale-

górico? El alma, pues, cuya vida es su misma naturaleza, tiene por esencia la facultad de producir; de manera que uno de sus vicios y una de sus virtudes pueden considerarse como su *hijo* ó como su *hija*, pues verdaderamente ella los ha enjendrado. Esta pasión, activa como su madre, puede de consiguiente crecer, desenvolverse, tomar facciones, y llegar á ser un ente distinto. Pero el objeto pasivo por su esencia, que no es susceptible ni de placer ni de dolor, y que solo tiene accidentes y pasiones, y unos accidentes tan muertos como él mismo, no presenta cosa alguna que se pueda animar. ¿Formareis un ente alegórico de la *dureza* del guijarro, ó de la *sávia* de la encina? Además de que es menester advertir también, que el gusto queda mas satisfecho con las *driadas*, *náyades*, *céfiro*s y *ecos*, que con las ninfas adheridas á objetos mudos é inmuebles: esto es efecto de que se halla en los árboles, en el agua y en el aire un movimiento y un ruido que recuerdan la idea de la vida, y que, por consiguiente, pueden suministrar una alegoría como el *movimiento* del alma. En cuanto á lo demás, esta especie de *pequeña alegoría* material, aunque no tan mala como la *grande alegoría física*, siempre es de un jénero mediano, frio é incompleto; cuando mas, se parece á las hadas de los árabes, y á los jénios de los orientales.

En cuanto á aquellos dioses desconocidos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y sobre los sitios salvajes, hacian sin duda un efecto muy bello, pero no tenian connexion con el sistema

mitológico: el entendimiento humano recaía aquí en la religión natural. Lo que adoraba el tímido viajero, pasando por las soledades, era cierta cosa *ignorada*; cierta cosa cuyo nombre no sabía él, y á la cual llamaba la *Divinidad del sitio*; á veces le daba el nombre de Pan, y Pan era el Dios *universal*. Aquellas grandes sensaciones que inspira la naturaleza inculta, no han cesado de existir, y los bosques conservan aun para nosotros su formidable divinidad.

Por último, es tan cierto que la *alegoría física*, ó *los dioses de la fábula*, destruían los encantos de la naturaleza, que los antiguos no tuvieron verdaderos pintores de paisaje (1), por la misma razón que carecían de poesía descriptiva. Pero esta poesía ha sido mas ó menos conocida entre los otros pueblos idólatras, que han ignorado el sistema mitológico: esto lo prueban los poemas *Sanscrit*, los *Cuentos árabes*, los *Eddas*, y las canciones de los negros y de los salvajes (2). Mas como las naciones infieles han mezclado siempre su falsa religión (y por consiguiente su mal gusto) en sus obras, solo se ha sabido pintar la naturaleza, con sus colores verdaderos, por el cristianismo.

(1) Véase la nota G, al fin del volumen.

(2) Véase la nota B, al fin del volumen.

CAPITULO III.

Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos.

No bien comenzaron los apóstoles á predicar al mundo el Evangelio, cuando se vió nacer la poesía descriptiva. Todo volvió á entrar en la verdad *delante de aquel que ocupa el lugar de verdad en la tierra*, como dice San Agustin. La naturaleza cesó de dejarse oír por el órgano engañoso de los ídolos; se conocieron sus fines, y se supo que habia sido criada primeramente para Dios, y despues para el hombre. Con efecto, nunca predica ella mas que dos cosas: Dios glorificado en sus obras, y las necesidades del hombre satisfechas.

Este descubrimiento hizo mudar de aspecto á la creacion; por su parte intelectual, es decir, por medio de este pensamiento de Dios que ella manifiesta por todas partes, recibe el alma un alimento abundante; y por su parte material, percibió el cuerpo que todo habia sido criado para él. Desvaneciéronse, y desaparecieron enteramente los vanos simulacros aplicados á los seres insensibles; las rocas fueron animadas con mas realidad, las encinas profirieron oráculos mucho mas ciertos; y los vientos y las olas levantaron la voz mucho mas penetrante, cuando el hombre sacó del fondo de su propio corazon la vida, los oráculos, y las diferentes voces de la naturaleza.

Hasta aquel momento habia sido mirada la soledad como horrorosa, pero los nuevos cristianos hallaron en ella mil encantos. Los anacoretas escribieron sobre la dulzura de los montes de piedra, y sobre las delicias de la contemplacion: este es el primer paso de la poesía descriptiva. Los religiosos que publicaron la vida de los primeros padres del desierto, se vieron á su vez obligados á hacer la descripcion de los retiros donde habian ocultado su gloria aquellos ilustres desconocidos. Aun tenemos en las obras de San Jerónimo y San Atanasio (1), descripciones de la naturaleza, que prueban como sabian observar y hacer amar lo que pintaban.

Este nuevo jénero introducido en la literatura por el cristianismo, se desenvolvió rápidamente. Estendiose hasta en el mismo estilo histórico, como se advierte en la coleccion llamada *Bizantina*, y sobre todo en las historias de Procopio. Se propagó igualmente, pero se corrompió, entre los romancistas griegos del Bajo-imperio, y entre algunos poetas latinos en el Occidente (2).

Dominada Constantinopla por los turcos, apareció en Italia una nueva poesía descriptiva, compuesta de los restos del espíritu moro, griego é italiano. El Petrarca, el Ariosto y el Tasso, la elevaron al grado mas alto. Mas esta descripcion carece absolutamente de verdad. Consiste en cier-

(1) Hieronymus *in vita* Paul. Sanct. Athanas, *in vita* Anton.

(2) Boecio, etc.

tos epitetos repetidos frecuentemente, y aplicados siempre del mismo modo. No sabía salir de un *bosque espeso*, de una *cueva fresca*, ó de las orillas de una *clara fuente*, y á cada momento repite los bosques de *naranjos*, los toldos de *jazmines*, y los matorrales de *rosas*.

Apareció de nuevo *Flora* con su canastillo, y no faltaron á su acompañamiento los antiguos *céfiros*; pero no encontrando en los bosques ni á las *náyades*, ni á los *faunos*, corrían peligro de perderse en esta inmensa soledad de la naturaleza cristiana, sino hubieran encontrado las *hadass* y los *jigantes* de los moros. Cuando el entendimiento humano dá un paso, es preciso que todo camine con él; todo se muda con sus claridades ó con sus sombras: así le cuestra trabajo al presente admitir pequeñas divinidades donde solo ve grandes espacios. Por mas que se coloque á la amante de Titon sobre un carro, y se la cubra de flores y de rocío, nada impedirá que aparezca sobrado mezquina, paseando su débil luz por aquellos cielos infinitos que ha desarrollado el cristianismo: deje, pues, el cuidado de iluminar el mundo al que le creó.

Esta poesía descriptiva *italiana* pasó á Francia, y fue bien acojida por Ronsard, Lemoines, Coras, Saint-Amand y nuestros antiguos novelistas. Pero los grandes escritores del siglo de Luis XIV, disgustados de semejantes pinturas, en que no veían verdad alguna, las desterraron de sus obras: este es uno de los caracteres distintivos; por consiguiente,

no se halla en ellas casi vestigio alguno de lo que nosotros llamamos *poesía descriptiva* (1).

Lanzada de Francia la musa de los campos, se refugió en Inglaterra, donde la habian ya dado á conocer Spenser, Waller y Milton. Allí perdió por grados su estilo afectado, pero cayó en otro esceso. No pintando mas que la verdadera naturaleza, quiso pintarlo todo, y cargó escesivamente sus pinturas de objetos demasiado pequeños, ó de circunstancias caprichosas. El mismo Thomson tiene en su canto del *invierno*, tan superior á los otros tres, descripciones de una languidez mortal: tal fue la época segunda de la *poesía descriptiva*.

De Inglaterra volvió á pasar á Francia, con las obras de Pope y del cantor de las estaciones. Le costó trabajo introducirse, porque le hizo frente el antiguo estilo itálico, que habian resucitado Mr. Dorat y algunos otros. Triunfó por último, y debió la victoria á Delille y Saint-Lambert. En fin, se perfeccionó por la musa francesa, se sometió á las reglas del gusto, y llegó á su tercera época.

Digamos no obstante que se mantuvo pura, aunque desconocida, en las obras de algunos naturalistas del siglo de Luis XIV, como Tournefort y el padre Du-Tertre. A una imaginacion viva, reúne éste un jenio tierno y reflexivo, y hasta se sirvió como La Fontaine, de la palabra *melancolía*; en

(1) Es preciso esceptuar á Fenelon, La Fontaine y Chaulieu, Racine el hijo, padre de esta nueva escuela poética, en la que ha sobresalido Mr. Delille, puede ser mirado tambien como el fundador de la *poesía descriptiva* en Francia.

sentido en que hoy la usamos. Así no estuvo privado enteramente el siglo de Luis XIV del verdadero jénero descriptivo, como pudiera creerse, aunque solamente usado en las cartas y relaciones de nuestros misioneros (1). De aqui es donde hemos sacado esta especie de estilo que hoy creemos tan nuevo.

Por otra parte, las pinturas esparcidas en la Biblia bastan para probar que la poesía descriptiva nació entre nosotros del cristianismo. *Job*, *los Profetas*, *el Eclesiástico*, y sobre todo los *Salmos*, están llenos de descripciones magníficas. El salmo *Benedic, anima mea*, es una obra maestra de este jénero.

» ¡Alma mia, bendice al Señor; Señor mi Dios, cuán grande sois en vuestras obras!

Vos esparcís las tinieblas, y la noche se estiende sobre la tierra; entonces es cuando las fieras de los bosques andan por entre las sombras, y cuando los ruidos de los leoncillos claman por la presa, y piden á Dios el alimento prometido á los animales. Mas sale el sol, y se retiran las fieras montaraces.

Sale entonces el hombre para el trabajo del dia, y á cumplir con su obra hasta que llegue la noche.

¡Que dilatado es ese mar que estiende á lo

(1) Cuando hablemos de las misiones, se verán ejemplos y bellos.

lejos sus espaciosos brazos! Innumerables animales se mueven en su seno, los mas pequenitos con los mas grandes, y los navios surcan sobre sus aguas.?

Horacio y Píndaro no llegaron con mucho á esta poesía. Con razon, pues, hemos podido decir, que Benardino de Saint-Pierre debe al cristianismo su talento para pintar las escenas de la soledad: se le debe á él, porque destruyendo nuestros dogmas las divinidades mitológicas, han vuelto la verdad y majestad á los desiertos; y se le debe, porque ha encontrado en el sistema de Moisés el verdadero sistema de la naturaleza.

Pero aqui se presenta otra ventaja del poeta cristiano: si su religion le suministra una naturaleza *solitaria*, puede tener tambien una naturaleza habitada. Puede á su antojo colocar ángeles en guarda de los bosques, en las cataratas de los abismos, ó confiarles los soles y los mundos. Esto nos conduce á hablar de los seres *sobrenaturales*, ó de lo *maravilloso* del cristianismo.

CAPITULO IV.

Si las divinidades del paganismo tienen poéticamente alguna superioridad sobre las divinidades cristianas.

Todas las cosas tienen dos aspectos. Algunas personas imparciales podian tal vez decirnos:

»Se os concede que, en cuanto á los hombres,

ha suministrado el cristianismo una parte dramática que faltaba á la mitología, y que además ha ofrecido la verdadera poesía descriptiva. Estas dos ventajas las reconocemos, y bajo ciertos respetos pueden justificar vuestros principios, y contrapesar las bellezas de la fábula. Pero en la actualidad debéis convenir, si procedéis de buena fe, que cuando las divinidades del paganismo obran *directamente y por sí mismas*, son mas poéticas y dramáticas que las divinidades cristianas."

Así podrá juzgarse á primera vista. Participando los dioses antiguos de nuestros vicios y virtudes, teniendo, como nosotros, cuerpos sujetos al dolor, y pasiones irritables, mezclándose con la especie humana, y dejando aquí abajo una mortal posteridad; no son mas que una especie de hombres superiores, á quienes se puede hacer obrar como á los otros hombres. Nos inclináramos, pues, á creer, que suministran mas recursos á la poesía que las inteligencias impasibles é incorpóreas del cristianismo; pero mirando la cosa mas de cerca, hallaremos que esta superioridad dramática se reduce á poca cosa.

En primer lugar, en toda relijion ha habido siempre dos especies de deidades para el poeta y el filósofo; y así el Gran Ser abstracto, del cual han hecho tan bellas pinturas Tertuliano y S. Agustin, no es el *Jehovah* de David ó de Isaías; uno y otro son muy superiores al *Teos* de Platon y al *Júpiter* de Homero. No es verdad, pues, en todo su rigor, que estén privadas de toda pasion las divinidades

poéticas de los cristianos. El Dios de la Escritura se arrepiente, es celoso, ama, aborrece, y se enciende en cólera como un torbellino: el Hijo del Hombre se compadece de nuestros trabajos; la Virgen, los santos y los ángeles, se conmueven con el espectáculo de nuestras miserias, y en jeneral se ocupa mucho mas de los hombres el *Paraíso* que el Olimpo.

Hay *pasiones*, pues, en nuestras potestades celestiales, y estas *pasiones* tienen sobre las de los dioses del paganismo la gran ventaja de que nunca traen consigo la idea del desorden y del mal. Sin duda es una cosa maravillosa, que al pintar la *cólera* ó la *tristeza* del cielo cristiano, no se pueda destruir en la imaginacion del lector el sentimiento de la tranquilidad y de la alegría: ¡tal santidad y justicia hay en el Dios presentado por nuestra religion!

Aun hay mas; porque si se quiere absolutamente que el Dios de los cristianos sea un ser impassible, pueden aun suponerse espíritus ó inteligencias apasionadas tan dramáticas y tan malignas como las de los antiguos; porque el infierno reúne todas las *pasiones* de los hombres. Nuestro sistema teológico nos parece mas bello, mas arreglado y mas sábio que la doctrina fabulosa que confundia hombres, dioses y demonios. El poeta halla en nuestro cielo los seres perfectos, pero sensibiles, y dispuestos en una brillante jerarquía de amor y de poder; el infierno encierra sus dioses apasionados y poderosos en el mal, como los dioses mitológicos: los hombres ocupan el lugar medio, tocando al

cielo por sus virtudes, y á los infiernos por sus vicios: son amados de los ángeles, aborrecidos de los demonios, y objeto desgraciado de una guerra, que solo ha de acabar con el mundo.

Estos resortes son grandes, y el poeta no tiene motivo para quejarse. En cuanto á las acciones de las inteligencias cristianas, no nos será difícil probar muy pronto, que son mas estensas y enérgicas que las de los dioses mitológicos. El Dios que rige los mundos, que cria el universo y la luz, que abraza y comprende todos los tiempos, y ve lo mas oculto del corazon humano; este Dios ¿podrá ser acaso comparado con un Dios que se pasea sobre un carro, habita un palacio de oro en una montañita, y ni aun prevé confusamente lo futuro? Ni tan siquiera hay la débil ventaja de la diferencia de sexos y de la forma visible de que no participen nuestras inteligencias ó divinidades como las de la Grecia; pues nosotros tenemos santos y vírgenes, y los ángeles toman muchas veces en la Escritura la forma humana.

Però ¿como preferir una santa, cuya historia ofende á veces la elegancia y el gusto, á una fresca náyade, cuyo ser está ligado á las márgenes de un arroyuelo? Es preciso separar la vida terrestre de la vida celestial de esta santa: sobre la tierra no fue aquella santa mas que una mujer; su superioridad comenzó con su felicidad en las rejiones de la luz eterna. Además, es menester tener siempre presente que la náyade destruia la poesía descriptiva, y que un arroyo presentado en su corriente

natural, es mas agradable que en su pintura alegórica, ganando de una parte lo que parece perdíamos de otra.

En cuanto á los combates, lo que se ha dicho contra los ángeles de Milton, puede alegarse tambien contra los dioses de Homero; porque en uno y otro poema se trata de unas divinidades, por las cuales no se puede temer, porque no pueden morir. Marte derribado y cubriendo con su cuerpo nueve hanegadas de tierra, y Diana dando de bofetadas á Vénus, son tan ridículos, como un ángel dividido en dos, y que luego se enrosca de nuevo como una serpiente. Las potestades sobrenaturales pueden muy bien presidir los combates de la epopeya; pero nos parece que no deben venir por sí mismas á las manos, fuera de ciertos casos que solo al gusto toca decidir; esto mismo es lo que el entendimiento de Virjilio habia conocido ya hace mas de mil y ochocientos años.

Ni es cierto, por otra parte, que sean siempre ridiculas en las batallas las divinidades cristianas. Satanás preparándose para combatir á Miguel en el Paraiso terrestre, es magnífico; el Dios de los ejércitos caminando en una nube oscura al frente de las leiones fieles, no es una mezquina imájen; el cuchillo esterminador, presentándose repentinamente á los ojos del impío, sorprende y aterra; las milicias anjélicas, derribando los cimientos de Jerusalem, hacen un efecto tan grande como los dioses enemigos de Troya sitiando el palacio de Príamo; finalmente, no se halla cosa mas sublime en

Homero, que el combate de Manuel contra los ángeles malos en Milton, cuando el Hijo del Hombre, precipitándolos al abismo, *medio retiene su rayo, por no aniquilarlos.*

CAPITULO V.

Carácter del verdadero Dios.

Es muy maravilloso que el Dios de Jacob sea tambien el Dios del Evangelio; y que el Dios que lanza el rayo sea tambien el Dios de paz y de inocencia.

El color dá á las flores y hermosura;
De los frutos dispone la medida,
El los hace nacer y los madura,
Con el sol y el rocío les dá vida.

Yo estoy persuadido de que no se necesitan pruebas para mostrar cuán superior es *poéticamente* el Dios de los cristianos al Júpiter antiguo. A la voz del primero, los rios vuelven atrás su curso, el cielo se arrolla como un libro, se entreabren los mares, caen á tierra los muros de las ciudades, resucitan los muertos, y se derraman las plagas sobre las naciones: en él existe lo sublime por sí mismo, y ahorra el cuidado de buscarle. El Júpiter de Homero; conmoviendo el cielo con una sola señal de sus cejas, es muy majestuoso sin duda; pero Jehovah baja al gran caos, y luego que pronuncia el *fiat lux*, se abisma y vuelve á entrar en la nada el fabuloso hijo de Saturno.

Cuando Júpiter quiere dar á los dioses una idea de su poder, los amenaza con que los arrebatará y atará al cabo de una cadena; pero Jehovah no necesita cadenas ni ensayos de esta naturaleza.

¿Su brazo necesita nuestro auxilio?

¿En contra su poder que alcanzarian

Todos los reyes juntos de la tierra?

Para vencerle se unirán en vano:

Con su presencia romperá la liga;

Si él habla, en polvo luego los convierte.

De su voz al sonido se retira

Humilde el mar, y tiembla el cielo mismo.

Cual nada el universo todo mira;

Y los hombres, juguetes de la muerte;

Son, cual si no existieran, á su vista.

Aquiles va á presentarse para vengar á Patroclo. Júpiter declara á los inmortales que pueden entrar en la batalla jeneral, y al punto todo el Olimpo se conmueve.

»El padre de los dioses y de los hombres hace resonar sus rayos. Neptuno sublevando sus olas, conmueve y ajita las tierras inmensas; el Ida sacude sus cimientos y sus cimas; rebosan sus fuentes; las naves de los griegos y la ciudad de los Troyanos vacilan sobre el suelo fluctuante.»

Desciende el Dios Pluton desde su trono;

Su rostro palidece, y fiero esclama, &c. (1).

(1) Hom. *Iliad.* I, 20, v. 36.

Este trozo ha sido citado por los críticos como el último esfuerzo de lo sublime. Los versos griegos son admirables; se convierten á su vez en rayo de Júpiter, en tridente de Neptuno, y en grito de Pluton: parece que oímos como repiten el sonido de los truenos todas las concavidades del Ida. Las RR repetidas y las terminaciones en *on*, de que está lleno el verso griego, imitan el rodar del rayo interrumpido por ciertos momentos de silencio. Así es como la voz del cielo en una tempestad muere y renace alternativamente en la profundidad de los bosques. Un silencio súbito y fatigoso, é imágenes vagas y fantásticas, suceden al tumulto de los primeros movimientos; y después que se oye el grito de Pluton, se conoce y se siente haber penetrado en las rejiones de la muerte. Todas las expresiones de Homero pierden su fuego y colorido, y quedan frías, mudas y sordas; y una multitud de S. S. silbadoras, imitan el murmullo de la voz inarticulada de las sombras.

¿De donde tomaremos el paralelo, y donde tiene la poesía cristiana medios suficientes para elevarse á estas bellezas? Júzguese. El Eterno se pinta á sí mismo.

»Su cólera subió como un torbellino de humo, su rostro apareció como la llama, y su ira como un fuego ardiente. Él abatió los cielos, bajó, y las nubes estaban bajo sus pies. Tomó su vuelo sobre las alas de los querubines, y se arrojó sobre los vientos. Las nubes amontonadas formaban al redor de él un pabellon de tinieblas: el resplandor

de su rostro las disipó, y cayó de su seno una lluvia de fuego. El Señor tronó desde lo alto de los cielos; el Altísimo hizo oír su voz, y su voz se difundió como una borrasca ardiente. Disparó sus flechas, y disipó mis enemigos; redobló sus rayos, y los destruyó. Entonces se descubrieron las aguas en sus manantiales, y aparecieron claramente los cimientos de la tierra; porque vos, Señor, les habiais amenazado, y percibieron el aliento de vuestra cólera.”

«Confesémoslo (dice Mr. de La Harpe): hay tanta distancia de este *sublime* á cualquier otro *sublime*, como del espíritu de Dios al espíritu del hombre. Aqui se ve la concepcion de lo grande en su principio: lo demas es solo una sombra, asi como la intelijencia humana no es mas que una emanacion de la intelijencia creadora; y como la ficcion, aunque bella, no es mas que la sombra de la verdad, de la que saca todo su mérito por un fondo de semejanza.”

CAPITULO VI.

De los espíritus de las tinieblas.

Como los dioses del politeismo, eran casi iguales en poderío, participaban de los mismos odios y de los mismos amores. Si algunas veces se hallaban encontrados, era tan solo en las disensiones y guerras de los mortales, y se reconciliaban bien pronto bebiendo juntos el néctar.

El cristianismo, por el contrario, instruyéndonos en la verdadera constitucion de los seres sobrenaturales, nos ha mostrado el imperio de la virtud, eternamente separado del imperio del vicio. Nos ha revelado los espíritus de las tinieblas, maquinando continuamente la pérdida del jénero humano, y los espíritus de la luz empleados únicamente en los medios de salvarle. De aqui nace un perpétuo combate de que la imaginacion puede sacar una multitud de bellezas.

Este *maravilloso* de un carácter muy sublime, suministra despues otro segundo de especie inferior; es á saber, la *májia*. Tambien la conocieron los antiguos (1); pero en nuestro culto ha adquirido, como máquina poética, mas importancia y estension. Mas se debe usar sóbriamente de ella, porque no es de un gusto muy puro, y carece especialmente de grandeza, porque como recibe parte de su poder de la naturaleza humana, los hombres le comunican su pequeñez.

Otro rasgo distintivo de nuestros seres sobrenaturales, sobre todo entre las potestades infernales, es la atribucion de un carácter. Veremos á cada instante el uso que ha hecho Milton del ca-

(1) La *májia* de los antiguos se diferenciaba de la nuestra, en que aquella obraba por solas las virtudes de las plantas y de los filtros, y la nuestra dimanaba de una potencia sobrenatural, buena algunas veces, pero casi siempre perversa. Bien conocerá cualquiera que no se trata aqui de la parte histórica y filosófica de la *májia*, considerada como el *arte de los Magos*.

rácter de orgullo, dado por el cristianismo al príncipe de las tinieblas. Pudiendo además el poeta ligar á cada vicio un ángel malo, dispone á su arbitrio de un enjambre de espíritus infernales. Aun sigue entonces la verdadera alegoría sin tener la aridez que la acompaña, siendo en efecto aquellos espíritus perversos entes *reales*, cuales nos los permite creer la religión.

Pero si los demonios se multiplican tanto como los delitos de los hombres, también pueden presidir á los terribles accidentes de la naturaleza. Todo cuanto haya de culpable ó de irregular en el mundo moral y físico, es igualmente de su resorte. Tan solo será preciso tener el cuidado de dar un carácter majestuoso á las escenas, cuando se les mezcle con los temblores de tierra, y con las sombras de un antiguo bosque. Es preciso que el poeta sepa distinguir, con un gusto esquisito, el trueno del Altísimo del vano ruido que hace sonar un espíritu pérfido; que el rayo solo se encienda en la mano de Dios, y que jamás relumbre en una tempestad escitada por el infierno. Que ésta sea siempre sombría y aciaga; que las nubes no estén teñidas por la cólera, ni arrojadas por el viento de la *justicia*, sino que sean sombrías y cárdenas sus tintas, como las tintas de la desesperacion, y que no se muevan mas que al soplo impuro del aborrecimiento. Se debe sentir en estas borrascas un poderío, solamente fuerte para destruir; y debe encontrarse en ellas aquella incoherencia, aquel desorden y aquella especie de energía del mal, que tiene

algo de desproporcionado y gigantesco, como el caos de donde procede.

CAPITULO VII.

De los santos.

Es indudable que los poetas no han sabido sacar de lo *maravilloso* cristiano todo lo que puede suministrar á las musas. Se hace burla de los santos y de los ángeles; pero ¿no tenían los mismos antiguos sus semi-dioses? Pitágoras, Platon y Sócrates recomiendan el culto de aquellos hombres que ellos llaman *héroes*. *Honra á los héroes llenos de bondad y de conocimientos*, dice el primero en sus versos dorados. Y porque no nos equivoquemos en este nombre de héroe, Hiérocles le interpreta exactamente como esplica el cristianismo el nombre de *santo*. «Aquellos héroes llenos de bondad y de luz piensan siempre en su Criador, y están brillantes con el resplandor que resalta de la felicidad de que gozan en él.» — «Y añade luego: *héroe* viene de una palabra griega que significa amor, para indicar que llenos de amor hácia Dios, no buscan los héroes más que ayudarnos á pasar de esta vida terrestre á una vida divina, y llegar á ser ciudadanos del cielo (1).» Los padres de la iglesia llaman también *héroes* á los santos; y así dicen que el bautismo es el sacerdocio de los legos, y que hace de

(1) Hierocle. *Comm. in Pyth.* traduc. de Dac.

todos los cristianos *reyes* y sacerdotes de Dios (1). Y sin duda que son héroes todos aquellos mártires, que domando las pasiones de sus corazones, y desafiando la perversidad de los hombres, han merecido por estos trabajos gloriosos ascender á la clase de las potestades celestiales. No han faltado en el politeísmo sofistas que se han mostrado mas sábios y mas morales que la religion de su patria; pero entre nosotros, no ha habido filósofo, por sábio que haya sido, que se haya podido elevar jamás sobre la moral cristiana. Al mismo tiempo que Sócrates honraba la memoria de los justos, ofrecia el paganismo á la veneracion de los pueblos unos bandidos, cuya única virtud, despues de haberse manchado con todo jénero de vicios, era la fuerza corporal. Si algunas veces se concedia la apoteosis á los buenos reyes, tambien Neron y Tiberio tenian sus sacerdotes y sus templos. ¡Sagrados mortales, que la iglesia de Jesucristo nos encomienda que veneremos; vosotros ni erais fuertes ni poderosos entre los hombres! ¡Nacidos comunmente en la cabaña del pobre, no habiais ostentado á los ojos del mundo mas que humildes dias y oscuras desgracias! ¿Y no se han de oir siempre sino blasfemias contra una religion que deificando la indijencia, el infortunio, la sencillez y la virtud, ha hollado y hecho postrarse á sus pies la felicidad mundana, la riqueza, la ostentacion y el vicio?

Y ¿que tienen de odioso á la poesia esos soli-

(1) Hieron. Dial. c. Lucif. tom. 2, p. 136.

tarios de la Tebaida con su báculo blanco y su vestido de hojas de palma? Los pájaros del cielo los alimentan (1), los leones les traen sus mensajes (2), ó cavan sus sepulturas (3): tratando familiarmente con los ángeles, llenan de milagros los desiertos donde estuvo Memfis (4). Horeb y Sínai, el Carmelo y el Líbano, el torrente de Cedron, y el valle de Josafat, hablan aun del habitante de la celdita, y del anacoreta del risco; las musas se entregan á todo su entusiasmo en aquellos antiguos monasterios llenos de las sombras de los Antonios, Pacomios, Benitos y Basilio. Los primeros apóstoles, predicando el Evangelio á los primeros fieles en las catacumbas, ó bajo la palma de Betania, parecieron á Miguel Anjel y á Rafael asuntos favorables á su jenio.

Omitiré por ahora, porque hablaré de ellos despues, aquellos bienhechores de la humanidad, que fundaron hospitales y se entregaron á la pobreza, á la peste, y á la esclavitud, por socorrer á los hombres. Me limitaré solo á las Escrituras, temiendo descarriarme en un asunto tan dilatado é interesante. Josué, Elías, Isaías, Jeremías, Daniel, y por último, todos esos profetas que viven al presente en una vida eterna, ¿no podrán hacer oír sus sublimes lamentaciones en un bello poema? La urna de Jerusalem, ¿no se puede llenar aun con sus lágrimas?

(1) S. Gerón., *in vita Pauli*.

(2) Teod., *Hist. rel.*, cap. 6.

(3) S. Gerón., *in vita Pauli*.

(4) Hablo rapidamente de estos solitarios, porque trataré de ellos en otra parte.

mas? ¿no hay ya sauces en Babilonia para colgar de ellos sus destempladas arpas? A mí, que á la verdad no soy poeta, me parece que formarían sobre las nubes muy bellos grupos todos esos hijos de la vision; los pintaria con la cabeza radiante, bajaria sobre su pecho inmortal una barba arjentada, y el espíritu divino centellearia en sus miradas.

Mas ¿que enjambre de sombras venerables resucita en la caverna de Mambré á la voz de una musa cristiana? ¡Abrahan, Isaac, Jacob, Rebeca y todos vosotros, hijos del Oriente, reyes, patriarcas, abuelos de Jesucristo, cantad la antigua alianza de Dios con los hombres! Referidnos esa historia tan grata al cielo, esa historia de José y de sus hermanos. El coro de los santos reyes, y David á su frente, el ejército de los confesores y de los mártires vestidos de sus brillantes ropajes, nos ofrecerian tambien su *maravilloso*: estos últimos presentan al pincel el jénero trájico en su mayor elevacion. Despues de la pintura de sus tormentos, diríamos lo que Dios hizo por aquellas víctimas, y el don de los milagros con que honró sus sepulcros.

Junto á aquellos augustos coros, colocariamos los de las virjenes celestiales, las Jenovevas de Brabante, las Pulquérias, las Rosalias, las Cecilias, las Lucilas, las Isabeles y las Eulalias. Lo *maravilloso* del cristianismo está lleno de concordancia ó de estos graciosos contrastes. Se sabe como Neptuno,

Sobre la mar alzándose potente,
Con una sola voz las olas calma.

Nuestros dogmas ofrecen otro jénero de poesia. Va á perecer un navío; el capellan perdona sus pecados á todos con palabras misteriosas que desatan las almas, y endereza al cielo la súplica, que en un torbellino envia el espíritu del náufrago al Dios de las tempestades. Abrese el Océano para tragar á los marineros, y ya parece que, levantando las olas su triste voz entre los peñascos, entonan los cánticos fúnebres; mas atraviesa repentinamente la tempestad un rayo de luz, la *Estrella de los mares*, María, patrona de los marineros, aparece en medio de la nube. Tienē á su hijo en sus brazos, y calma las ondas con una sonrisa. ¡Encantadora religion, que opone lo que tiene el cielo de mas dulce, á lo que hay de mas terrible en la naturaleza! á las tempestades del Océano, un pequeño niño y una tierna madre.

CAPITULO VIII.

De los ángeles.

Tal es lo *maravilloso* que puede sacarse de nuestros *santos*, sin hacer mérito de las diversas historias de sus vidas. En la jerarquía de los *ángeles*, doctrina tan antigua como el mundo, se descubren despues mil hermosos cuadros para el poeta. Los mensajeros del Altísimo no solo llevan los decretos de un extremo del universo al otro, y son los invisibles guardianes de los hombres, ó toman para manifestarse á ellos las formas mas agradables,

sino que aun nos permite la religion unir ángeles protectores á la bella naturaleza, asi como á los sentimientos virtuosos. ¡Que innumerable multitud de divinidades vienen, pues, de repente á poblar los mundos!

Entre los griegos terminaba el cielo en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no subian mas arriba que los vapores de la tierra. Lo *maravilloso* cristiano, acorde con la razon, con las ciencias, y con la estension de nuestra alma, se interna de mundo en mundo, de universo en universo, en unos espacios donde la razon aterrada tiembla y retrocede. En vano escudriñan los telescopios todos los rincones del cielo; en vano siguen al cometa mas allá de nuestro sistema: el cometa al fin se les escapa; pero no escapa ni se oculta al *arcánjel*, que le lleva á un polo desconocido, y que, al tiempo fijo, le volverá á traer por sendas misteriosas hasta el foco de nuestro sol.

El poeta cristiano es el único que se halla iniciado en el secreto de estas maravillas. De globo en globo, de sol en sol, con los *serafines*, los *tronos*, los *querubines* que gobiernan los mundos, fatigada la imaginacion, vuelve á bajar por último á la tierra, como si fuera un rio que derramase por una magnífica cascada sus doradas aguas á la vista de un ocaso resplandeciente. Entonces pasamos desde la grandeza á la dulzura de las imágenes: á la sombra de los bosques se recorre el imperio del *ánjel de la soledad*; se encuentra á la claridad de la luna el *jenio de las ilusiones del co-*

razon; se oyen sus suspiros en el murmullo de los bosques, y en las quejas de Filomena. Las rosas de la aurora no son mas que la cabellera del *ánjel de la mañana*: el *ánjel de la noche* reposa en medio de los cielos, donde se asemeja á la luna dormida sobre una nube; sus ojos están cubiertos con una banda de estrellas, sus talones y su frente un poco sonrosados con las púrpuras de la aurora y las del crepúsculo; el *ánjel del silencio* le precede, y *el del misterio* sigue sus pasos. No injuriemos á los poetas, juzgando que miran como jenios desagradables á las musas, al *ánjel de los mares*, al *de las tempestades*, al *de los tiempos* y al *de la muerte*. El *ánjel de los amores santos* da á las vírgenes un aspecto celestial, y el *ánjel de las armonías* las hace el presente de sus gracias; el hombre justo debe su corazon al *ánjel de la virtud*, y sus labios al *de la persuasion*. Nada impide que se concedan á estos espíritus bienhechores atributos que distinguen sus poderes y sus oficios: el *ánjel de la amistad*, por ejemplo, podria llevar un ceñidor maravilloso, en el cual se verian bordados por un trabajo divino los consuelos del alma, los regocijos inocentes, los efectos sublimes, las palabras secretas del corazon, los castos abrazos, la relijion, el encanto de los sepuleros, y la esperanza inmortal.

CAPITULO IX.

Aplicacion de los principios establecidos en los capítulos precedentes.

CARACTER DE SATANAS.

Dados los preceptos, pasemos á los ejemplos. Volviéndome á valer de lo que he dicho en los capítulos precedentes, comenzaré por el carácter atribuido á los ángeles malos, y citaré el *Satanás de Milton*.

Antes que el poeta ingles, el Dante y el Tasso habian pintado al monarca del infierno. La imaginacion del Dante, agotada por nueve círculos de tortura, no hizo de Satanás, encerrado en el centro de la tierra, mas que un monstruo odioso; el Tasso, dándole cuernos, casi le hizo ridículo. Arrastrado Milton por el ejemplo de estos autores, tuvo el mal gusto de medir á su Satanás; pero se realiza muy pronto de un modo sublime. Oid esclamar al príncipe de las tinieblas en lo alto de la montaña de fuego, desde donde contempla por la primera vez su imperio.

»¡Adios, campos afortunados que habitan los gozos eternos! ¡horrores, yo os saludo! ¡yo te saludo, mundo infernal! ¡abismo, recibe á tu nuevo monarca! Él te trae un espíritu á quien jamás mudarán ni los tiempos ni los lugares..... A lo me-

nos aquí seremos libres; reinaremos: reinar, aunque sea en los infiernos, es propio de mi ambición (1).”

¡Que modo de tomar posesion del infierno!

Habiéndose juntado el consejo infernal, representa el poeta á Satanás en medio de su senado:

»Sus formas conservaban una parte de su primitivo resplandor: era nada menos aun que un arcánjel caido, una gloria un poco oscurecida. Como cuando sale el sol, que, despojado de sus rayos, echa una ojeada horizontal por medio de las nieblas de la mañana, ó como en un eclipse está oculto este astro detras de la luna, y esparce sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el miedo de las revoluciones; asi apareció el arcánjel oscurecido, pero resplandeciente aun sobre todos los compañeros de su caída: sin embargo, su rostro estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus descoloridas mejillas (2).”

Acabemos de conocer el carácter de Satanás. Escapado del infierno, y habiendo llegado á la tierra, se llena de desesperacion contemplando las maravillas del universo, y apostrofa al sol, diciendolo (3):

(1) *Parad. lost.*, book 1, v. 29, etc.

(1) *Parad. lost.*, book 1, v. 391, etc.

(3) Véase la nota C, al fin del volumen.

»O tú, que coronado de una gloria inmensa, dejas caer tus miradas, como el Dios de este nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tú, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas; yo te dirijo mi voz, pero no una voz amiga; ¡pronuncio tu nombre, ó sol, para decirte cuanto aborrezco tus rayos! ¡Ah! ¡ellos me recuerdan la altura de que he caído, y cuan glorioso brillaba yo en otro tiempo siendo superior á tu esfera! El orgullo y la ambición me han precipitado. Me atreví en el cielo mismo á declarar guerra al rey del cielo. No merecía esta correspondencia el que me habia hecho lo que era en una eminente clase. Elevado á tanta altura, me desdeñé de obedecer; creí que un paso mas, tan solamente me colocaria en el estado supremo, y me aliviaria en un instante de la carga inmensa de un reconocimiento eterno. ¡Ah! ¡por que no me hizo nacer su voluntad todo poderosa en la condicion de un ángel inferior! Aun hoy seria yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambición con una esperanza ilimitada..... ¡Miserable! ¿adonde huiré de una cólera infinita, y de una desesperacion interminable? A cuantas partes voy, hallo el infierno, yo mismo lo soy. ¡O Dios, mitiga tus rayos! ¿No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la misericordia, ninguno fuera de la obediencia? ¡La obediencia! La soberbia me impide el uso de esta palabra. ¡Que vergüenza para mí, delante de los espíritus del abismo! No les seduje yo, hablándoles de sumision, cuando me atreví á jactar-

me de subyugar al Todopoderoso. ¡Ah! mientras ellos me adoran sobre el trono de los infiernos, ¡que poco saben cuan caras pago aquellas soberbias palabras, cuando jimo interiormente bajo el peso de mis dolores....! Mas ¿si yo me arrepintiese? ¿si por un acto de la gracia divina subiese á mi primer estado? ¡Mas un puesto elevado escitaria muy pronto pensamientos soberbios, y serian desmentidos muy pronto mis juramentos de una sumision finjada....! Él lo sabe, el tirano; y está tan lejos de concederme la paz, como yo lo estoy de pedir-sela..... ¡Adios, pues, esperanza, y adios contigo, temor y remordimientos! ¡todo se perdió para mí! ¡Mal! ¡sé mi único bien! Por ti á lo menos dividiré el imperio con el rey del cielo: ¡aun tal vez dominaré yo mas de una mitad del universo, como en breve lo experimentarán el hombre y ese mundo nuevo (1).”

Por grande que sea la admiracion que nos cause Homero, nos vemos precisados á confesar, que no tiene cosa comparable con este pasaje de Milton. Cuando juntamente con la grandeza del asunto, la belleza de la poesia, y la elevacion natural de los personajes, se echa de ver un conocimiento tan profundo de las pasiones, nada hay que pedir ya al ingenio. Satanás, arrepintiéndose á la vista de la luz que aborrece, porque *le recuerda la elevacion que tuvo sobre ella*; deseando despues haber

(1) *Parad. lost*, book iv. From the 33th v. to the 113th.

sido criado en una condicion inferior; endureciéndose luego en el delito por orgullo, por vergüenza, y por la desconfianza misma de su carácter ambicioso; en fin, por todo fruto de sus reflexiones, y como para espiar un momento de remordimientos, cargándose del imperio del mal durante una eternidad, es sin duda, si no nos engañamos, una de las concepciones mas sublimes y patéticas que pueden haber salido jamás de la mente de un poeta.

En este momento se me presenta una idea que no puedo omitir. Cualquiera que tenga un poco de crítica y buenos principios de historia, conocerá que Milton incluyó en el carácter de su Satanás, las perversidades de aquellos hombres que cubrieron de luto la Inglaterra á principios del siglo xvii. En él se advierte la misma obstinacion, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo, y el mismo espíritu de rebelion é independenciam. En él se divisan otra vez aquellos famosos *niveladores*, que, separándose de la religion de su pais, habian sacudido el yugo de todo gobierno lejítimo, y se habian rebelado á un tiempo mismo contra Dios y contra los hombres. El mismo Milton habia participado de este espíritu de perdicion; y para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiese visto la imájen en aquellos réprobos, que hicieron por tanto tiempo de su misma patria la verdadera mansion de los demonios.

CAPITULO X.

ARTIFICIOS POETICOS.

Vénus en los bosques de Cartago; Rafael en el vergel de Eden, etc.

Vengamos á los ejemplos de las invenciones ó artificios poéticos. Vénus mostrándose á Eneas en los bosques de Cartago, es un trozo acabado en el jénero de las gracias; *Cui mater media*, &c. Por medio del bosque, siguiendo su madre el mismo sendero, sale al encuentro de él. Tenia ella el rostro y todo el aire de una vírjen, y estaba armada al estilo de las hijas de Esparta, &c. &c.

Esta poesía es divina; pero el cantor de Eden se le acercó mucho, cuando pintó la llegada del ángel Rafael á la floresta donde se hallaban nuestros primeros padres.

»Para sombrear sus formas divinas, lleva el serafin seis alas. Dos pegadas á los hombros, están recojidas sobre su seno como los extremos de un manto real: las de en medio se ciñen alrededor de él como una banda estrellada..., las dos últimas, teñidas de azul, tocan en sus rápidos talones. Sacude sus plumas, que esparcen aromas celestiales.

»Entra en el jardin de la felicidad por medio de los bosquecillos de mirto, y de nubes de nardo é incienso; soledad de perfumes donde la natura-

leza, en su juventud, se entregaba á todos sus caprichos.... Adán sentado á la puerta de su cabaña, divisó al divino mensajero. Grita inmediatamente: ¡Eva! corre: ¡ven á ver lo que es digno de tu admiracion! Mira hácia el Oriente por entre aquellos árboles. ¿Divisas aquella figura gloriosa, que parece dirigirse hácia nuestro emparrado? Parece una nueva aurora que se levanta en medio del dia....”

Aquí Milton casi tan gracioso como Virjilio, le lleva la preferencia por la santidad y la grandeza. Rafael es mas bello que Vénus, Eden mas encantador que el bosque de Cartago, y Eneas es un personaje frio y triste al lado del majestuoso Adán.

He aquí un ángel místico de Mr. Klopstok....

Dan eil et der thronen (1).

»Repentinamente el primer nacido de los tronos baja á encontrar á Gabriel para llevarle ante el Altísimo. El Eterno le llama *Elú*, y el cielo *Eloa*. Mas perfecto que todos los seres criados, ocupa el primer lugar cerca del Ser infinito. Uno de sus pensamientos es tan bello como toda el alma del hombre entera, cuando digna de su inmortalidad medita profundamente. Su mirar es mas hermoso que la mañana de la primavera, mas dulce que la claridad de las estrellas, cuando brillantes en su juventud se mecieron cerca del trono celestial,

(1) *Messias Ers.*, ges. v. 286, etc.

con todos sus piélagos de luz. Dios le crió el primero. Sacó de una gloria todo celeste su cuerpo diáfano y aéreo. Todo un cielo de nubes brillara en torno de él cuando salió de la nada: el mismo Dios le tomó en brazos, y bendiciéndole, le dijo: *¡Criatura! aquí me tienes.*"

Rafael es el ángel *esterior*; Eloa el ángel *interior*. ¡Menos divinos nos parecen los Mercurios y Apolos de la mitología, que aquellos Jenios del cristianismo! Muchas veces vienen los dioses á las manos de Homero; pero como ya lo hemos observado, nada se encuentra en la Iliada que sea superior al combate que se prepara á librar Satanás á Miguel en el Paraiso, ni á la gran derrota de las huestes infernales destrozadas por los rayos de Emanuel. Muchas veces salvan las divinidades de la Iliada á sus héroes favoritos, cubriéndolos con una nube; pero esta máquina ha sido felizmente trasportada por el Tasso á la poesía cristiana cuando introduce á Soliman en Jerusalem. Aquel carro rodeado de vapores; aquel viaje invisible de un anciano encantador, y de un héroe atravesando el campo de los cristianos; aquella puerta secreta de Herodes; aquellos recuerdos de los tiempos antiguos esparcidos en medio de una rápida narracion; aquel guerrero que asiste á un consejo sin ser visto, y que solo se descubre para decidir á Soliman á los combates: todo este maravilloso, aunque del jénero mágico, es de una escelencia singular. Pero se objetará tal vez que en las pinturas voluptuosas el paganismo debe llevar á lo

menos la preferencia. ¿Y que haremos de Armida? ¿diremos que carece de hechizos, cuando inclinada sobre la frente de Reinaldo dormido, se le cae el puñal de la mano y se convierte en amor su odio? ¿preferiremos á Ascanio escondido por Vénus en los bosques de Citeres, al jóven héroe del Tasso encadenado con flores y trasportado sobre una nube á las islas Afortunadas? Aquellos jardines, cuyo único defecto es el ser demasiado encantados, y aquellos amores á los cuales solo falta un velo, no son seguramente pinturas que carezcan de mil gracias. En este episodio se encuentra hasta el ceñidor de Vénus, que con tanta justicia envidiamos y echamos aun de menos. En suma, si los críticos disgustados quisiesen desterrar del todo la májia, los ánjeles de las tinieblas podrian ejecutar por sí mismos todo lo que Armida hace por su medio. Para esto nos autoriza la historia de algunos de nuestros santos, y el demonio de los deleites siempre ha sido mirado como uno de los mas temibles y poderosos de los abismos.

CAPITULO XI.

Continuacion de las máquinas poéticas.

SUEÑO DE ENEAS, SUEÑO DE ATALIA.

Solo me falta hablar de los artificios poéticos: *los viajes de los dioses y los sueños.*

Empezando por los últimos, escojeré el sueño

de Eneas en la noche fatal de Troya. El mismo héroe le cuenta á Dido:

Tempus erat, &c.

Era la hora en que el sueño se introduce
 Por la bondad del cielo en nuestras venas,
 Para calmar del día las fatigas;
 Mas súbito con frente macilenta,
 Lloroso Héctor, de sangre y polvo sucio,
 Junto á mi lecho triste se me muestra,
 Cual á su carro asido, la victoria
 Un día le arrastró sobre la arena.
 Sus pies vi magullados todavía
 Que traspasaron con indignas cuerdas.
 »¡Ay de mí! ¡no era el mismo, no era ya Héctor,
 Aquel guerrero protector ya no era,
 Que de las armas robador de Aquiles,
 Tornaba siempre á la ciudad paterna
 Vencedor, que á sitiar corrió valiente
 Los veinte reyes que ostentó la Grecia,
 Que el fuego vengador lanzó á sus naves.
 ¡Cuan cambiado le vi! la barba espesa
 Tinta en sangre, esparcidos sus cabellos,
 Y los golpes sin fin que recibiera
 Por su patria en su seno, me mostraba.
 Al héroe entonces yo con grave pena,
 Y anegados en lágrimas los ojos,
 Que le hablaba soné de esta manera:
 »De los hijos de Troya la esperanza!
 ¿Que causa motivó tu larga ausencia?
 ¡Cuanto, cuanto todos te anhelaban!
 ¡Mas para socorrernos con tu diestra,
 Es así cual debias presentarte,
 Si ves que á sucumbir va Troya entera!

¡ Cuando en la tumba hundidos son los tuyos!
 ¿ Por que opaco ese rostro se presenta,
 Tus facciones tambien desfiguradas,
 Las infinitas llagas descubiertas,
 Y desgarrados ¡ ay! esos costados?"
 Calló Hector, y un suspiro por respuesta
 Salió largo de lo hondo de su alma:
 »Huye del griego y de la llama apriesa,
 Hijo de Vénus, dijo, te ha humillado
 El destino, huye ya, no te detengas,
 Que Priamo y Pergamo son vencidos.
 Serán hundidas las murallas nuestras;
 Nos hubiera salvado aqueste brazo,
 Si nuestra salvacion posible fuera.
 ¡ Pergamo recomienda á ti sus dioses,
 En su postrer adios, querido Eneas!
 Con ellos marcha y busca una otra patria
 Tras los mares, y alli su imájen lleva."
 Dijo asi; y en sus brazos á mi vista
 Luego arrebatá á la potente Vesta
 Que custodiaba nuestros fuertes muros,
 Y sus banderas, y la llama eterna
 Que su sagrado templo vijilaba,
 Y que constante ardía en su presencia.

Este sueño es una especie de compendio del ingenio de Virjilio, donde se hallan en un cuadro estrecho todos los jéneros de bellezas que le son propias.

Obsérvese en primer lugar el contraste entre este espantoso sueño y la hora apacible en que los dioses le envian á Eneas. Nadie ha sabido indicar los tiempos y los paises de un modo mas admirable que el poeta de Mántua. Aqui se halla un se-

pulcro: una aventura tierna que determina el límite de un lugar; una ciudad nueva toma una denominación antigua, y un arroyuelo extraño toma el nombre de un río de la patria.

En cuanto á las horas, Virjilio ha hecho brillar casi siempre la mas dulce sobre el suceso mas desgraciado. De este contraste lleno de tristeza, resulta esta verdad, que la naturaleza cumple sus leyes sin ser interrumpida por las débiles revoluciones de los hombres.

Pasamos ahora á la pintura de la sombra de Héctor. Aquella fantasma que contempla á Eneas en silencio, aquellos *largos* llantos, aquellos pies *hinchados*, son las menudas circunstancias que escoje siempre el gran pintor para poner á la vista el objeto. Aquel grito de Eneas: *¡quantum mutatus ab illo!* es el grito de un héroe que realza mas la dignidad de Héctor. *Squallentem barbam et concretos sanguine crines*: he aqui el espectro; pero Virjilio le dá un nuevo jiro á su manera: *Vulnera..... circum plurima muros accepit patrios*. Todo está aqui incluido; el elogio de Héctor, el recuerdo de sus desgracias y de la patria por la cual recibió *tantas heridas*. Estas palabras, *ó lux Dardaniæ!* *¡Spes ó fidissima Teucrum!* están llenas de fuego. Tanto conmueven el corazón, cuanto hacen mas sensibles y amargas las palabras que siguen: *¡Ut te post multa tuorum funera..... adspicimus!* ¡Ah! esta es la historia de cuantos se han ausentado de su patria; á su regreso se les puede decir como Eneas á Héctor:

¿Como á mal tanto de tu patria y jente,
Y á tantas muertes te has hallado ausente ?

Finalmente , el silencio de Héctor y su profundo suspiro , seguido del *Fuge, eripe flammis* , hacen erizar el cabello. El último rasgo del cuadro mezcla la doble poesía del sueño y de la vision : llevándose en sus brazos la estatua de Vesta y el fuego sagrado , no parece sino que se ve al espectro arrancar á Troya de la tierra.

Se encuentra ademas en este sueño una belleza tomada de la misma naturaleza de la cosa. Eneas se regocija al pronto de ver á Héctor á quien cree vivo ; luego habla de las desgracias de Troya sucedidas despues de la *muerte* del héroe. El estado en que le vuelve á ver no puede recordarle su destino ; pregunta *¿de que tiene aquellas heridas?* y ya dijo antes , que le habia visto asi el dia que fue arrastrado alrededor de Ilion. Tal es la incoherencia de los pensamientos , sentimientos é imájenes de un sueño.

Nos es en gran manera grato el ver entre los poetas cristianos cierta cosa que contrapesa , y tal vez escede á este sueño : poesía , interes dramático , relijion , todo es igual en una y otra pintura , y aun otra vez se halla Virjilio reproducido en Racine.

Atalía , bajo el pórtico del templo de Jerusalem , cuenta su sueño á Abner y á Mathan.

Fue en una noche horrible y silenciosa:
 Mi madre Jezabel ante mi vista
 Se mostró, como el día de su muerte,
 Con pomposos adornos revestida;
 Sus desgracias no habian humillado,
 Ni aun en la tumba, su fiereza altiva:
 Y el falso brillo de arte y de colores
 Con que adornarse un tiempo ella solia
 Para borrar la huella de los años,
 Todavía ostentaba en sus mejillas.
 «¡Tiembla, hija amada! ¡tiembla! ella me dijo;
 Contra ti ora tambien se encoleriza
 Ese terrible Dios de los judios;
 Por ti lástima siento, amada hija,
 Si en sus tremendas manos tal vez caes.»
 Despues de esta espantosa profecia,
 Su sombra crei bajaba hácia mi lecho,
 Y yo, por abrazarla, le tendia
 Mis manos, pero solo hallaron huesos
 Y carnes magulladas, corrompidas,
 En horrorosa mezcla alli hacinadas,
 Regueros en el fango, harapos via
 Con sangre, miembros frios que los perros
 Hambrientos entre si disputarian.

Importunó seria decidir aqui entre Virjilio y Racine. Los dos sueños están igualmente tomados de la fuente de las diferentes relijiones de los dos poetas. Virjilio es mas melancólico, Racine mas terrible. Este no hubiera llegado á su fin, ni apreciado justamente el jenio sombrío de los dogmas hebreos, si hubiese referido como el primero el sueño de Atalía á una hora tranquila. Como va á



presentar mucho, promete tambien mucho en este verso:

Fue en una noche horrible y silenciosa.

En Racine hay concordancia, y en Virjilio contraste de imágenes.

La escena anunciada por la aparicion de Héctor, seria mas magnífica que la caída de una sola reina, es decir, la noche fatal de un gran pueblo, y la fundacion del imperio romano, *si volviendo á encender Johás la antorcha de David*, no nos mostrase á lo lejos el Mesías y la revolucion de toda la tierra.

En los versos de los dos autores se descubre una misma perfeccion; nos parece aun mas bella la poesía de Racine. Del mismo modo que se presenta Héctor delante de Eneas en el primer momento, se muestra en el último: mas la pompa y el brillo prestado de Jezabel, pues aun su tez fingida conservaba,

Para borrar la huella de los años,

seguida repentinamente, no de una forma entera, sino

. Miembros frios que los perros
Hambrientos entre si disputarian.

es una especie de mutacion de estado y de peripe-



cia, que da al sueño de Racine una belleza, de que carece el de Virjilio. Por último, esta sombra de una madre que se baja hácia el lecho de su hija como para ocultarse en él, y que se trasforma repentinamente en *huesos y carne corrompida*, es una de esas bellezas indeterminadas, y una de esas circunstancias terribles de la verdadera naturaleza de la fantasma.

CAPITULO XII.

Continuacion del artificio poético.

VIAJE DE LOS DIOS DE HOMERO.

SATANAS YENDO AL DESCUBRIMIENTO DE LA CREACION.

Hemos llegado al último de los artificios poéticos, es decir, á los *viajes* de los seres sobrenaturales. Esta es una de las partes de lo *maravilloso*, en que Homero se ha mostrado mas sublime. Ya cuenta que el carro del Dios vuela con la rapidez del pensamiento de un viajero que recuerda en un instante todos los lugares que ha recorrido; ya dice,

Espacio tanto como el hombre mira,
A la orilla del mar desde alta peña,
Tanto y mas de los dioses los caballos,
Con un salto lijeros atraviesan (1).

Cualquiera que sea el ingenio de Homero y la ma-

(1) Boileau, dans *Longin*, cap. VII.

jestad de sus dioses, su *maravilloso* y toda su grandeza se van á oscurecer sin embargo delante del *maravilloso* del cristianismo.

Habiendo llegado Satanás á las puertas del infierno, que le abrieron el pecado y la muerte, se prepara para ir al descubrimiento de la creacion.

..... Like a furnace mouth (1).

..... The sudden view

Of all this world at once.

»*Abrense las puertas del infierno.....*, y vomitan como la boca de una hornaza borbollones de humo y llamas rojas. De repente al aspecto de Satanás se descubren los secretos del antiguo abismo; océano sombrío y sin límites, donde vienen á confundirse los tiempos, las dimensiones y los lugares; donde la antigua noche y el caos, abuelos de la naturaleza, mantienen una perpétua anarquía en medio de una continua guerra, y reinan por la confusión. Satanás, detenido en el umbral del infierno, mira el vasto abismo, cuna y tal vez sepulcro de la naturaleza, y pesa en sí mismo los peligros del viaje. Bien pronto desplegando las alas, y retirando el pie del fatal umbral, se remonta en torbellinos de humo. Conducido por este nebuloso asiento, sube mucho tiempo con audacia; pero disipado el vapor por grados, le abandona en medio

(1) *Par. lost.* book II, v. 888, 1030; book III, v. 301, 344, tomados de diferentes pasajes.

del vacío. Sorprendido, acelera en vano el movimiento de sus alas, y cae como un peso muerto.

»El instante en que yo canto veria aun su caída, si la esplosion de una tumultuosa nube llena de fuego y azufre, no le hubiese arrebatado á alturas iguales á la profundidad que habia recorrido. Arrojado sobre tierras blandas y trémulas por entre los elementos espesos ó sutiles..., camina, vuela, nada y anda arrastrando. Ayudándose de los brazos, de los pies y de las alas, atraviesa los sirtes, los estrechos y las montañas. Finalmente, hiere con violencia sus oidos un rumor universal de voces y sonidos confusos. Dirige él inmediatamente su vuelo hácia alli, resuelto á llegar hasta el espíritu incógnito del abismo, que mora en aquel ruido, y saber de él el camino de la luz.

»Divisa al instante el trono del Caos, cuyo sombrío pabellon se estiende á lo lejos sobre el inmenso abismo. A su lado está sentada la Noche, revestida de una bata negra: hija mayor de los seres, es tambien la esposa del Caos. El acaso, el tumulto, la confusion y la discordia con sus mil bocas, son los ministros de aquellas divinidades tenebrosas. Satanás aparece delante de ellos sin temor.

»Espíritus del abismo, le dice, Caos, y tú antigua Noche, yo no vengo á averiguar los secretos de vuestros reinos.... Mostradme el camino de la luz, &c.

»El antiguo Caos responde bramando: ¡Oh, extranjero, yo te conozco!... Sobre mi reino está

pendiente un nuevo mundo, hacia la parte donde cayeron precipitadas tus lecciones. Vuela y date prisa á cumplir tus designios. ¡Desolaciones! ¡desposos! ¡ruinas! vosotros sois las esperanzas del Caos.”

Dijo; y Satanás lleno de alegría..... se levanta con un nuevo vigor, atraviesa la tenebrosa atmósfera como una pirámide de fuego....., y empieza por fin á hacerse sentir la influencia sagrada de la luz. Un rayo que salió de las murallas del cielo, refleja á lo lejos en el seno de las sombras una aurora dudosa y trémula; aqui empieza la naturaleza, y el Caos se aleja. Guiado Satanás por estas vagas claridades, y semejante á un navío combatido de la tempestad por largo tiempo, reconoce el puerto con alegría, y se desliza mas suavemente sobre las calmadas olas. A proporción que se acerca hacia el dia, se presenta á su vista el empíreo con sus torres de ópalo y sus puertas de relumbrantes zafiros.

»Divisa por último á lo lejos una alta estructura, cuyas magníficas gradas se elevan hasta los terraplenes del cielo..... Perpendicularmente al pie de los escalones místicos se abre un camino hacia la tierra..... Satanás se arroja sobre el último escalon, é internando repentinamente su vista en las profundidades que tiene á sus pies, descubre todo el universo á la vez con una inmensa admiracion.”

»Para todo hombre imparcial, una religion que ha suministrado á un mismo tiempo un maravilloso semejante, y la idea de los amores de Adan y Eva, no es religion antipoética. Ninguna comparacion puede haber entre Juno, caminando hasta *los con-*

fines de la tierra en Etiopia, y Satanás subiendo desde lo profundo del caos hasta los límites de la naturaleza.

Aun hay en el orijinal un efecto singular que no he podido traducir, y que resulta, por decirlo así, del defecto jeneral del trozo: la estension del texto que he acortado, parece que dilata aun mas la carrera de Satanás, y que dá una cierta idea del infinito por donde ha pasado.

CAPITULO XIII.

El infierno cristiano.

Entre las muchas diferencias que distinguen el infierno cristiano del Tártaro, la mas notable de todas consiste en los tormentos que experimentan los mismos demonios. Pluton, los Jueces, las Parcas y las Furias no sufrian con los culpados. Los dolores, pues, de nuestras potestades infernales son *un medio mas* para la imaginacion, y por consiguiente una *ventaja* poética de nuestro infierno sobre el infierno de los antiguos.

En los campos Cimerianos de la Odisea, lo indeterminado del sitio, las tinieblas, la incoherencia de los objetos, y el hoyo donde las sombras van á beber la sangre, dan á la pintura cierta cosa de formidable, y hacen que se asemeje mas al infierno cristiano, que el Ténaro de Virjilio. En el de éste se notan los progresos de los dogmas filosóficos de la Grecia. Las Parcas, el Cócito y la Estijia se ha-

llan en las obras de Platon. Allí empieza una distribucion de castigos y recompensas desconocidas á Homero. Ya he hecho notar (1), que los paganos colocaban la infelicidad, la indijencia y la flaqueza, despues de la muerte, en un mundo tan penoso como éste. No es aquesta la doctrina con que ha nutrido nuestra alma la relijion de Jesucristo. Sabemos que al salir de este mundo de tribulaciones hemos de hallar un lugar de descanso; y que si en el mundo hemos tenido sed de justicia, nos satisfaremos de ella en la eternidad. *Sitiunt justitiam..... ipsi saturabuntur* (2).

Si la filosofía queda satisfecha, no será mas difícil convencer á las musas. A la verdad, no tenemos infierno cristiano tratado de una manera irreprehensible. Ni el Dante, ni el Tasso, ni Milton, son perfectos en la pintura de los lugares del dolor. Sin embargo, el grande número de fragmentos excelentes que se hallan en ellos, indica que si estos grandes maestros hubiesen retocado con tanto cuidado todas las demas partes de sus composiciones, poseeríamos infiernos tan poéticos como los de Homero y Virjilio.

(1) Parte 1, lib. 6.

(2) Tan manifiesta era entre los antiguos la injusticia de sus dogmas infernales, que el mismo Virjilio no ha podido prescindir de notarla.

Sortemque animo miseratus iniquam.

(*Æn.*, lib. vi, v. 332.)

CAPITULO XIV.

PARALELO DEL INFIERNO Y DEL TARTARO.

*Entrada del averno. Puerta del infierno del Dante.
Dido. Francisca de Rimini. Tormentos de los
culpables.*

En la entrada del averno, que se halla en el sexto libro de la Eneida, hay versos de un trabajo perfecto.

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,
Perque domos Ditis vacuas et inania regna.

Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu formæ; Lethumque Laborque,
Tum consanguineus Lethi Sopor, et mala mentis
Gaudia..... (1)

(*Lib. VI, v. 268 y sig.*)

Basta saber leer el latin para penetrarse de la armonía lúgubre de estos versos. Oimos retumbar la caverna por donde caminan la Sibila y Eneas:

(1) Iban los dos por la rejion oscura,
Reino del gran Pluton, vacío de cuerpos,
Cercados de tiniebla y negra sombra.

Alli están las dolencias amarillas,
Y la triste vejez y el torpe Miedo;
La Hambre á mal hacer persuadidora,
La infame, desechada y vil Pobreza,

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram; y repentinamente entramos en los *espacios desiertos*, en los *reinos del vacío*: *Perque domos Ditis vacuas et inania regna*. Vienen despues sílabas sordas y pesadas, que indican admirablemente los penosos suspiros de los infiernos. *Tristisque Senectus, et Metus*. — *Lethumque Laborque*; consonancias que prueban que no ignoraban los antiguos esta especie de belleza adicta á la rima. Los latinos, asi como los griegos, empleaban la repeticion de los sonidos en las pinturas pastoriles y en las armonías sombrías.

El Dante vaga tambien al principio cual Eneas por un bosque inculto que encubre la entrada de su infierno. No hay cosa mas horrible que esta soledad.

Inmediatamente llega el poeta á la puerta donde se lee la famosa inscripcion:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore:
Per me si va tra la perduta gente.

.....
Lasciate ogni speranza voi ch' entrate.

Ved aqui precisamente el mismo jénero de bellezas que en el poeta latino. A todo oido herirá la cadencia monótona de estas rimas reduplicadas, en que resuena, al parecer, y viene á espirar aquel continuo grito de dolor que sube desde el hondo del abismo. En los tres *Per me si va*, parece que oímos el *doblar las campanas* en la agonía de un

cristiano. El *lasciate ogni speranza*, es comparable al rasgo mas sublime del infierno de Virjilio.

Milton, imitando al poeta de Mántua, puso la muerte á la entrada de su infierno (*Lethum*). Describe luego el pecado, que no es mas que el *mala mentis gaudia*, las alegrías culpables del corazon. Despues pasa á la muerte:

. The other shape, &c.

»La otra forma (si se puede dar este nombre á lo que no tenia formas) estaba de pies á la puerta. Era sombría como la noche y huraña como diez furias. Blandia en su mano un dardo horrible, y sobre aquella parte que parecia ser su cabeza, llevaba la apariencia de una corona.

Jamás se representó fantasma alguno de un modo mas indeterminado y terrible. El orijen de la muerte descrito por el pecado, el modo con que los ecos del infierno repiten tan formidable nombre cuando se pronuncia por la primera vez; todo esto es una especie de oscuro sublime desconocido á la antigüedad (1).

(1) Mr. Harris ha notado en su *Hermés* que el jénero masculino, atribuido por Milton á la muerte, forma una gran belleza. Si hubiera dicho *shook her dart*, en vez de *shook his dart*, desaparecería una parte del sublime. Tambien en griego es la muerte del jénero masculino, y el mismo Racine se le ha dado en su idioma:

La muerte es el Dios *solo* á quien imploro.

Que juicio hemos de formar ahora, pues, de la critica de Voltaire, que no ha sabido, ó ha fingido ignorar, que la muer-

Internándonos en los infiernos, seguiremos á Eneas hasta el campo de las lágrimas, *lujentes campi*. Reconoce allí á la desdichada Dido, y la descubre en lo sombrío de un bosque, *como ve uno*, ó *se le figura que ve la luna nueva levantarse por entre las nubes*.

Qualem primo qui surgere mense

Aut videt, aut vidisse putat, per nubila lunam (1).

Todo este pasaje es de un gusto esquisito; pero tal vez no es el Dante menos encantador en su pintura de las *campiñas de lágrimas*. Virgilio coloca los amantes en medio de bosques de mirto y calles de árboles solitarias; el Dante los hace flotar en un aire vago y entre tempestades que los arrastran eternamente; el uno da por castigo al amor sus propios

te *death* en ingles podia ser á placer del jénero femenino ó neutro, respecto de que se le pueden aplicar igualmente los tres pronombres, *her*, *his*, ó *its*. No es mas atinado Voltaire sobre la palabra *sin pecado*, cuyo jénero femenino le escandaliza. ¿Por que no se enfada tambien contra aquellas naves *chips*; *men of war*, que son (así como en latin y en el antiguo frances), tan caprichosamente femeninos? Jeneralmente cuanto tiene *estension* y *capacidad* (como lo observa Mr. Harris), todo aquello que por su naturaleza es capaz de contener á otra cosa, se pone en ingles en femenino; fúndase esto en una lójica muy sencilla, y que hace bastante impresion porque procede de la *maternidad*; todo lo que implica *debilidad* ó *seduccion*, sigue la misma ley; de aquí es que Milton ha podido y aun debido dar al pecado el jénero femenino, poniéndose á personificarle.

- (1) Cual tal vez suele alguno
Ver ó pensar que ve, por entre espesas
Nubes la nueva luna, que al principio
Del mes, con débil luz sus cuernos muestra.

Velasco, lib. 6, p. 309.

delirios, el otro ha buscado el suplicio en la imájen misma de los disturbios y desórdenes que esta pasión enjendra. El Dante detiene en medio del torbellino á dos desgraciadas personas unidas por amor; Francisca de Rimini, preguntada por el poeta, le cuenta así su amor y sus desgracias:

Noi leggevamo, &c.

»Un día leíamos en un dulce ocio, cómo venció amor á Lancelot. Yo estaba sola con mi amante y ambos sin la menor desconfianza: mas de una vez quedaron pálidos nuestros rostros, y se encontraron nuestros ojos turbados, pero un solo instante nos perdió á entrambos. Cuando por fin logró el dichoso Lancelot el deseado ósculo, entonces fijó sobre mi boca sus trémulos labios aquel que nunca jamás me será ya arrebatado; y dejamos caer el libro por quien nos fue revelado el misterio del amor (1).»

¡Que admirable candidez en la narracion de Francisca, y que delicadeza en el rasgo que la termina! No es mas casto Virjilio en el cuarto libro de la Eneida, cuando Juno da la señal, *dant signum*. Tambien debe este trozo al cristianismo una parte

(1) Seguimos la traduccion de Mr. de Rivarol; pero sin embargo, si nos es lícito proponer nuestras dudas, tal vez esta elegante frase, *y dejamos caer el libro, por quien nos fue revelado el misterio del amor*, no espresa enteramente la sencillez de este verso:

Quel giorno piu non vi leggemmo avante.

de su patético: Francisca sufre el castigo por no haber sabido resistir á su pasion, y por haber sido infiel á su esposo. La eterna justicia de la religion está en encontrarse con la pasion que escita en nosotros una mujer frágil.

No lejos de los campos de lágrimas, ve Eneas el de los guerreros; halla en él á *Deifobo* mutilado cruelmente. Por interesante que sea su historia, presenta un rasgo mucho mas superior el solo nombre de Ugolino. Nosotros concebimos que Mr. Voltaire no viese mas que objetos burlescos en los fuegos de un infierno cristiano; mas preguntemos á los poetas, ¿si no es de tanto precio hallar alli al conde Ugolino, y materia para versos tan bellos y episodios tan trágicos?

Si de estos pormenores pasamos á un exámen jeneral del *infierno* y del *Tártaro*, hallaremos en este á los Titanes que el rayo de Júpiter abatió y destrozó, á Ixion amenazado con la caida de un peñasco, á las hijas de Dánao con su tonel, á Tántalo burlado por las aguas, &c.

Sea que empezamos á acostumbrarnos á la idea de aquellos tormentos, ó bien que estos no tienen en sí mismo cosa que haga nacer un gran terror, pues se miden por fatigas conocidas en la vida, lo cierto es que hacen poca impresion en el alma. Pero ¿quereis conmoveos y saber hasta donde puede llegar la imaginacion del dolor, conocer la poesía de los tormentos, y los lúgubres himnos de la carne y de la sangre? Bajad al infierno del Dante. Por una parte traen á vueltas á ciertas som-

bras los remolinos de una tempestad, y por otra encierran á los fautores de la herejía abrasados sepulcros. Los tiranos están sumerjidos en un rio de sangre tibia; los suicidas que han despreciado la noble naturaleza del hombre, han retrogradado hácia la planta, y sido trasformados en árboles raquíticos, que crecen entre una ardiente arena, y cuyas ramas arrancan continuamente las arpias. Aquellas almas no volverán á tomar sus cuerpos en el dia de la resurreccion; los llevarán arrastrando al horrible valle para colgarlos de las ramas de los árboles á que están unidas.

Si se dice que un autor griego ó romano pudiera tambien haber hecho un Tártaro tan formidable como el infierno del Dante, esto no concluiría cosa alguna contra los recursos poéticos de la relijion cristiana; mas basta solo tener un poco de conocimiento del jenio de la antigüedad para convenir, en que el tono sombrío del infierno del Dante no se halla en la teología pagana, y que pertenece á los formidables dogmas de nuestra fe.

CAPITULO XV.

Del purgatorio.

Cuando menos será preciso confesar, que el *purgatorio* ofrece á los poetas cristianos un jénero de *maravilloso* desconocido en la antigüedad (1).

(1) Se hallan algunos vestijios de este dogma en Platon y

Quizá no hay cosa mas favorable á las musas, que aquel lugar de purificacion, colocado sobre los confines del dolor y de la alegría, donde vienen á reunirse los sentimientos confusos de la felicidad y del infortunio. La gradacion de los padecimientos en razon de las faltas pasadas, y aquellas almas mas ó menos dichosas, mas ó menos brillantes, segun que se aproximan mas ó menos á la doble eternidad de los placeres ó de las penas, podrian presentar pinturas ricas y maravillosas. El purgatorio escede en poesía al cielo y al infierno, en cuanto presenta un porvenir que falta á los dos primeros.

En el Eliseo antiguo el rio Leteo estaba inventado con mucha gracia; mas no por esto se podria decir que sus sombras, que renacian á la vida sobre sus orillas, suministrasen la misma progresion poética hácia la felicidad que las almas del *purgatorio*. Dejar los campos de los manes dichosos por volver á este mundo, era pasar de un estado perfecto á otro que lo era menos: era volver á entrar en el círculo; renacer para morir, y ver lo que ya se habia visto. Todo aquello cuya estension se puede medir por nuestra imaginacion, es pequeño. El círculo que entre los antiguos representaba la eternidad, podria ser una imájen grande y verdadera; pero sin embargo, parece que ahoga la imaginacion, obligándole á dar vueltas en esta órbita formidable.

en la doctrina de Zenon (Vid. Diog. Laert). Los poetas parece que tuvieron tambien alguna idea de él (*Eneid.* lib. vi), pero indeterminada, sin consecuencia y sin objeto. Véase la nota D, al fin del volumen.

Tal vez seria mas bella la línea recta y prolongada sin fin, porque lanzaria el pensamiento en un vacío espantoso, y haria caminar de frente tres cosas que parecen escluirse; la esperanza, la movilidad y la eternidad.

La relacion que debe establecerse entre el castigo y la ofensa, produciria luego todos los encantos del sentimiento en el *purgatorio*. ¡Que penas ingeniosas reservadas á una madre demasiado tierna, á una hija crédula con demasia y á un jóven escesivamente fogoso! Y á la verdad, supuesto que los vientos, los fuegos y los hielos suministran sus violencias á los tormentos del infierno, ¿por que no se habian de hallar castigos mas dulces en los cantos del ruseñor, en los perfumes de las flores, en el ruido de las fuentes, ó en las afecciones puramente morales? Homero y Osian cantaron *los placeres del dolor: the joy of grief*.

Otro manantial de poesía que nace del *purgatorio*, es ese dogma que nos enseña, que las oraciones y buenas obras de los mortales apresuran el rescate de aquellas almas. ¡O admirable trato entre el hijo viviente y el padre muerto, entre la madre y la hija, el esposo y la esposa, el amante y la amada, la vida y la muerte! ¡que cosas tan tiernas en esta doctrina! Mi virtud, sin embargo de ser un miserable mortal, es un bien comun á todos los demas cristianos; y asi como yo he participado del pecado de Adan, mi justicia es tenida en cuenta á favor de los demas. ¡Poetas cristianos! Las plegarias de vuestros Nisos alcanzarán á un Eurialo mas

allá del sepulcro; vuestros ricos podrán repartir con los pobres su supérfluo, y en recompensa del gusto que han tenido en hacer esta sencilla y buena accion, sacará Dios de un lugar de tormentos á su padre ó á su madre. Es una cosa preciosa haber obligado el corazon del hombre á ser virtuoso con el atractivo del amor, y pensar que tal vez el mismo dinero que da el pan por un momento al miserable, da quizás á una alma rescatada el asiento eterno en la mesa del Señor.

CAPITULO XVI.

El Paraiso.

El rasgo que distingue esencialmente el *Paraiso* del *Eliseo*, consiste en que en el primero habitan las almas santas con Dios y con los ángeles en el cielo, y en el segundo las sombras dichosas están separadas del Olimpo. El sistema filosófico de Platon y de Pitágoras, que divide el alma en dos esencias, la *carne sutil* que se evapora, aunque inferior á la luna, y el *espíritu* que se remonta á la Divinidad; este sistema, digo, no es de mi asunto, ni yo hablo mas que de la teología poética.

En muchos lugares de esta obra he demostrado la diferencia que hay entre la felicidad de los escogidos y la de los manes del *Eliseo*. Con efecto, una cosa es bailar y celebrar festines, y otra muy distinta conocer la naturaleza de las cosas, leer en lo

futuro, ver las revoluciones de los astros, y en fin, estar como asociado á la plena ciencia, sino es ya al absoluto poder de Dios. Es por tanto cosa bien estraña, que sin embargo de tantas ventajas, todos los poetas cristianos se hayan como encallado en la pintura del cielo. Los unos han pecado por timidez, como el Tasso y Milton; los otros por cansancio, como el Dante; ó por filosofía, como Mr. de Voltaire; ó por abundancia, como Mr. de Klopstock (1).

En este asunto, pues, hay cierto escollo oculto: y ved aquí cuales son acerca de esto nuestras conjeturas.

Es propio de la naturaleza del hombre simpatizar únicamente con las cosas que tienen relacion con él, y le tocan por algun lado, como por ejemplo, la desgracia. El cielo donde reina una felicidad ilimitada, es demasiado superior á la condicion humana, para que pueda la dicha de los bienaventurados conmover nuestro espíritu é interesarnos. Apenas nos escitan interes alguno los seres perfectamente felices; y esta es la razon por qué los poetas han tenido siempre mejor éxito en la descripcion de los infiernos, porque en ella se halla á lo menos la humanidad, y los tormentos de los culpables nos recuerdan los pesares de nuestra vida. Nos enternece con los infortunios de los demas, co-

(1) Es una cosa bien estraña que Chapelin, que ha inventado coros de mártires, de virjenes, de apóstoles, haya solo puesto el Paraiso cristiano en el verdadero punto de vista.

mo los esclavos de Aquiles, que derramando muchas lágrimas por la muerte de Patroclo, lloraban secretamente sus propios pesares.

Para evitar la monotonía que resulta de la eterna y siempre igual felicidad de los justos, se pudieran tratar de establecer desde luego una esperanza en el cielo, ó bien fuese de mayor dicha, ó bien de una época desconocida en la revolucion de los seres. Despues se podrian recordar mas las cosas humanas y ligar mas á ellas los escojidos, ya sacando comparaciones, ó ya dándoles afecciones y aun pasiones: la escritura nos habla de las *esperanzas* y de las *santas tristezas del cielo*. ¿Por que no ha de haber en el Paraiso ciertos llantos de que sean capaces los escojidos? (1). Por estos diversos medios se harian renacer las armonías entre nuestra naturaleza limitada y una constitucion mas sublime, entre nuestros rápidos fines y las cosas eternas: asi nos inclinariamos menos á mirar como finjida una felicidad, que estaria sujeta á mudanzas, y aun á lágrimas, como la nuestra.

Segun estas consideraciones sobre el uso del *maravilloso* cristiano en la poesia, pudiérase á lo menos dudar, que el *maravilloso* pagano tenga sobre aquel una tan grande ventaja, como en jeneral se ha querido suponer. Se nos objeta Milton con todos sus defectos, en comparacion de Homero con

(1) Milton se valió de esta idea, quando representó á los anjeles consternados con la nueva de la caída del hombre; y Fenelon dió el mismo movimiento de compasion á las almas dichosas.

todas sus bellezas y perfecciones; pero supongamos que el cantor de Eden hubiese nacido en Francia y en el siglo de Luis XIV, y que á la fuerza prodijiosa de su ingenio hubiese reunido el gusto y el tacto fino de Racine y de Boileau: ¿cual hubiese aparecido entonces el *Paraiso perdido*? ¿no hubiera cuando menos igualado el *maravilloso* de este poema el de la *Iliada* y el de la *Odiséa*? Si juzgáramos de la mitología por la *Farsalia* y aun por la *Eneida*, ¿nos formaríamos de ella una idea tan brillante, cual nos la dejó el padre de las gracias y el inventor del ceñidor de Vénus? Cuando tuviésemos sobre un asunto cristiano una obra tan perfecta en su jénero como las de Homero, entonces pudiéramos decidirnos á favor del *maravilloso* de la fábula ó del de la religion: hasta entonces nos será permitido dudar de la exactitud y verdad del precepto de Boileau:

Los terribles misterios sacrosantos
De la cristiana fe jamás permiten
Con alegres adornos presentarlos.

(Art. poét. c. III.)

Por lo demas, pudiéramos habernos dispensado de comparar el cristianismo con la mitología bajo el solo respecto de lo *maravilloso*. Unicamente nos hemos entregado á este estudio por una superabundancia de medios y para mostrar los grandes recursos de la causa que sostenemos. Hubiéramos podido dirimir esta cuestion de una manera mucho mas sencilla y perentoria; porque aun dado que el ma-

ravilloso cristiano no fuese tan rico como el de la fábula, y este es un hecho que jamás se probará, es muy cierto que aquel tiene una como poesía del alma, y una cierta imaginacion que interesa al corazon, de que el segundo carece absolutamente. Las bellezas que conmueven y que proceden de este manantial, sin duda compensan con usura las ingeniosas ficciones de la antigüedad.

Todo es máquina, todo es exterior y material, todo se ha hecho para los ojos en los grandes cuadros del paganismo; mas en los de la religion, todo es puro é interior, y todo habla al entendimiento y al espíritu. ¡Que encanto de meditacion y que profundidad de pensamientos! Una sola lágrima de las que el cristianismo hace derramar al verdadero fiel, tiene mas encanto que todos los risueños desvaríos de la mitolojía. Con una *Virjen de los Dolores* ó de los *Desamparados*, ó un santo si se quiere oscuro, abogado del triste huérfano ó del pobre ciego, compondrá un poeta cristiano algunas pájinas infinitamente mas interesantes que con todos los dioses del Panteon. ¿Y no es esto tambien *poesía y maravilloso*? Mas si se quiere todo lo mas *sublime* de este, contémplese bien la vida y los dolores de Cristo, y acordémonos que nuestro *Dios* se llamó tambien, *el Hijo del Hombre*. Sí, llenos de confianza nos atrevemos á pronosticar que llegará el dia en que el mundo se admire de haber podido desconocer un momento las bellezas que encierran los hombres solos y las solas espresiones del cristianismo: apenas se comprenderá como hubo quien in-

sultare é hiciese mofa de esta relijion , de la razon , y de la desgracia.

Aqui terminan las relaciones directas del cristianismo y de las musas ; pues acabamos de verle *poéticamente* en sus referencias con los *hombres* , y en las que tiene con los *seres sobrenaturales*. Coronaremos lo que hemos dicho sobre esta materia con un exámen jeneral de la Escritura. Este es el manantial de donde han tomado parte de sus maravillas Milton , el Dante , el Tasso y Racine , asi como los poetas de la antigüedad se aprovecharon de los grandes rasgos de Homero.

LIBRO QUINTO.

La Biblia y Homero.

CAPITULO PRIMERO.

De la Escritura y de su excelencia.

Obra singular es por cierto la que principia por el Génesis, y termina por el Apocalipsis; la que se anuncia con el estilo mas claro y sencillo, y finaliza con el tono mas figurado. ¿Se podrá dudar que todo en Moisés es grande y sencillo, como aquella creacion del mundo, y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta, así como en el último poeta todo es terrible y fuera del orden natural, como aquellas sociedades corrompidas, y aquel fin del mundo que nos representa?

Las producciones mas estrañas á nuestras costumbres, los libros sagrados de las naciones infieles, el Zend-Avesta de los Parsis, el Veidan de los bramias, el Corán de los turcos, los Eddas de los escandinavos, las máximas de Confucio y los poemas sanscritos, son obras que no nos sorprenden; pues en unas y otras hallamos un regular y ordinario enlace de las ideas humanas: tienen entre si al-

guna cosa comun , ya en el tono , ya en el pensamiento. Solo la Biblia es la que á ninguna se asemeja , porque es un monumento sin relacion alguna con los demas. Esplicadla á un tártaro , á un cafre , ó á un salvaje del Canadá ; ponedla en manos de un bonzo ú de un derviche , y causará igual admiracion á unos que á otros. ¡Cosa prodijiosa! Veinte autores de edades y épocas tan remotas han trabajado en los libros santos , y sin embargo de que han escrito en veinte estilos distintos , siempre han sido estos inimitables , y no se hallan en ninguna otra composicion. El Nuevo-Testamento , tan diferente del Antiguo por el lenguaje , participa sin embargo como éste de tan admirable orijinalidad.

Mas no es esta la única cosa extraordinaria que todos convienen se encuentra en la Escritura. Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia , creen no obstante á pesar suyo en cierta cosa de ella misma. Deistas y ateos , grandes y pequeños , atraidos todos por no sé qué cosa desconocida , no dejan de hojear incesantemente la obra , que los unos admiran y los otros denigran. No hay en la vida una sola posicion , para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresa y enteramente dictado al intento. Seria difícil persuadirnos que todos los acaecimientos posibles , felices ó infelices , hubiesen sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por mano de los hombres ; pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:

El orijen del mundo y el anuncio de su fin;

- La base de todas las ciencias humanas;
- Los preceptos políticos desde el gobierno del padre de familias hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta los siglos de corrupcion;
- Los preceptos morales aplicables á la prosperidad como al infortunio, y á las mas elevadas categorías como á las condiciones mas humildes;
- Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales, sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.

CAPITULO II.

Hay en la Escritura tres estilos principales.

Entre estos estilos divinos, tres particularmente se hacen notables:

- 1.º El estilo histórico, cual el del Génesis, del Deuteronomio, de Job, &c.
- 2.º La poesía sagrada, como existe en los salmos, en los profetas y en los tratados morales, &c.
- 3.º El estilo evangélico.

El primero de estos tres imita, con un encanto inesplicable, ya la narracion de la epopeya, como en la aventura de José, ya el vuelo atrevido de la oda, como despues del paso del mar Rojo; aqui suspira las elejias del santo Arabe, y alli canta con Ruth tiernas bucólicas. Aquel pueblo escojido, cuyos pasos todos son marcados con maravillas; aquel pueblo, por cuya causa se detiene el sol, mana agua

el peñasco , y el cielo prodiga el maná ; aquel pueblo , digo , no podia tener fastos ordinarios. Todas las formas conocidas se mudan con respecto á él: sus revoluciones se narran sucesivamente con la trompeta , la lira , y el caramillo. El mismo estilo de su historia es un continuo milagro , que atestigua la verdad de los milagros , cuya memoria perpetúa.

Desde el principio al fin de la Biblia ocupa al que la lee una admiracion maravillosa. ¿Que cosa se podrá comparar con la apertura del Génesis ? Aquella sencillez de lenguaje en razon inversa de la magnificencia de los objetos , nos parece el último esfuerzo del ingenio.

In principio creavit Deus cælum et terram.

Terra autem erat inanis et vacua , et tenebræ erant super faciem abyssi ; et spiritus Dei ferebatur super aquas.

Dixitque Deus : Fiat lux. Et facta est lux. Et vidit Deus lucem quod esset bona : et divisit lucem a tenebris (1).

La belleza de semejante estilo no puede explicarse en qué consiste , y si alguno le criticase , no se sabria que responderle. Me contentaré con observar , que Dios que ve la luz , y que como un hombre , contento con su obra , se aplaude á sí mismo , y la considera buena , es uno de aquellos rasgos que no se hallan en el órden de las cosas humanas : esto no es natural en el entendimiento. Nada

(1) Véase la nota E , al fin del volumen.

tienen de semejante á esta magnífica injenuidad Homero ni Platon, que hablan tan sublimemente de los dioses; es Dios quien se humilla hasta el lenguaje de los hombres, para hacerles conocer su poder y maravillas; pero siempre es Dios.

Cuando se piensa que Moisés es el historiador mas antiguo del mundo; cuando se advierte que ninguna fábula ha interpolado en sus escritos; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, como el autor de una de la legislaciones mas bellas que se han conocido, y como el escritor mas sublime de cuantos han existido; cuando se le ve flotando en su cuna sobre el Nilo, ocultarse en los desiértos por espacio de muchos años, y despues aparecer de nuevo para dividir el mar, fecundar las peñas, conversar con Dios en las nubes, y por último, desaparecer en la cima de una montaña; se queda uno como atónito: pero cuando segun las ideas cristianas llegamos á pensar en que la historia de los israelitas no es solamente la historia de los dias antiguos, sino tambien la imájen de los tiempos modernos, que cada hecho es doble, y contiene en sí mismo una *verdad histórica* y un *misterio*; que el pueblo judío es un compendio simbólico del jénero humano, representando en sus aventuras todo lo que ha sucedido, y quanto ha de suceder en el universo; que Jerusalem se debe tomar siempre por otra ciudad, Sion por otra montaña, la Tierra de Promision por otra tierra, y la vocacion de Abraham por otra vocacion; cuando se reflexiona que el hombre *moral* está tambien oculto

en esta historia bajo el hombre *físico*; que la caída de Adán, la sangre de Abel, la desnudez violada de Noé, y la maldición de este padre sobre un hijo, se manifiestan aun hoy día en el doloroso parto de la mujer, en la miseria y orgullo del hombre, en los rios de sangre que inundan el globo despues del fratricidio de Cain, y en las razas malditas descendientes de Cam, que habitan una de las mas bellas porciones de la tierra (1); finalmente, cuando vemos que el prometido hijo de David viene al tiempo señalado á restablecer la verdadera moral y la verdadera relijion, á reunir todos los pueblos, á sustituir el sacrificio del hombre interior á los holocaustos sangrientos; entonces nos faltan palabras, y estamos próximos á esclamar con el profeta: »Dios es nuestro rey antes de todos los siglos.» *Deus autem rex noster ante sæcula.*

El estilo histórico de la Biblia se muda en Job en elejiaco. Ningun escritor ha llevado la tristeza del alma hasta el grado que ha sido conducida por el santo Arabe, ni aun Jeremías, *con ser el único que iguala las lamentaciones con los dolores*, como dice Bossuet. Verdad es que las imájenes tomadas de la naturaleza del Mediodía, las arenas del desierto, la solitaria palmera y la estéril montaña, convienen singularmente con el estilo y sentimientos de un corazon dilacerado; pero hay en la melancolia de Job cierta cosa de sobrenatural. El hombre *individual*, por desgraciado que sea, no puede ar-

(1) Los negros.

rancar de su alma suspiros semejantes. Job es la figura de la *humanidad paciente*, y el escritor iuspirado ha hallado jemidos para espresar todos los males esparcidos entre la raza humana. Además, como todo tiene en la Escritura una relacion final con la nueva alianza, puede decirse que las elejias de Job se preparaban tambien para los dias de duelo de la iglesia de Jesucristo: Dios hacia componer por sus profetas cánticos fúnebres dignos de los muertos cristianos, dos mil años antes que aquellos sagrados difuntos hubiesen adquirido la vida eterna.

»Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo: ¡Concebido ha sido un hombre (1)!»

¡O cuan extraño modo de jimir! La Escritura es la única que ha llegado á hablar de esta manera.

»Pues ahora durmiendo estaria en silencio, y en mi sueño reposaria (2).»

Esta espresion, y *en mi sueño reposaria*, es una cosa admirable; poned *el* sueño y vereis que todo desaparece. Bossuet ha dicho: *Dormid VUESTRO sueño, ricos de la tierra, y quedad sepultados en VUESTRO polvo* (3).

»¿Por que fue concedida luz al miserable, y vida á aquellos que están en amargura de ánimo (4)?»

Jamás han lanzado las entrañas de los hombres un grito mas doloroso de su profundidad.

(1) *Job*, cap. 3, v. 3. Usamos aqui de la traduccion que hizo nuestro sapientísimo español el P. Felipe Scío.

(2) *Job*, cap. 3, v. 3.

(3) *Orais.*, *fun. du chanc. Le Tel.*

(4) *Job*, cap. 3, v. 20.

»El hombre nacido de mujer, viviendo breve tiempo, está relleno de muchas miserias (1).»

Esta circunstancia, *nacido de mujer*, es una redundancia maravillosa; todas las enfermedades del hombre se ven en las de su madre. El estilo mas correcto no pintaria la vanidad de la vida con tanta fuerza como estas palabras: Viviendo *breve tiempo*, está relleno de *muchas miserias*.»

Por lo demas, todo el mundo conoce aquel famoso pasaje, donde se digna Dios justificar su poder delante de Job, confundiendo la razon del hombre; por esto no hablamos aqui de él.

El tercer carácter, bajo el cual me faltaria considerar el estilo *histórico* de la Biblia, seria el jénero pastoral; pero de esto trataré con alguna estension en los dos capítulos siguientes.

Por lo que mira al segundo estilo jeneral de las sagradas letras, cual es la *poesía sagrada*, habiéndose ejercitado sobre esta materia una multitud de excelentes críticos, seria supérfluo detenernos en ella. ¿Quién no ha leído los coros de la Ester y de la Atalía, ni las odas de Rousseau y de Malherbe? El tratado del doctor Lowth anda en manos de todos los literatos; y Mr. de la Harpe ha dado en prosa una excelente traduccion del Salmista.

En fin, el tercero y último estilo de los libros santos es el del *Nuevo Testamento*. En él se muda la sublimidad de los profetas en una ternura no menos sublime; en él se habla del amor divino, y en

(1) Job, cap. XIV, v. 1.

él es donde el *Verbo se ha encarnado* verdaderamente. ¡Que unción! ¡que sencillez!

Cada Evangelista tiene un carácter particular, excepto San Marcos, cuyo evangelio parece un compendio del de San Mateo. Sin embargo, era discípulo de San Pedro, y muchos han creído que escribió según se lo dictó este apóstol. Es digno de observarse que tampoco omitió en él la narración de la culpa de su maestro. Sin duda es un misterio tan interesante como sublime, que Jesucristo haya elegido precisamente para jefe de su iglesia al único de entre sus discípulos que le negó. Todo el espíritu del cristianismo se encuentra en este solo hecho: San Pedro es el Adán de la nueva ley; esto es, el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña además que la religión cristiana es una religión de misericordia, y que Jesucristo, estableciendo su ley para los hombres sujetos al error, lo hizo aun más en favor del arrepentido que del inocente.

El evangelio de San Mateo es sobre todo precioso para la moral: este apóstol es el que nos ha transmitido la mayor parte de los preceptos, que en forma de sentimientos y tiernas exclamaciones salían tan abundantemente de las divinas entrañas de Jesucristo.

San Juan es algo más dulce y más tierno. En él se echa de ver bien *al discípulo amado que Jesucristo* quiso tener á su lado, durante su agonía, en el huerto de los Olivos. ¡Preferencia sublime sin duda! porque solo un amigo de corazón es digno de

tomar parte en el misterio de nuestros dolores. San Juan fué tambien el único de los apóstoles que acompañó hasta la cruz al Hijo del Hombre, y mereció allí que el Salvador le legase su misma madre. *Mulier, ecce Filius tuus: deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua.* ¡Palabra divina, encargo inefable!

El discípulo querido que habia dormido en el seno de su maestro, habia conservado de él una imagen indeleble en su memoria, y asi es que fue el primero que le reconoció despues de su resurreccion: su tierno corazon no hubiera podido equivocarse, ni desconocer las facciones de su divino amigo, y la fe fue una consecuencia de la caridad.

Por lo demas, todo el espíritu del evangelio de San Juan se contiene en aquella máxima, que repetia frecuentemente en su vejez. Colmado de años y de merecimientos aquel santo apóstol, y no pudiendo ya hacer largos discursos al nuevo pueblo que habia reenjendrado para Jesucristo, se contentaba con decirle: *Hijos mios, amaos unos á otros.*

San Jerónimo es de opinion, que San Lucas era médico; profesion tan noble y distinguida en la antigüedad, y que su evangelio es como la medicina del alma. El estilo de este apóstol es correcto y elevado; echándose de ver por él, que era tan versado en las letras, como en el conocimiento de los negocios y de los hombres de su tiempo. Da principio á su narracion, como lo haria un historiador antiguo, y nos parece leer á Herodoto cuando dice:

1.º »Como muchos se han empeñado en escri-

bir la historia de las cosas que han pasado entre nosotros :

2.º »Segun la relacion que nos han hecho los mismos , que desde el principio las han visto por sus propios ojos , y que han sido los ministros de la palabra :

3.º Yo he creido tambien , ó muy escelente Teófilo , deber escribiros por su órden toda la historia , despues de haber sido exactamente informado de todas estas cosas desde su principio.’

Pero tal es en el día nuestra ignorancia , que acaso no faltarán *literatos* que se admiren al oír que San Lucas es un gran escritor , cuyo evangelio respira el jenio de la antigüedad greco-hebraica. ¿Hay en efecto nada de mas bello que el trozo que precede en la narracion al nacimiento de Jesucristo ?

»En el tiempo de Herodes , rey de la Judea , habia un sacerdote , por nombre Zacarías , de la suerte y familia de Abías : su mujer era tambien de la raza de Aaron , y se llamaba Isabel.

»Ambos eran justos en la presencia de Dios.....

»No tenian hijos , porque Isabel era estéril , y ambos de edad evanzada.’

Ofrece un sacrificio Zacarías : *aparécesele un ángel en pie al lado del altar de los perfumes* , y le anuncia que ha de nacer un hijo , que se llamará Juan , que será el precursor del Mesías , y que *reunirá los corazones de los padres y de los hijos*. El mismo ángel va en seguida á encontrar *una virgen que habitaba en Israel* , y le dice : »Dios te salve , ó llena de gracia , el Señor es contigo.’ Encamínase

María á las montañas de Judea , avistase con Isabel , y el niño que esta lleva en su seno , salta de gozo á la voz de la virgen que habia de dar á luz el Salvador del mundo : poseida de repente Isabel del espíritu santo , levanta la voz y esclama : »Bendita eres entre todas las mujeres , y el fruto de tu vientre será bendito.

»¿ De donde me viene la dicha , de que la madre de mi Salvador venga á visitarme ?

»Porque cuando me has saludado , y en el momento mismo en que tu voz ha llegado á mi oido , mi hijo ha saltado de gozo en mi seno .»

Entonces María entona aquel tan magnífico canto : »¡ O alma mia , glorifica al Señor !»

A esto se sigue la historia del pesebre y de los pastores. *Una comparsa numerosa del ejército celestial* canta durante la noche , *¡ gloria á Dios en el cielo , y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad !* Palabra bien digna de ángeles , y que es como el compendio de la religion cristiana.

Creo conocer algun tanto la antigüedad , y me atrevo á asegurar , que en vano se buscarian en las obras maestras de los primeros ingenios de Roma y de la Grecia , pasajes mas sublimes al paso y mas sencillos.

Léase el Evangelio con atencion , y se encontrarán á cada paso rasgos admirables , que se nos escapan al pronto por su extraordinaria sencillez. San Lucas , por ejemplo , descubriéndonos la genealogía de Jesucristo , sube hasta el oríjen del mundo. Al llegar á las jeneraciones primitivas , y con-

tinuando en nombrar aquellas razas dice: *Cainan, que fue de Henos, que fue de Seth, que fue de Adan, que fue de Dios*. Esta simple palabra, *que fue de Dios*, sin mas comentario ni adorno, y como escrita allí sin reflexion, para contar la creacion, el origen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, es á nuestro parecer del mas elevado *sublime*.

La relijion del Hijo de María es como la esencia de todas las relijiones, ó lo que hay en ellas de mas celestial. En pocas palabras podemos pintar el carácter del estilo evanjélico: es un lenguaje de autoridad de padre, mezclado con no sé qué induljencia fraternal, y con no sé qué conmiseracion de un Dios, que por rescatarnos se dignó hacerse hijo y hermano del hombre.

Por lo demas, cuanto mas leemos las cartas de los apóstoles, y sobre todo las de San Pablo, mas nos admiramos. No se sabe que hombre es este, que en una especie de plática dice familiarmente palabras tan sublimes, hace las reflexiones mas profundas sobre el corazon humano, esplica la naturaleza del Ser supremo, y predice lo futuro (1).

CAPITULO III.

Paralelo de la Biblia y de Homero.

TERMINOS DE COMPARACION.

Tanto se ha escrito ya sobre la Biblia, y tantas veces se ha comentado, que para hacer conocer sus

(1) Véase la nota F, al fin del volumen.

bellezas, quizá no queda ya otro medio que el de compararla con los poemas de Homero. Consagrados estos por los siglos, han recibido del tiempo una especie de santidad, que justifica el paralelo y disipa toda idea de profanacion. Si Job y Nestor no son de una misma familia, uno y otro son por lo menos de los primeros tiempos del mundo, y nos hacen pensar que solo hay un paso desde los palacios de Pilos hasta las tiendas de Ismael.

De qué modo es la Biblia mas bella que Homero, y cuáles son las semejanzas y diferencias que se notan entre ella y este poeta, esto es lo que me propongo investigar en estos capítulos. Consideremos estos dos grandes monumentos como dos columnas solitarias, colocadas á la puerta del templo del Jenio, y que forman el simple peristilo.

A primera vista es una cosa bastante curiosa ver luchar de frente las dos lenguas mas antiguas del mundo; lenguas en las cuales publicaron Moisés y Licurgo sus leyes, y cantaron sus himnos David y Píndaro.

El hebreo, conciso, enérgico, casi sin inflexion en los verbos, espresando veinte combinaciones del pensamiento con sola la oposicion de una letra, anuncia el idioma de un pueblo que, por una alianza digna de atencion, unió la sencillez primitiva á un conocimiento profundo de los hombres.

El griego muestra en sus conjugaciones perplejas, en sus inflexiones y en su difusa elocuencia, una nacion de un jenio imitador y sociable, una

nacion graciosa y vana , melodiosa y pródiga en palabras.

Para componer un verbo , solo necesita el hebreo conocer las tres letras radicales , que forman en el singular la tercera persona del pretérito. En el mismo instante tiene todos los tiempos y todos los modos , añadiendo algunas letras *serviles* antes , despues , ó entre las tres radicales.

La marcha del idioma griego es mas embarazosa. Es preciso considerar la *característica* , la *terminacion* , el *aumento* y la *penúltima* de ciertas *personas* de los *tiempos* de sus verbos ; cosas tanto mas dificiles de conocer , quanto se pierde la *característica* , y se traspone ó se carga de una letra desconocida segun la misma letra de'ante de la cual se la coloque.

Aquellas dos conjugaciones hebraica y griega , la una tan sencilla y corta , la otra tan compuesta y tan larga , parece que patentizan el espíritu y las costumbres de los pueblos que las formaron : la primera indica la concision del patriarca que va á visitar solo á su vecino al pozo de la palmera ; en la segunda se halla delineada la prolijidad del Pelasgo que se presenta á la puerta de su huésped.

Si se toma al acaso algun sustantivo griego ó hebreo , se descubre mejor aun el jenio de las dos lenguas. *Nesher* , v. gr. , en hebreo significa un águila ; viene del verbo *shur* , *contemplar* , porque el águila mira al sol de hito en hito ; y *águila* en griego se espresa por *αιετός* *vuelo rápido*.

Llamó la atencion á Israel lo que el águila tie-

ne de mas sublime ; la vió inmóvil sobre la roca de la montaña , mirando al astro del dia al levantarse.

Aténas solo percibió el vuelo del águila , su fuga impetuosa , y todo aquel movimiento que era tan adecuado al jenio de los griegos. Tales son precisamente las imájenes de *sol*, de *fuegos* y de *montañas*, tantas veces usadas en la Biblia , y tales las de *ruindos*, *correrías* y *pasajes*, tan multiplicados en Homero (1).

Nuestros términos de comparacion serán :

La sencillez;

La antigüedad de las costumbres;

La narracion;

La descripcion;

Las comparaciones ó las imájenes;

Lo sublime.

Examinemos el primer término.

1.º *Sencillez*.

La sencillez de la Biblia es mas corta y mas grave; la sencillez de Homero mas larga y mas risueña.

La primera es sentenciosa , y repite las expresiones de que ya usó para espresar cosas nuevas.

La segunda es propensa á la abundancia de pa-

(1) *Αἴετος* parece proceder del hebreo *HAIT*, lanzarse con furor , á menos que no se derive de *ATE*, adivino; *ATH*, prodigio : asi se encontraría el arte de la adivinacion en una etimología. El *águila* de los latinos viene indudablemente del hebreo *auoik*, animal de garras. La *a* no es mas que una terminación latina. En cuanto á la transposicion de la *k*, y su cambio en *q*, es poco importante.

labras , y no pocas veces repite con las mismas frases lo que acaba de decir.

La sencillez de la Escritura es la de un anciano sacerdote que , lleno de todas las ciencias divinas y humanas , dicta desde el fondo del santuario los oráculos precisos y formales de la sabiduría.

La sencillez del poeta de Chio es la de un viajero anciano , que sentado al hogar de su huésped , cuenta todo lo que ha aprendido en la carrera de una vida larga y borrascosa.

2.º *Antigüedad de las costumbres.*

Los hijos de los pastores del Oriente guardan los ganados como los hijos de los reyes de Ilión. Mas cuando Páris regresa á Troya , habita allí un palacio en medio de esclavos y mil deleites.

Una tienda , una mesa frugal , y unos sirvientes rústicos , es todo lo que hallan los hijos de Jacob en la casa de su padre.

Si se presenta un huésped en la casa de un príncipe de Homero , al instante le conducen al baño las mujeres , y á veces la misma hija del rey. Le perfuman , le presentan aguamaniles de oro y plata para que se lave ; le visten un manto de púrpura , y le llevan á la sala del banquete ; le hacen sentar en una hermosa silla de máfil con un bello escabél ; los esclavos mezclan en las copas agua y vino , y le presentan en una cesta los dones de Céres. El amo de la casa le sirve el suculento lomo de la víctima , del cual le da una racion cinco veces mayor que la de los demas. Entre tanto comen con grande regocijo , y la abundancia apaga bien pron-

to el hambre. Acábase el banquete, y suplican al *extranjero* que refiera su historia. En fin, cuando se marcha le hacen ricos presentes, por mezquino que hubiese parecido su equipaje, porque se supone, ó que es un Dios que viene disfrazado así para sorprender el corazón de los reyes, ó un desgraciado, y por consiguiente el favorecido de Júpiter.

En la tienda de Abrahán es muy diverso el recibimiento: el patriarca se levanta para salir al encuentro de su huésped, le saluda, y después adora á Dios. Los hijos de la casa recojen y cuidan los camellos, y las hijas les dan de beber. Lavan los pies del viajero; este se sienta en el suelo, y toma silenciosamente la comida hospitalaria. Ni se le pide que cuente su historia, ni se le pregunta cosa alguna: se queda ó prosigue su camino, según le acomoda. Al marcharse, hacen alianza con él, y erigen la piedra del testimonio. Este altar debe enseñar á los siglos futuros que dos hombres de los tiempos antiguos se encontraron en el camino de la vida, y que después de haberse tratado como dos hermanos, se separaron para no volverse á ver ya, y para poner entre sus sepulcros dilatadas regiones.

Y nótese que el huésped desconocido es un *extranjero* en Homero, y un *viajante* en la Biblia. ¡Que diferentes miras de la humanidad! El griego solo atiende á una idea política y local, mientras recomienda el hebreo un sentimiento moral y universal.

En Homero las acciones civiles se ejecutan con

ruido y ostentacion. Pronuncia en alta voz sus sentencias un juez, sentado en medio de la plaza pública: Nestor, á las orillas del mar, ofrece sacrificios ó arenga á los pueblos. Una boda tiene hachas encendidas, epitalamios y coronas colgadas á las puertas: un ejército, un pueblo entero asisten á los funerales de un rey: un juramento se hace en nombre de las furias, con imprecaciones espantosas, &c.

Jacob, bajo una palmera, y á la entrada de su tienda, administra justicia á sus pastores. »Pon la mano sobre mi muslo (1), dice Abrahan á su siervo, y jura de ir á Mesopotamia.» Dos palabras bastan para contratar un matrimonio á la orilla de una fuente. El criado trae la esposa prometida al hijo de su amo, ó éste, por obtener la doncella querida, se obliga á guardar por espacio de siete años los rebaños de su suegro. Un patriarca es conducido por sus hijos, despues de su muerte, á la cueva sepulcral de sus padres, en el campo de Efron. Estas costumbres son mas antiguas que las homéricas, porque son mas sencillas, y respiran tambien una calma y gravedad, de que carecen las primeras.

3.º *La narracion.*

La narracion de Homero está interrumpida con digresiones, discursos, descripciones de vasos, ves-

(1) *Femur meum.* Esta costumbre de jurar por la jeneracion de los hombres, es una sencilla imájen de las costumbres de los primeros dias del mundo, quando habia aun inmensos desiertos en la tierra, y el hombre era para el hombre la cosa mas querida y grande. Los griegos conocieron tambien esta costumbre, como se ve en la *vida de Cratés*. Diog. Laert., lib. 6.

tidos, armas y cetros, y con jenealogías de hombres ó de cosas diferentes. Los nombres propios están llenos de epítetos: rara vez deja de ser un héroe *divino, semejante á los inmortales, ú honrado de los pueblos como un Dios*. Una princesa tiene siempre *brazos hermosos*; está siempre formada *como el tronco de la palma de Délos*, y debe su cabellera á la *mas jóven de las Gracias*.

La narracion de la Biblia es rápida, sin digresiones, sin discursos: está sembrada de sentencias, y los personajes se nombran allí sin adulacion..... Los nombres se repiten innumerables veces, y rara vez les sustituye el pronombre; circunstancia que, unida á la frecuente repetición de la conjunción, indica con esta sencillez una sociedad mucho mas próxima al estado de la naturaleza, que la que Homero nos ha pintado. Todos los amores propios se han despertado ya en los hombres de la Odiséa; todos ellos duermen aun en los del Génesis.

4.º *La descripción.*

Las descripciones de Homero son largas, ya participen del carácter tierno, ó terrible, ya del triste, gracioso, fuerte ó sublime.

La Biblia comunmente no tiene mas que un solo rasgo en todos estos jéneros; pero es este admirable; y pone el objeto á la vista.

5.º *Las comparaciones.*

Las comparaciones homéricas se prolongan con circunstancias incidentes: son como pequeños cuadros colgados en el ámbito de un edificio, para que no se canse la vista con la elevación de las cúpulas,

retrayéndola sobre las escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Las comparaciones de la Biblia se espresan jeneralmente en pocas palabras: por ejemplo, un leon, un torrente, una tempestad, ó un incendio, que ruje, baja, destruye y devora. Sin embargo, tambien conoce las comparaciones por menor; pero en este caso toma un jiro oriental, y personifica el objeto, como el orgullo en el cedro, &c.

6.º *Lo sublime.*

Por último, el sublime en Homero nace ordinariamente de la reunion de las partes, y llega á su término por grados.

En la Biblia es casi siempre inesperado. Se arroja sobre uno como un relámpago, y queda uno humeando y surcado del rayo, antes de saber como le ha herido.

En Homero lo sublime se compone tambien de la magnificencia de las palabras, en armonía con la majestad del pensamiento.

En la Biblia por el contrario, el sublime mas elevado proviene ordinariamente del contraste y desproporcion entre la majestad de la idea y la pequeñez, y aun á veces, la trivialidad de la palabra que sirve para manifestarla. Resulta de aqui un movimiento violento y una sacudida increíble para el alma; pues cuando exaltada por la imaginacion, surca las rejiones mas altas del ingenio, en vez de sostenerla la espresion, la deja caer á plomo desde el cielo á la tierra, y la precipita desde el seno de Dios hasta el lodo de este universo. Esta especie de

sublime, el mas impetuoso de todos, conviene singularmente á un Ente inmenso y formidable, que toca á un tiempo mismo á las cosas mas grandes y á las mas humildes.

CAPITULO IV.

Continuacion del paralelo de la Biblia y de Homero.

EJEMPLOS.

Algunos ejemplos acabarán de demostrar la exactitud de nuestro paralelo. Tomaremos el orden inverso de nuestras primeras bases; quiero decir, empezaremos por los lugares de oracion, que pueden suministrarnos ejemplos cortos y separados, como el *sublime* y las *comparaciones*, y concluiremos con la *sencillez y antigüedad de costumbres*.

Encuétrase en la Iliada un lugar muy notable por lo *sublime*, y es aquel en que Aquiles, despues de la muerte de Patroclo, se presenta desermado en los atrincheramientos de los griegos, y espanta con sus gritos los batallones troyanos (1). La nube de oro que corona la frente del hijo de Peleo; la llama que se eleva sobre su cabeza; la comparacion de esta llama á un fuego colocado por la noche en medio de una torre sitiada; los tres gritos de Aquiles, que por tres veces esparcen la confusion en medio del ejército troyano; todo esto, digo, forma

(1) *Iliad.*, lib. XVIII, v. 204.

aquel sublime homérico, que se compone, como hemos dicho, de la reunion de muchos bellos accidentes y de la magnificencia de las palabras.

Véase ahora un sublime bien distinto: en él se ve el movimiento de la oda en su mayor entusiasmo.

»Profecía contra el valle de la Vision. ¿Como es que, con toda tu jente, te has subido sobre los tejados?

»Llena de bullicio, ciudad populosa, ciudad de regocijo; tus muertos no son muertos con espada, ni muertos en batalla.

»El Señor te coronará con una corona de tribulacion, y te arrojará como pelota á un campo ancho y espacioso: allí morirás, y en esto vendrá á parar el carro de tu gloria (1).»

¡A que mundo desconocido nos arroja de un golpe el Profeta! ¿Donde nos trasporta? ¿quien es el que habla, y á quien dirige la palabra? El movimiento sigue al movimiento, y cada versículo aumenta el terror del precedente. Ya no es la ciudad una reunion de edificios; es una mujer, ó por mejor decir, un personaje misterioso, porque su sexo no está indicado. Sube *sobre los tejados para llorar*; el profeta, tomando parte en su desórden, le pregunta en singular, *¿por que has subido?* y colectivamente añade, *con toda tu jente.* »Te arrojará como pelota á un campo ancho y espacioso...., y en esto vendrá á parar el carro de tu gloria:» ved

(1) *Is.*, cap. XII, v. 1-2, 18.

aquí combinaciones de palabras y una poesía muy extraordinaria.

Homero usa de mil modos sublimes para pintar una muerte violenta; pero la Escritura los ha escedido á todos con sola esta espresion: »*El primojénito de la muerte devorará su hermosura.*»

El primojénito de la muerte, por decir *la muerte mas horrible*, es una de aquellas figuras que solo se hallan en la Biblia. No se sabe donde ha ido á buscar esto el entendimiento humano: todos los caminos son desconocidos para llegar á este sublime (1).

Por eso llama tambien la Escritura á la muerte el *rey de los espantos*; y por eso dice hablando del malo: »Él concibió el dolor, y parió la iniquidad (2).»

El mismo Job cuando quiere ensalzar la grandeza de Dios, esclama: *Descubierto está el infierno delante de él (3). El ata las aguas en las nubes (4): desata la banda de los reyes, y ciñe con una cuerda sus riñones (5).*

El adivino Teoclimeno, en el festin de Penélope, se conmueve con los siniestros presajios que les amenazan (6).

»¡Ah, desdichados! ¿que desgracia os ha suce-

(1) *Job*, cap. XVIII, v. 13. Véase al sapientísimo P. Scio en este lugar.

(2) *Job*, cap. XV, v. 35.

(3) *Job*, cap. XXVI, v. 6.

(4) Cap. XVI, v. 12.

(5) Cap. XII, v. 18.

(6) *Odis.*, lib. XX, v. 331-37.

dido? ¿que tinieblas se han esparcido sobre vuestras cabezas, sobre vuestros rostros, y en torno de vuestras débiles rodillas? Se oye un aullido, y vuestras mejillas se bañan en llanto; los muros y los listones de las paredes se tiñen de sangre. Esta sala y este vestíbulo están llenos de espectros que bajan al Erebo por medio de las sombras. Desaparece el sol en el cielo, y se deja ya ver la noche de los infiernos.”

Por formidable que sea este sublime, cede sin embargo á la vision del libro de Job.

»En el horror de una vision nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar á los hombres, un espanto y un temor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron. *Pasó por delante de mí un espíritu, y erizáronse los pelos de mi carne. Yo vi á aquel cuyo rostro no conocia. Una fantasma apareció delante de mis ojos, y oí una voz como de un lijero vientecillo (1).*”

Aqui hay menos sangre, menos tinieblas y menos espectros que en el pasaje de Homero; pero aquel *rostro desconocido*, y aquel *vientecillo lijero*, son con efecto mas terribles.

En cuanto al sublime que resulta del choque de un gran pensamiento y de una pequeña imájen, veremos luego un bello ejemplo, hablando de las comparaciones.

Si el cantor de Ilión pinta á un jóven traspasado por la lanza de Menelco, le compara á un

(1) *Job*, cap. iv, v. 13, etc.

tierno olivo lleno de flores, plantado en un verjel delante de los ardores del sol, entre el rocío y los céfiros; mas repentinamente le derriba sobre el suelo natal un viento impetuoso, y cae á la márjen de las aguas nutritivas que daban el jugo á sus raices. Esta es la prolongada comparacion homérica, con sus suaves y hechiceros pormenores (1).

Parecen oirse en el orijinal los suspiros del viento en el vástago del nuevo olivo. *Quam flatus motant omnium ventorum.*

La Biblia nos suministra, en vez de todo esto, un solo rasgo: »El impío, dice, se marchitará como racimo de viña tierna, y como olivo que deja caer su flor (2).

»La tierra, esclama Isaías, volverá como un embriagado, y será trasportada como tienda que se preparó para una sola noche (3).»

He aqui el sublime en contraste. Despues de la frase, y *será trasportada*, queda el espíritu suspenso, y espera alguna grande comparacion, cuando añade el profeta, *como una tienda preparada para una sola noche*. La tierra, que nos parece tan dilatada, se ve desplegada en los aires como un pequeño pabellon, y recojida despues con la mayor facilidad por el *Dios fuerte* que la ha tendido, y para quien la duracion de los siglos apenas es como una noche rápida.

La segunda especie de comparacion que hemos

(1) *Iliad.*, lib. xvii, v. 55, 56.

(2) *Job*, cap. xv, v. 33.

(3) *Isai.*, cap. xxiv, v. 20.

atribuido á la Biblia; esto es, la comparacion larga, se encuentra en Job de esta manera:

»Vos veriais al impío humedecido antes de salir el sol, y ufanarse su tallo en su jardin. Sus raices se multiplican en un monton de piedras, y se arraigan alli; se le arranca de su sitio; el lugar mismo donde estaba le renunciará, y le dirá: Yo jamás te he conocido (1).»

¡Cuan admirable es esta comparacion, ó por mejor decir, esta prolongada figura! Asi son renegados y desconocidos los perversos por aquellos corazonas estériles, por *aquellos montones de piedras*, sobre los cuales se hubieran arraigado localmente durante su culpable prosperidad: esos guijarros que toman la palabra, ofrecen ademas un jénero de personificacion, casi desconocido al poeta de la Ionia (2).

Ezequiel, profetizando la ruina de Tyro, esclama: »Temblarán los navíos, mientras os veais ocupados del terror, y se espantarán las islas en el mar, viendo que nadie sale de vuestras puertas (3).»

¿Hay cosa mas asombrosa y horrible que esta imájen? Parece que estamos viendo aquella ciudad en otro tiempo tan comerciante y tan poblada, aun en pie, con todas sus torres y edificios; al pasc que ningun ser viviente se pasea por sus calles soli-

(1) *Job*, cap. viii, v. 16, 17 y 18.

(2) Homero hizo llorar la ribera del Helesponto.

(3) *Ezequiel*, cap. xxvi, v. 18.

tarias, ni pasa por debajo de sus desamparadas puertas.

Vengamos á los ejemplos de narracion, donde hallaremos reunidos el *sentimiento*, la *descripcion*, la *imájen*, la *sencillez*, y la *antigüedad* de las *costumbres*.

Los pasajes mas famosos y los rasgos mas conocidos y admirados en Homero, se encuentran casi palabra por palabra en la Biblia, y siempre con una superioridad incontestable.

Ulises está sentado en el festin del rey Alcino; Demódoco canta la guerra de Troya y las desgracias de los griegos.

»Tomando Ulises en su fuerte mano un faldon de su magnífico manto de púrpura, le ponía sobre su cabeza para ocultar su noble rostro, y encubrir á los feácios las lágrimas que le caian de sus ojos. Cuando el divino cantor suspendía sus versos, enjugaba Ulises sus lágrimas, y tomando una copa hacia libaciones á los dioses. Cuando proseguia Demódoco sus cantos, y los ancianos le incitaban á porfía (porque estaban encantados de sus palabras), se cubria Ulises de nuevo la cabeza, y empezaba otra vez á llorar (1).»

Estas bellezas han asegurado á Homero, de siglo en siglo, el primer lugar entre los mayores talentos. Su memoria puede gloriarse de no haber sido sobrepujada en semejantes pinturas, sino por hombres que escribieron lo que les dictaba el cielo.

(1) *Odís.*, lib. VIII, v. 83, etc.

Mas no queda duda en que lo ha sido , y de un modo que no deja refugio á la crítica.

Los que vendieron á José , los mismos hermanos de aquel hombre poderoso , vuelven á él sin conocerle, y le traen al jóven Benjamin que él les habia pedido.

»José les saludó tambien , acojiéndoles favorablemente , y les pregunta : ¿Está bueno vuestro padre , ese anciano de quien me hablasteis ? ¿Vive todavía ?

»Y ellos respondieron : Bueno está vuestro sirvo , nuestro padre ; aun vive : é inclinándose le adoraron.

»José alzando la vista vió á Benjamin , hijo de Raquel , su madre , y dijo : ¿Este es vuestro hermano el menor , de quien me hablasteis ? y añadió despues : Dios tenga misericordia de ti , hijo mio.

»Y se apresuró á salir de alli , porque se conmovieron sus entrañas al ver á su hermano , y *se le saltaban las lágrimas* ; y entrándose en otro apesentó , *lloró*.

»Y saliendo fuera otra vez despues de *haberse lavado la cara* , se reprimió , y dijo á sus criados : Servid la comida. (1).

He aqui las lágrimas de José en oposicion con las de Ulises : he aqui bellezas absolutamente semejantes ; mas ¡cuan diferentes en lo patético ! José

(1) Génes., cap. XLIII, v. 27 y sig.

llorando á vista de sus ingratos hermanos y del joven é inocente Benjamin; este modo de pedir noticias de un padre; esta admirable sencillez, y esta mezcla de amargura y de agrado, son cosas inefables; naturalmente vienen las lágrimas á los ojos, y se siente uno incitado á llorar como José.

Ulises, escondido en casa de Euméo, se dá á conocer á Telémaco: sale de la casa del pastor, se despoja de sus andrajos, y recobrando de nuevo la gallardía de su figura por medio de un golpe de la varita de Minerva, entra pomposamente vestido (1).

»Su hijo querido le admira, y se apresura á volver la vista, temiendo que fuese algun dios. Esforzándose para hablar, le dirige rápidamente estas palabras: Estranjero, tú me pareces muy distinto del que eras antes de tener esos vestidos, y no eres ya semejante á ti mismo. Ciertamente eres alguno de los dioses que habitan lo oculto del Olimpo, pero senos favorable; nosotros te ofrecemos sagradas víctimas, y alhajas de oro maravillosamente trabajadas.

»El divino Ulises, perdonando á su hijo, le respondió: Yo no soy ningun dios. ¿Por que me comparas á los dioses? *Yo soy tu padre*, por quien suspirabas, y por quien sufrías mil males; las violencias de los hombres. Asi dice, y abraza á su hijo, y las lágrimas que corren por sus mejillas, llegan á mo-

(1) *Odis.*, cap. XLIII y sig.

jar la tierra: hasta entonces habia tenido valor para contenerlas."

Volveremos á hablar de este reconocimiento; pero es preciso ver antes el de José y sus hermanos.

Habiendo hecho José introducir secretamente una copa en el costal de Benjamin, manda que prendan á los hijos de Jacob: estos se consternan. Finje José que quiere retener al criminal; Judas se ofrece en rehenes por Benjamin, y refiere á José que Jacob le habia dicho al partir para Egipto:

»Bien sabeis que he tenido dos hijos de Raquel, mi mujer.

»Salió uno al campo, y me dijisteis: una fiera le devoró; y hasta ahora no ha parecido.

»Si lleváreis tambien á éste, y le acaeciére en el camino alguna cosa, llevareis mis canas con tristeza al sepulcro.

»No podia ya mas reprimirse José á vista de los muchos que estaban presentes; por lo cual mandó que todos salieran fuera, para que ningun extraño asistiese al mútuo reconocimiento.

»Y alzó la voz con llanto, la cual oyeron los ejiptos y toda la casa de Faraon.

»Y dijo á sus hermanos: Yo soy José: ¿vive mi padre todavía? No podian responderle los hermanos, espantados de un escesivo terror.

»A los cuales él dijo dulcemente: Llegaos á mí. Y habiéndose ellos llegado de cerca, dijo: Yo soy

José vuestro hermano , á quien vendisteis para Egipto.

»No os asusteis.

»No por consejo vuestro, sino por voluntad de Dios he sido enviado acá. Apresuraos , é id á encontrar á mi padre.

»..... Y como se hubiese dejado caer sobre el cuello de Benjamin su hermano, al abrazarle lloró, llorando tambien igualmente aquel sobre el cuello de José.

»Y abrazó José á todos sus hermanos , y lloró sobre cada uno de ellos , &c.”

He aqui esta historia de José , que no se halla en la obra de ningun sofista, porque no es de ellos nada de cuanto está unido con el corazon y con las lágrimas : esta historia se halla en el libro que sirve de base á esta relijion despreciada de los incrédulos , y que tendria muy suficiente derecho para volverles menosprecio por menosprecio. Veamos como escede el reconocimiento de José y sus hermanos al de Ulises y Telémaco.

Yo creo que Homero cayó por el pronto en un grande error, empleando lo *maravilloso*. Cuando en las escenas dramáticas están conmovidas las pasiones , y todos los milagros deben salir del alma , la intervencion de una deidad amortigua la accion, dá á los sentimientos el aire de una fábula , y pone á la vista la mentira del poeta , donde solo se pensaba hallar la verdad. Mucho mejor efecto hubiera causado el que Ulises se hubiese dado á conocer en

medio de sus andrajos por alguna señal natural, como el mismo Homero lo hizo ver antes; pues el rey de Itaca se descubrió á su nodriza Euriclea por una antigua cicatriz, y á Laertes por la circunstancia de los trece perales que el buen viejo le habia dado en su infancia. Nos agrada el ver que las entrañas del *destructor de las ciudades* estén formadas de la misma materia que las del comun de los hombres, y que las afecciones mas simples compongan el fondo.

El reconocimiento está mejor conducido y traído en el Génesis. En el costal de un jóven é inocente hermano introducen una copa, por astucia enteramente fraternal, y por la venganza mas inocente; desconsuélanse los hermanos culpables, pensando en la afliccion de su padre; y la imájen del dolor de Jacob, despedazando el corazon de José, le obliga á descubrirse antes del tiempo que habia determinado. En quanto á la famosa espresion, *yo soy José*, sabemos que hacia llorar de admiracion á Voltaire mismo. El *yo soy tu padre* de Homero, es bien inferior al *ego sum Joseph*. Ulises vuelve á encontrar en Telémaco un hijo sumiso y fiel. José habla á unos hermanos que *le han vendido*; no les dice *soy vuestro hermano*; les dice solamente, *yo soy José*, y en esta palabra *José*, está comprendido todo para ellos. Quedan turbados, asi como Telémaco; pero no es la majestad del ministro de Faraon quien los conturba, sino cierta cosa que hay en su conciencia.

Ulises, para probar á Telémaco que es su pa-

dre, le hace un largo razonamiento; José no necesita de tantas palabras con los hijos de Jacob. Los llama *cerca de sí*; porque si *levantó* la voz lo suficiente para ser oído en toda la casa de Faraon, cuando dijo *yo soy José*, sus hermanos debían ser no obstante los únicos que oyeran la esplicacion que iba á añadir en *voz baja*: *ego sum Joseph*, FRATER VESTER QUEM VENDIDISTIS IN ÆGYPTUM; aqui se hallan en el último grado de perfeccion la delicadeza, la jenerosidad y la sencillez.

No dejemos de notar la bondad con que José consuela á sus hermanos, y las excusas que él mismo les dá, diciéndoles que lejos de hacerle miserable, son, por el contrario, la causa de su grandeza. Esto consiste en que la Escritura jamás deja de colocar la Providencia en la perspectiva de sus pinturas. Aquel gran consejo de Dios, que dirige todos los negocios humanos, aunque parezcan los mas abandonados á las pasiones de los hombres y á las leyes del acaso, sorprende maravillosamente el espíritu. Amamos aquella mano oculta en las nubes, que incesantemente ejercita á los hombres: amamos el considerarnos como alguna cosa en los proyectos de la divina sabiduría, y el conocer que el momento de nuestra vida es un designio de la eternidad.

Todo es grande con Dios, todo futil sin él; y esto se estiende hasta los sentimientos. Suponed que todo pasa en la historia de José, como se indica en el Génesis; admitid que el hijo de Jacob, tan bueno y tan sensible como es, sea tambien fi-

lósofo; y que en lugar de decir, *yo estoy aquí por la voluntad del Señor*, diga, *la fortuna me ha sido favorable*; los objetos se disminuyen, el círculo se estrecha, y lo patético desaparece con las lágrimas.

José, en fin, abraza á sus hermanos como Ulises á Telémaco, pero empieza por Benjamín. Un moderno hubiera sin duda supuesto que José echó primero sus brazos al cuello del hermano mas delincuente, con el fin de que fuese su héroe un verdadero personaje de tragedia. La Biblia ha conocido mejor el corazón humano; ella ha sabido apreciar justamente aquella exajeración de sentimiento, por la cual afecta el hombre tener el brio de esforzarse hasta llegar, según este, á una acción extraordinaria, ó á decir lo que tiene por una enérgica expresión. Por lo demás, la comparación que ha hecho Homero de los sollozos de Telémaco y Ulises, con los gritos de una águila y sus polluelos (comparación que he suprimido), nos parece estar de más en este lugar, y *«como se hubiese dejado caer sobre el cuello de Benjamín su hermano, al abrazarle lloró; llorando también igualmente aquel sobre el cuello de José:»* esta es la única magnificencia de estilo conveniente en tales ocasiones.

En la Escritura hallaríamos otros muchos trozos de narración tan excelentes como el de José; pero el lector puede fácilmente cotejarlos con otros de Homero. Comparará por ejemplo el libro de Ruth y el de la recepción de Ulises en casa de Euméo; Tobías ofrece analogías admirables con algu-

nas escenas de la Iliada y de la Odisea: Priamo es conducido por Mercurio bajo la forma de un hermoso jóven, asi como el hijo de Tobías lo es por un ángel bajo el mismo disfraz. Ni se debe echar en olvido el perro, que corre á anunciar á los ancianos padres la vuelta de un hijo querido; ni el otro perro que permanece fiel entre servidores ingratos, y llena y termina su destino, inmediatamente que ha reconocido á su amo bajo los harapos del infortunio. Nausicaa y la hija de Faraon van á lavar sus vestidos á los rios; la una encuentra allí á Ulises, y la otra á Moisés.

Se hallan sobre todo en la Biblia ciertos modos de esplicarse, que son, á nuestro parecer, mas tiernos que toda la poesía de Homero. Cuando quiere este pintar la vejez, dice:

»Nestor, este orador de Pylos, esta boca elocuente, cuyas palabras eran mas dulces que la miel, se levantó en medio de la junta. Ya habia encantado con sus discursos á dos jeneraciones de hombres, entre las cuales habia vivido en la gran Pylos, y reinaba ahora sobre la tercera (1).»

Esta frase es de la mas bella antigüedad, tanto como de la melodía mas dulce. El segundo verso imita la dulzura de la miel, y la sabrosa elocuencia de un anciano.

Habiendo preguntado Faraon á Jacob su edad, responde el patriarca:

»Los dias de mi peregrinacion son ciento y

(1) *Iliad.*, lib. I, v. 247-62.

treinta años, cortos y malos, y no han llegado á los días de mis padres (1).”

Ved aquí dos jéneros de antigüedades bien diferentes: la una es en imájenes, y la otra en sentimientos; la una hace nacer ideas risueñas, la otra pensamientos melancólicos; la una representando un jefe de un pueblo, no muestra al anciano mas que con relacion á una posicion de la vida; la otra le considera individualmente y todo entero: en jeneral, Homero hace reflexionar mas sobre los hombres, y la Biblia sobre el hombre.

Muchas veces habla Homero de los regocijos de dos esposos, ¿pero lo hace de esta manera?

»Quien (Isaac) la hizo entrar (á Rebeca) en la tienda de Sara su madre, y la tomó por mujer; y la amó en tanto grado, que se templó el dolor que le habia causado la muerte de su madre (2).”

Concluiré este paralelo y nuestra poética con un ensayo que hará comprender en un instante la diferencia esencial que existe entre el estilo de la Biblia y el de Homero; tomaré un trozo de la primera, para vestirle con los colores del segundo. Ruth habla así á Noémi:

»No os opongais á mí, obligándome á dejaros y á marcharme; por donde quiera que vayais os acompañaré. Yo moriré en donde vos fallezcai: vues-

(1) *Génes.*, cap. XLVII, v. 9.

(2) *Génes.*, cap. XXIII, v. 67.

tro Dios será mi Dios, y vuestro pueblo mi pueblo (1).”

Probaré á traducir este mismo versículo en lenguaje homérico.

»La bella Ruth respondió á la sábia Noémi, honrada de los pueblos como una diosa: Dejad de de oponeros á lo que una divinidad me inspira; yo os diré la verdad tal como la sé sin disfraz. Estoy resuelta á seguiros. Permaneceré con vos, bien os quedeis con los Moabitas, hábiles en disparar el venablo, ó bien os volvais al pais de Judá, tan fértil en olivos. Pediré con vos la hospitalidad á los pueblos que respetan á los suplicantes. Nuestras cenizas serán mezcladas en una misma urna, y haré sacrificios agradables al Dios que siempre os acompaña.

»Dijo: y asi como cuando el violento céfiro trae una lluvia tibia de la parte del Mediodía, preparan los labradores el trigo y la cebada, y hacen cestos de juncos estrechamente entrelazados, porque prevén que esta agua va á ablandar los terrenos de la tierra y á disponerla para recibir los dones preciosos de Ceres; así enternecieron como una fecunda lluvia todo el corazon de Noémi las palabras de Ruth.”

En cuanto mi pobre talento me ha permitido imitar á Homero, véase aqui una especie de som-

(1) *Ruth.*, cap. I, v. 6.

bra del estilo de este jenio inmortal. Pero desleído de esta manera el versículo de Ruth, ¿no ha perdido aquel encanto orijinal que tiene en la Escritura? ¿Que poesía puede jamás equivaler á solo este rodeo de oracion: »*Populus tuus, populus meus, Deus tuus, Deus meus?*» Bien fácil seria ahora tomar un pasaje de Homero, borrar los colores, y dejar el fondo únicamente como está en la Biblia.

Con lo espuesto esperamos haber dado á conocer á los lectores (á lo menos en cuanto alcanzan nuestras luces) algunas de las bellezas de la Biblia. ¡Dichoso yo si he conseguido hacerles admirar esta grande y sublime piedra, que sostiene toda la iglesia de Jesucristo!

»Si la Escritura, dice San Gregorio el grande, encierra misterios capaces de admirar y ocupar á los mas ilustrados, tambien contiene verdades sencillas, propias para alimentar á los humildes y menos sábios: en el exterior tiene con que dar de mamar á los niños, y en los mas íntimos arcanos con que llenar de admiracion á los espíritus más sublimes. Es semejante á un rio, cuyas aguas están en ciertos parajes tan bajas, que un cordero puede vadearlas, y tan profundas en otros, que pudiera nadar un elefante.»

TERCERA PARTE.

BELLAS ARTES Y LITERATURA.

LIBRO PRIMERO.

Bellas Artes.

CAPITULO PRIMERO.

MUSICA.

De la influencia del cristianismo en la música.

Las bellas artes, como hermanas que son de la poesía, serán ahora el objeto de nuestro estudio. Siguiendo siempre los pasos de la religión cristiana, la reconocieron por su madre desde el momento que se presentó en el mundo. Ofreciéronla sus encantos humanos, y ella les dió su divinidad: la música puso en nota sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar con ella sobre los sepulcros, y la arquitectura edificó templos tan sublimes y melancólicos como su pensamiento.

Platon definió maravillosamente la naturaleza de la música : »No se debe , dice , juzgar de la música por el placer , ni buscar la que no tuviese otro objeto que el placer mismo , sino la que encierra en sí la semejanza de lo bello .”

Con efecto , considerada la música como arte , es una imitacion de la naturaleza : su perfeccion consiste , pues , en representar *la mas bella naturaleza posible*. El placer es ciertamente una cosa de opinion , que varía segun los tiempos , las costumbres y los pueblos , y que no puede tener el carácter de *bello* , porque este es único , y existe del todo independiente. De aqui resulta , que toda institucion que se dirige á purificar el alma , á desviar la turbacion y las disonancias , y hacer nacer en ella la *virtud* , es por sí misma propicia á la música mas bella , ó á la mas perfecta imitacion de lo *bello*. Pero si esta institucion es ademas de esto de naturaleza religiosa , entonces posee las dos condiciones esenciales á la armonía ; á saber : lo *bello* y lo *misterioso*. El canto nos viene de los ángeles , y el manantial de los conciertos reside en el cielo.

La religion es la que en medio de la noche hace suspirar á la vestal bajo sus tranquilas bóvedas : la religion la que canta con tanta dulzura á la cabecera de la cama del desgraciado. Jeremías le debió sus lamentaciones y David sus penitencias sublimes. Aun mas orgullosa bajo la antigua alianza , únicamente pintó los dolores de los monarcas y profetas ; pero mas modesta y no menos grandiosa y verdadera en la ley nueva , sus suspiros convienen á los po-

derosos igualmente que á los débiles , porque ha encontrado en Jesucristo la humildad unida á la grandeza.

Añadamos que la religion cristiana es esencialmente armoniosa, por la sola razon de que busca la soledad ; mas no se crea por esto que es enemiga del mundo , antes por el contrario , se manifiesta en él muy amable ; pero esta celestial Filomena prefiere las soledades ignoradas : es casi extranjera en la morada de los hombres, porque gusta mas de los bosques , que son los palacios de su padre y su antigua patria. Allí es donde levanta la voz hácia el firmamento en medio de los conciertos de la naturaleza : esta publica sin interrupcion las alabanzas del Criador , y nada hay mas religioso que los cánticos que entonan con los vientos las encinas y las cañas del desierto.

De esta manera , si el músico que trate de seguir á la religion en todos sus aspectos , se ve precisado á aprender de la soledad la imitacion de las armonías , preciso es que conozca los sonos patéticos que hacen las aguas y los árboles ; y es tambien necesario que haya escuchado atento el ruido que hacen los vientos en los claustros , y aquellos murmullos que reinan en los templos góticos , en la yerba de los cementerios , y en los subterráneos de los muertos.

El cristianismo ha inventado el órgano , y ha hecho suspirar al bronce mismo : ha conservado la música en los siglos bárbaros , y colocando en ellos su trono , ha formado un pueblo que canta natural-

mente como las aves. Cuando civilizó á los salvajes, lo hizo por medio de los cánticos, y el iroqués que no habia cedido á sus dogmas, cedió por fin á sus conciertos. ¡O religion de paz! En todo diferente de los otros cultos, lejos de dictar como ellos á los hombres sus preceptos de odio y discordia, solamente les has enseñado el amor y la armonía.

CAPITULO II.

Del canto Gregoriano.

Si no constara por la historia que el canto Gregoriano es el resto de aquella música antigua de que se cuentan tantos milagros, bastaria examinar su escala para conocer su alto origen. Antes de Guido Aretino no subia mas que hasta la quinta, comenzando por el *ut, re, mi, fa, sol*. Estos cinco tonos son el diapason natural de la voz, y producen una frase musical completa y agradable.

Mr. Burette nos ha conservado algunas tonadas griegas, en las cuales, comparadas con el canto llano, se ve que tienen un mismo sistema. La mayor parte de los salmos son sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi*, y el *Laudate, pueri*. El *In exitu*, perfeccionado por Rameau, es de carácter menos antiguo; tal vez será del tiempo del *Ut queant laxis*, es decir, del siglo de Carlo-Magno.

El cristianismo es sério como el hombre, y grave hasta en su sonrisa. No hay cosa mas bella que

los suspiros que nuestros males arrancan á la religion. El oficio de difuntos es una obra perfecta; parece que oyen en él los sordos retumbes del sepulcro. Segun tradicion antigua, el *canto que liberta á los difuntos*, segun la espresion de uno de nuestros poetas, es el mismo que se cantaba en las pompas fúnebres de los atenienses, hácia los tiempos de Pericles.

En los diversos oficios de la semana santa, llama la atencion nuestra la pasion de Cristo, segun San Mateo: la relacion del historiador, los gritos del pueblo judaico, y la nobleza de las respuestas de Jesucristo, forman un drama poético.

Pergoleso ostentó en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte; ¿pero ha escedido acaso al sencillo canto de la iglesia? Varió de música en cada estrofa, y por tanto varió el carácter esencial de la tristeza, que consiste en la repeticion de un mismo sentimiento, ó por mejor decir en la monotonía del dolor. Las lágrimas pueden derramarse por diversas razones; pero tienen siempre una amargura semejante. Por otra parte, es cosa muy rara llorar á un mismo tiempo por un conjunto de males; pues aun cuando las heridas se multipliquen, siempre hay una que por ser mas penetrante, absorbe en sí la pena de las otras menores. Tal es la razon del embeleso que causaban nuestros antiguos romances franceses. Este canto *igual*, que se halla en cada copla con variedad de palabras, imita perfectamente á la naturaleza: el hombre que sufre, divaga en su mente por diferentes objetos,

mientras que el fondo de sus penas permanece inmóvil.

Pergoleso, pues, ignoró esta verdad que pertenece á la teoría de las pasiones, cuando quiso que ningun suspiro del alma se pareciese al que le habia precedido. Por donde quiera que haya variedad, hay tambien distraccion, y donde hay distraccion, hay menos tristeza: tan necesaria es la unidad al sentimiento, y tan débil es el hombre aun en aquella parte misma en que se funda toda su fuerza; quiero decir, en el dolor.

La leccion de las lamentaciones de Jeremías tiene en sí un carácter particular: pueden haberla retocado los modernos, pero su fondo me parece hebreo, porque en nada se asemeja á los tonos griegos del canto llano. El Pentateuco se cantaba en Jerusalem, como las poesías bucólicas, sobre un modo copioso y dulce: las profecías se espresaban en tono áspero y patético, y los salmos con cierta música estática, que con particularidad les estaba consagrada (1). Aqui volvemos á aquellos grandes recuerdos que nos presenta por todas partes el culto católico. Moisés y Homero, el Líbano y el Citheron, Solima y Roma, Babilonia y Aténas, han legado sus despojos á nuestros altares.

Finalmente, este entusiasmo mismo fue el que inspiró el *Te Deum*. Cuando un ejército frances detenido en las llanuras de Lens ó Fontenoy, en medio de los rayos y de la sangre humeante aun, al

(1) Bonet. Hist. de la música y de sus efectos.

son de clarines y trompetas, y ostentando en sí mismo las señales del fuego y estragos de la guerra, doblaba la rodilla, y entonaba el himno al Dios de las batallas; ó bien cuando en medio de las lámparas y artonados de oro, de las antorchas, los perfumes, el toque de órgano, el volteo de campanas; el sonido de serpentones y bajos, hacia temblar este majestuoso himno las vidrieras, los subterráneos y las cúpulas de una antigua basílica; entonces no habia hombre que no se sintiese arrebatado, ni dejase de experimentar algun movimiento de aquel delirio que hacia brillar Píndaro en los bosques de Olimpia, y David en el torrente Cedron.

Por lo demas, hablando únicamente de los cantos griegos de la iglesia, se echa de ver, que no empleamos todos nuestros medios, puesto que pudiéramos mostrar los Ambrosios, los Dámasos, los Leones y Gregorios, que se ocupaban en restablecer el arte de la música: podríamos citar las obras clásicas de la música moderna, compuestas para las fiestas cristianas, y en fin á todos esos grandes profesores, los Vincis, Leones, Hases, Galupis, Durantes, &c., educados, formados, ó protegidos en los *conservatorios* de Venecia, de Nápoles y de Roma, y en la corte de los sumos pontífices.

CAPITULO III.

Parte histórica de la pintura entre los modernos.

La Grecia nos refiere que una doncella viendo en una pared la sombra de su amante, dibujó sus

contornos. Así, según la antigüedad, una pasión inconstante produjo entre los antiguos el arte de las más perfectas ilusiones.

La escuela cristiana ha tenido otro maestro; ella le reconoce en aquel grande artista, que amasando un poco de barro con sus manos poderosas, dijo estas palabras: *Hagamos el hombre á nuestra semejanza*. Para nosotros, pues, el primer rasgo de este diseño existió en la idea eterna de Dios, y la primera estatua que hubo en el mundo, fue aquel famoso barro animado con el soplo del Criador.

Existe una fuerza de error que obliga al silencio, tanto como la fuerza de verdad: una y otra puestas en el último grado, convencen; la primera negativa y la segunda afirmativamente. De ahí es, que cuando se oye asegurar que el cristianismo es el enemigo de las artes, enmudece uno de espanto, porque en aquel mismo instante no podemos dejar de acordarnos de Miguel Anjel, Rafael, Carracho, el Dominiquino, Lesueur, Pousin, Constou, y otros muchos artistas, cuyos nombres solos bastarian para ocupar muchos volúmenes.

Hacia la mitad del siglo cuarto empezó á arruinarse por todas partes el imperio romano, acometido de los bárbaros, y dividido por la herejía. Las artes solo hallaron asilo entre los cristianos y los emperadores ortodoxos. Teodosio, por una ley particular *de excusatione artificum*, exoneró á los pintores y á sus familias de todo tributo y alojamiento de soldados. Son grandes é infinitos los elojios que ha-

cen de la pintura los padres de la iglesia, y San Gregorio se espresa de un modo digno de atencion: *Vidi sæpius inscriptionis imaginem, et sine lacrymis transire non potui, cum tam efficaciter ob oculos poneret historiam* (1): esta era una pintura que representaba el sacrificio de Abraham. San Basilio pasa aun mas adelante, pues asegura que los pintores hacen tanto con sus cuadros como los oradores con su elocuencia (2). Un monje llamado Metodio pintó en el octavo siglo aquel juicio universal, con cuya vista se convirtió Bógoris, rey de los búlgaros (3). Habian reunido los sacerdotes en el colejo de la Ortodoxia, en Constantinopla, la mas hermosa biblioteca del mundo y las obras maestras de las artes, entre las cuales sobresalia la Vénus de Praxiteles (4), lo que prueba, cuando menos, que los fundadores del culto católico no eran unos bárbaros sin gusto, ni unos monjes mojigatos entregados á una absurda supersticion.

Aquel colejo fue destruido por los emperadores iconoclastas. Los profesores fueron quemados vivos, y con inminente peligro de la vida pudieron algunos cristianos libertar la piel de dragon de ciento y veinte pies de largo, donde estaban escritas con letras de oro las obras de *Homero*. Redujeron á cenizas los cuadros de las iglesias; y los estú-

(1) 2. Conc. Nic. act. xl.

(2) *San Basilio*, hom. xx.

(3) *Curopol.*, *Cedren.*, *Zonar.*, *Maimb.*, Hist. de los Iconocl., etc.

(4) *Cedren.*, *Zonar.*, *Constant.*, et *Maimb.*, Hist. de los Iconocl., etc.

pidos y furiosos herejes, muy semejantes á los puritanos de Cromwel, rompieron á cuchilladas los admirables mosaicos de la iglesia de Nuestra Señora de Constantinopla, y del palacio de las *Blaquernas*. Llegaron á tanto extremo las persecuciones, que alcanzaron hasta á los mismos pintores, á los cuales se les prohibió bajo pena capital que continuasen sus estudios. El *monje* Lázaro tuvo valor para ser el mártir de su arte. En vano Teófilo le hizo quemar las manos para impedirle que manejase el pincel. Escondido aquel religioso en el subterráneo de la iglesia de San Juan Bautista, pintó con los mutilados dedos el gran santo á quien dirigia sus oraciones (1); digno sin duda de llegar á ser el patron de los pintores, y de ser tambien acatado por esta familia sublime, á quien el soplo del espíritu remonta sobre los hombres.

Bajo el imperio de los godos y lombardos continuó el cristianismo tendiendo su mano protectora á los talentos. Estos esfuerzos se manifiestan mas que en otra cualquiera parte en las iglesias erijidas por Teodorico, Luitprando y Desiderio. El mismo espíritu de relijion inspiró á Carlo-Magno; y la iglesia titulada de los Apóstoles, erijida en Florencia por este gran príncipe, se mira aun hoy dia como un hermoso monumento (2).

Por último, cerca del siglo trece, despues de haber lidiado la relijion cristiana contra mil obstáculos, consiguió atraer en triunfo el coro de las

(1) *Maimb.*, Hist. de los Iconoclastas; *Cedren.*, *Curopol.*

(2) *Vasari*, Poem. del Vit.

musas á la tierra. Todo se hizo para las iglesias; todo por la proteccion de los pontífices y príncipes religiosos. Bouchet, oriundo de la Grecia, fue el primer arquitecto; Nicolas el primer escultor, y Cimabon el primer pintor que sacaron el gusto antiguo de entre las ruinas de Roma y de la Grecia. Desde aquellos tiempos, manejadas las artes por diversas manos y por diversos jenios, llegaron hasta el grande siglo de Leon X, siglo en que brillaron cual dos soles Rafael y Miguel Anjel.

Ya se deja conoecer que es ajeno de nuestro asunto describir aqui la historia técnica del arte. Lo único que debemos mostrar es, que el cristianismo es mas favorable á la pintura que ninguna otra religion. Fácil es, pues, probar estas tres cosas: primera, que la religion cristiana, siendo por su naturaleza espiritual mística, suministra al pintor un bello ideal mucho mas perfecto y divino que el que dimana de un culto material: segunda, que corrijiendo la fealdad de las costumbres ó combatiéndolas enérgicamente da un tono mas sublime á la figura humana, y hace sentir mejor el alma en los músculos y lazos de la materia: tercera, en fin, que ha facilitado á las artes asuntos mas hermosos, mas ricos, mas dramáticos y mas interesantes que los asuntos mitológicos.

Las dos primeras proposiciones quedan ya suficientemente demostradas en mi exámen de la poesia, y por lo tanto solo trataré ahora de la tercera.

CAPITULO IV.

De los asuntos de las pinturas.

Verdades fundamentales.

1.^a Los asuntos antiguos quedaron en poder de los pintores modernos, y de aqui es que tienen escenas cristianas, sin dejar de tener las mitológicas.

2.^a Lo que prueba que el cristianismo habla mas que la fábula al ingenio, es que en jeneral nuestros grandes maestros han sido mas felices en los asuntos cristianos que en los profanos.

3.^a Los trajes modernos son poco análogos á las artes de imitacion; pero el culto católico ha suministrado á la pintura vestiduras tan nobles y majestuosas como las de la antigüedad (1).

Pausanias (2), Plinio (3) y Plutarco (4) nos han trasmitido la descripcion de las pinturas de la escuela griega (5). Zeuxis habia tomado por asunto

(1) El traje de los padres y primeros cristianos, y que pasó a nuestros relijiosos, es lo mismo que el vestido de los antiguos filósofos griegos llamado *pallium*. De aqui resultó tambien un motivo de persecucion contra los fieles: cuando los romanos ó los judíos los veían asi vestidos, les gritaban diciendo: *Impostor griego* (Hier., ep. x, *ad Furiam*). Se puede ver sobre esto á Kortholt, *de Morib. christ.*, cap. 3, páj. 23; y a Bar. an. 36, núm. 11. Tertuliano escribió un libro entero (*de Pallio*) sobre este asunto.

(2) Paus., lib. v.

(3) Plinio, lib. xxxv, cap. 8 y 9.

(4) Plut., in *Hipp. Pomp. Lucul.*, etc.

(5) Véase la nota G, al fin del volumen.

de sus tres principales obras á Penelope , á Elena y al Amor. Polignoto habia figurado en las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya y la bajada de Ulises á los infiernos. Eufranor pintó los doce dioses , á Teseo dando leyes , y las batallas de Cadmea, de Leuctres y de Mantinea; Apeles representó á Vénus Anadiomena copiando los rasgos de Campaspe; Ation pintó las bodas de Alejandro con Rojana , y Timantes el sacrificio de Ifjenia.

Compárense estos asuntos con los asuntos cristianos, y pronto se conocerá la inferioridad. El sacrificio de Abraham , por ejemplo , es tan espresivo y de un gusto mas sencillo que el de Ifjenia; no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumulto, ni aquel movimiento que sirve únicamente para distraer de la escena. La solitaria cumbre de una montaña , un patriarca que cuenta sus años por un siglo , un cuchillo amenazando la cabeza de un *hijo único* , y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal; he aqui lo único que allí se ve. Los historiadores del Antiguo Testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros , y es bien sabido lo favorables que son al pincel las costumbres patriarcales , las del Oriente , y la grande naturaleza de los animales y soledades del Asia.

El Nuevo Testamento muda ya el jenio de la pintura y le presta mas ternura, sin que en nada deje de ser sublime. ¿ Quien será el que no haya admirado muchas veces los *nacimientos* , las *virgenes y el niño* ; las *huidas al desierto* , las *coronaciones de espinas* , los *sacramentos* , las *misiones de los*

apóstoles y las mujeres junto al santo sepulcro? Las bacanales, las fiestas de Vénus, los raptos y las metamorfosis, ¿pueden conmover acaso el corazón tanto como los cuadros sacados de la Escritura? El cristianismo nos muestra por todas partes la virtud y la desgracia, y el politeísmo es un culto de crímenes y prosperidad: nuestra religión en cuanto á nosotros es nuestra historia; para nosotros se han presentado al mundo tantos espectáculos trágicos; todos figuramos en las escenas que el pincel nos patentiza, nuestras mismas relaciones, las mas morales y mas animadas, se reproducen en los asuntos cristianos. ¡Glorificada seas para siempre, ó religión de Jesucristo, que has representado en el Louvre al *Rey de los reyes crucificado*, y el *juicio final* en el techo de la sala de nuestros jueces; una *resurreccion* en el hospital jeneral, y el *nacimiento del Salvador* en la casa de los huérfanos abandonados de sus padres!

Por lo demas, podemos muy bien decir aqui acerca de los asuntos de las pinturas, lo que ya he dicho en otra parte del asunto de los poemas; esto es, que por el cristianismo adquirió la pintura una parte dramática muy superior á la de la mitología. Tambien debemos á la religión un Claudio Lorena, asi como un Delille y un San Lambert (1). Pero son inútiles tantos razonamientos: recórrase la galería del Louvre, y entonces se podrá decir, si el espíritu del cristianismo es poco favorable á las artes.

(1) Véase la nota H, al fin del volumen.

CAPITULO V.

Escultura.

Fuera de algunas diferencias concernientes á la parte técnica del arte , lo que dejo dicho acerca de la pintura , conviene igualmente á la escultura.

La estatua de Moisés, hecha por Miguel Anjel, en Roma; Adan y Eva , por Baccio , en Florencia; el grupo del voto de Luis XIII, por Coston, en Paris; el San Dionisio , del mismo; el sepulcro del cardenal de Richelieu , obra de los ingenios de Lebrun y Girardon; el monumento de Colbert, ejecutado segun el diseño de Lebrun , por Coyzevox y Tuby; el Cristo , la Virgen de la Piedad, los ocho Apóstoles de Bouchardon, y otras muchas estatuas piadosas , manifiestan que el cristianismo no anima menos al mármol que al lienzo.

Pero sin embargo , seria muy conveniente que los escultores desterrasen en lo sucesivo de sus composiciones fúnebres aquellos esqueletos que ponen en los sarcófagos , por ser opuestos al espíritu del cristianismo , que pinta hermosa la muerte del justo.

Tambien debe evitarse la representacion de los cadáveres (1), (sea cual fuere el mérito de su ejecución) y de la humanidad cediendo al rigor de las largas enfermedades (2). Un guerrero jóven al tiem-

(1) Como en el mausoleo de Francisco I y de Ana de Bretaña.

(2) Como en el sepulcro del duque de Harcourt.

po de espirar en el campo del honor, puede suministrar asunto interesante para una hermosa figura; pero un cuerpo estenuado con las enfermedades, es una imájen que las artes repugnan, á no concurrir un milagro, como sucede en la pintura de San Cárlos Borromeo (1). Pónganse, pues, en el monumento de un cristiano, á un lado los llantos de la familia y el grave sentimiento de sus amigos, y del otro la sonrisa de la esperanza y las alegrías celestiales. Admirable seria un sepulcro semejante, en cuyos bordes se viesen las escenas del tiempo y de la eternidad. Está bien que allí se represente la muerte, pero bajo el aspecto de un ángel que á un mismo tiempo manifieste la dulzura y la severidad; porque en el sepulcro del justo se debe siempre esclamar con San Pablo: ¡O muerte! ¿donde está tu victoria? ¿que has hecho de tu aguijon (2)?

CAPITULO VI.

Arquitectura.

EL CUARTEL DE INVALIDOS.

Cuando tratamos de la influencia que tiene el cristianismo en las artes, no hay necesidad de su-

(1) La pintura permite la representacion de un cadáver con mas facilidad que la escultura; porque el mármol, ofreciendo en ésta fuerzas palpables y heladas, está muy cerca de la verdad.

(2) *I Cor.*, cap xv, v. 55.

ñeas ni de elocuencia: ahí están los monumentos para contestar y confundir á los calumniadores del culto evangélico. Basta , por ejemplo , nombrar á San Pedro de Roma , Santa Sofía de Constantino-
pla y San Pablo de Lóndres ; bastan estas basili-
cas para probar que las tres obras maestras de la
arquitectura moderna se deben á la relijion.

El cristianismo es el que ha restablecido en la
arquitectura las verdaderas proporciones, asi como
en las demas artes ; porque nuestros templos no
son tan pequeños como los de Aténas, ni tan jigan-
tescos como los de Memfis, sino que conservan un
medio proporcionado, en que reina la belleza y el
buen gusto por escelencia. En cuanto á las cúp-
ulas desconocidas de los antiguos , la relijion hizo
un hermoso conjunto de lo atrevido que se nota
en el órden gótico, y de lo sencillo y gracioso que
se advierte en los órdenes griegos.

Estas *cúpulas*, que en la mayor parte de nues-
tras iglesias sirven de campanarios, dan á nuestras
ciudades y villas un carácter moral, que no podian
tener las antiguas. La vista del viajero se fija al
punto en la aguja religiosa, cuyo solo aspecto re-
nueva tantos sentimientos y tantas memorias: en
torno de ella, como de una pirámide fúnebre, re-
posan nuestros abuelos; es el monumento de ale-
gría, el bronce sagrado que anuncia el nacimien-
to de un nuevo fiel; allí se reúnen los esposos; allí
los cristianos todos se prosternan al pie de los al-
tares, el hombre débil para orar al Dios omnipo-
tente, el culpable para implorar el perdon del Dios

de la misericordia, y el inocente para cantar al Dios de la bondad. Por mas triste y solitaria que sea una comarca, desde el momento mismo en que se eleve en el seno de ella un *campanario rural*, todo parece animarse; las dulces ideas de *pastor* y de *rebaño*, de hospitalidad y de confraternidad cristiana, de asilo para el viajero y de un caritativo refugio para el peregrino, se presenta al momento por todas partes.

Cuanto mayores eran la piedad y la fe que reinaba en los tiempos en que se erejian nuestros monumentos, tanta mas admiracion causan estos por la grandeza y nobleza de carácter. Se ve un bello ejemplo de esto en el cuartel de los *Inválidos* y en la *Escuela militar*. Parece que el primero ha levantado sus bóvedas hasta el cielo á la voz de la relijion, al paso que la segunda parece estar abatida hácia la tierra á la voz de un siglo ateo.

Tres cuerpos de habitaciones que forman con la iglesia un cuadrilongo, componen el edificio de los *Inválidos*; mas ¡que gusto tan perfecto no se advierte en esta sencillez! ¡Que belleza en aquel patio, á pesar de que no es mas que un claustro militar, donde el arte mezcló las ideas guerreras con las relijiosas, y hermanó la imájen de un campo de veteranos con la tierna memoria de un hospicio! Este es á un mismo tiempo el monumento del *Dios de los ejércitos* y del *Dios del Evangelio*. El mohó de los siglos que empieza á cubrirle, le dá una noble conformidad con aquellos soldados ancianos, ruinas animadas que se pasean por bajo

de sus viejos pórticos. En los zaguanes se hallan figurados los combates, fosos, esplanadas, terraplenes, cañones, tiendas, centinelas, &c. Entrad mas adentro, y vereis como se va disminuyendo por grados el ruido, que finaliza en la iglesia, donde reina un profundo silencio. Este edificio relijioso está situado detras de las habitaciones militares, como la imájen del descanso y de la esperanza, en pos de una vida llena de turbaciones y peligros.

El siglo de Luis XIV es tal vez el que ha conocido mejor estas admirables armonías morales, y el que hizo siempre con exactitud en las artes lo que se debia hacer sin tocar en los extremos. El oro del comercio erijió en Inglaterra las fastuosas columnatas del hospital del *Greenwich*; pero aun se nota algo de mas noble y atrevido en el todo del cuartel de los *Inválidos*. Bien se manifiesta que una nación que ha sabido edificar tales palacios para la vejez de sus ejércitos, habrá tambien recibido el poder de la espada, del mismo modo que el cetro de las artes.

CAPITULO VII.

Versalles.

La pintura, la arquitectura, la poesia y la grande elocuencia han dejenerado siempre en los siglos filosóficos. Y es que el espíritu razonador, destruyendo la imaginacion, socava los cimientos de

las bellas artes. Se piensa ser mucho mas hábil cuando se han correjido algunos errores de física (que se reemplazan por otros errores de la razon), y se retrocede en efecto, por quanto se pierde una de las mas bellas facultades del alma.

En Versalles es donde se hallaban reunidas todas las pompas de la edad relijiosa de la Francia. Apenas ha trascurrido un siglo, cuando vemos ya aquellos bosquecillos, en que resonaba el ruido de las fiestas, animados solo por la voz de la cigarra y del ruisseñor. Aquel palacio, que por sí solo es tan grande como una ciudad; aquellas escaleras de mármol que parece suben hasta las nubes, sus estátuas, sus estanques y sus bosques, se hallan al presente amenazando ruina, ó cubiertos de musgo, ó secos ó arruinados; y sin embargo, jamás pareció mas pomposa ni menos solitaria aquella mansion de los reyes. Anteriormente todo estaba vacío, porque la pequeñez de la última córte (antes que esta córte tuviese la grandeza de su desgracia) parecia demasidamente holgada en los vastos retiros de Luis XIV.

Cuando el tiempo dá un golpe mortal á los imperios, solo queda á sus ruinas el gran nombre con que se cubren. Si la noble miseria del guerrero sucede hoy en Versalles á la magnificencia de las córtes; si los cuadros de milagros y mártires reemplazan allí las pinturas profanas, ¿de que puede ofenderse la sombra de Luis XIV? Él dió un lustre inmortal á las artes, á la relijion y á las armas, y por tanto es muy conforme que las ruinas de su pa-

lacio sirvan de abrigo á las ruinas del ejército, de las artes ó de la relijion.

CAPITULO VIII.

De las iglesias góticas.

Cada cosa debe colocarse en su lugar: verdad trivial á fuerza de repetirse, pero sin la cual nada puede haber perfecto. Los griegos no hubieran apreciado mas un templo ejipto en Atenas, que los ejiptos un templo griego en Memphis. Mudando de lugar, ambos monumentos hubieran perdido su principal belleza; es decir, su analogía con las instituciones y las costumbres de los pueblos. Esta reflexion se aplica tambien de parte de nosotros á los antiguos monumentos del cristianismo. Es aun muy digno de notarse que en este siglo incrédulo, los poetas y los novelistas, por un retroceso natural hácia las costumbres de nuestros abuelos, se complazcan en introducir en sus ficciones, subterráneos, fantasmas, castillos, templos góticos, &c. ¡Tanto atractivo tienen los recuerdos que están relacionando con la relijion y con la historia de la patria! Las naciones jamás olvidan sus antiguas costumbres con tanta facilidad como se deja un vestido viejo. Se les puede muy bien quitar algunos pedazos, pero siempre quedan algunas tiras que forman con los vestidos nuevos una horrible variedad de colores.

Por mas que se edifiquen templos griegos, lle-

nos de adornos, con mucha claridad, para convocar y reunir en ellos al *buen pueblo* de San Luis, y hacerle adorar á un dios *metafísico*, este pueblo mismo se acordará siempre de los templos de *nuestra Señora de Reims y de París*, de aquellas antiguas y mohosas basílicas llenas de jeneraciones de difuntos y de los despojos de sus padres: echará de menos los sepulcros de algunos señores de Montmorency, sobre los cuales *solía* ponerse de rodillas durante la misa, sin olvidar las sagradas fuentes y pilas adonde le llevaron al nacer. Esto procede sin duda de que todo está esencialmente ligado á sus costumbres; porque no es venerable un monumento, sino en cuanto una larga historia de lo pasado está, digámoslo así, grabada bajo las bóvedas denegridas por el transcurso de los siglos. He aquí la razón de que no encontremos nada maravilloso en un templo que hemos visto construir, y cuyos ecos y bóvedas se han formado á nuestra vista. Dios es la ley eterna; su origen y todo lo que pertenece á su culto, se debe perder en la noche de los tiempos.

No era posible entrar en una iglesia gótica sin experimentar una especie de estremecimiento y una idea, aunque vaga, de la Divinidad. La imaginación se hallaba de repente trasportada á aquellos tiempos en que los cenobitas, después de haberse entregado á la meditación en los bosques de sus monasterios, iban á postrarse delante del altar, y cantar las alabanzas del Señor en la calma y el silencio de la noche. La antigua Francia parecía resucitar á nuestra vista; creyera uno ver todas aquellas

costumbres singulares, y todo aquel pueblo tan diferente de lo que es hoy, y se recordaban no menos sus revoluciones, sus trabajos y sus artes. Cuanto mas distantes estuvieran estos tiempos de los nuestros, tanto mas encantadores nos parecieran, y harian nacer en nosotros aquellos pensamientos que acaban siempre por una séria reflexion sobre la nada del hombre y la rapidez de la vida.

El órden gótico en medio de sus proporciones bárbaras, tiene sin embargo una belleza que le es peculiar (1).

Los primeros templos de la Divinidad fueron los bosques, y de ellos tomaron los hombres la primera idea de la arquitectura. Este arte, pues, ha debido haber variado segun los climas: los griegos han torneado la elegante columna corintia, con su chapitel de hojas, por el modelo de la palmera (2). Los enormes pilares del antiguo estilo egipto representan el simocoro, la higuera oriental, el banano, y la mayor parte de los corpulentos árboles del Africa y del Asia.

(1) Se juzga que le heredamos de los árabes, asi como la escultura del propio estilo. Su afinidad con los monumentos egipticos nos induciria tal vez a creer, que nos le han transmitido los primeros cristianos del Oriente; pero nos parece mejor atribuir su origen a la naturaleza.

(2) Vitruvio cuenta de otro modo la invencion del chapitel; mas esto no se opone al principio jeneral de que la arquitectura tuvo su origen en los bosques. Solamente es de estrañar que no se hayan variado mas las columnas, habiendo tanta variedad de árboles. Yo concibo, por ejemplo, una columna que se podria llamar *palmista*, por representar naturalmente la palma. Un aparato de hojas algo curvas y esculpidas en lo alto de una delgada caña de mármol, nos parece que produciria un elegante efecto en un pórtico.

Las florescías de las Galias pasaron á su vez á los templos de nuestros padres; y aquellos famosos bosques de encinas han conservado así su sagrado origen. Las bóvedas cinceladas en hojas, aquellos pies que sostienen las paredes, y terminan toscamente como unos troncos despedazados, la frescura de las bóvedas, las tinieblas del santuario, las oscuras naves, los tránsitos secretos y las puertas bajas; todo esto, digo, recuerda y figura los laberintos de los bosques en la iglesia gótica, y todo hace sentir el religioso horror, los misterios y la Divinidad. Las dos altivas torres que se elevan á la entrada del edificio, y que sobrepujan á los olmos y aleros del cementerio, hacen un efecto maravilloso en el cielo azulado. Ora el naciente dia ilumina sus puntas gemelas, ora parece que estén cubiertas de un chapitel de nubes, ó mas abultadas en una atmósfera llena de vapores, nos parece en fin que hasta las mismas aves se engañan teniéndolas por árboles de sus bosques: las negras cornejas revolotean alrededor de sus cimas, y se encaraman en sus galerías; pero unos rumores confusos que parecen salir de la cúspide de las torres, hacen huir de ellas á las asustadas aves. El arquitecto cristiano, no contento con fabricar bosques, quiso tambien, digámoslo así, remedar sus murmullos; y por medio del órgano y del bronce suspendido, agregó al templo gótico hasta el mismo ruido de los vientos y de los truenos que se nota en lo profundo de las selvas. Los siglos evocados por estos ruidos religiosos, parece que

brotan sus antiguas voces del seno de las piedras, y que suspiran en todos los rincones de la grande basilica. El santuario retumba como la cueva de la antigua Sibila; y en tanto que el bronce se balancea con estrépito sobre nuestra cabeza, los subterráneos de la muerte guardan un profundo silencio debajo de nuestros pies.

LIBRO SEGUNDO.**Filosofía.****CAPITULO PRIMERO.***Astronomía y matemáticas.*

Consideremos ahora los efectos del cristianismo con respecto á la literatura en jeneral. Esta puede reducirse á estos tres ramos principales: filosofía, historia y elocuencia.

Por *filosofía* entendemos aqui el estudio de toda especie de ciencias.

Aqui se verá que defendiendo la relijion, no combatimos la *sabiduría*: estoy muy distante de confundir el orgullo sofisticado con los sanos conocimientos del entendimiento y del corazon. La *verdadera filosofía* es la inocencia de la vejez de los pueblos, cuando dejando de ejercer las virtudes por instinto, las practican solo por razon: esta segunda inocencia no es tan segura como la primera; pero si se alcanza, es mucho mas sublime.

Por cualquier lado que el culto evangélico se examine, se ve que engrandece la esfera de nuestro espíritu, y que es el mas propio para la expansion de las ideas. En cuanto á las ciencias, ni se oponen

sus dogmas á ninguna verdad natural, ni tampoco prohíbe su doctrina ningun estudio. Entre los antiguos, siempre encontraba un filósofo alguna divinidad en su camino, y bajo pena de muerte ó de destierro, estaba condenado por los sacerdotes de Apolo ó de Júpiter á ser necio toda su vida. Pero como el Dios de los cristianos no está reducido á los estrechos límites de un sol, ha entregado los astros á las vanas investigaciones de los sábios; *puso delante de ellos el mundo, como asunto y materia de sus vanas disputas* (1). El físico puede pesar el aire con su tubo, sin miedo de ofender á *Juno*. No será de los elementos de nuestro cuerpo, sino de las virtudes de nuestra alma, de lo que el soberano Juez nos pida cuenta algun dia.

No ignoramos que pueden citarse algunas bulas de la Silla Apostólica, ó algunos decretos de la Sorbona, que condenen tal ó tal descubrimiento filosófico; pero al mismo tiempo, ¿cuantos decretos de la córte romana se podian citar tambien en favor de los mismos descubrimientos? ¿que quiere decir esto, sino que los sacerdotes, que son hombres como los demas, han sido mas ó menos ilustrados, segun el curso natural de los siglos! Basta que el cristianismo por sí mismo no se declare contra las ciencias, para que podamos sostener nuestra primera asercion.

Fuera de esto, debemos tener presente que la iglesia ha protegido en todos tiempos las artes,

(1) Eccles., III, v. II.

aunque haya desalentado algunas veces los estudios abstractos; con lo cual acreditó su acostumbrada sabiduría. Por mucho que los hombres se atormen-ten y afanen, jamás llegarán á comprender cosa alguna en la naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar, *llegarás hasta aquí, y no pasarás mas lejos, y estrellarás en este sitio la soberbia de tus olas* (1).

Se sucederán eternamente unos sistemas á otros; pero la verdad quedará casi siempre desconocida. *¡Oh si llegase un día feliz, dice Montaigne, en que se dignase la naturaleza abrirnos su seno! ¡O Dios! ¡cuantos abusos y errores hallaríamos en nuestra pobre subiduría* (2)!

Los lejisladores antiguos, acordes en este y otros muchos puntos con los principios de la religion cristiana, se manifestaron contrarios á los filósofos (3), al mismo tiempo que colmaban de honores á los artistas (4). Esas pretendidas persecuciones del cristianismo contra las ciencias, pudieron vituperarse igualmente en los antiguos, en los cuales reconocemos no obstante tanta subiduría. En el año quinientos noventa y uno de la fundacion de Roma, espidió un decreto el senado, desterrando de la ciudad á los filósofos; y seis años despues,

(1) Job, xxxvii, v. 11.

(2) *Ensayos*; lib. II, cap. 12.

(3) Jenofonte; *Hist. grieg.*; Plut., *Mor.*; Plat., *in Phæd.*, *in Repúb.*

(4) Los griegos manifestaron su odio contra los filósofos, hasta el punto de hacerse criminales, pues hicieron morir á Sócrates.

se dió mucho prisa Caton á despedir á Carnéades, embajador de los atenienses, temeroso, decia, *de que la juventud tomase gusto á las sutilezas de los griegos, y perdiese asi la sencillez de las antiguas costumbres.* Si el sistema de Copérnico fue desaprobado por la córte romana, ¿no tuvo igual suerte entre los griegos? »Aristarco, dice Plutarco, gustaba de que los griegos citasen en juicio á Cleantho Samiense, y le condenaran por blasfemo contra los dioses, como removedor del centro del mundo. Tanto mas que este hombre, queriendo salvar las apariencias, suponía que el cielo estaba inmóvil, y que solo era la tierra la que se movía por el círculo oblicuo del zodiaco, dando vueltas alrededor de su eje (1).”

Y aun es de observar que Roma moderna se mostró mas sábia, por cuanto el mismo tribunal eclesiástico que habia condenado el sistema copernicano, permitió seis años despues que se enseñase como hipótesis (2). Por otra parte, ¿se podían prometer de un sacerdote romano mayores conocimientos astronómicos que de un Tyco-Brahé, que continuaba negando el movimiento de la tierra? En fin, un papa Gregorio, reformador del calendario; un monje Bacon, inventor tal vez del telescopio; un cardenal Cuza, un sacerdote Gasendo, ¿no han

(1) Plut., *De la faz que aparece en el centro de la luna*, cap. IX. Se sabe que hay error en el texto de Plutarco, y que por el contrario, era Aristarco de Samos á quien Cleantho queria perseguir, á causa de su opinion sobre el movimiento de la tierra; mas esto nada obsta para lo que intentamos probar.

(2) Véate la nota I, al fin del volumen.

sido ó los protectores ó las antorchas de la astronomía?

Platon, aquel jenio tan amante de ciencias sublimes, dice formalmente en una de sus mas bellas obras, *que los estudios profundos no son útiles á todos, sino únicamente á un corto número*; y añade esta reflexion confirmada por la esperiencia: »que una ignorancia absoluta no es el mal mas grande ni el mas temible, y que un cúmulo de conocimientos mal ordenados y confusos es peor todavía (1).»

Si la religion, pues, tuviera necesidad de justificarse sobre este punto, no me faltarian autoridades entre los antiguos, ni tampoco entre los modernos. Hobbes escribió muchos tratados (2) contra la incertidumbre de la ciencia mas cierta de todas, cual es la de las matemáticas. En el tratado titulado, *Contra Geometras, sive contra phastum Professorum*, impugna una por una las definiciones de Euclides manifestando lo que tienen de falso, vago ó arbitrario. Su modo de producirse es digno de atencion. *Itaque per hanc epistolam hoc ago, ut ostendam tibi non minorem esse dubitandi causam in scriptis mathematicorum, quam in scriptis physticorum, ethicorum, &c.* (3).» Yo te haré ver en este tratado que no hay menos motivo de duda en las matemáticas, que en la física y en la moral, &c.»

(1) *De Leg.*, lib. VII.

(2) *Examinatio et emendatio mathematicæ hodiernæ. Dial. VI, contra Geometras.*

(3) Hob., *Opera omnia*. Amstel., edit. 1667.

Bacon se ha explicado de un modo mas enérgico contra las ciencias, aun cuando parecia que se encargaba de su defensa. Segun la opinion de este grande hombre, es indubitable que una lijera tinctura de filosofía puede conducir el hombre á desconocer la esencia primera; pero que una sabiduría mas profunda le dirige á Dios (1).

Mas ¡cuan terrible es esta idea, si es verdadera! porque, para un ingenio capaz de llegar á la plenitud de sabiduría que pide Bacon, y en la cual, segun Pascal, se tropieza en otra ignoracia, ¿cuantos talentos medianos habrá que no llegarán á ella, y quedarán sepultados en las nubes de la ciencia que ocultan la Divinidad?

Lo que perderá siempre á la multitud es el orgullo; porque jamás se la podrá convencer de que no sabe nada, cuando vive en la persuasion de que todo lo sabe. A los hombres grandes está únicamente reservada la penetracion del último punto de los conocimientos humanos, en que se ven desvanecidos los tesoros que se habian acumulado, y en que se vuelve á encontrar de nuevo toda nuestra pobreza orijinal. De aqui nace el opinar casi todos los sábios, que los estudios filosóficos son muy peligrosos á la multitud. Locke emplea los tres primeros capitulos del cuarto libro de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en manifestar los limites de nuestros conocimientos, que son realmente espantosos; tan cercanos están de nosotros mismos.

(1) *De Aug. scient.*, lib. v.

»Hallándose *nuestros conocimientos*, dice, circunscritos á unos límites tan estrechos, como de jo demostrado, tal vez no será inútil para conocer mejor el presente estado de nuestro espíritu...., formar algun juicio de nuestra ignorancia que.... puede servir de mucho para terminar las disputas...., si despues de haber descubierto hasta donde pueden llegar nuestras ideas claras...., no nos internamos en este abismo de tinieblas (donde nuestros ojos nos son enteramente inútiles, y donde nuestras facultades no bastarán para hacernos ver cosa alguna), *encaprichados con este necio pensamiento de que no hay cosa que se oculte á nuestra comprension* (1).»

En fin, se sabe que Newton, disgustado del estudio de las matemáticas, estuvo muchos años sin querer hablar de ellas; y en nuestros dias, Mr. Gibbon, que fue por largo tiempo el apóstol de las nuevas ideas, nos dice: »Las ciencias exactas nos han acostumbrado á despreciar la evidencia moral, tan fecunda en bellas sensaciones, y destinada á determinar las opiniones y las acciones de nuestra vida.»

En efecto, opinan muchos que la ciencia en poder del hombre consume su corazon, desencanta la naturaleza...., y conduce los espíritus débiles al ateismo, y desde el eteismo al crimen; asi como por el contrario, las bellas artes hacen de nuestra vida un continuado prodijio, enternecen nuestras

(1) Locke, *Entend. hum.*, lib. IV, cap. III, art. IV.

almas, nos llenan de fe hácia la Divinidad, y nos conducen por medio de la religion á la práctica de todas las virtudes.

No citaremos á Rousseau, cuya autoridad podría ser aqui sospechosa; pero Descartes, por ejemplo, se ha espresado de un modo muy extraño acerca de la ciencia, con la cual se adquirió parte de su fama.

»Nada encontraba efectivamente, dice el sábio autor de su vida, que le pareciese menos sólido, que ocuparse en solos números simples y figuras imaginarias, como si debiera fijarse en semejantes *bagatelas*, sin llevar la vista mas adelante; y aun en esto notaba alguna cosa mas que inútil: porque tenia por muy peligroso el aplicarse con demasiada seriedad á esas demostraciones superficiales, que son efectos de la casualidad, mas bien que de la industria y de la esperiencia (1). Su máxima era, que semejante aplicacion nos hace perder insensiblemente el uso de la razon, y nos espone á perder tambien el camino por donde nos dirige su luz (2).»

Esta opinion del autor de la aplicacion de la álgebra á la jeometría, es una cosa digna de atencion.

El P. Castel parece tambien complacerse en minorar el precio de la ciencia que él mismo cultivó. »*En jeneral*, dice, *se aprecian demasiado las matemáticas...*; la jeometría tiene verdades altas, objetos poco descubiertos, y puntos de vista que

(1) Cartas de 1638, páj. 412, Cartes., lib. de *Direct. ingen. regula*, núm. 5.

(2) *Obras de Desc.*, tomo 1, páj. 112.

parecen fujitivos. ¿Por que lo hemos de disimular? Tiene tambien sus paradojas, apariencias de contradicciones, conclusiones de sistemas, concesiones, opiniones de sectas, conjeturas, y aun paralogismos (1).”

Si creemos á Buffon, *lo que se llaman verdades matemáticas, se reducen á identidades de ideas sin ninguna realidad* (2). Condillac en fin, aparentando por los jeómetras el mismo desprecio que Hobbes, dice hablando de ellos: «Cuando salen de sus cálculos para entrar en investigaciones de otra naturaleza, no se nota en ellos la misma claridad, la misma precision, ni la misma estension de entendimiento. Tenemos cuatro célebres metafísicos, Descartes, Malebranche, Leibnitz y Locke; el último es el único que no fue jeómetra, y fue muy superior á los otros tres (3).”

Pero este juicio no es exacto: en metafísica pura, Malebranche y Leibnitz han sido mas profundos que el filósofo ingles. Es verdad que los jénios jeométricos padecen facilmente equivocaciones en el curso ordinario de la vida: mas esto mismo previene de su estremada exactitud; porque pretenden hallar en todo verdades absolutas, quando en moral y en política solo son relativas las verdades. Es constante en todo rigor que dos y dos son cuatro; pero no es tan evidente que una bue-

(1) *Math. univ.*, pág. 3, 3.

(2) *Hist. nat.*, tom. I, proem. disc., pág. 77.

(3) *Ensayo sobre el orijen de los conocimientos humanos.*, tom. II, sec. II, cap. IV, pág. 239, edit. Amst. 1783.

na ley en Atenas lo sea tambien en París. Es indudable que la libertad es una cosa escelente; pero acaso por esto ¿será necesario derramar arroyos de sangre para establecerla en un pueblo de tal manera que él mismo la deteste?

En las matemáticas no se debe mirar sino el principio, y en la moral la consecuencia. El uno es una verdad simple, y la otra una verdad complexa. Por otra parte, nada hay que desarregle el compas del jeómetra, siendo asi que todo estravía el corazon del hombre. Cuando el instrumento del segundo sea tan seguro como el del primero, podremos esperar que conoceremos las cosas mas á fondo; pero en tanto solo se puede contar comunmente con errores. El que intentase aplicar la rijidez jeométrica á las relaciones sociales, seria el mas estúpido, ó el mas perverso de los hombres.

Las matemáticas, por otra parte, lejos de probar la estension del entendimiento en la mayor parte de los que hacen uso de ellas, deben ser miradas, por el contrario, como una especie de apoyo de su flaqueza, como un suplemento de su insuficiente capacidad, y como un método de abreviacion propio para clasificar unos resultados en una cabeza incapaz de conseguirlos por sí misma. En efecto, esta ciencia no es otra cosa que los signos jenerales de las ideas, que nos dispensan de la adquisicion de estas demostraciones numéricas de un tesoro, cuyo verdadero valor no se conoce: instrumentos con los cuales se trabaja, y no las cosas mismas sobre las que se opera. Supongamos dos

ideas ó pensamientos representados por los signos A y B. ¿Que inmensa diferencia no habrá entre el hombre que desarrollará estas dos ideas y pensamientos en sus diferentes relaciones morales, políticas y relijiosas, y el hombre que con la pluma en la mano multiplicará con la mayor paciencia su A y su B, encontrando combinaciones curiosas; pero sin tener en su imaginacion mas idea que las simples propiedades de dos letras estériles?

Pero si con exclusion de cualquiera otra ciencia instruis á un niño en las matemáticas, que ofrecen pocas ideas, hay peligro de que agoteis el manantial de las ideas mismas, echeis á perder la mas bella disposicion natural, apagueis la mas fecunda imaginacion, y apoqueis el mas vasto entendimiento. Aquel vigoroso espíritu se abruma con un farrago de números y de figuras que nada le representan; se le acostumbra á contentarse con una suma dada, á marchar únicamente con el auxilio de una teoría, á no hacer jamás uso de sus fuerzas, á alijerar su entendimiento y su memoria por medio de operaciones artificiales, y finalmente á no conocer ni amar mas que esos principios rigurosos y esas verdades absolutas, que trastornan la sociedad.

Suele decirse que las matemáticas sirven para rectificar en los jóvenes los errores del entendimiento. Pero á esto se ha respondido tan justa como sólidamente, que primero es adquirir ideas que ordenarlas; y que pretender arreglar el *entendimiento* de un niño, es como querer arreglar una

sala sin muebles. Désele, pues, primeramente nociones bien claras de sus deberes morales y religiosos; enséñensele las letras humanas y divinas, y cuando se haya hecho lo que conviene á la educacion moral del alumno, y su cerebro se halle suficientemente provisto de principios ciertos y de objetos de comparacion, ordenadlos, si lo juzgais necesario, por medio de la jeometría.

Por lo demas, ¿es acaso positivo que el estudio de las matemáticas sea necesario en la vida? Si son necesarios majistrados, ministros del culto y clases civiles y relijiosas, ¿que tienen que ver con su estado las propiedades de un círculo ó de un triángulo? Solo se desea, oimos decir, cosas positivas. ¡Gran Dios! ¿Que cosa hay mas falible que las ciencias, cuyos sistemas cambian muchas veces cada siglo? ¿Que le importa al labrador que el elemento de la tierra no sea *homojéneo*, ó al leñador que la madera no sea mas que una sustancia *pyrolignosa*? Una sola pájina elocuente de Bossuet sobre la moral, es mucho mas útil y mas difícil de escribir, que un volúmen de abstracciones filosóficas. Se dirá que los descubrimientos de las ciencias se aplican á las artes mecánicas: es cierto, mas estos grandes descubrimientos casi nunca producen el efecto que de ellos se espera. Los progresos de la agricultura en Inglaterra, no son tanto el resultado de algunas esperiencias científicas, como del improbo trabajo y afanosa industria del colono, precisado á cultivar incesantemente un suelo ingrato.

Atribuimos falsamente á nuestras ciencias lo que pertenece solo al progreso natural de la sociedad misma. Los brazos y los animales rústicos se han multiplicado; las manufacturas y los productos de la tierra han debido aumentar y mejorarse tambien á proporcion. Que haya arados mas lijeros y máquinas mas perfectas que antes para los talleres, todo es una ventaja que no se puede negar; pero seria un error bien grosero el creer que todo el ingenio y la sabiduría del hombre se encierran en un círculo de invenciones mecánicas.

Por lo que hace á las matemáticas propiamente dichas, está ya demostrado que se puede aprender en tiempo muy corto cuanto se necesita saber para llegar á ser un buen ingeniero. En pasando de esta jeometría práctica, solo se ve una jeometría *especulativa*, que tiene, como las demas ciencias, sus curiosidades, sus inutilidades, y digámoslo asi, sus paradojas. »Es preciso hacer distincion, dice Voltaire, entre la jeometría útil y la jeometría curiosa. Cuadrad unas curvas quanto querais, mostrareis grande ingenio; pero tambien parecereis al aritmético que pierde el tiempo en examinar las propiedades de los números, en vez de pasarle en calcular su fortuna. Cuando Arquimedes encontró la gravedad específica de los cuerpos, hizo en verdad un grande servicio al jénero humano; pero ¿de que os servirá encontrar tres números tales, que la diferencia de los cuadrados de dos de ellos, añadida al número tres, forme siempre un cuadrado, y que la suma de las tres diferencias, añadida

al mismo cubo, dé por resultado un cuadrado? *Nugæ difficiles* (1)?

Mal que pese esta verdad á los matemáticos, es preciso repetirles, que la naturaleza no los colocará en el primer lugar. Escepto algunos pocos jeómetras *inventores*, los demas quedan condenados á una triste oscuridad; y aun aquellos mismos jenios *inventores* no se han salvado del olvido, á no ser por medio del historiador que recomienda sus nombres á la posteridad. Asi Arquimedes debe una gran parte de su gloria á Polibio, como Newton debe su gran fama entre nosotros á la pluma de Voltaire. Pitágoras y Platon viven como moralistas y lejisladores, y Descartes y Leibnitz como metafisicos, aun mas acaso que como grandes jeómetras. Si D'Alembert no hubiese reunido la reputacion de escritor á la de sábio, corriera hoy la misma suerte que Varignon y Duhamel, cuyos nombres respetados todavía en las escuelas, no existieran ya en el mundo, á no ser por los elojios académicos. Unos pocos versos hacen pasar un poeta á la posteridad; inmortaliza con ellos su siglo, y recomienda á los venideros aquellos hombres que se dignó cantar con su lira; mas el sábio, que apenas fue conocido durante su vida, queda completamente olvidado al otro dia de su muerte, siendo ingrato, á pesar suyo, con el magnate que le protejió. Será en vano que dé su nombre á un hornillo químico, ó á una máquina de fisica, pues nada de

(1) *Quest. sur l'Encycl., Geom.*



esto bastará para hacerle ilustre y memorable. La gloria científica nació sin alas, y es necesario que las musas le presten las suyas para remontarse á los cielos. Los Corneilles, los Racines, los Boileaus, los oradores, los historiadores y los artistas son los que han inmortalizado á Luis XIV, mucho mas que los sábios que tambien brillaron en su siglo. Todos los tiempos y todos los paises nos ofrecen iguales ejemplos. Cesen, pues, de quejarse los matemáticos, si los pueblos por un instinto jeneral, hacen marchar las bellas letras delante de las ciencias. Porque en efecto, el hombre que nos dejó un solo precepto de moral, ó un solo sentimiento concerniente al bien de la tierra, fue por cierto mas útil á la sociedad, que el jeómetra que ha descubierto las mas bellas propiedades del triángulo.

En cuanto á lo demas, tal vez no es difícil hacer que se pongan de acuerdo los que declaman contra las matemáticas, y los que las prefieren á todo. Esta diferencia de opinion nace de un error común, cual es el de confundir un *grande* con un *hábil* matemático. Hay una jeometría *material* que ofusca los ojos del alma; se compone de líneas, de puntos, de $A+B$; y á fuerza de tiempo y perseverancia, un mediano entendimiento puede hacer en ella notables progresos. Esta especie de jeómetras, vienen á ser entonces como una máquina jeométrica que ejecuta por sí misma las operaciones mas complicadas, como la máquina aritmética de Pascal. En materia de ciencias, el que se presenta el postrero, es el mas aventajado: véñse jóvenes

hoy que sobrepujarian tal vez al mismo Newton, y aun los que ahora pasan por sábios, se les despreciará en el siguiente siglo. Infatuados con sus cálculos, estos jeómetras adocenados, manifiestan á veces un desprecio ridículo de las artes de imaginacion: se sonrien de compasion cuando se les habla de literatura, de moral y de relijion. Ellos *conocen*, este es su lenguaje, toda la naturaleza. Tal vez se hará igual aprecio de la *ignorancia* de Platon, que llamaba á esta misma naturaleza *una poesía misteriosa*.

Pero felizmente hay otra jeometría diferente, que es una jeometría intelectual. Esta es la que se necesitaba saber para entrar en la escuela de los discípulos de Sócrates, la que ve á Dios detras del círculo y del triángulo, y la que formó á Pascal, Leibnitz, Descartes y Newton. En jeneral los jeómetras inventores han sido relijiosos.

Mas no se puede ocultar que la jeometría de estos grandes hombres es muy poco comun. Para un solo hombre que llegue á trepar los sublimes caminos de esta ciencia, ¿cuantos se pierden en sus enmarañados senderos? Observemos aqui ademas una de esas reacciones tan comunes en los designios de la Providencia; las épocas de irreligion preparan necesariamente las de las ciencias, asi como estas conducen no meuos necesariamente á aquellas. Cuando en un siglo de impiedad llega el hombre hasta desconocer la existencia de Dios, como sea este precisamente la sola verdad que posea á fondo, teniendo como siempre tiene una imperiosa

necesidad de atenerse á ciertas verdades positivas, se ve como precisado á buscarse algunas nuevas, que cree encontrar en la abstraccion de las ciencias.

Por otra parte, es natural que unos hombres de mediano talento, ó sean jóvenes de poca reflexion, al encontrar las verdades matemáticas en todo el universo, al verlas en el cielo con Newton, al descubrirlas en la química con Lavoisier y en los minerales con Haüy, es muy natural, repito, que las tengan por el principio mismo de las cosas, sin que su vista pase mas adelante. Esta bella sencillez de la naturaleza, que debería hacerles suponer un *primer móvil* como Aristóteles, y un *eterno jeómetra* como á Platon, solo sirve para estraviarlos. Para esta clase de hombres, bien pronto no es Dios otra cosa que las propiedades de los cuerpos; y la misma cadena de los números les impide ver la grande unidad.

CAPITULO II.

Química é historia natural.

Estos excesos son los que tanta ventaja han dado á los enemigos de las ciencias, y los que produjeron las elocuentes declamaciones de Rousseau y sus sectarios. No hay cosa mas admirable, dicen, que los bellos descubrimientos hechos por Spallanzani, Lavoisier y Lagrange; pero todo lo echan á perder las consecuencias que de ellos pretenden sa-

car algunos talentos superficiales. Acaso porque se llegue á demostrar la simplicidad de los jugos digestivos, ó á esplicar mejor los de la jeneracion; porque haya aumentado, ó mas bien disminuido la química el número de los elementos; porque conozca un escolar principiante la ley de la gravitacion; porque un niño sepa trazar unas figuras geométricas, y finalmente, porque este ó aquel escritor sea un sutil *ideólogo*, ¿se podrá deducir de aqui que no hay Dios ni verdadera religion? ¡Que abuso tan grande el raciocinar de este modo!

El tedio á los estudios filosóficos se ha fomentado entre los espíritus tímidos por otra observacion; pues dicen: »si fuesen ciertos é invariables todos esos descubrimientos, podríamos ya concebir el orgullo que inspiran, no á los hombres apreciables que los hicieron, y sí al público que los disfruta. No obstante, en todas las ciencias llamadas positivas, ¿la esperiencia del dia no destruye la de la vispera? Los errores de la física antigua han tenido tantos impugnadores como apolojistas. En literatura, una obra de mérito permanece siempre la misma, y el trascurso de los siglos solo contribuye á aumentar su brillo. Mas las ciencias que versan únicamente sobre las propiedades de los *cuerpos*, ven caducar de un momento á otro hasta sus mas famosos sistemas. En la química, por ejemplo, se pensaba tener un sistema cierto y una nomenclatura regular (1); pero ya hoy se conoce el

(1) Por las famosas terminaciones de los ácidos en *oso* y en

engaño. Y con algunos hechos mas, será preciso romper los crisoles de la química moderna. ¿Que se habrá adelantado con trastornar todos los nombres, y llamar *oxígeno* al *aire vital*, &c.? Las ciencias son un laberinto, donde el hombre se sepulta mas profundamente en el mismo instante en que piensa salir de él."

Estas objeciones son especiosas; pero no comprenden á la química mas que á todas las demas ciencias. Acusarla, pues, de que ella se desengaña por sí misma á vista de sus esperiencias, seria lo mismo que acusarla de su buena fe, y de que no penetra el secreto de la esencia de las cosas. ¿Y quien es el que por sí solo penetra este secreto, sino la primera inteligencia que existe desde la eternidad? La brevedad de nuestra vida, la flaqueza de nuestros sentidos, la imperfeccion de nuestros instrumentos y de nuestros medios, todo se opone al descubrimiento de esta fórmula jeneral, que nos ocultará Dios para siempre. Sabido es que nuestras ciencias *descomponen y vuelven á componer*; pero

icos, se ha demostrado recientemente, que el ácido nitroso y el sulfúreo no eran el resultado de la adición del oxígeno al ácido nitroso y al sulfúreo con respecto á la primera terminacion. Habia siempre desde el principio un vacío en el sistema por el ácido muriático, que no tenia positivo en *oso*. Mr. Bertholet está muy cerca de probar, dicen, que el *azoe*, mirado hasta ahora como una simple esencia combinada con el calórico, es una sustancia compuesta. No hay mas que un hecho cierto en la química fijado por Boerhaave, y desenvuelto por Lavoisier, á saber: que el *calórico* (terminacion en *ico*) ó la sustancia que unida á la luz compone el fuego, se emplea continuamente en estender los cuerpos, ó separar sus moléculas constitutivas entre sí.

no pueden *crear*. Esta impotencia de producir es la que descubre siempre la debilidad y la nada del hombre. Por mas que haga, nada puede hacer; todo le ofrece resistencia: no puede doblegar la materia para usarla, sin que se le resista y se lamenta, digámoslo así. ¡A todas sus obras parece que agregó hasta sus suspiros y su tumultuoso corazón!

Todo lo contrario se observa en las obras del sumo Hacedor, todo en ellas está mudo, porque no hay resistencia; todo está silencioso, porque está sumiso: cuando habló, guardó silencio el caos, y los globos se arrojaron al espacio sin hacer el menor ruido. Todas las fuerzas de la materia son, con respecto á una sola palabra de Dios, como la nada al todo, y como las cosas criadas á la necesidad. Observad al hombre cuando trabaja: ¡ó que espantoso aparato de máquinas! Afila el hierro; prepara el veneno; llama en su auxilio á todos los elementos; haciendo que brame el agua y silbe el aire, enciende sus hornos. ¡Y que es lo que intenta hacer este nuevo Prometeo armado de fuego? ¿Acaso va á criar un nuevo mundo? No; ¡solo va á destruir! ¡nada puede producir sino la muerte!

Sea efecto de las preocupaciones de la educación, sea la costumbre de vagar por los desiertos, ó bien porque en el estudio de la naturaleza hemos hecho uso con preferencia del corazón, lo cierto es, que nos causa dolor el ver dominar el espíritu de la análisis y de la *clasificación* en las ciencias amables, donde no debería buscarse mas que la bondad y la hermosura de la Divinidad. Si nos es

permitido decirlo, nos parece una miseria ver en el día al hombre, animal mamífero, colocado en el sistema de Lineo con los monos, los perezosos y los murciélagos. ¿No fuera más acertado dejarle al frente de la creación, donde le habían colocado Moisés, Aristóteles, Buffon y la naturaleza? Tocando con su alma en los cielos, y con su cuerpo en la tierra, era grato el verle formar en la cadena de los seres aquel simbólico anillo que une al mundo visible con el invisible, y al tiempo con la eternidad.

»En este mismo siglo, dice Buffon, en que parece que se cultivan las ciencias con esmero, me persuado de que no es difícil conocer que se halla despreciada la filosofía, acaso más que en ningún otro siglo: las artes, á que se quiere dar el nombre de científicas, han ocupado su lugar; los métodos del cálculo y de la jeometría, los de botánica é historia natural, las fórmulas, y en una palabra, los diccionarios, llaman la atención de toda clase de lectores: uno se imagina saber más, porque se ha aumentado el número de las espresiones simbólicas y de las frases eruditas, sin reflexionar que todas estas artes son únicamente unos andamios para llegar á la sabiduría, y no la sabiduría misma; que debemos hacer uso de ellos tan solo cuando no se puede pasar sin ellos, y que se debe temer nos lleguen á faltar cuando los queramos aplicar al edificio (1).»

Muy juiciosas son estas advertencias; pero nos

(1) Buffon, *Hist. nat.*, tom. 1, proem. disc., pág. 79.

parece que en las *clasificaciones* hay todavía un peligro mucho mayor. ¿No será justo el temor de que esta manía de reducirlo todo á signos físicos, y no ver mas que dedos, dientes y picos en las diferentes razas de la creacion, conduzca insensiblemente á la juventud al materialismo? Y á pesar de esto, si hay alguna ciencia que dé á conocer en toda su plenitud los escollos de la incredulidad, lo es sin duda alguna la historia natural. Cuando se adolece de semejante achaque, se aja todo lo que se toca: los perfumes, el matiz de los colores, y la elegancia de las formas desaparecen en las plantas para el botánico, que no busca en ellas ni su moralidad ni su ternura. Cuando no hay religion, queda el corazon insensible y sin hermosura, porque la hermosura no es un ente que exista fuera de nosotros: en el corazon del hombre es en donde residen todas las gracias de la naturaleza.

El incrédulo que estudia los animales, ¿hace acaso otro estudio que el de cuerpos muertos? ¿á donde va á parar con sus investigaciones? ¿cual puede ser su objeto? ¡Ah! ¡Para él se han formado los gabinetes, escuelas donde la muerte con la guadaña en la mano es el demostrador; cementerios con sus relojes en el centro, á fin de poder contar sus minutos á los esqueletos, y señalar las horas á la eternidad!

En los sepulcros es en donde la nada ha juntado sus maravillas; en ellos es donde el despojo de un mono insulta á las cenizas del hombre: allí es donde se ha de buscar la razon de ese fenómeno,

de un *naturalista ateo*; á fuerza de pasearse por la atmósfera de los sepulcros, su alma ha conquistado la muerte.

Cuando la ciencia era pobre y solitaria; cuando vagaba por los valles y los bosques, y cuando observaba al pájaro que llevaba el cebo á su nido, ó al cuadrúpedo que volvía á su guarida; cuando su laboratorio era la naturaleza, su anfiteatro los cielos y los campos, y cuando era sencilla y maravillosa como los desiertos que habitaba, entonces era religiosa. Sentada á la sombra de una encina y coronada de las flores que recojió en el monte, contentábase con pintar en sus libros de memorias las escenas que la rodeaban. Entonces no tenia mas libro que unos catálogos de remedios para las enfermedades corporales, ó colecciones de cánticos sagrados, cuyas palabras mitigaban tambien los dolores del alma. Mas luego que llegaron á formarse esas congregaciones de sábios, cuando los filósofos, aspirando únicamente á adquirir reputacion, sin buscar de ningun modo á la naturaleza, quisieron hablar de las obras de Dios sin haberlas amado, entonces nació la incredulidad con el amor propio, y la ciencia se redujo á un pequeño instrumento de una celebridad mas limitada aun.

Jamás habló la iglesia tan severamente contra los estudios filosóficos, como los diversos filósofos ya citados en estos capítulos. Si se la censurase por haber mirado con cierta desconfianza esas letras *que de nada curan*, segun la espresion de Séneca, seria tambien preciso condenar ese enjambre de lejisladores.

dores, estadistas y moralistas que en todos tiempos han levantado el grito con mas fuerza que ella contra el peligro, la incertidumbre y la oscuridad de las ciencias.

Porque ¿donde podria descubrir ella la verdad? ¿Será acaso en Locke, tan ensalzado por Condillac? en Leibnitz, que reputaba á Locke tan débil en la *ideología*, ó en Kant, que combate hoy á Locke y á Condillac? ¿Acaso dará crédito á Minos, á Licurgo, á Caton y á Juan Jacobo Rousseau, que destierran de sus repúblicas las ciencias, ó se conformará con el dictámen de los lejisladores que las toleran? ¡Que terribles lecciones, si estiende la vista alrededor de sí! ¡ó que vasto campo de reflexiones ofrece esa famosa historia del *árbol de la ciencia que enjendra la muerte!* Los siglos de filosofía siempre van unidos á los siglos de destruccion.

En una cuestion que ha dividido la tierra, no podia adoptar la iglesia mejor partido que el que ha abrazado, á saber: tirar ó allojar las riendas, segun las circunstancias de las cosas y de los tiempos; ú oponer la moral al abuso que hace el hombre de sus luces, y procurar conservarle para su felicidad un corazón sencillo y un pensamiento humilde.

Concluamos, pues, que el error del dia consiste en separar demasiado los estudios abstractos de los literarios. Los unos corresponden al entendimiento y los otros al corazón: se debe evitar, pues, el cultivar solo el primero con exclusion del segundo, y sacrificar la parte que ama á la que raciocina. Tan solo por el medio de una dichosa com-

binacion de conocimientos físicos y morales, y mas que todo por un concurso de ideas religiosas, se podrá dar á nuestra juventud aquella educacion que antiguamente formó tan grandes hombres. No creamos que se agotó nuestro suelo. Para enriquecerse con nuevas cosechas este hermoso pais de la Francia, bastará que se le cultive algun tanto al estilo de nuestros padres: es una de las tierras felices en que reinan los *jenios* protectores de los hombres, y aquel *soplo divino* que, segun Platon, descubre los climas favorables á la virtud (1).

CAPITULO III.

De los filósofos cristianos.

METAFÍSICOS.

Los ejemplos vienen á corroborar los principios; y bien puede lisonjearse de ser favorable á la filosofia una religion, que reclama como suyos los nombres de Bacon, Newton, Bayle, Clarke, Leibnitz, Grocio, Pascal, Arnaldo, Nicole, Malebranche y La Bruyere; sin hablar ahora de los Padres de la iglesia, ni de Bossuet, Fenelon, Masillon y Bourdaloue, á los cuales no contamos sino en el número de los oradores.

Bacon debe su celebridad á su tratado, *on the advancement of learning*, y á su *Novum organum*

(1) Plat., *de Leg.*, lib. v.

scientiarum. Examina en el primero el círculo de las ciencias, clasificando cada objeto bajo su facultad, y de ellas reconoce cuatro, á saber: el *alma* ó la *sensacion*, la *memoria*, la *imaginacion* y el *entendimiento*. Las ciencias quedan reducidas á solas tres, *poesía*, *historia* y *filosofía*.

En el segundo tratado reprueba el modo de razonar por silojismos, y propone como única guia en la naturaleza la física experimental. Aun se lee con un indecible placer la profesion de fe del ilustre canciller de Inglaterra, y la oracion que acostumbraba decir antes de ponerse á trabajar. Digna es de admiracion en un hombre tan grande aquella sencillez cristiana. Newton y Bossuet, cuando descubrian sus augustas cabezas al pronunciar el nombre de Dios, eran mas admirables, que cuando el primero pesaba los mundos, y el segundo enseñaba á despreciar el polvo de sus grandezas terrestres.

Clarke en su tratado de la *Existencia de Dios*; Leibnitz en su *Teodicea*, y Malebranche en su *Investigacion de la verdad*, se han elevado tanto en la metafísica, que nada han dejado que hacer á los venideros.

Es muy singular que nuestro siglo se contemple superior al precedente en metafísica y en dialéctica. Los hechos deponen contra nosotros. Seguramente Condillac, que nada de nuevo nos ha dicho, no puede competir con Locke, Descartes, Malebranche, ni Leibnitz. En todo rigor, él no hace mas que desmembrar á Locke, y aun descarriarse á cada paso cuando aquel no le guia.

En cuanto á lo demas, la metafísica del dia se diferencia de la antigua, en que separa cuanto es posible la imaginacion de los conocimientos abstractos. Hemos aislado todas las facultades de nuestro entendimiento, reservando el pensamiento para una materia determinada, y el razonamiento para otra: de esto resulta que nuestras obras no son enteramente perfectas, y que nuestro juicio, dividido así por capítulos, ofrece los inconvenientes de las historias en que se trata cada asunto separadamente. Mientras se comienza un artículo nuevo, se nos olvida el precedente; dejamos de ver las conexiones que tienen entre sí los hechos; caemos de nuevo en la confusion á fuerza de método, y la multitud de conclusiones particulares nos impide llegar á la conclusion jeneral.

Si tratamos de combatir como en la obra de Clarke á unos hombres que se precian de discurrir bien, y á los cuales es preciso probar que los demas discurren tan bien como ellos, debe usarse de aquel modo preciso y concluyente del doctor ingles; pero en otro cualquier caso, ¿á que fin se ha de preferir esta aridez á un estilo claro, animado y vigoroso? ¿por que en una obra seria no ha de hablar el corazon del mismo modo que en un libro puramente agradable? Aun se lee con deleite la metafísica de Platon, por estar matizada de una imaginacion brillante. Grande es el error en que han incurrido nuestros últimos *ideólogos*, separando la historia del espíritu humano de la historia de las cosas divinas, sosteniendo que la última nada tiene

de positivo, y que solo de la primera podemos hacer algun uso inmediato. Porque ¿donde está la necesidad de conocer las operaciones del pensamiento del hombre, sino en la direccion que de ellas se debe hacer á Dios? ¿Que me importa saber si las ideas me vienen ó no de los sentidos? Todos los metafísicos que me han precedido, esclama Condillac, *se han perdido en los espacios imaginarios, y solo yo he hallado la verdad: mi ciencia es en extremo útil. Voy á esplicaros lo que es la conciencia, la atencion y la reminiscencia.* Pero ¿de que me servirá todo esto? Ninguna cosa es buena ni positiva, sino cuando encierra una intencion moral; bajo este supuesto, toda metafísica, que no sea *teología* como la de los antiguos y la de los cristianos, toda metafísica que abre un abismo entre el hombre y Dios, que pretende que el último, hallándose rodeado de tinieblas, está fuera de su alcance, esta metafísica, digo, al mismo tiempo que sutil es muy peligrosa; porque carece de objeto.

La otra, por el contrario, asociándome á la Divinidad, y dándome una inmensa idea de mi grandeza y de la perfeccion de mi ser, me dispone á pensar y á obrar bien. Por medio de este eslabon van todos los fines morales á unirse de nuevo con esta elevada metafísica, que solo es entonces un camino mas llano para llegar á la virtud. Esto es lo que Platon llamaba por escelencia la *Ciencia de los Dioses*, y Pitágoras la *Jeometría Divina*. Fuera de esto, la metafísica no es mas que un microscopio que nos

descubre curiosamente algunos objetos pequeños, que no se podrian divisar con la vista simple, y que pueden ignorarse ó conocerse, sin que formen ó llenen vacío alguno en nuestra existencia.

CAPITULO IV.

Continuacion de los filósofos cristianos.

PUBLICISTAS.

En estos últimos tiempos hemos hecho gran ruido con nuestra ciencia política, como si el mundo moderno no hubiese oido hablar jamás antes de nosotros, ni de libertad, ni de las diferentes formas de gobierno. Es de inferir que por este motivo las hemos ensayado unas en pos de otras con tanta destreza como felicidad. Sin embargo, Maquiavelo, Tomas Moro, Mariana, Bodino, Grocio, Puffendorf y Locke, filósofos todos cristianos, habian escrito de la naturaleza de los gobiernos mucho antes que Mably y Rousseau.

No haré la análisis de las obras de estos publicistas, cuyos nombres basta recordar, para probar que todas las especies de gloria literaria corresponden al cristianismo; en otra parte manifestaremos cuanto debe la libertad del jénero humano á esta misma relijion, á quien se imputa que predica la esclavitud.

Seria de desear que si aun se ocupa alguno en escribir sobre la política (lo que Dios no permita),

se hallasen en esta clase de obras aquellas gracias que se advierten en las antiguas. La Ciropedia de Jenofonte, y la república y las leyes de Platon, son al mismo tiempo que unos tratados majestuosos, unos libros llenos de atractivo. Platon escede á todos en dar un jiro maravilloso á las disputas mas estériles, y sabiendo en fin encantarnos hasta en la simple esposicion de una ley. Aqui junta á tres viejos que discurren yendo desde Gnoso á la cueva de Júpiter, y descansan bajo unos elevados cipreses y en risueñas praderas; alli, á un homicida involuntario, que con un pie en el mar hace ofrendas á Neptuno; mas allá reciben á un poeta extranjero con cánticos y perfumes, y le aclaman hombre divino, le coronan de laureles, y le conducen fuera del territorio de la república colmado de honores. De esta suerte se vale Platon de mil modos ingeniosos para proponer sus ideas, y suaviza hasta las sentencias mas severas, considerando los delitos bajo un aspecto relijioso.

No olvidemos que los publicistas modernos han alabado con exajeracion el gobierno republicano, al paso que los escritores políticos de la Grecia han dado jeneralmente la preferencia al monárquico. Mas ¿por que razon? Porque los unos y los otros aborrecian lo que tenian, y querian lo que no poseian. Esta es la historia de todos los hombres.

Por lo demas, los sábios de la Grecia contemplaban la sociedad bajo sus relaciones morales, asi como nuestros modernos filósofos la consideran solo bajo las relaciones politicas. Los primeros que-

rian que el gobierno dimanase de las costumbres; y los segundos, que las costumbres se derivasen del gobierno. La filosofía de los unos se apoyaba en la religión, y la de los otros sobre el ateísmo. Platon y Sócrates decían á los pueblos: *Sed virtuosos y sereis libres*: nosotros les hemos dicho: *Sed libres y sereis virtuosos*. La Grecia con tales sentimientos fue feliz. ¿Que conseguiremos nosotros con los principios opuestos?

CAPITULO V.

Moralistas.

LA BRUYERE.

Los escritores de un mismo siglo, por diferentes que sean en el jenio, tienen no obstante alguna cosa comun entre ellos. Se conocen muy bien los de la hermosa edad de la Francia en la firmeza de su estilo, en el poco esmero de sus espresiones, la sencillez de sus maneras, y sobre todo en cierta composicion de frases griegas y latinas, que sin ofender al jenio de la lengua francesa, indica los escelentes modelos que siguieron.

Los literatos ademas se dividen, digámoslo asi, en partidos que siguen este ó aquel maestro, esta ó aquella escuela. Asi es que los escritores de *Port Royal* se diferencian de los escritores de la *Compañia*: Fenelon, Masillon y Flechier se tocan en algunos puntos; y Pascal, Bossuet y La Bruye-

re en algunos otros. Estos últimos se distinguen por una especie de impetuosidad de pensamientos y estilo, que les es peculiar. Pero es preciso convenir en que La Bruyere, que imita gustoso á Pascal, debilita algunas veces las pruebas y el modo de este grande ingenio. Cuando el autor de los *Caractères*, queriendo manifestar la pequeñez del hombre, dice: *Tú te hallas, ó Lucilo, colocado en algun punto de este átomo*, está muy distante de aquel fragmento del autor de los *Pensamientos*, cuando dice: *¿Que es un hombre en lo infinito? ¿quien puede percibirle?*

La Bruyere dice tambien: »No hay para el hombre mas que tres acontecimientos: *nacer, vivir y morir; no siente cuando nace, sufre cuando muere, y se olvida lo que vive.*» Pascal hace mas perceptible nuestra nada. »El último acto es siempre sangriento, por interesante y festiva que sea la comedia en todo lo demas; se le echa en fin un poco de tierra sobre el rostro, y acabó para siempre.» ¡Que palabra tan terrible es la última! Se ve primero la *comedia*, despues la *tierra*, y por último la *eternidad*. El descuido con que se deja caer la frase, manifiesta el poco valor de la vida. ¡Que amarga indiferencia se nota en esta corta y fria historia del hombre! (1).

(1) En la reducida edicion de Pascal, con notas, está suprimido este pensamiento, sin duda por parecer á los editores que no tenia *buen estilo*. Hemos oido criticar la prosa del siglo de Luis XIV como falta de armonia, de elegancia y de exactitud en la espresion. Tambien oimos decir: *Si Bossuet y Pascal volvieran al mundo, no escribirían como escribieron.*

Como quiera que sea, La Bruyere es uno de los mejores escritores del siglo de Luis XIV. Ningun hombre ha sabido dar mas variedad á su estilo, mas diversas formas á su lengua, ni mas viveza á su pensamiento. Desde la mas alta elocuencia descende á la familiaridad, y pasa de la chanza al razonamiento, sin ofender jamás ni al gusto ni al lector. La ironía es su arma favorita: tan filósofo como Teofrasto, abraza con una mirada suya mayor número de objetos, y sus observaciones son mas orijinales y mas profundas. Teofrasto conjetura, La Rochefoucault adivina, y La Bruyere muestra cuanto pasa en lo interior de los corazones.

Es un gran triunfo para la religion el contar entre sus filósofos un Pascal y un La Bruyere. Con estos ejemplos es, cuando menos, una indiscrecion el atreverse á decir, que solo *talentos muy limitados* pueden llegar á ser cristianos.

»Si mi religion fuera falsa, dice el autor de los *Caractères* (lo confieso), seria el lazo mas peligroso que pudiera tenderse; seria inevitable el dar en mil estravagancias y cierto el caer en él. ¡Que majestad! ¡que magnificencia de misterios! ¡que enlace y encadenamiento en toda la doctrina! ¡que razon tan eminente! ¡que candor! ¡que inocencia de cos-

Se pretende persuadir que solo nosotros somos por *excelencia* los escritores en prosa, y mucho mas hábiles en el arte de coordinar las palabras. ¿No espresamos nosotros unos pensamientos comunes en estilo limado, al paso que los escritores del siglo de Luis XIV decian cosas grandes en estilo sencillo?

tumbres! ¡que invencible fuerza de testimonios dados sucesivamente por espacio de tres siglos, por millones de personas las mas sábias y mas moderadas que habia entonces sobre la tierra, y á quienes el convencimiento de una misma verdad sostenia en los destierros y en las cadenas, á vista de la muerte y del último suplicio!”

Si La Bruyere volviese al mundo, se quedaria pasmado al ver esta relijion, cuya escelencia y belleza confesaban los hombres mas grandes de su siglo, tratada ahora de *infame, ridicula y absurda*. Creeria sin duda que los nuevos *incrédulos* son hombres muy superiores á los escritores que les han precedido, y que ante ellos, Pascal, Bossuet, Fenelon y Racine son pobres autores sin talento. Abriria, pues, sus obras con una especie de respeto mezclado de espanto. Nos parece verle aguardando encontrar en cada línea algun gran descubrimiento del entendimiento humano, algun pensamiento elevado, y aun quizás algun hecho histórico anteriormente desconocido, que probase invenciblemente la falsedad del cristianismo; pero ¿que diria y pensaria en su segundo espanto que no tardaria en seguir al primero?

Nos hace falta La Bruyere; la revolucion ha renovado el fondo de los caractéres. La avaricia, la ignorancia y el amor propio se presentan bajo un nuevo aspecto. Estos vicios, en el siglo de Luis XIV, se amalgamaban aun con la relijion y con la urbanidad; pero en el dia se coligan con la impiedad y la astucia de las formas; debian, pues, tener en el

siglo XVII coloridos mas finos y visos mucho mas delicados; podian ser entonces ridículos, mas hoy son muy odiosos.

CAPITULO VI.

Continuacion de los moralistas.

Hubo un hombre que á la edad de doce años, con unas *reglas* y unos *globos*, creó las matemáticas; á la de dieziseis, compuso el mas sábio tratado de los cónicos que se ha visto desde la antigüedad; á los diezinueve, redujo á máquina una ciencia que existe entera en el entendimiento; á los veintitres, demostró los fenómenos de la gravedad del aire, y destruyó uno de los grandes errores de la fisica antigua; á la edad en que los demas hombres apenas comienzan á nacer, habiendo recorrido ya todo el círculo de las ciencias humanas, reconoció su nada, y dirigió sus pensamientos hácia la religión: desde este momento hasta su muerte, acaecida á los treinta y nueve años de su edad, siempre achacoso y paciente, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine; dió el modelo de la mas graciosa sátira como del razonamiento mas vigoroso; en fin, en los cortos intérvalos de sus dolencias, resolvió por abstraccion uno de los mas altos problemas de la jeometría, y estampó en el papel unos pensamientos, que participan tanto de Dios, como del hombre. Este formidable talento se llamaba Blas Pascal.

Es difícil no quedar confundido de admiración, cuando abriendo los *Pensamientos* del filósofo cristiano, se llega á los seis capítulos en que trata de la naturaleza del hombre. Los sentimientos de Pascal son particularmente dignos de atención, por la profundidad de su tristeza, y por una inexplicable inmensidad: en medio de estos pensamientos se experimenta cierta suspensión, como en el infinito. Los metafísicos hablan de aquel *pensamiento abstracto*, que no tiene ninguna propiedad de la materia, que toca á todo sin moverse de su sitio, vive de sí mismo, no puede perecer porque es invisible, y prueba de un modo concluyente la inmortalidad del alma; esta definición del pensamiento parece habérsela sugerido á los metafísicos los escritos de Pascal.

Existe un monumento curioso de la filosofía cristiana, y de la filosofía del día: los *Pensamientos* de Pascal, comentados por los editores (1). Parece que veamos las ruinas de Palmira, restos soberbios del genio y del tiempo, al pie de los cuales construye su miserable cabaña el árabe del desierto.

Voltaire ha dicho: »Pascal, loco sublime, nació un siglo antes de lo que debía.» Se conoce bien lo que significa esta espresion. Una sola observacion bastará para hacer ver cuan inferior sería Pascal *sofista* á Pascal *cristiano*.

¿En que parte de sus escritos se ha elevado so-

(1) Véase la nota J, al fin del volumen.

bre los mas grandes ingenios el solitario de *Port Royal*? En los seis capítulos que tratan del hombre. Estos seis capítulos que tratan enteramente del pecado original, no existirian si Pascal *hubiera sido incrédulo*.

Aqui es preciso hacer una observacion importante. Entre las personas que han abrazado las ideas filosóficas, las unas no cesan de desacreditar el siglo de Luis XIV; y las otras, aparentando cierta imparcialidad, conceden á aquel siglo *los dones de la imaginacion*, negándole *las facultades del pensamiento*. El siglo XVIII, dicen, es el siglo *pensador* por escelencia.

Cualquier hombre imparcial que lea atentamente los escritores del siglo de Luis XIV, conocerá á primera vista, *que nada se ha ocultado á su comprension*; pero que contemplando los objetos de un punto mas elevado que nosotros, despreciaron los caminos en que despues hemos entrado, al fin de los cuales su penetrante vista habia descubierto un abismo.

Esta asercion puede apoyarse con mil pruebas. ¿Acaso han sido religiosos tantos hombres grandes, por no haberse hecho cargo de las objeciones opuestas á la religion? ¿Se olvidan de que Bayle publicaba en esta misma época sus dudas y sus sofismas? ¿No saben que Clarke y Leibnitz se ocupaban solo en combatir la incredulidad? Que Pascal *queria defender* la religion; que La Bruyere componia su capítulo de los *Incrédulos*, y Masillon su sermon de la *Verdad de una vida futura*, y que Bossuet en fin

lanzaba estas fulminantes palabras sobre los ateos: »¿Que han visto estos *raros ingenios*, que han visto *mas que los otros*? ¡Que ignorancia es la suya, y cuan facil seria confundirlos, si débiles y presuntuosos no temieran ser instruidos! ¿Piensan acaso haber visto mejor las dificultades, porque se rindan á ellas, y porque los otros que *las han conocido*, las han despreciado? Ellos son los que nada han visto, nada entienden, y ni aun tienen sobre que fundar la *nada* que esperan despues de esta vida, y cuya miserable herencia y porcion tampoco tienen segura.»

Y ¿que relaciones morales, políticas ó relijiosas se han ocultado á Pascal? ¿Que lado de las cosas no ha tenido presente? Si considera la naturaleza humana en jeneral, hace de ella aquella pintura tan conocida y pasmosa. *La primera cosa que se ofrece al hombre cuando se mira á sí mismo, es su cuerpo.....* Y en otra parte: *El hombre es únicamente una caña que piensa.* ¿Preguntamos, pues, si en todo esto Pascal fue un miserable pensador?

Los escritores modernos se han estendido mucho acerca del poder de la opinion, y Pascal fue el primero que la observó. Una de las cosas mas fuertes que aventuró en política Rousseau, se lee en su discurso sobre la *Desigualdad de condiciones*. *El primero*, dice él, *á quien, habiendo cercado un terreno, le ocurrió decir: esto es mio, fue el verdadero fundador de la sociedad civil.* Esta es casi palabra por palabra la espantosa idea que espresa el solitario de *Port Royal*, con muy diferente ener-

jía : *Este perro es mio , decian estos pobres muchachos : este es mi sitio para tomar el sol : ved aqui el orijen y la imájen de la usurpacion de toda la tierra.*

Y he aqui uno de esos pensamientos que nos hacen temblar aun por Pascal. ¡Que hubiera llegado á ser este grande hombre si no hubiese sido cristiano! ¡Que freno tan adorable es esta relijion, que sin impedirnos echar la vista alrededor , nos impide precipitarnos al abismo.

El mismo Pascal dijo tambien : » Tres grados de elevacion del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano decide entre la verdad á los pocos años de posesion. Las leyes fundamentales cambian , y el derecho tiene sus épocas : ¡pobre y risible justicia , que tiene por límites un rio ó una montaña! la verdad de la parte de acá de los Pirineos , es error al otro lado de ellos.»

Seguramente el mas atrevido pensador de este siglo , el escritor mas determinado á jeneralizar las ideas para trastornar el mundo , no han dicho una cosa mas fuerte contra la justicia de los gobiernos y las preocupaciones de las naciones.

Los insultos que por filosofía hemos prodigado nosotros á la naturaleza humana , se han sacado mas ó menos de los escritos de Pascal. Pero copiando de este raro ingenio la *miseria* del hombre , no hemos sabido como él entrever toda su *grandeza*. Bossuet y Fenelon , el primero en su *Historia universal* , en sus *Advertencias* y en su *Política sacada de la Sagrada Escritura* , y el segundo en su *Telémaco* , han dicho todo lo esencial acerca de los go-

biernos. El mismo Montesquieu no hizo por lo común sino desenvolver los principios del obispo de Meaux, como se ha notado muy bien. Se podrian formar volúmenes enteros de todos los pasajes favorables á la libertad y al amor de la patria, que se hallan en los autores del siglo xvii.

Y ¿que dejó de probarse en aquel siglo (1)? La igualdad de pesos y medidas, la abolicion de las *costumbres* provinciales, la reforma del código civil y criminal, la reparticion igual del impuesto; todos estos proyectos de que tanto nos lisonjamos, han sido ya propuestos, examinados y aun ejecutados, cuando las ventajas de la reforma han parecido equilibrar los inconvenientes. ¿Acaso no intentó Bossuet hasta unir la iglesia romana con la protestante? Si se reflexiona que Bagnoli, Le Maitre, Arnaldo, Nicole y Pascal, se habian dedicado á la educacion de la juventud, sin duda será difícil creer que la educacion que se dá en nuestros dias sea mas cumplida y mas sábia. Los mejores libros clásicos que aun hoy tenemos, son los de *Port Royal*, y no cesamos de repetirlos, ocultando el plajio en nuestras obras elementales.

Nuestra superioridad se reduce, pues, á un corto número de progresos en los estudios naturales; progresos que pertenecen al curso del tiempo, y no compensan, ni con mucho, la pérdida de la imaginacion, que es su consecuencia. El *pensamiento* es siempre uno mismo en todos los siglos, aun-

(1) Véase la nota K, al fin del volúmen.

que esté acompañado mas particularmente ó de las artes ó de las ciencias; pero solo manifiesta toda su grandeza poética y toda su hermosura moral en las primeras.

Mas ya que el siglo de Luis XIV concibió todas las ideas liberales (1), ¿por que no hizo de ellas el mismo uso que nosotros? No nos envanezcamos de nuestro ensayo. Pascal, Fenelon y Bossuet previeron mucho mas que nosotros la naturaleza de las cosas, conocieron el peligro que habia en las innovaciones. Aun cuando sus obras no patentizasen sus ideas filosóficas, ¿se podria creer que no hubiesen hecho impresion en estos grandes hombres los abusos que se deslizan por todas partes, ni que tampoco hubiesen conocido lo débil y lo fuerte de los negocios humanos? Pero era su axioma que *no se debe hacer un mal pequeño, aunque de él resulte un bien grande* (2); y con mas razon, por causa de unos sistemas, cuyo resultado es casi siempre terrible. No era en verdad falta de talento en Pascal, que (como dejamos dicho) conociendo tan bien el vicio de las leyes en el *sentido absoluto*, decia en el *sentido relativo*: »¡Cuan acertado ha sido el distinguir á los hombres por sus calidades exteriores! ¿Quien de nosotros dos parará? ¿quien de los dos cederá? ¿el menos hábil? Pero yo soy tan hábil como él; será preciso reñir por esto. Él tiene cua-

(1) Voz que la filosofía ha tomado de los ingleses. Pero ¿como es que nuestro *prodijioso amor á la patria* vaya siempre á buscar sus palabras á un diccionario extranjero?

(2) Hist. de Port Royal.

tro lacayos , y yo no tengo mas que uno : no hay que vacilar , no se necesita mas que contar ; á mí me toca ceder , y soy un necio si lo rehuso.'

Esto solo responde á volúmenes enteros de sofismas. El autor de los *Pensamientos* , sometiéndose á los *cuatro lacayos* , es mucho más filósofo que esos otros *pensadores* , á quienes han alborotado los cuatro lacayos.

En una palabra , el siglo de Luis XIV permaneció pacífico , no porque se le ocultase tal ó tal cosa , sino porque viéndola , la penetraba hasta lo interior , porque consideraba todos sus aspectos , y conocia todos los peligros. Sino se sumerjió en las ideas del dia , es porque fue superior á ellas : juzgamos de debilidad su poder. Su secreto y el nuestro se encierran enteramente en este pensamiento de Pascal.

»Tienen las ciencias dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural , en que se hallan todos los hombres al nacer : el otro extremo es aquel adonde llegan las almas grandes , que habiendo recorrido todo cuanto pueden saber los hombres , conocen que nada saben , y entran de nuevo en aquella misma ignorancia de donde han salido ; mas esta es una ignorancia sábia que se conoce á sí misma. Los que han salido de la ignorancia natural y no han podido llegar á la otra , tienen alguna tintura de esta ciencia suficiente , y presumen de entendidos ; alborotan el mundo , y juzgan aun peor que todos los demas. El pueblo y los que saben , componen ordinariamente el tren del

mundo; los demas hombres les desprecian, y son despreciados de ellos."

No podemos prescindir de hacer aqui una triste reflexion sobre nosotros mismos. Pascal habia emprendido dar á luz la obra de que solo publicamos ahora una parte tan débil y tan corta. ¡Que obra clásica no hubiese salido de las manos de tal maestro! Si Dios no le permitió ejecutar su designio, será tal vez porque no convendrá se aclaren todas las dudas acerca de la fe, á fin de que quede materia á las tentaciones y á estas pruebas que forman los santos y los mártires.

LIBRO TERCERO.**Historia.****CAPITULO PRIMERO.**

Del cristianismo en el modo de escribir la historia.

Si el cristianismo ha contribuido tanto á los progresos de las ideas filosóficas, precisamente debe ser favorable al genio de la historia, porque esta no es mas que una rama de la filosofía natural y política. Cualquiera que desprecie las sublimes nociones que la religion nos da de la naturaleza y de su autor, se priva voluntariamente de un fecundo recurso de imágenes y pensamientos.

Con efecto, ninguno conocerá mejor á los hombres, que el que haya meditado mas tiempo los designios de la Providencia, y llegue á penetrar los *artificios* de la sabiduría divina. Los designios de los reyes, las abominaciones de las ciudades, los inicuos y tortuosos caminos de la política, el movimiento de los corazones por el hilo secreto de las pasiones, esas inquietudes que se apoderan á veces de los pueblos, las traslaciones del poder del rey al vasallo, del noble al plebeyo, y del rico al pobre;

todos estos resortes os serán incomprensibles, si no asistís, digámoslo así, al consejo del Altísimo con los diversos espíritus de fuerza, prudencia, flaqueza y error que envía á las naciones que quiere salvar ó perder.

Coloquemos, pues, la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos, y refirámonos siempre á Dios como causa universal. Exajérese cuanto se quiera al que descubriendo los secretos de nuestros corazones, hace salir los sucesos mas grandes de las fuentes mas miserables: Dios atento á los reinos de los hombres, y la impiedad, es decir, la ausencia de las virtudes morales, como razon inmediata de las desgracias de los pueblos; he aqui lo que me parece una base histórica, mucho mas noble y mucho mas cierta que la primera.

Y tomando un ejemplo de nuestra revolucion: que nos digan ¿si fueron causas ordinarias las que, en el curso de algunos años, desnaturalizaron todas nuestras afecciones, y extinguieron entre nosotros aquella sencillez y magnificencia que son peculiares al corazon del hombre? Habiéndose retirado del médio del pueblo el espíritu de Dios, no quedó ya fuerza sino en la culpa orijinal que recobró su imperio, como en tiempo de Cain y de su raza. Cualquiera que quisiera ser razonable, sentia en sí mismo cierta impotencia para el bien; el que tendia una mano pacífica, la veia repentinamente seca; la bandera roja tremolaba en las almenas de las ciudades; se declara la guerra á todas las naciones, y entonces se cumplen las palabras del profe-

ta: *Los huesos de los reyes de Judá, los de los sacerdotes y los de los habitantes de Jerusalem, serán arrojados fuera de sus sepulcros* (1). Criminales con respecto á lo pasado, se atropellan las instituciones antiguas, y no menos culpables en las esperanzas, nada se funda para la posteridad. Los sepulcros y los niños son igualmente profanados. En esta descendencia de vida que nos fue transmitida por nuestros antepasados, y que debemos prolongar mas allá de nosotros, no se atendió mas que al tiempo presente; y consagrándose cada uno á su propia corrupcion, como á un sacerdocio abominable, vivió como si nada le hubiera precedido, y como si nada hubiese de seguirle.

Al paso que el espíritu de perdicion devoraba interiormente á la Francia, un espíritu de vida la defendia por de fuera. No habia prudencia ni grandeza sino en las fronteras; todo por adentro está abatido, pero en lo exterior todo triunfa. Ya no está la patria en sus hogares; está en un campo sobre el Rin, como en tiempo de la raza de Meroveo; parece verse al pueblo judío arrojado de la tierra de Jesen, y domando las naciones bárbaras en el desierto.

Semejante combinacion de cosas no tendria su principio natural en los acontecimientos humanos. El escritor religioso es el único que puede descubrir aqui un profundo consejo del Altísimo: »Si las potencias coligadas no hubieran intentado otra cosa

(1) *Jeremias*, cap. VIII, v. 1.

que hacer cesar las violencias de la revolución, y dejar despues á la Francia reparar sus males y errores, quizás hubieran acertado. Pero Dios contempló la iniquidad de las córtes, y dijo al soldado extranjero: »Yo haré pedazos la espada de tu mano, y tú no destruirás el pueblo de San Luis.»

Asi la relijion parece nos conduce á la esplicacion de los hechos mas incomprensibles de la historia. Ademas, hay en el nombre de Dios algo de magnífico, que sirve para dar al estilo cierto énfasis admirable, de modo que el escritor mas relijioso es casi siempre el mas elocuente: sin relijion se puede tener talento, pero es difícil tener jenio. Añadamos que en el historiador relijioso se percibe un cierto tono, y aun nosotros le llamaríamos como un sabor de honradez, que nos induce á creer lo que nos cuenta. Por el contrario, se desconfia del historiador sofista, porque representando casi siempre la sociedad bajo un aspecto odioso, se inclina uno á mirarle como á un perverso y un engañador.

CAPITULO II.

Causas jenerales que han impedido á los escritores modernos el sobresalir en la historia.

CAUSA PRIMERA.

Bellezas de los asuntos antiguos.

Aqui se presenta una objeccion: si el cristianismo es favorable al jenio de la historia, ¿en que con-

siste que los escritores modernos son comunmente inferiores á los antiguos en esta parte tan importante y profunda de la literatura?

Debe observarse ante todo que el hecho que supone esta objecion no es de rigurosa verdad; porque uno de los mejores monumentos históricos que se conservan entre los hombres, el *Discurso sobre la historia universal*, ha sido dictado por el espíritu del cristianismo. Pero prescindiendo por un momento de esta obra, las causas de nuestra inferioridad en la historia, caso de haberla, merecen examinarse con reflexion.

Estas nos parecen de dos especies, unas relativas á la *historia*, y otras al *historiador*.

La historia antigua ofrece un cuadro que los tiempos modernos no han reproducido. Los griegos, sobre todo, fueron notables por la grandeza de los hombres, y los romanos por la grandeza de las cosas. Roma y Aténas, partiendo del estado de la naturaleza para llegar al último grado de civilizacion, corrieron toda la escala de virtudes y vicios, de la ignorancia y de las artes. Se ve crecer al hombre y su pensamiento: al principio es niño, despues combatido por las pasiones de la juventud, fuerte y sábio en su edad madura, y finalmente queda débil y corrompido en su vejez. El estado sigue al hombre, pasando del gobierno real ó paternal al gobierno republicano, y cayendo en el despotismo en la edad decrepita.

Aunque los pueblos modernos ofrezcan, como veremos luego, algunas épocas interesantes, algu-

nos reinados famosos, algunos retratos brillantes, y algunas acciones heróicas, con todo es preciso convenir en que no ofrecen al historiador aquel conjunto de cosas, ni aquella sublimidad de lecciones que hacen de la historia antigua un todo completo y una pintura perfecta. No han comenzado por el primer paso, ni se han formado por grados; se han trasportado de repente desde el fondo de los bosques y desde el estado salvaje, al medio de las ciudades y del estado civil: no son mas que unas tiernas ramas injeridas en un tronco viejo. Asi todo es tinieblas en su oríjen, y se ven en ellos á un mismo tiempo grandes vicios y grandes virtudes, una grosera ignorancia y rasgos de luz, unas nociones vagas de justicia y de gobierno, y una mezcla confusa de costumbres y de lenguaje. Estos pueblos no han pasado por aquel estado en que las buenas costumbres forman las leyes, ni por el otro en que las buenas leyes forman las costumbres.

Cuando estas naciones vienen á sentarse de nuevo sobre las ruinas del mundo antiguo, detiene al historiador otro fenómeno: todo parece repentinamente arreglado; todo toma un aspecto uniforme; vense monarquías por todas partes, y apenas alguna república pequeña, que se muda por sí misma en principado, ó es absorbida por los reinos vecinos. Al mismo tiempo las artes y las ciencias se descubren y desarrollan, pero tranquilamente y entre las sombras. Se separan, digámoslo asi, de los destinos humanos; no influyen ya en la suerte de los imperios; y desterradas entre una corta clase de

ciudadanos , llegan á ser mas bien un objeto de lujo y de curiosidad , que un nuevo sentido para las naciones.

De esta manera se consolidan á la vez todos los gobiernos. Una balanza relijiosa y política nivela todas las partes de la Europa. Nada se destruye en ella : el mas pequeño estado moderno puede vanagloriarse de una duracion igual á la de los imperios de los Ciro y de los Césares. El cristianismo ha sido el áncora que fijó tantas naciones flotantes , y que retuvo en el puerto esos estados , que acaso se estrellarian si llegasen á romper el vínculo comun con que la relijion los tiene unidos.

Esparciendo , pues , sobre los pueblos esta uniformidad , ó por mejor decir , esta monotonía de costumbres que las leyes imponian al Ejipto , é imponen aun hoy á los indios y chinos , el cristianismo ha hecho necesariamente menos vivos los colores de la historia. Estas virtudes jenerales , tales como la humanidad , el pudor y la caridad que ha sustituido el cristianismo á las dudosas virtudes políticas ; estas virtudes , repito , no representan tan gran papel en el teatro del mundo. Como son verdaderas virtudes , huyen de la luz y del ruido : hay entre los pueblos modernos cierto silencio en los negocios , que desconcierta al historiador. Pero guardémonos bien de quejarnos de esto : el hombre moral entre nosotros es muy superior al hombre moral de los antiguos. No se ha pervertido nuestra razon por un culto abominable ; no adoramos monstruos ; la deshonestidad no levanta su ca-

beza entre los cristianos; no tenemos gladiadores ni esclavos. No hace mucho tiempo que la sangre nos causaba horror. ¡Ah! ¡No envidiemos á los romanos su Tácito, si es que hemos de comprarle con su Tiberio!

CAPITULO III.

Continuacion del precedente.

SEGUNDA CAUSA.

Los antiguos han apurado todos los jéneros de historia, á escepcion del jénero cristiano.

A esta primera causa de la inferioridad de nuestros historiadores, fundada en el fondo mismo de las materias, es preciso añadir otra relativa al modo con que los antiguos escribieron la historia; los cuales han agotado todos los jéneros, de modo que la historia quedára para siempre cerrada ya á los modernos, á no haber presenciado el cristianismo un nuevo carácter de reflexiones y pensamientos.

Jóven y brillante la historia en tiempo de Herodoto, puso á vista de la Grecia la pintura del origen de la sociedad y de las primitivas costumbres de los hombres. En aquellos tiempos se lograba la gran ventaja de escribir los anales de la fábula, escribiendo los de la verdad; y solo habia obligacion de pintar, pero no de reflexionar; porque los vicios y las virtudes de las naciones estaban todavía en su edad poética.

Mas otro tiempo otras costumbres. Tucídides estuvo privado de aquellas admirables pinturas de la cuna del mundo; pero entró en un campo de historia todavía inculto. Dibujó con severidad los males ocasionados por las disensiones políticas, dejando á la posteridad unos ejemplos, de que nunca se aprovecha.

Jenofonte descubrió á su vez una nueva senda. Sin ser difuso, y sin desdecir nada de la elegancia ática, dirigió algunas miradas de compasion sobre el corazon humano, y vino á ser el padre de la historia moral.

Colocado en un teatro mas vasto, y en el único pais donde se conocian dos jéneros de elocuencia, la del foro, y la del estrado; Tito-Livio los trasladó ambos á sus escritos, y fue el orador de la historia, como Herodoto es el poeta.

En fin, la corrupcion de los hombres y los reinados de Tiberio y de Neron, hicieron nacer el último jénero de historia, ó el jénero filosófico. Las causas de los acontecimientos que Herodoto habia inquirido entre los dioses, Tucídides en las constituciones políticas, Jenofonte en la moral, y Tito-Livio en estas diversas causas reunidas, las vió Tácito en la perversidad del corazon humano.

Mas no es esto decir que estos grandes historiadores brillen esclusivamente en el jénero que hemos querido atribuirles, sino que nos ha parecido ser este el que domina en sus escritos. Entre los primitivos caractéres de la historia, se hallan algunos matices de que se aprovecharon los his-

toriadores de clase inferior. Asi se coloca Polibio entre Tucídides y el filósofo Jenofonte: Salustio toma á la vez de Tácito y de Tito-Livio; mas el primero le escede en la fuerza del pensamiento, y el segundo en la hermosura de la narracion. Suetonio contó la anecdota sin reflexiones y sin velo; Plutarco añadió á ella la moralidad; Veleyo Patérculo enseñó á jeneralizar la historia sin desfigurarla; Floro hizo de ella un compendio filosófico; en fin, Diodoro de Sicilia, Trogo Pompeyo, Dionisio de Halicarnaso, Cornelio Nepote, Quinto Curcio, Aurelio Victor, Amiano Marcelino, Justino, Eutropio, y otros muchos que callo ó no tengo presentes, llevaron la historia hasta los tiempos en que cayó en manos de los autores cristianos; época en que todo mudó en las costumbres de los hombres.

No sucede lo mismo con las verdades que con las ilusiones; estas son inagotables, al paso que limitado el círculo de las primeras: la poesía siempre es nueva, porque el error nunca envejece, y esto es lo que constituye su mérito á los ojos de los hombres. Pero en la moral y en la historia se jira siempre en el estrecho campo de la verdad: sea como quiera, es preciso venir á dar en observaciones conocidas. ¿Que camino, pues, histórico podian tomar los modernos que no estuviese andado mucho antes? Solo podian imitar; pero en estas imitaciones concurrían muchas causas que les impidieron llegar á la perfeccion de sus modelos. Como poesía, el orijen de los Catos, de los Teneteros y

de los Maliacos, nada ofrecia de aquel brillante Olimpo, de aquellas ciudades edificadas al son de la lira, y de toda aquella infancia embelesadora de los Helenos y Pelasgos; como politica, el gobierno feudal prohibia las grandes lecciones; como elocuencia, no habia sino la de los púlpitos; y como filosofia, no eran los pueblos aun tan desgraciados, ni estaban tan corrompidos para que ella se hubiese dejado ver.

Esto no obstante, se les imitó con mas ó menos acierto. Bentivoglio en Italia calcó á Tito-Livio, y seria elocuente, sino fuera afectado. Dávila, Guicciardini y Fra-Paolo fueron mas sencillos; y Mariana, en España, demostró un gran talento; mas por desgracia este vehemente jesuita deshonoró un género de literatura, cuyo principal mérito es la imparcialidad (1). Hume, Robertson y Gibbon siguieron mas ó menos á Salustio ó á Tácito; pero este último historiador ha producido dos hombres tan grandes como él mismo, Maquiavelo y Montesquieu.

Tácito, sin embargo, debe ser tomado por modelo con mucha precaucion; menos inconveniente hay en aficionarse á Tito-Livio: la elocuencia del primero le es tan peculiar, que no puede ensayarla el que no tenga su talento. Tácito, Maquiavelo y Montesquieu farmaron una escuela peligrosa, in-

(1) El modo vago y jeneral con que se censura aqui á nuestro historiador, no nos permite una defensa determinada; mas no podemos dejar de observar que el carácter que hasta ahora se ha notado principalmente en Mariana, es el de una severidad y rigidez, que se avienen muy mal con la parcialidad que se le imputa. (Ed. E.)

roduciendo palabras atrevidas, frases secas, y modos de decir tan rápidos, que bajo una apariencia de brevedad, se hacen oscuros y de mal gusto.

Dejemos, pues, este estilo á aquellos jenios inmortales, que por diversas causas formaron un jénero separado; jénero que ellos solos podían sostener, y que es peligroso imitar. Acordémonos de que los escritores de los bellos siglos literarios, ignoraron esta afectada concision de ideas y de lenguaje. Los pensamientos de Tivio-Livio y de Bossuet son abundantes, y están encadenados unos con otros; en ellos cada palabra nace de la palabra precedente, y es la semilla de la que sigue. Los rios grandes no corren á saltos, por intervalos ni en línea recta, si puedo valerme de esta imájen; sino que llevan consigo á largas distancias un caudal de agua que se aumenta continuamente: sus rodeos y sus jiros son anchos en las llanuras, y en su inmenso circuito abrazan las ciudades y los bosques, y llevan al gran Océano unas aguas capaces de llenar sus abismos.

CAPITULO IV.

Por qué razon los franceses no tienen mas que memorias.

He aqui una cuestion que mira enteramente á los franceses: ¿por que no tenemos mas que memorias en lugar de historias? y ¿en que consiste que casi todas estas memorias son escelentes?

El frances ha sido en todos tiempos, aun cuando era bárbaro, vano, ligero y sociable. Reflexiona poco sobre el conjunto de los objetos; pero observa con curiosidad sus pormenores, y su golpe de vista es siempre pronto, seguro y despreocupado: necesita estar siempre sobre la escena, de la cual, ni aun como historiador, consiente en retirarse del todo. Las memorias le dan libertad para entregarse á su jenio; porque en ellas, sin dejar la escena, cuenta sus observaciones, que son siempre delicadas, y algunas veces profundas. Le agrada: *Yo estaba allí; el rey me dijo....; supe del príncipe....; aconsejé....; preví el bien ó el mal.* Asi es como se satisface su amor propio en presencia del lector; y el mismo deseo que tiene de pasar por un pensador ingenioso, le conduce con frecuencia á pensar bien. Además, en este jénero de historia, no está obligado á renunciar á sus pasiones, de que con dificultad se desprende. Se entusiasma por tal ó tal causa, ó por esta ó por aquella persona; é insultando á veces al partido opuesto, y burlándose otras del suyo, ejercita á un mismo tiempo su venganza y su malicia.

Desde el Señor de Joinville, hasta el cardenal de Retz; desde las memorias de la época de la Liga, hasta las del tiempo de la Honda (1), se manifiesta su carácter por todas partes, y penetra hasta en el grave Sully. Mas cuando se trata de pasar á la his-

(1) Honda (*Fronde*), guerra civil de Francia en 1648, durante la minoridad de Luis XIV. Uno de los partidos se llamó de *mazarinos*, y el otro de *honderos*. (Ed. E.)

toria este arte de los pormenores, entonces cambian las relaciones, y se pierden las matices en las grandes pinturas, como las lijeras oleadas sobre la superficie del Océano. Precisados entonces á jeneralizar nuestras observaciones, caemos en el espíritu de sistema; y no pudiendo hablar al descubierto de nosotros mismos, nos escondemos detras de nuestros personajes. En la narracion llegamos á ser secos ó nimios, porque charlamos mejor que contamos; en las reflexiones jenerales somos mezquinos ó vulgares, porque no conocemos bien sino al hombre de la sociedad (1).

Por último, la vida privada del frances es poco análoga al jenio de la historia. La serenidad del alma es absolutamente necesaria al que quiere escribir con acierto acerca de los hombres; y de aquí es, que la mayor parte de nuestros literados, viviendo sin familia, ó separados de la suya propia, y sufriendo en el mundo unas pasiones inquietas y unos dias miserablemente consagrados al amor propio, se hallan por sus costumbres en contradiccion directa con el sério carácter de la historia. Esta cos-

(1) Sabemos que todo esto admite sus escepciones, y que algunos escritores franceses se han distinguido en clase de historiadores. Haremos luego justicia á su mérito; pero nos parece injusto que se nos hagan objeciones que no destruirian un hecho jeneral. Si esto sucediere, ¿que juicios serian ciertos en la crítica? Las teorías jenerales no son de la naturaleza del hombre; lo verdadero y lo mas puro suele estar mezclado con algo de falso. La verdad humana es semejante al triangulo, que solo puede tener un ángulo recto; como si la naturaleza hubiese querido grabar una imájen de nuestra insuficiente rectitud en la sola ciencia que está entre nosotros reputada por cierta.

tumbre de reducir nuestra existencia á un círculo estrecho, limita necesariamente nuestra vista y coarta nuestras ideas. Ocupados siempre en una naturaleza de convencion, se nos esconde la verdadera naturaleza; apenas razonamos sobre esta, sino á fuerza de talento y como por casualidad; y cuando llegamos á acertar, es menos un efecto de nuestra esperiencia, que una cosa que adivinamos.

Concluyamos, pues, que el poco acierto de los modernos en la historia, se debe atribuir únicamente á la variacion de los negocios humanos, á otro orden de cosas y de tiempos, y á la dificultad de hallar nuevos caminos en moral, en política y en filosofía; y en cuanto á los franceses, si en jeneral no tienen mas que buenas *memorias*, el motivo de esta singularidad se ha de buscar en su propio carácter.

Esto se ha querido atribuir á causas políticas; y se ha dicho, que si la historia no se elevó entre nosotros á tanta altura como entre los antiguos, es porque su jénio independiente estuvo siempre encadenado. Nos parece que esta asercion está desmentida por los hechos. En ningun tiempo, en ningun pais, sea cual fuere su forma de gobierno, ha sido jamás la libertad de pensar tan grande como en Francia en tiempo de su monarquía. Se podrian citar sin duda algunos actos de opresion, y algunas censuras rigurosas ó injustas (1); pero no balancearian el número de los ejemplos contrarios.

(1) Véase la nota L., al fin del volumen.

Abranse nuestras memorias, y se hallarán en ellas á cada página las verdades mas duras, y frecuentemente muy injuriosas, prodigadas á los reyes, á los nobles y á los sacerdotes. El frances jamás se ha sujetado servilmente al yugo; siempre se ha indemnizado, por la independenciam de su opinion, de las trabas que le imponian las formas del gobierno monárquico. Los *Cuentos* de Rabelais, el tratado de la *Esclavitud voluntaria* de la Beocia, los *Ensayos* de Montaigne, la *Sabiduria* de Charron, las *Repúblicas* de Bodin, todos los escritos en favor de la Liga, y el tratado en que Mariana llega hasta el estremo de defender el rejjicidio, prueban bastantemente que no es de hoy el querer examinarlo todo. Si fuera el titulo de ciudadano, mas bien que el de vasallo, el que formase esclusivamente un historiador, ¿en que consiste que Tácito, Tito-Livio mismo, y aun entre nosotros el obispo de Meaux y Montesquieu, han dado sus lecciones severas bajo el imperio de los señores mas absolutos de la tierra? Sin duda que censurando lo malo y alabando lo bueno, aquellos grandes ingenios no creyeron que consistiese la libertad de escribir en atacar á los gobiernos, y en trastornar las bases del deber. Si hubieran hecho un uso tan pernicioso de sus talentos, seguramente les hubieran hecho callar Augusto, Trajano y Luis; pero esta especie de dependencia, ¿lejos de ser un mal, no es un bien? Cuando Voltaire estuvo sujeto á una censura lejitima, nos dió un *Cárlos XII* y el *siglo de Luis XIV*; pero cuando rompió el freno de la obediencia, no abortó sino el

Ensayo sobre las costumbres. Hay verdades que son el orígen de los mas grandes desórdenes, porque ponen en movimiento todas las pasiones; y sin embargo, á no ser que una lejitima autoridad nos cierre la boca, son las que mas nos gustan revelar, porque satisfacen á un mismo tiempo la malignidad de nuestros corazones corrompidos por la caida original, y nuestra primitiva inclinacion á la verdad.

CAPITULO V.

Hermosa perspectiva de la historia moderna.

Ahora será justo considerar el reverso de las cosas, y manifestar que la historia moderna aun podia ser interesante si la manejase un talento superior. El establecimiento de los francos en las Galias, Carlo-Magno, las cruzadas, la caballería, una batalla como la de Bovines, la accion naval de Lepanto, un Coradino en Nápoles, un Enrique IV en Francia, y un Carlos I en Inglaterra, forman, cuando menos, épocas memorables, costumbres singulares, sucesos famosos, y catástrofes trájicas. Pero en lo que principalmente debiera fijar su atencion el historiador moderno, es en la mudanza que obró el cristianismo en el órden social: el Evangelio, dando nuevas bases á la moral, modificó el carácter de las naciones, y creó en Europa hombres totalmente diferentes de los antiguos, por las opiniones, los gobiernos, las costumbres, los usos, las ciencias y las artes. Y ¿cuantos rasgos característi-

cos nos ofrecen las naciones modernas? Aquí se ven los jermanos, pueblos en que la corrupcion de los grandes jamás influyó sobre los pequeños, donde la indiferencia de los primeros para con la patria, no impidió á los segundos el amarla; en fin, pueblos donde el espíritu de rebelion y de fidelidad, de esclavitud y de independenciam, no se ha desmentido jamás desde el tiempo de Tácito.

Allá se ven esos industriosos bátavos, que tienen entendimiento por su buen sentido, injenio por su industria, virtudes por su indiferente calma, y pasiones por razon.

La Italia con sus cien príncipes y sus magníficos recuerdos, contrasta con la Suiza, oscura y republicana.

La España, separada de las demas naciones, presenta aun al historiador un carácter mas original: la especie de estancamiento de costumbres en que reposa, le será tal vez útil algun dia; y cuando los demas pueblos europeos estarán ya como envejecidos por su corrupcion, ella sola podrá presentarse con brillo en la escena del mundo, porque aun subsistirá en ella el fondo de las costumbres antiguas.

El pueblo ingles, mezcla de la sangre alemana y francesa, descubre por todas partes su doble origen. Su gobierno, compuesto de monarquía y aristocracia; su relijion menos majestuosa que la católica, y mas brillante que la luterana; su milicia pesada y activa á un mismo tiempo; su literatura y sus artes; en fin, su lenguaje, su fisonomía, y

hasta su misma figura corporal, todo participa de los dos principios de que dimana. Reune á la sencillez, á la calma, al buen sentido, y á la lentitud jermánica, el brillo, los arrebatos, y la viveza del jenio frances.

Los ingleses tienen el espíritu público, y nosotros el honor nacional; nuestras bellas calidades son mas bien dones del favor divino, que frutos de una educación política; y semejantes á los semidioses, participamos menos de la tierra que del cielo.

Hijos primojénitos de la antigüedad los franceses, son romanos por el jenio, y griegos por el carácter. Inquietos y mudables en la felicidad, constantes é invencibles en la adversidad; formados para todas las artes; civilizados escesivamente durante la calma del estado; groseros y salvajes en las revoluciones políticas; flotantes como navíos sin lastre á merced de todas las pasiones; tan pronto en los cielos como en los abismos; entusiastas del bien y del mal, haciendo el primero sin exigir reconocimiento, y el segundo sin sentir remordimiento; no acordándose de sus delitos ni de sus virtudes; amantes pusilánimes de la vida durante la paz, y pródigos de sus dias en las batallas; vanos, burlescos, ambiciosos, y á veces rutineros y novadores, despreciadores de todo lo que no es suyo; individualmente los mas amables de los hombres, y los mas fastidiosos de todos en cuerpo; encantadores en su propio pais, é insopartables en el estraño; ya mansos é inocentes como un cordero, ya crueles

y feroces como un tigre : tales fueron los atenienses antiguos , y tales son los franceses modernos.

Comparadas las ventajas y desventajas de la historia moderna y antigua , tiempo es ya de recordar al lector , que si en jeneral los historiadores antiguos son superiores á los modernos , sufre no obstante esta verdad muchas escepciones.

Gracias al jenio del cristianismo , vamos á mostrar que en historia el talento frances ha llegado casi á la misma perfeccion que en los demas jéneros de literatura.

CAPITULO VI.

Voltaire historiador.

»Voltaire , dice Montesquieu , no escribirá jamás una buena historia : es como aquellos monjes , que no escriben para el asunto de que tratan , sino para la gloria de su órden. Voltaire escribe para su convento.»

Esté juicio , aplicado al *siglo de Luis XIV* y á la *historia de Carlos XII* , es sobrado riguroso ; pero muy justo en cuanto al *Ensayo sobre las costumbres de las naciones* (1). Dos nombres sobre todo , los de Pascal y Bossuet , aterraban á los enemigos del cristianismo. Era , pues , necesario atacarlos , y

(1) Una palabra escapada á Voltaire en su *correspondencia*, muestra con qué verdad histórica y con qué intencion escribia dicho *Ensayo*: «He procurado , dice , ridiculizar los dos hemisferios ; este golpe es seguro.» Año 1754 , *Corresp. jen.* tom. v , paj. 94.

procurar destruir indirectamente su autoridad. A esto se debió la edicion de Pascal con notas, y el *Ensayo* que se pretendia oponer al *Discurso sobre la historia universal*. Mas el partido anti-relijioso, por otra parte muy hábil, jamás incurrió en tan grave error, ni preparó mayor triunfo al cristianismo. ¿Como no advirtió Voltaire, teniendo tan buen gusto y un discernimiento tan cabal, cuán peligroso era luchar contra un Bossuet y un Pascal cuerpo á cuerpo? A él le sucedió en la historia lo que le sucede siempre en la poesía; y es, que declamando contra la religion, sus mas bellas pájinas son precisamente las pájinas cristianas, y en prueba de esto, véase el retrato que hace de San Luis.

»Luis IX, dice, parecia un príncipe destinado á reformar la Europa (si hubiera sido posible), á hacer triunfante y mas civilizada la Francia, y á ser en un todo el perfecto modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le quitó virtud alguna de rey. Una sábia economía nada privó á su liberalidad. Supo hermanar una política profunda con una justicia exacta, y es tal vez el único soberano que merezca esta alabanza. Prudente y firme en el consejo; intrépido en los combates, sin jamás escederse; compasivo, como si siempre hubiera sido desgraciado: no es dado al hombre llevar á mas alto grado la virtud..... Acometido de la peste delante de Túnez....., hizo que le tendiesen sobre la ceniza, y murió á la edad de cincuenta y cinco años, con la piedad de un relijioso, y con el valor de un grande hombre.”

En este retrato, por otra parte tan elegante, ¿ha procurado Voltaire, cuando habla del anacoreta, rebajar y humillar á su héroe? Es indudable; pero notad como se equivoca: precisamente el contraste de las virtudes religiosas con el de las virtudes guerreras, y el de la humildad cristiana con la grandeza real, hace aqui lo dramático y lo hermoso de la pintura.

El cristianismo realza necesariamente el brillo de las pinturas históricas, desatando, por decirlo así, los pensamientos de la tela, y haciendo recortar los colores vivos de las pasiones sobre un fondo tranquilo y dulce. Renunciar á su melancólica y tierna moral, seria renunciar al único nuevo medio de elocuencia que nos han dejado los antiguos. No dudamos que si Voltaire hubiera sido religioso, sobresaldria en la historia: no le falta mas que la gravedad; y sin embargo de estas imperfecciones, es tal vez, despues de Bossuet, el primer historiador de la Francia.

CAPITULO VII.

Felipe de Comines y Rollin.

Un cristiano reúne eminentemente todas las calidades [que exige un antiguo en el historiador....; esto es, *buen sentido para las cosas del mundo, y una espresion agradable* (1).

(1) Luciano, *como se ha de escribir la historia*, traduccion de Racine.

Felipe de Comines, como escritor de vidas, se parece particularmente á Plutarco; pero su sencillez todavía es mas franca que la del biógrafo antiguo. Plutarco no tiene comunmente mas que el buen carácter de ser sencillo; sigue sin obstáculo un pensamiento, pero no es mas que un amable impostor con ciertos rasgos sencillos.

Tiene ciertamente mas instruccion que Comines; pero no obstante, el viejo señor galo, con el evangelio y la fe que tenia en los ermitaños, dejó, á pesar de su ignorancia, algunas memorias llenas de gran doctrina. Entre los antiguos era menester ser docto para escribir; pero entre nosotros, un mero cristiano, dedicado únicamente al estudio del amor de Dios, ha compuesto á veces un admirable volúmen; por esta razon dijo San Pablo: *»El que sin caridad piensa ser ilustrado, nada sabe.»*

Rollin es el Fenelon de la historia, y como éste ha hermoseedo el Egipto y la Grecia. Los primeros volúmenes de la *Historia antigua* respiran el jenio de la antigüedad. La narracion del virtuoso rector es copiosa, sencilla y tranquila; y el cristianismo, enterneciendo su pluma, le añade alguna cosa que conmueve las entrañas. Sus escritos descubren por todas partes aquel *hombre de bien, cuyo corazon es una fiesta continua*, segun la maravillosa espresion de la Escritura (1). No conocemos obra alguna que tranquilice el espiritu con mas dulzura. Rollin espació sobre los delitos de los hombres la calma de

(1) *Eccles.*, cap. xxx, v. 27.

una conciencia sin remordimiento, y la ardiente caridad de un apóstol de Jesucristo. ¡No veríamos jamás renacer aquellos tiempos en que la educación de la juventud y la esperanza de la posteridad se confiaban á semejantes personas!

CAPITULO VIII.

Bossuet historiador.

Mas donde puede conocerse cuanto influye el jenio del cristianismo en el jenio de la historia, es en el *Discurso sobre la Historia universal*. El obispo de Meaux, político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito-Livio, y tan profundo y tan gran pintor como Tácito, tiene ademas de todo esto un estilo grave y un carácter sublime de que no hay ejemplo, escepto el del principio del libro de los macabeos.

Bossuet es mas que historiador; es un padre de la iglesia, es un sacerdote inspirado, en cuya frente se ven á menudo rayos de fuego, como en la del legislador de los hebreos. ¡Que exámen hace de la tierra! ¡á un tiempo mismo se halla en mil lugares diferentes! patriarca hajo la palma de Tofel, ministro en la córte de Babilonia, sacerdote en Memfis, lejislador en Esparta, y ciudadano en Atenas y en Roma, muda de tiempo y de sitio cuando quiere, y pasa con la rapidez y la majestad que pasan los siglos. Con la vara de la ley en la mano, y con una autoridad increíble, arroja al sepulcro delante

de sí indistintamente judíos y jentiles; viene finalmente él en persona y en seguimiento del convoy de tantas jeneraciones, y marchando apoyado en Isaías y Jeremías, entona sus lamentaciones proféticas entre el polvo y las ruinas del jénero humano (1).

La primera parte del *Discurso sobre la historia universal* es admirable por la narracion, la segunda por la sublimidad del estilo y la sutil metafísica de las ideas, y la tercera por la profundidad de ideas morales y políticas. ¿Se halla por ventura en Tito-Livio ni en Salustio, cuando tratan de los antiguos romanos, cosa alguna mas bella que estas palabras?

»El fondo de un romano, digámoslo así, era el amor de su libertad y de su patria: una de estas causas le hacia amar la otra; porque amando su libertad, amaba tambien á su patria, como á una madre que le educaba en unos sentimientos igualmente jenerosos y libres.»

»Bajo este nombre de libertad, se figuraban los romanos y griegos un estado en que nadie estuviese sujeto sino á la ley, y donde la ley fuese mas poderosa que nadie.»

Al oirnos declamar contra la religion, pudiera creerse que un sacerdote es necesariamente un esclavo, y que antes de nosotros nadie ha sabido discutir dignamente acerca de la libertad; pero léase á Bossuet en el artículo de los griegos y romanos.

¿Quien habló mejor que él de los vicios y de

(1) Véase la nota M, al fin del volumen.

las virtudes? ¿quien con mas exactitud estimó y pesó las cosas humanas? De cuando en cuando se le escapan algunos rasgos de que no se encuentran modelos en la elocuencia antigua, y que nacen del mismo jenio del cristianismo. Por ejemplo, despues de haber ponderado las pirámides de Ejipto, añade: »Por mas esfuerzos que hagan los hombres, su nada aparece por todas partes. Estas pirámides eran unos sepulcros: aun aquellos mismos reyes que las erijieron, no tuvieron peder para enterrarse en ellas, ni disfrutar de su sepultura (1).»

No se alcanza qué cosa es aqui superior, si la grandeza del pensamiento ó la fuerza de la expresion. La palabra *disfrutar*, aplicada á un *sepulcro*, manifiesta á un mismo tiempo la magnificencia de este lúgubre depósito, la vanidad de los faraones que le erijieron, la rapidez de nuestra existencia, en fin, la increíble nada del hombre, que no pudiendo poseer en la tierra otro bien real que el sepulcro, aun se ve privado algunas veces de tan estéril patrimonio.

Aqui es de notar que Tácito habló tambien de las pirámides (2); y su filosofia no le suministró cosa alguna comparable con la reflexion que inspiró la religion á Bossuet; influencia bien notable del jenio del cristianismo sobre el pensamiento de un grande hombre.

El mas hermoso retrato histórico de Tácito, es el que hace de Tiberio; pero le oscurece el de

(1) *Discurso sobre la Hist. univ.*, 3.^a parte.

(2) *Ann.*, lib. II, 61.

Cromwel; porque Bossuet es tambien historiador en sus oraciones fúnebres. ¿Que diremos del grito de alegría que levanta Tácito, hablando de los bructeros que se degollaban á la vista de un campamento romano? »Gracias á los dioses, tuvimos el placer de mirar este combate sin mezclarnos en él. Como simples espectadores vimos, no sin admirarnos, degollarse sesenta mil hombres para nuestro recreo. ¡Ojalá que las naciones enemigas nuestras, ya que no nos amen, conservasen entre sí en sus corazones un odio eterno (1)!»

Oigamos á Bossuet:

«Después del diluvio fue cuando aparecieron aquellos devastadores de las provincias, llamados conquistadores, los cuales, impelidos de la sola gloria de mandar, exterminaron á tantos inocentes.... Desde entonces la ambicion juega sin límite alguno con la vida de los hombres, llegando á tal punto la locura, que se matan sin aborrecerse: el colmo de la gloria y la mas brillante de todas las artes, ha sido la de matarse unos á otros (2).»

Difícil es dejar de adorar una religion que establece una diferencia entre la moral de un Bossuet y la de un Tácito.

El historiador romano, después de haber contado que Trásilo habia pronosticado el imperio á Tiberio, añade: »Segun este y otros hechos, no sé si las cosas de la vida están..... sujetas á las leyes

(1) Tácit., *Costumbres de los jermanos*, 33.

(2) *Discurso sobre la Historia univ.*

de una inmutable necesidad, ó si dependen únicamente de la casualidad (1).”

Síguense á esto las opiniones de los filósofos que Tácito refiere con mucha gravedad, dándonos á entender que daba crédito á las predicciones de los astrólogos.

La razon, la sana moral y la elocuencia, nos parece que están en favor del sacerdote cristiano.

»Este largo encadenamiento de causas particulares que hacen y deshacen los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Desde lo mas alto de los cielos empuña Dios las riendas de todos los imperios, y tiene todos los corazones en su mano. Unas veces enfrena las pasiones, otras las deja rienda suelta, y de este modo conmueve todo el jénero humano..... Conoce la sabiduria humana, escasa en todas partes; la ilustra, estiende sus miras, y despues la abandona á su ignorancia: la ciega, la precipita, y la confunde por sí misma: ella se confunde y embaraza con sus propias sutilezas, sirviéndole de lazo sus mismas precauciones..... Dios es quien prepara los efectos en las causas mas remotas, y el que descarga aquellos terribles golpes, cuyo retrueno se oye tan lejos..... Mas, ¡no se engañen los hombres! Dios cuando quiere, endereza y encomienda el sentido extravariado; y aquel mismo que se burla de la ceguedad de los otros, llega á caer en mas espesas tinieblas, sin haberse de necesitar otra cosa mas ordinaria-

(1) *Ana.*, lib. vi, 22.

mente que unas largas prosperidades, para trastornar del todo su sentido.”

¡Cuan pobre es la elocuencia de la antigüedad en comparacion de esta elocuencia cristiana!

LIBRO CUARTO.**Elocuencia.**

CAPITULO PRIMERO.

Del cristianismo en la elocuencia.

Son tantas las pruebas que suministra el cristianismo de su escelencia, que cuando creemos tener un solo asunto que tratar, se presenta otro de repente á nuestra pluma. Hablo de los filósofos, y he aqui á los oradores que vienen á preguntarme si me olvido de ellos. Discurria acerca del cristianismo en las ciencias y en la historia, y el mismo cristianismo me llama para hacer ver al mundo los mas grandes efectos de la elocuencia. Los modernos deben á la religion católica aquel arte de discurrir que, á falta de nuestra literatura, hubiera dado al jenio antiguo una superioridad decidida sobre el nuestro. Este es uno de los grandes triunfos de nuestro culto; y por mas que se ensalce á Ciceron y á Demóstenes, con todo, Masillon y Bossuet pueden sin temor alguno ser comparados con ellos.

Los antiguos no conocieron mas elocuencia que la judiciaria y la política; mas la elocuencia moral;

esto es, la elocuencia de todos los tiempos, de todos los gobiernos y de todos los países, no apareció sobre la tierra sino con el Evangelio. Ciceron defiende á un cliente; Demóstenes combate á un adversario, ó procura encender de nuevo el amor á la patria en un pueblo degenerado: uno y otro únicamente saben conmover las pasiones, y fundan toda la esperanza del buen éxito de sus discursos en la turbacion que escitan en los corazones. La elocuencia del púlpito buscó su triunfo en una rejion mas elevada. Combatiendo los movimientos del alma es como pretende seducirla, y calmando las pasiones se hace escuchar.

Dios y la caridad son su texto, que siempre es el mismo y siempre inagotable. No necesita para brillar las cábalas de un partido, ni conmociones populares, ni grandes circunstancias. En la mas profunda paz, y sobre el féretro del mas oscuro ciudadano, hallará sentimientos muy sublimes; sabrá interesarse por una virtud ignorada, y hará derramar lágrimas por un hombre de quien jamás se oyera hablar. Incapaz de temor y de injusticia, da lecciones á los reyes sin insultarlos, y consuela al pobre sin lisonjear sus vicios. La política y las cosas de la tierra no le son desconocidas; pero estas cosas en que se fundaban los primeros móviles de la elocuencia antigua, no son para ella sino unas razones secundarias; las ve desde las alturas en que domina, del mismo modo que una águila distingue desde la cumbre de la montaña los objetos que están abajo en la llanura.

Lo que principalmente diferencia la elocuencia cristiana de la griega y romana, es una cierta *tristeza evangélica*, que es su alma segun La Bruyere, esta majestuosa melancolía de que se alimenta. Se leen una ó dos veces las oraciones de Ciceron contra *Verres* y *Catilina*, como la de la *Corona* y las *Filípicas* de Demóstenes; pero se meditan sin cesar y se repasan noche y dia las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, y los *Sermones* de Bourdaloue y de Masillon. Los discursos de los oradores cristianos son libros, los de los oradores de la antigüedad no son mas que discursos. ¡Con que placer tan inefable reflexionan los Santos Padres sobre las vanidades del mundo! »Toda vuestra vida, dicen, no es mas que un sueño de un dia, y sin embargo le pasais corriendo en pos de unas vanas ilusiones. Aun quando llegueis al colmo de vuestros deseos, aun quando gocéis de todos vuestros placeres, y os veais reyes, emperadores y dueños de toda la tierra, un momento despues borrará la muerte todas estas nada con la nada vuestra.

Este jénero de meditaciones tan grave, tan solemne y tan naturalmente propenso al sublime, no fue conocido de los oradores antiguos. Los paganos se afanaban *siguiendo las sombras de la vida* (1), y no sabian que la verdadera existencia solo empieza en la muerte. La religion cristiana es la única que fundó esta grande escuela del sepulcro, donde se instruye el apóstol del Evangelio; y solo

(1) Job

ella no permite que el inmortal pensamiento del hombre, se abandone ya á cosas y miserias de un momento, como lo hicieran los semi-sábios de la Grecia.

Por lo demas, la relijion fue en todos los siglos y en todos los paises la única fuente de la elocuencia. Si Demóstenes y Ciceron fueron grandes oradores, es porque fueron antes de todo relijiosos (1). Los individuos de la Convencion, por el contrario, no ofrecieron mas que talentos trunca- dos y harapos de elocuencia, porque atacaban la fe de sus padres, privándose asi de las inspiraciones del corazon (2).

(1) Incesantemente tienen el nombre de los dioses en la boca. Véase la invocacion del primero á los manes de los héroes de Marathon, y la apoteosis del segundo á los dioses despojados por Verres.

(2) No se diga que los franceses no habian tenido tiempo de ejercitarse en la nueva lid en que acababan de presentarse: la elocuencia es un fruto de las revoluciones, en las cuales crece espontáneamente y sin cultivo. Los salvajes y los negros han hablado algunas veces como Demóstenes. Ademas de que no faltaban modelos, teniendo á mano las obras maestras del foro antiguo, y las de ese foro sagrado, donde el cristianismo esplica la ley eterna. Cuando Mr. de Montlosier, hablando a propósito del clero de la Asamblea constituyente, exclamaba: *Vosotros los echais de sus casas, y se retirarán á la cabana del pobre que ellos alimentaron: quereis sus cruces de oro y tomarán una de madera. ¡Una cruz de madera es la que salvó al mundo!* Este hermoso sentimiento no fue inspirado seguramente por la demagogia, sino por la relijion. En fin, Vergniaud no se elevó á la grande elocuencia en algunos pasajes de su discurso á favor de Luis XVI, sino porque el asunto le arrastró á la rejion de las ideas relijiosas, á las piramides, á los muertos, al silencio y á los sepuleros.

CAPITULO II.

DE LOS ORADORES.

De los Padres de la iglesia.

La elocuencia de los doctores de la iglesia tiene cierto carácter imponente, una especie de gravedad, de fuerza y de majestad, digámoslo así, cuya autoridad nos confunde y subyuga. Se echa de ver que su misión viene del cielo, y que enseñan en virtud de orden espresa del Todopoderoso; pero sin embargo, en medio de sus inspiraciones, siempre conserva su jenio la calma y la majestad.

San Ambrosio es el Fenelon de los Padres de la iglesia latina. Su estilo es florido, dulce y abundante; y fuera de algunos defectos propios de su siglo, sus obras ofrecen una lectura tan amena como instructiva: para convencerse de ello basta leer su *Tratado de la virginidad* (1), y el *elocio de los Patriarcas*.

Cuando se nombra hoy algun *Santo*, hay quien se figura un monje grosero y fanático, entregado por imbecilidad ó por carácter á una ridícula supersticion. San Agustin ofrece sin embargo un cuadro muy diverso: se ve en él un jóven ardiente y lleno de espíritu, que se abandona á sus pasiones; agota muy en breve todos los deleites, y

(1) Ya hemos citado algunos pasajes de él.

reflexionando que los amores de la tierra no podian llenar el vacío de su corazón, vuelve su alma inquieta hácia el cielo, y oye una voz interior que le dice habitar allí aquella soberana hermosura, por la cual suspira. Háblale Dios al corazón, y este hombre del siglo, á quien el siglo no habia podido satisfacer, halla por fin el reposo y la plenitud de sus deseos en la relijion.

Montaigne y Rousseau nos han dado sus confesiones. El primero se burla de la buena fe de su lector; y el segundo reveló unas vergonzosas torpezas, proponiéndose á sí mismo, aun ante la presencia del Eterno, como un modelo de virtud. En las confesiones de San Agustin es donde se aprende á conocer el hombre como es en sí. No se confiesa el santo á la tierra, sino á Dios: nada oculta al que lo ve todo. Es un cristiano puesto de rodillas en el tribunal de la penitencia, que llora sus culpas y las descubre para que el médico aplique el remedio á la llaga. No teme fatigar con su narracion á aquel de quien dijo estas sublimes palabras: *Es paciente, porque es eterno.* ¡Que pintura tan magnífica nos hace del Dios á quien confiesa sus errores!

»Vos, Señor, dice, sois infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, é infinitamente justo; vuestra hermosura es incomparable, vuestra fuerza irresistible y vuestro poder no tiene límites. Siempre en accion y siempre en reposo, sosteneis, llenais y conservais el universo; amais sin pasion, sois celoso sin inquietud; mudais

vuestras operaciones, mas nunca vuestros designios..... Mas ¿que es lo que os digo yo, Dios mio? Ni ¿que se puede decir hablando de vos?"

El mismo hombre que trazó esta brillante imagen del verdadero Dios, va á hablarnos ahora con la mas amable sencillez de los errores de su juventud.

»Sali finalmente para Cartago, adonde apenas hube llegado, cuando me vi cercado de mil amores criminales, que por todas partes se me presentaban..... Parecíame intolerable un estado tranquilo, y solo buscaba caminos llenos de lazos y de precipicios.»

»Toda mi felicidad la fundaba en amar y ser amado, porque se piensa hallar la vida en lo que se ama..... En fin, me vi cojido en las redes en que deseaba caer; fui amado, y poseí lo que amaba. Pero ¡oh Dios mio! vos me hicisteis sentir vuestra bondad y misericordia, llenándome de amargura, porque en lugar de las dulzuras que me prometí, solo espermenté celos, sospechas, temores, cólera, riñas y furores.»

El tono sencillo, triste y vivo de esta relacion, esa conversion hácia la Divinidad y la calma del cielo, en el momento mismo en que el santo parece mas ajitado de las ilusiones de la tierra y de la memoria de los errores de su vida; toda esta mezcla de disgustos y de arrepentimientos, está llena de encanto. No conocemos palabras que representen un sentimiento mas delicado que este: *fundaba mi felicidad en amar y ser amado, porque se piensa ha-*

llar la vida en lo que se ama. El mismo San Agustín es quien dijo estas palabras: *Una alma contemplativa hace de sí misma una soledad. La ciudad de Dios*, las *epístolas* y algunos tratados del mismo santo, están llenos de semejantes pensamientos.

En San Jerónimo brilla una imaginación vigorosa, que no había podido apagar una inmensa erudición. La colección de sus cartas es uno de los monumentos más curiosos de la literatura de los Padres; pero lo mismo que San Agustín, encontró también su escollo en los deleites del mundo.

Agrádale pintar la naturaleza y la soledad. Desde lo interior de su gruta de Belén veía la caída del imperio romano. ¡Oh, que asunto tan vasto de reflexiones para un santo anacoreta! Así es que el santo doctor tenía siempre presente la muerte y la vanidad de esta vida.

»Morimos y nos mudamos á cada instante, escribe á uno de sus amigos, y sin embargo vivimos como si fuésemos inmortales. Hasta el mismo tiempo que empleo en escribir esto, es preciso descontarle de mi vida. Nos comunicamos con frecuencia, mi querido Heliodoro; nuestras cartas atraviesan los mares, y al mismo tiempo que huye el navío, pasa nuestra vida: cada ola nos roba un momento (1).»

A la manera que San Ambrosio es el Fenelon de los Padres, Tertuliano es el Bossuet. Una parte de su apología de la religión podría servir hoy día

(1) S. Jeron. Cart.

en la misma causa. ¡Cosa estraña que el cristianismo se vea actualmente en la precision de defenderse ante sus hijos, como se defendiera antiguamente delante de sus verdugos, y que el *Apolojético á los jentiles* se haya convertido en el *Apolojético á los cristianos!*

Lo mas admirable en esta obra, es el desarrollo y progresos del entendimiento humano: éntrase en un órden nuevo de ideas, y se ve bien que no son ya los balbucientes acentos de la primera y antigua infancia del hombre lo que se oye.

Tertuliano habla como un moderno; los argumentos de su elocuencia están tomados del círculo de las verdades eternas, y no de las razones de passion y de circunstancias, que se empleaban en la tribuna romana y en la plaza de los atenienses. Los progresos del jenio filosófico son evidentemente el fruto de nuestra religion. A no haberse dado por el pie á los falsos dioses y establecido el verdadero culto, el hombre hubiera envejecido en una infancia sin fin, porque permaneciendo siempre en el error en cuanto al primer principio, todas las demas naciones se resentirian mas ó menos de aquel vicio fundamental.

Los demas tratados de Tertuliano, particularmente los de la *Paciencia*, de los *Espectáculos*, de los *Mártires*, de los *Adornos de las mujeres*, y de la *Resurreccion de la carne*, están sembrados de preciosos rasgos. »No sé (dice el orador, reprendiendo el lujo de las mujeres cristianas), no sé si unas manos acostumbradas á los brazaletes, podrán aguan-

tar el peso de las cadenas; si unos pies adornados de cintas, podrán acostumbrarse al dolor de los grillos; y me temo que una cabeza cubierta de encajes, perlas y diamantes, no ha de dejar lugar á la espada (1).”

Estas palabras dirigidas á unas mujeres que eran cada dia arrastradas al cadalso, centellean y brillan de valor y de fe.

Sentimos no poder citar por entero la excelente carta dirigida á los mártires, mucho mas interesante para nosotros, despues de la persecucion de Robespierre: »Ilustres confesores de Jesucristo, dice Tertuliano, un cristiano halla en la prision las mismas delicias que hallaban los profetas en el desierto..... No le llameis calabozo, sino soledad. Cuando el alma está fija en los cielos, el cuerpo ya no siente el peso de las cadenas, porque aquella lleva consigo á todo el hombre.”

Este último rasgo es sublime.

Del sacerdote de Cartago tomó Bossuet este pasaje tan terrible y admirable. »Nuestra carne muda pronto de naturaleza, y nuestro cuerpo toma otro nombre, *el de cadáver*, dice Tertuliano; *pues aunque conserva alguna forma humana, no le dura esto mucho tiempo, y viene á quedar un no sé qué, que no tiene nombre en ninguna lengua* (2). Tan cierto es que todo muere en él, y que desaparecen

(1) *Lucum spathæ non det*, se puede traducir *no se agobia bajo la espada*: he preferido el otro sentido como mas literal y enérgico. *Spatha*, tomando del griego, es la etimología de nuestra palabra *espada*.

(2) Oracion fúnebre de la duquesa de Orleans.

hasta esos términos fúnebres, con los cuales se expresan sus desgraciados restos.”

Tertuliano era muy sábio, aunque él se tacha de ignorante, y en sus escritos se hallan pormenores circunstanciados sobre la vida privada de los romanos, que en vano se buscarán en otra parte. Unicamente degradan las obras de este grande orador, la frecuencia de barbarismos y una latinidad africana. Cae frecuentemente en la declamacion, y su gusto jamás es seguro. El estilo de Tertuliano es de hierro, decia Balzac; pero debemos confesar que con este hierro forjó armas escelentes.

Segun Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, San Cipriano es primer padre *elocuente de la iglesia latina*. Pero San Cipriano imita casi en todo á Tertuliano, *debilitando igualmente los defectos y primores de su modelo*. Este es el parecer de Mr. de la Harpe, á quien se puede citar como una autoridad en materia de crítica.

Entre los padres de la iglesia griega, tan solos son muy elocuentes; San Juan Crisóstomo y San Basilio. Las homilias del primero, sobre la *muerte* y sobre la *desgracia de Eutropio*, son obras clásicas (1). El estilo de San Juan Crisóstomo es puro, pero laborioso, y fatiga como el de Isócrates: tambien Libanio le destinaba á su cátedra de retórica, antes que se hiciese cristiano este jóven orador. San Basilio es mas sencillo, y tiene menos elevacion que San Crisóstomo. Se ciñe siempre á

(1) Véase la nota N, al fin del volumen.

un tono místico y á parafrasear la Escritura (1). San Gregorio Nacianceno, llamado el teólogo (2), además de sus obras en prosa, nos ha dejado algunos poemas sobre los misterios del cristianismo.

»Vivia siempre en su soledad de Arianzo, que era su país nativo, dice Fleury; y sus únicas delicias eran un jardín, una fuente y unos árboles que le servían de cubierta. Ayunaba y oraba con abundancia de lágrimas..... Estas santas poesías fueron la ocupación de San Gregorio en su último retiro: en él compuso la historia de su vida y trabajos..... Ora, enseña, explica los misterios, y da reglas para las costumbres..... Quería dar á los aficionados á la poesía y á la música asuntos útiles para entretenerse, y no dejar á los paganos la ventaja de creer que fuesen ellos los únicos que sobresalían en las bellas letras (3).

En fin, aquel á quien llamaban el último de los Padres antes que apareciese Bossuet; San Bernardo une á un grande entendimiento una vasta doctrina: sobre todo tuvo acierto en pintar las costumbres; parece que había recibido algo del genio de Teofrasto y de La Bruyere.

»El orgulloso, dice, tiene la voz altanera y un silencio taimado; es disoluto en la alegría, furioso en la tristeza, deshonesto en lo interior y modesto en lo exterior, insolente en su proceder, agrio en

(1) Tenemos de él una carta famosa sobre la soledad, que es la primera de sus epístolas, y sirvió de fundamento á su regla.

(2) Tenía un hijo de su mismo nombre y de igual santidad.

(3) Fleury, *Hist. Eccles.* tom. IV, lib. XIX, pág. 557, cap. IX.

sus respuestas, fuerte siempre en el ataque y débil en la defensa, cede de mala gana, y es importuno para lograr, no hace lo que puede y debe hacer, pero está dispuesto á hacer lo que no puede ni debe (1).

No pasemos en silencio aquella especie de fenómeno del siglo XIII, el libro de la *Imitacion de Cristo*. ¿Como un monje encerrado en un claustro ha podido hallar aquel gusto delicado y adquirir aquel conocimiento fino del hombre, en un siglo en que eran groseras las pasiones y mucho mas el gusto? ¿Quien le habria revelado en su soledad aquellos misterios del corazon y de la elocuencia? Un solo maestro: Jesucristo.

CAPITULO III.

Masillon.

Si saltamos ahora algunos siglos, llegaremos al de unos oradores, cuyos solos nombres embarazan y no poco á cierta clase de jentes, porque conocen que todos sus sofismas no pueden destruir la autoridad que llevan consigo Bossuet, Fenelon, Masillon, Bourdaloue, Flechier, Mascaron y el abate Poulle.

Muy duro se nos hace el tener que pasar tan rápidamente sobre este cúmulo de riquezas, y no poder detenernos en cada uno de estos oradores;

(1) *De Mor.*, lib. XXXIX, cap. XVI.

mas ¿ como elejir en medio de tantos tesoros? ¿ como podríamos citar á nuestros lectores textos que les sean desconocidos? ¿ no abultaríamos con exceso estas pájinas , si estampásemos aqui tantas y tan ilustres pruebas de la belleza del cristianismo? Por lo mismo , pues , no emplearemos todas nuestras armas , ni abusaremos de nuestra ventaja , no sea que estrechando demasiado la evidencia , precipitemos á los enemigos del cristianismo en la obstinacion , último refugio del espíritu de sofisma llevado al estremo.

Asi , pues , no citaremos en apoyo de nuestros razonamientos ni á Fenelon , tan suave y lleno de uncion en las meditaciones cristianas , ni á Bourdaloue , fuerza y victoria de la doctrina evangélica. Tampoco llamaremos en nuestro auxilio las sábias composiciones de Flechier , ni la brillante imajinacion del último de los oradores cristianos , el abate Poulle..... ¡ O religion santa! ¡ cuantos han sido tus triunfos! ¡ quien podria dudar de tu belleza cuando Fenelon y Bossuet ocupaban tus cátedras , y cuando Bourdaloue instruia con una voz majestuosa á un monarca entonces venturoso , á quien la misericordia del cielo reservaba para sus reveses el dulce Masillon!

Y no porque el obispo de Clermont ostente solo aquella ternura de jenio que le es tan propia; tambien en él se advierten sonidos bien varoniles é imponentes. Nos parece que se ha elojiado con demasiada exclusion su pequeña cuaresma; sin duda alguna manifiesta el autor en ella un conocimiento

profundo del corazón humano, y presenta alusiones bien delicadas y finas sobre los vicios de las cortes, y moralidades escritas con una elegancia que no excluye la sencillez; pero en otros sermones suyos se nota ciertamente una elocuencia mas robusta, un estilo mas vigoroso, movimientos mas patéticos y pensamientos mas profundos; como, por ejemplo, en los sermones de la *muerte*, la *impenitencia final*, el *corto número de los escogidos*, los *últimos momentos del pecador*, la *necesidad de una vida futura*, y en el de la *Pasión de Jesucristo*. Leed, sino, esta pintura del pecador moribundo.

»Finalmente, en medio de tan tristes esfuerzos, sus ojos se fijan y quedan inmóviles, se mudan sus facciones, se desfigura su rostro, y su boca cárdena se entreabre por sí misma: todo su espíritu se estremece, y por esta última convulsión, arrancándose el alma con pesar de su cuerpo de barro, se encuentra sola al pie del formidable tribunal (1).»

A este cuadro del hombre impío en la muerte, reunid el de las cosas del mundo en su nada.

»Contemplad el mundo tal como le habeis visto en vuestros primeros años, y segun le veis hoy dia: una nueva corte ha sucedido á la que vieron vuestros primeros años; hanse presentado en la escena nuevos personajes, y otros nuevos actores representan actualmente los primeros papeles; nuevos acontecimientos, nuevas intrigas, nuevas pasiones

(1) Mas., Adv., *Muerte del Pecador*, prim. parte.

y nuevos héroes, tanto en la virtud como en el vicio, son ahora el objeto de las alabanzas, de las burlas y de las censuras públicas. Nada subsiste, todo se muda, todo se gasta, y todo se acaba; solo Dios permanece siempre el mismo. El torrente de los tiempos que arrastra todos los siglos, corre delante de sus ojos, y ve con indignacion á unos débiles mortales arrastrados por este curso rápido, que le insultan al pasar.

La prueba de la vanidad de las cosas humanas, tomada del siglo de Luis XIV, que acababa de fenecer, y citada tal vez delante de unos señores ancianos, que habian sido testigos de su gloria, es en extremo patética. La última palabra del período parece haberse tomado de Bossuet, segun lo franca que es y lo sublime.

Pondremos tambien un ejemplo de aquel jénero de elocuencia firme que se pretende negar á Massillon, cuando se le alaba solo por su alluencia y dulzura. Por esta vez copiaremos un pasaje, en que el orador, dejando su estilo favorito, es decir, el del sentimiento y de las imágenes, toma el de un simple argumentador. En su sermón *sobre la verdad de un porvenir*, ataca y estrecha así al incrédulo:

»¿Y que pudiera yo añadir á esto? Si todo muere con nosotros, vanos son los cuidados de la reputacion y de la posteridad; el honor que se tributa á la memoria de los hombres ilustres, será un error pueril, porque es cosa ridícula honrar lo que ya no existe; el respeto de los sepulcros será una

ilusion vulgar; las cenizas de nuestros padres y amigos un polvo vil, que debiera arrojarse al viento, como una cosa que á nadie pertenece; las últimas disposiciones de los moribundos, tan sagradas aun entre los pueblos más bárbaros, serán el último sonido de una máquina que se disuelve, y por decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes no son mas que una insensata esclavitud; los reyes y los soberanos unos fantasmas elevados por la necesidad de los pueblos; la justicia una usurpacion de la libertad de los hombres; la ley de los matrimonios un escrúpulo vano; el pudor una preocupacion; el honor y la probidad una quimera; los incestos, los parricidios y las negras perfidias, unos juegos de la naturaleza, y unos nombres inventados por la artificiosa política de los lejisladores.

»A esto queda reducida la sublime filosofía de los impíos: esa es la fuerza, esa es la razon y la sabiduría que eternamente nos están ponderando. Si asentís á sus máximas, todo el mundo caerá de nuevo en un espantoso caos; todo quedará confundido sobre la tierra; todas las ideas del vicio y de la virtud quedarán trastornadas; desaparecerán las leyes mas inviolables de la sociedad; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los estados y de los imperios quedará desconcertado; se hundirá toda la armonía de los cuerpos políticos; no será el linaje humano sino una asamblea de insensatos, de bárbaros, de impostores é inhumanos, que no reconocerán mas ley que la fuerza, mas freno que sus pasiones y el miedo de la autoridad,

mas lazo que la irreligion é independencia, ni mas dioses que á sí mismos. Aquí teneis el mundo de los impíos. Si os place este plan de república, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruosos; y en tal caso, lo único que nos resta deciros es, que merecis ocupar un lugar en ella.”

Si se comparase á Masillon con Ciceron y á Bossuet con Demóstenes, siempre se hallarán en sus respectivos estilos las diferencias que dejo enunciadas; á saber: en los oradores cristianos un órden de ideas mas jeneral, un conocimiento mas profundo del corazon humano, un enlace mas claro de razonamientos, y en fin, una elocuencia relijiosa y patética ignorada de los antiguos.

Masillon compuso algunas oraciones fúnebres; pero son inferiores á los demas discursos suyos. Su elogio de Luis XIV, solo tiene de notable la primera frase: *¡Solo Dios es grande, hermanos míos!*

¡Hermosa y sublime espresion, pronunciada ante el féretro de *Luis el Grande!* (1).

CAPITULO IV.

Bossuet orador.

Y ¿que diremos de Bossuet como orador? ¿con quien le compararemos, y que discursos de Ciceron y de Demóstenes no se eclipsarán á vista de sus *Oraciones fúnebres?* Parece que se escribieron para

(1) Véase la nota O, al fin del volumen.

este orador cristiano aquellas palabras de un rey: *El oro y las perlas son muy comunes; pero los labios de un sábio son un vaso raro y sin precio* (1). Bossuet con el pensamiento fijo siempre en el sepulcro, y como asomado á los bordes de la otra vida, se complace en repetir á cada paso aquellas palabras de *tiempo* y de *muerte*, que retumban en los silenciosos abismos de la eternidad. Se sumerge y anega en unas increíbles tristezas, y unos inesplicables dolores. Despues de pasado un siglo, aun resuena en los corazones aquel famoso grito, *madama se muere, madama ha muerto*. Nunca habian recibido los reyes semejantes lecciones, ni la filosofía se esplicó jamás con mas independendencia. Nada es la diadema á los ojos del orador; á su vista el pobre es igual al monarca, y el potentado mas absoluto del globo se ve precisado á oír, en presencia de un millon de testigos, que todas sus grandezas no son mas que vanidad, su poder un sueño, y él mismo nada mas que polvo.

Tres cosas se suceden continuamente en los discursos de Bossuet: el rasgo de injenio ó de elocuencia; las citas tan conformes con el testo, que parecen solo una misma cosa, y la vista penetrante, cual la del águila, sobre las causas del suceso referido. Con frecuencia esta luz de la iglesia esparce una indecible claridad aun en las discusiones de la mas profunda metafísica; nada absolutamente le es desconocido ni oscuro. El obispo de Meaux creó

(1) Prov., cap. xx, v. 15.

una lengua que nadie habló sino él, y en que comúnmente el término mas simple, la idea mas elevada, la espresion mas trivial y la imájen mas terrible, sirven en su estilo, como en la Escritura, para proporcionarse dimensiones enormes y sorprendentes.

Asi cuando dice mostrando el féretro de madama: *¡Ved aquí, sin embargo de su gran corazon, á esta princesa tan admirada y querida! ¡miradla tal como nos la ha hecho la muerte!* ¿Por que os estremecéis al oír esta sencillá espresion, *como nos la ha hecho la muerte?* Por la oposicion que se halla entre las espresiones de *gran corazon*, *de esta princesa tan admirada*, y este inevitable accidente de la muerte que le ha sobrevivido, cual pudiera á la mujer mas miserable; el verbo *hacer*, aplicado á la muerte que lo *deshace* todo, produce una contradiccion en las palabras, y un choque en los pensamientos, que conmueven y sacuden violentamente toda el alma; como si para pintar un suceso desventurado hubiesen mudado de sentido los términos, y se hubiese trastornado el lenguaje como el corazon.

Ya he observado, que fuera de Pascal, Bossuet, Masillon y Lafontaine, los escritores del siglo de Luis XIV, á causa de no haber vivido bastante en el retiro, ignoraron esta especie de sentimiento melancólico, de que se hace en el dia tan extraño abuso.'

Pero ¿como el obispo de Meaux, siempre en medio de las pompas de Versalles, conoció esta es-

pecie de profundos éstasis? Porque halló una soledad en la religión, porque su cuerpo estaba en el mundo y su espíritu en el desierto, y porque habia puesto su corazon á cubierto en los tabernáculos secretos del Señor; y asi es, como él mismo dice, hablando de María Teresa de Austria, *que se le veia correr á los altares para gozar en ellos con David de un humilde reposo; y meterse en su oratorio, donde, sin embargo del tumulto de la córte, hallaba el Carmelo de Elias, el desierto de San Juan, y el monte que fue tantas veces testigo de los jemidos de Jesus.*

Las oraciones fúnebres de Bossuet no tienen todas igual mérito, pero todas son sublimes por algun lado. La de la reina de Inglaterra es una obra clásica de estilo, y un modelo de escritos filosóficos y políticos.

La de la duquesa de Orleans es la mas admirable de todas, porque es enteramente una creacion del talento. No se ven alli ni esas inquietudes de las naciones, ni esas esplicaciones de los negocios públicos, que sostienen la voz del orador. El interes que puede inspirar una princesa que muere en la flor de su edad, parece debe agotarse muy pronto; porque todo se reduce á ciertos contrastes vulgares acerca de la hermosura, de la juventud, de la grandeza y de la muerte. Pues sobre este fondo tan estéril, edificó Bossuet uno de los mas hermosos monumentos de la elocuencia, y de él sacó los materiales para mostrar la miseria del hombre por lo que hace á su mortalidad, y su grandeza por la

parte inmortal. Principia haciéndole mas pequeño que uno de sus gusanos que le roen en el sepulcro, para pintarle despues glorioso con la virtud en los reinos incorruptibles.

No se ignora la destreza con que en la oracion fúnebre de la princesa Palatina bajó, sin ofender la majestad del arte oratorio, hasta interpretar sencillamente un sueño; al mismo tiempo que desplegó en este mismo discurso su alta capacidad por las abstracciones filosóficas.

Si en las oraciones de Ana de Austria y del canceller de Francia no se notan los movimientos de los primeros elojios, ¿ las ideas del panejirista están tomadas acaso en un círculo menos vasto ó de una naturaleza menos profunda? »Al presente, dice, hablando de Lamoignon y de Miguel Letellier, estas dos almas piadosas, animadas sobre la tierra del deseo de hacer reinar las leyes, contemplan juntas las leyes eternas, de donde se derivan las nuestras; y si alguna lijera señal de nuestras débiles distinciones se percibe todavía en una vision tan sencilla y tan clara, adoran á Dios en calidad de justicia y de regla.»

Y en medio de esta teología, ¡cuantos otros jéneros de bellezas sublimes ó graciosas, tristes ó agradables, se notan en él! Ved su pintura de la guerra de la *Honda*: »La monarquía conmovida hasta los cimientos, la guerra civil y estrangera, el fuego por dentro y por fuera..... ¿Era esto acaso una de aquellas tempestades, por cuyo medio se descarga el cielo algunas veces?..... ¿ó bien era

como un dolor que padecía la Francia, cuando estaba ya próxima á dar á luz el milagroso reinado de Luis (1)?” Siguen algunas reflexiones sobre la ilusion de las amistades de la tierra que desaparecen con los años y los intereses, y sobre la obscuridad del corazón del hombre, *que nunca sabe lo que querrá, ni aun casi lo que quiere, y no es menos reservado ni falaz para sí mismo que para con los demas* (2).

Mas suena la trompeta, y aparece Gustavo. »Preséntase á la Polonia sorprendida y vendida, como un leon que tiene la presa entre sus garras, dispuesto á despedazarla. ¿Que se hizo de aquella formidable caballería, acostumbrada á caer sobre el enemigo con la velocidad de un águila? ¿donde están aquellas almas guerreras, aquellas mazas de armas tan ponderadas, aquellos arcos que jamás se tendieron en vano? Ya no son tan lijeros los caballos, ni tan diestros los hombres, sino para huir delante del vencedor (3).”

Paso adelante, y mi oido distingue la voz de un profeta. ¿Es acaso Isaías ó Jeremías quien apostrofa la isla de la *Conferencia* y las pompas nupciales de Luis?

»Fiestas sagradas, matrimonio venturoso, velo nupcial, bendicion, sacrificio. Ojalá pueda yo mezclar hoy vuestras ceremonias y pompas con las pom-

(1) *Oracion fúnebre de Ana de Gonz.*

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

pas fúnebres, y el colmo de las grandezas con sus ruinas (1)?

El poeta (permítasenos dar á Bossuet este título que tanto honra á David), continúa hablando, sin tocar la cuerda inspirada; mas, templando mucho mas baja su lira hasta aquel tono de que usaba Salomon para cantar los rebaños del monte Galaad, suspira estas apacibles palabras: »En la soledad de Santa Fara, tan apartada del bullicio del siglo, cuanto su feliz situacion la tiene separada de todo comercio mundano; en aquel santo monte que mil años antes habia escogido Dios, donde las esposas de Jesucristo hacian revivir la hermosura de los antiguos dias; donde eran desconocidas las alegrías de la tierra; donde las huellas de los hombres del mundo, y de los curiosos y holgazanes eran desconocidas; eran felices los principios de la princesa Ana bajo la direccion de la santa abadesa, que sabia dar la leche á los párvulos, y el pan á los robustos (2).» Esta página que se podia llamar un extracto del libro de Ruth, no apuró el pincel de Bossuet; aun le quedaba bastante porcion de este antiguo y dulce color para pintar una muerte dichosa. Miguel Le Telier, dice, comenzó el himno de las divinas *misericordias*: MISERICORDIAS DOMINI IN ÆTERNUM CANTABO: *Cantaré eternamente las misericordias del Señor.* Muere diciendo estas palabras, y continúa con los ánjeles el sagrado cántico.

(1) Oracion fúnebre de Maria Teresa de Aust.

(2) Oracion fúnebre de Ana de Gonz.

Yo creí por algun tiempo que la oracion fúnebre del príncipe de Condé habia sido alabada con exajeracion, á escepcion del incomparable movimiento que la termina; me parecia ser mas fácil, como lo es en efecto, llegar á las formas de la elocuencia del principio de este elojio, que á las del de madama Enriqueta; mas cuando leí este discurso con mas atencion; cuando vi al orador que, aplicando á su boca la trompeta épica durante una mitad de su discurso, me daba como por preludeo un canto de Homero; cuando retirándose el héroe tranquilo á Chantilly como otro Aquiles, entra de nuevo en el tono cristiano, y vuelve á encontrar todos los grandes pensamientos y los aspectos melancólicos en que se fundan las primeras oraciones fúnebres; cuando despues de poner en el féretro á Condé, llama á los pueblos, á los príncipes, á los prelados y á los guerreros al túmulo del héroe; en fin, cuando abalanzándose él mismo con sus blancos cabellos, hace oir los acentos del cisne, y se presenta Bossuet con un pie ya en el sepulcro, y el siglo de Luis, cuyos funerales parecia hacer, próximo á abismarse en la eternidad á este último esfuerzo de la elocuencia humana, derramaron mis ojos lágrimas de admiracion, y se me cayó el libro de las manos.

CAPITULO V.

La incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del ingenio.

Todo lo que hasta aqui tengo dicho, ha podido conducir al lector á la reflexion de *que la incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del ingenio*. Cuando no se creyó nada en Atenas ni en Roma, desaparecieron los talentos con los dioses, y las musas entregaron á la barbarie á los que no tuvieron mas fe en ellas.

En un siglo ilustrado no se podria creer hasta que punto dependen entre sí reciprocamente el buen gusto y las buenas costumbres. Las obras de Racine, manifestándose mas puras á proporcion que el autor se manifiesta mas relijioso, terminan finalmente en Atalia. Obsérvese, al contrario, como la impiedad y el jenio de Voltaire, se descubren á un mismo tiempo en sus escritos con una mezcla de cosas esquisitas y odiosas. El mal gusto, cuando es incorregible, es una falsedad del juicio y un extravío natural de las ideas; y como el espíritu obra sobre el corazon, es difícil que sean rectos los caminos del segundo, cuando no lo son los del primero. El que ama la fealdad en una época en que mil obras maestras pueden formar y afinar su gusto, no está lejos de amar el vicio; y cualquiera que es insensible á la hermosura, podrá muy bien desconocer la virtud.

El escritor que rehusa creer en un Dios, autor

del universo y juez de los hombres, cuyas almas hizo inmortales, destierra desde luego de sus obras lo infinito. Encierra su pensamiento en un círculo cenagoso, del que no puede salir. Nada ve que sea noble en la naturaleza; todo se obra en ella por unos impuros medios de corrupcion y de rejeneracion. El vasto abismo no es mas que un poco de agua *butiminosa*; las montañas son unas pequeñas *protuberancias* de piedras *calcáreas* ó *vitrificables*, y el cielo, donde prepara el día una inmensa soledad, como para servir de campo al ejército de los astros que la noche conduce allí en gran silencio; el cielo, repetimos, solo es una estrecha bóveda, caprichosa y momentáneamente suspendida por la mano del acaso.

Y hallándose el incrédulo tan limitado en las cosas de la naturaleza, ¿como podrá pintar al hombre con elocuencia? Las palabras carecen de toda riqueza para él, y le están cerrados los tesoros de la espresion. Contemplad en el fondo del sepulcro ese cadáver, esa estatua de la nada, envuelta en una mortaja: ¡ese es todo el hombre del ateo! Feto nacido del cuerpo impuro de la mujer; inferior á los animales en el instinto; polvo como ellos, y convertido como ellos en polvo; que no tiene pasiones, sino apetitos; que no obedece á las leyes morales, sino á ciertos resortes físicos; y que no ve delante de sí por único fin, sino el sepulcro y los gusanos: ¡tal es el astro que se decia animado de un soplo inmortal! No nos hableis ya de los misterios del alma ni del secreto encanto de la vir-

tud: ¡gracias de la infancia, amores de la juventud, noble amistad, elevacion de pensamientos, embeloso de los sepulcros y de la patria! ¡todos vuestros encantos desaparecen en esta suposicion!

La incredulidad ademas introduce necesariamente el espíritu racionador, las definiciones abstractas, el estilo científico acompañado de neologismo, cosas mortales al gusto y á la elocuencia.

Es posible que la porcion de talentos distribuida á los autores del siglo XVIII, sea igual á la que recibieron los escritores del siglo XVII (1). ¿Por que, pues, el segundo siglo es inferior al primero? Porque no es ya tiempo de disimularlo; los autores de nuestra edad han sido colocados por lo regular muy altos. Si hay tanto que reprender, como todo el mundo cree, en las obras de Rousseau y Voltaire, ¿que diremos de las de Raynal y Diderot (2)? Háse ponderado, y con razon sin duda, el método claro de nuestros últimos metafísicos; pero debería observarse que hay dos suertes de *claridades*: la una corresponde á un orden vulgar de ideas (porque un lugar comun se explica exactamente); la otra proviene de una admirable facultad de concebir y explicar claramente un pensamiento grande y complicado: los guijárros que están en el fondo de un arroyo se ven claramente,

(1) Concedemos esto en fuerza de argumento; pero estamos muy distantes de creerlo. Pascal y Bossuet, Moliere y Lafontaine son cuatro hombres enteramente incomparables y que no tendrán igual. Si no incluyo en este número á Racine, es porque tiene un rival en Virjilio.

(2) Véase la nota P, al fin del volumen.

porque al agua no está profunda; pero el ámbar, el coral y las perlas requieren la vista del buzo á unas inmensas profundidades, bajo las ondas transparentes del abismo.

Si nuestro siglo literario, pues, es inferior al de Luis XIV, busquemos la única causa de nuestra irreligion. Ya hemos dicho cuanto hubiera ganado Voltaire en ser cristiano, y así disputaría hoy á Racine la palma de las musas. Sus obras hubieran tomado aquel aspecto moral, sin el cual no hay cosa perfecta; se hallarian tambien en ellas aquellas preciosas memorias del tiempo antiguo, cuya ausencia forma un tan gran vicio. El que reniega del Dios de su pais, es casi siempre un hombre que no respeta la memoria de sus padres; no halla el menor interes en los sepulcros, y las instituciones de sus abuelos le parecen unas costumbres bárbaras; ningun placer encuentra en recordar las sentencias, la prudencia y los gustos de su buena madre. Y sin embargo, no puede dudarse que la mayor parte del jenio provenga de esta especie de recuerdos; lo mas hermoso que un autor puede imprimir en un libro, son las ideas que le suministra la reminiscencia de los primeros años de su juventud. Voltaire incurrió en la falta de estas reglas críticas (¡aunque tan dulces!), burlándose siempre de las costumbres y leyes de nuestros antepasados. ¿En que consiste, pues, que desagrade precisamente á un incrédulo todo aquello que embelesa á los demas hombres?

La religion es el mas poderoso motivo del amor

de la patria; los escritores piadosos han esparcido siempre en sus escritos este noble sentimiento. ¡Con que respeto, con que magnífica opinion hablan siempre de la Francia los escritores del siglo de Luis XIV! ¡Infeliz de aquel que insulta á su país! Cánse la patria de ser ingrata, antes que nos cansemos de amarla: sea nuestro corazon mas grande y magnánimo que sus injusticias.

El hombre relijioso ama á su patria, porque su espíritu es sencillo, y porque los sentimientos naturales que nos ligan á los campos de nuestros mayores, son como lo interior y el hábito de su corazon. Da la mano á sus padres y á sus hijos; está plantado en el suelo natal como la encina, que ve debajo de sí sus antiguas raices sepultadas en la tierra, y en su cima unos tallos tiernos, que aspiran á elevarse hácia el cielo.

Rousseau es uno de los escritores del siglo XVIII, cuyo estilo tiene mas atractivo, porque este hombre, estravagante por sistema ó de intento, se formó y finjió á lo menos como una sombra de religion. Tenia fe en cierta cosa, que no era el *Cristo*, pero sí en parte el *Evanjelio*; y sin embargo, esta fantasma de cristianismo tal cual era, suministró alguna vez muchas gracias á su jenio. Este hombre, que tan vigorosamente declamó contra los sofistas, ¿no fuera mejor que se hubiese abandonado á toda la ternura de su alma, antes que perderse como ellos en unos sistemas con que solo consiguió resucitar errores bien antiguos? (1).

(1) Véase la nota Q, al fin del volumen.

Nada faltára á Buffon si fuera tan sensible como elocuente. Extraña advertencia que tenemos oportunidad de hacer á cada instante, y que por mas que la repitamos sin intermision, nunca sabremos convencer bastante de ella al siglo: *sin religion no hay sensibilidad*. Buffon sorprende con su estilo; pero raras veces enternece: leed sino el admirable artículo del perro: en él los pinta todos, el de caza, el de ganado, el salvaje, el de presa, el señorito, &c. Pero ¿cual le falta aun? El perro del ciego. Y este es precisamente el perro de que se hubiera acordado un cristiano.

En jeneral no descubrió Buffon las relaciones tiernas; mas no obstante, es preciso hacer justicia á este gran pintor de la naturaleza, cuyo estilo es de una rara perfeccion. Para dar á cada cosa el lugar que le corresponda por naturaleza ó por convenion, y para no ser jamás ni alto ni bajo con demasia, es menester observar en sí mismo una medida bien exacta en el espíritu como en la conducta. Se sabe que Buffon respetaba todo lo que se debe respetar. No creia que la filosofía consistiese en hacer alarde de incredulidad, y en insultar los altares de veinticuatro millones de almas. Cumplia con los deberes de cristiano, y daba de ello ejemplo á sus domésticos. Rousseau se ciñe á la esencia, y despreciando las formas del culto, muestra en sus escritos la ternura de la religion con el perverso tono de los sofistas. Buffon, muy al contrario, tiene la aridez de la filosofía, unida siempre al decoro debido á la religion. El cristianismo puso en el estilo

del primero el encanto, el abandono y el amor; y en el del segundo el orden, la claridad y la magnificencia. De este modo, las obras de estos dos hombres tan célebres llevan consigo, en el bien y en el mal, el sobrescrito de lo que han escogido ó desechado con respecto á la relijion.

Cuando nombro á Montesquieu, me acuerdo del hombre verdaderamente grande del siglo XVIII. *El Espíritu de las leyes* y las *Consideraciones sobre las causas de las grandezas de los romanos y de su decadencia*, vivirán tantos siglos como la lengua en que están escritos. Si Montesquieu, en una obra de su juventud, dejó caer sobre la relijion algunos de los sarcasmos que asestó contra nuestras costumbres, solo fue efecto de un error pasajero, y una especie de tributo pagado á la corrupción de la rejerencia (1). Pero en el libro que le colocó en el número de los hombres ilustres, reparó magníficamente aquella falta, haciendo el elogio del culto á que tuvo la imprudencia de atacar. La madurez de sus años, y el interes mismo de su gloria, le hicieron conocer que para elevar un monumento durable, era preciso abrir los cimientos en un suelo menos movedizo que el polvo del mundo; y su jenio, que abrazaba todas las edades, se apoyó sobre la sola relijion á quien están prometidos todos los tiempos.

Resulta, pues, de todas nuestras observaciones, que los defectos de los escritores del siglo XVIII con-

(1) Véase la nota R, al fin del volúmen.

sisten únicamente en un falaz sistema de filosofía, y que si hubiesen sido mas relijiosos, se hubieran acercado mas á la perfeccion.

Aunque con algunas escepciones ha habido en nuestro siglo una especie de aborto jeneral de talentos: se podria decir que la impiedad que todo lo esteriliza, se manifiesta no menos en el deterioro y la pobreza de la naturaleza física. Tended sino la vista sobre esas jeneraciones que sucedieron inmediatamente al siglo de Luis XIV. ¿Donde están aquellos hombres de aspecto afable y majestuoso, de un porte y vestido noble, lenguaje puro, aire marcial y clásico, conquistador, é inspirado en las artes? Inútil fuera el buscarlos: desaparecieron. Unos hombrecillos desconocidos se pasean como pigmeos bajo los altos pórticos de los monumentos de otra edad. Respiran y llevan grabados sobre su frente el egoismo y el desprecio de Dios; han perdido la nobleza del vestido y la pureza del lenguaje. Se les puede tener, no ya por hijos, sino por los bufones y monos de la grande raza que les ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchitan la imaginacion con cierta especie de verdad indefinible, que no es la verdadera. El estilo de estos hombres es árido, sin espresion y con doblez, y su imaginacion sin amor y sin fuego. No tienen uncion, ni abundancia, ni candor. En sus obras no se halla cosa alguna llena ni sustanciosa: no se encuentra en ellas la inmensidad, porque falta la Divinidad. En lugar de esa dulce y tierna relijion, de ese ins-

trumento armonioso que emplearon los autores del siglo de Luis XIV para encontrar el tono de su elocuencia , los escritores modernos solo se valen de una mezquina filosofía, que va dividiendo y subdividiendo todas las cosas , midiendo á compas los sentimientos , sujetando á cálculo el alma , y reduciendo el universo, y aun al mismo Dios , á una pasajera sustraccion de la nada.

Asi es como el siglo XVIII se disminuye diariamente en la perspectiva, mientras que el siglo XVII parece que se eleva y engrandece á proporcion que nos alejamos de él : el uno se baja y el otro se remonta hasta los cielos. Por mas que se quiera apocar y deprimir el gran jenio de Bossuet y de Racine , tendrá este siempre la suerte de aquella figura colosal de Homero , que se percibe mas allá y como detras de todos los tiempos y edades: alguna otra vez se halla oscurecida con el polvo que levanta un siglo al desplomarse y hundirse ; pero desde el momento que se disipa la nube, se ve aparecer de nuevo la majestuosa figura aun mucho mas grande, para dominar las nuevas ruinas (1).

(1) Véase la nota S , al fin del volumen.

LIBRO QUINTO.

Armonia de la religion cristiana con las escenas de la naturaleza, y las pasiones del corazon humano.

CAPITULO PRIMERO.*Division de las armonías.*

Antes de entrar en la descripcion del culto, tenemos que examinar algunas materias, que no pudimos desenvolver y esplanar bastante en los libros precedentes. Estos asuntos se refieren á la parte física ó moral de las artes; pues asi como, por ejemplo, las situaciones y vistas de los monasterios y las ruinas de los monumentos religiosos, &c., pertenecen á la parte material de la arquitectura, los efectos de la doctrina cristiana, con las pasiones del corazon del hombre, y los cuadros que ofrece la naturaleza, entran en la parte dramática y descriptiva de la poesía.

Tales son los objetos que reunimos en este libro bajo el titulo jeneral de *armonía*, etc.

CAPITULO II.

ARMONÍAS FÍSICAS.

Sitios de los monumentos relijiosos, conventos maronitas, costos, &c.

Tienen las cosas humanas dos especies de naturaleza, colocadas la una al principio de la sociedad, y la otra al fin. Si no fuese así, alejándose siempre el hombre de su orijen, vendria á ser como una especie de monstruo; mas por una ley de la Providencia, quanto mas se civiliza, mas se acerca á su primer estado: de donde nace, que la ciencia en la mayor altura es la ignorancia, y las artes perfeccionadas son la naturaleza.

Esta última *naturaleza*, ó la *naturaleza de la sociedad*, es la mas hermosa: el jenio es su instinto y su virtud la inocencia; porque el jenio y la virtud del hombre civilizado no son mas que el instinto y la inocencia del salvaje perfeccionados. Así es, que nadie pudiera comparar á un indio del Canadá con Sócrates, aunque el primero pueda llegar á ser, hablando rigurosamente, tan moral como el segundo: de lo contrario seria preciso decir, que la paz de las pasiones aun no desplegadas en un niño, tiene la misma escelencia que la paz de las pasiones domadas en el hombre; que el ser puramente sensible, es igual al ser pensador, lo cual seria lo mismo que decir, que la debilidad es tan be-

lla como la fuerza. Un lago pequeño no devasta sus orillas y nadie lo estraña: su impotencia misma hace su reposo; pero se ve con placer la calma en el mar, porque tiene el poder de las tempestades, y se admira el silencio de las concavidades del abismo, porque resulta de la misma profundidad de sus aguas.

Entre los siglos de naturaleza y los de civilizacion, hay otros que llamados siglos *de barbarie*, que no fueron conocidos de los antiguos, y son los que se componen de la repentina reunion de un pueblo civilizado con otro salvaje. Estas edades llegan á distinguirse por la corrupcion del gusto. Por una parte el hombre salvaje, apoderándose de las artes, no tiene bastante primor para llevarlas hasta la elegancia, ni el hombre social la sencillez suficiente para volver á bajar á la pura naturaleza.

Nada puro puede esperarse entonces, sino en los asuntos en que una causa moral obra por sí misma, sin dependencia de las causas temporales. Por esta razon, los primeros solitarios, entregados al delicado y severo gusto de la religion, que jamás engaña cuando no se mezcla en ella ninguna cosa estraña, escojieron en todos los parajes del mundo los sitios mas admirables para fundar allí sus monasterios (1). No hay ermitaño que no sepa elejir, tan bien como lo pudiera Claudio Lorena ó *Le-Notre*, la peña donde le conviene colocar su gruta.

Vense ya de una parte, ya de otra en la cordi-

(1) Véase la nota T, al fin del volumen.

llera del Líbano, conventos maronitas edificados sobre abismos. Para llegar á los unos es preciso atravesar hondas cuevas, cuyas entradas se cierran con peñascos, y no se puede subir á los otros sino por medio de un ceston suspendido en el aire. Nace el *rio santo* en la falda de la montaña: el bosque de cedros negros resalta sobre aquel hermoso cuadro, dominado por unas redondeadas eimas que la blanca nieve corona. Esta especie de prodijio no cesa sino cuando se llega al monasterio: vense por dentro viñas, arroyos y arboledas, y por fuera una naturaleza horrible, y una tierra que se pierde y desaparece con sus rios, sus campos y sus mares en unas azuladas profundidades. Alimentados allí con la religion aquellos piadosos solitarios, entre la tierra y el firmamento, levantan su vuelo hácia el cielo en aquellos sagrados recintos, como las águilas del monte.

Las celdillas redondas y separadas de los conventos ejipticos, están cercadas de un recinto de paredes que las defienden de los árabes. Desde lo alto de la torre que se levanta en medio de estos conventos, se descubren unos arenales, de donde se elevan las denegridas puntas de pirámides ó mojones que señalan el camino al viajero. Algunas veces se ven carabanas abisinias ó beduinos vagabundos, que pasan á lo lejos á uno de los horizontes de aquella estension movediza y solitaria; otras, el aire de Mediodía encubre la perspectiva en una atmósfera de polvo. Alumbra la luna un suelo raso, donde los mudos céfiros no hallan siquiera una ma-

ta de yerba en que poder formar un leve susurro. El desierto sin vejetacion se halla por todas partes sin sombra, y solo en los edificios del monasterio se hallan algunos como velos de la noche.

Sobre el istmo de Panamá en América, contempla el cenobita desde lo alto de su convento los dos mares que bañan las riberas del Nuevo-Mundo, el uno muy agitado comunmente, cuando el otro está tranquilo, y presentando á la meditacion los dos cuadros de la calma y de la tempestad.

Desde los conventos situados en los Andes, se ven á lo lejos qual una vasta llanura las inmóviles olas del Océano pacífico. Un cielo diáfano disminuye el círculo de los horizontes sobre la tierra y los mares, y parece que encierra el edificio de la religion bajo un globo de cristal. La flor capuchina reemplazando la yedra religiosa, borda con sus cifras de púrpura las sagradas paredes: el lamaz atraviesa la corriente sobre un puente flotante de bejucos, y el infeliz peruano viene á orar al Dios del P. Las-Casas.

Todo el mundo ha visto en Europa las antiguas abadías ocultas entre los bosques, y que el viajero no descubre sino por sus altos campanarios, que descuellan sobre las copas de las encinas. Los monumentos ordinarios reciben su grandeza de los paisajes que los rodean; la religion cristiana, al contrario, hermosea el teatro en que coloca sus altares, y en que cuelga sus santas decoraciones. En la historia de René hemos hablado de los sitios que ocupaban los conventos europeos, y hemos descrito

algunos de sus efectos en medio de las escenas de la naturaleza; mas para acabar de mostrar al lector estos monumentos, le presentaremos aquí un precioso fragmento que debemos á la amistad. Su autor ha hecho en él tales correcciones, que es, digámoslo así, una obra enteramente nueva. Estos preciosos versos mostrarán á los poetas que sus musas ganarian mas meditando en los antiguos claustros, que haciéndose el eco de la impiedad.

LA CARTUJA DE PARIS.

Viejo claustro dó viven retirados
Los alumnos de Bruno, donde encierran
Todos sus votos para el alto cielo;
Abréme á mí tus pórticos, y deja
Que vague por los rústicos jardines,
Dó Catinat á meditar viniera
Alguna vez, feliz porque olvidaba
Del rey y de la córte las miserias.

Demasiado á Paris he conocido:
Mis leves pensamientos en su inmensa
Rejion libres, dispersos al acaso,
Todos los dias enlazarse intentan,
Y el hilo proseguir que principiarian;
Mas la hebra sin cesar despues se quiebra:
; Huid ya, ruidosos muros, Tullerías,
Y Louvre, cuyo pórtico recuerda,
Jactándose á mis ojos deslumbrados,
De Luis despues de un siglo la grandeza!
Prefiero estos lugares donde el alma
Disfrutar puede ensimismada y quieta,

Aun dentro de Paris algun asilo:
El retiro me place y me contenta,
Y él me ha inspirado los primeros versos.
Setiembre de nosotros ya se aleja,
Al resplandor robando los colores
Que aun fúljido un momento el año ostenta.
El redobla la paz que me aficiona
A estos sitios: sus días de tristeza
Dulces me son, y su verdor sombrío,
Su aspecto grave y serio mas conuerda
Con el luto, parece, del convento.
Debajo de esa pálida arboleda
Sepultarme deseo, ¡recostado
Sobre un cesped despues que amarillea,
Con dulce placer goza el alma mia
Aire puro, silencio y sombra fresca.

Aquesos coches con su fasto y ruido
Dó se muestra sentada la opulencia;
Todos esos talleres, ese pueblo
Ajitado bullendo cual marea;
Ese sonido lúgubre y confuso
Que de una gran ciudad el viento lleva,
De los hijos de Bruno la morada
Jamás turba; ese estruendo les rodea,
Pero su alma feliz está tranquila.
El fantasma del mundo se renueva
Cada dia con rasgos diferentes,
Y en derredor jirando les presenta
Sus pompas engañosas; mas en vano:
De la vana ilusion y las quimeras
Del siglo, ellos huyeron: ya para ellos
Sueño es todo, si no es la vida eterna.
¡Y deplorais vosotros su destino!
¿Por qué preocupacion, decis, funesta

Se ven esos piadosos súicidas
Sujetos á unas leyes tan severas ?
De muerte lenta van ellos muriendo,
Corroidos del dolor y la tristeza:
Guarda el altar sus votos sobre bronce;
La desesperacion vive en sus celdas.

Vosotros ¡ ay ! los que os doleis ahora
De esas víctimas crédulas ya muertas
Para el mundo, conmigo en este claustro
Penetrad: ¿ no sentís que el pecho llena
El pacífico ambiente de los cielos ?
Aqui se olvidan todas vuestras penas,
Callan aqui tambien vuestras pasiones,
Y de los claustros placen las tinieblas.
Mas ¿ que triste sonido desde lo alto
Desciende de esa torre, y su eco lleva
Haciendo retemblar los dormitorios ?
El bronce es que, del tiempo en la carrera
Intérprete espantoso, á cada hora
Que se pasa, al humilde anacoreta
Constante le repite en largos ecos.
¡ En tu postrer momento siempre piensa !
Espira lentamente ese sonido
Debajo de ese techo, y cuando cesa,
De pavor tiembla el alma todavía.
Y la meditacion que, fija en tierra
La vista, marcha asi desde la aurora
Por los sombríos átrios de la iglesia,
A esta señal se para, y luego lee
Sobre una tumba las terribles letras
De epitafio gastado por los años,
Que gótico escritor trazó en la piedra.
¡ Oh cuadros elocuentes ! ¡ cuanto agrada
Ese cimborio que de tintas negras



Los tiempo han pintado al alma mia;
 Esas ruinas ligadas por la hiedra,
 Donde eleva su fúnebre graznido
 Aquella ave, cantor de las exequias!
 La caída de la tarde, y el sombrío
 Verdor con que entristece la arboleda.
 Por dó pasan del sol los rayos leves
 Manchando apenas con su luz postrera,
 De la campana el son siempre uniforme,
 Y esa imájen tambien que el musgo cerca,
 Y aquese templo que oye cada aurora
 Los sagrados conciertos que se elevan
 En profundo silencio por los aires,
 Y los restos del mártir que conserva
 La capilla, y el césped que recrece
 Sobre esas frias tumbas tan modestas,
 A dó feliz pasara el cenobita
 Sin un remordimiento tan siquiera
 Del silencio del claustro al de la muerte.

La obscuridad en tanto baja aprieta
 Sobre estas cercas, y su luto dobla;
 La sombra poco á poco es mas espesa,
 Los montes de Meudon al sol ocultan.
 Murió el dia, la noche ya se acerca:
 Menos rojo el ocaso, cual se apaga
 De su luz mira la postrer centella.
 Mas súbito se enciende nueva aurora
 Que allá sobre las torres sube lenta
 Del palacio de Médicis (1) vecino;
 Presto el remate con su luz blanquea,
 Y la arjentada claridad mis ojos
 Hechizados la ven por sus vidrieras.

(1) El Luxemburgo.



El astro tierno de las noches vierte
Sobre las tumbas luz amarillenta,
Misteriosa de lo alto de los cielos,
Y allí esta luz parece reverbera,
Que de los muertos que del cielo gozan
Debe los ojos hechizarles bella.
De la muerte el horror aquí no veo;
Y su aspecto enternéce, no amedrenta.
Pero ¿acaso me engaño-yo? Escuchemos:
Bajo esos viejos techos ahora llegan
A nuestro oído cantares invisibles;
Baja la religión; después se acerca
Con faz velada, y su sosiego dulce
Hasta el fondo del alma nos penetra.
De Dios oíd la voz desconocida
Que os repite allá dentro en la conciencia:
Ven á mí, hijo querido, ve al desierto;
Marcha, que yo estaré de tí muy cerca.

Pero apartad los ojos entre tanto
De en medio de esa paz profunda y quieta;
Volvedlos ora al mundo, dó se ajitan
Sin fruto los humanos, y pelean
Tras la vana esperanza de una dicha
Que siempre huye sin poder cojerla.
Recordad las costumbres de esos siglos
Feroces; ay! en que á la Europa entera
La destrucción trayendo, los lombardos,
El vándalo feroz y jente griega,
El cetro de los Césares augusto
Entre sí disputaron como presa.
Vivió el débil entre ellos sin asilo,
Mas freno no tuvieron que la fuerza:
Ora hablad: ¿condenais á los Benitos
Y á los Basilio, que con fe sincera,

Lejos del siglo impio, y en aquellos
Aborrecibles tiempos, construyeran
Al desgraciado y pobre un santo asilo?
Decid, desiertos del Oriente, arenas,
Aridas cimas, catacumbas, bosques,
Y vosotras tambien, Tebaidas fieras,
¡A cuantos desgraciados algun dia
No ha libertado la espesura vuestra
De hierros opresores! Los cristianos
Que protejia con sus alas bellas
La religion, alli ocultos estaban:
Con Dios viviendo, alli solo pudieran
Orar y no temer á sus verdugos.
El tirano no osó en aquella tierra
Sus victimas buscar. Pero ¿que digo?
Abrumado de horror y de vergüenza
Por sus hechos, venia muchas veces
A pedir á estos sitios la induljencia
Ante los pies del mismo que oprimia.
Vivieron las virtudes en las cuevas.
Vi en las ruinas de Tebas, de Cartago,
De una mina en el hueco ó torre vieja,
Del mundo huyendo á ilustres cenobitas.
Bajo el duro cilicio y penitencia
La voz de las pasiones siempre calla;
No está su austeridad de dicha ajena;
Quien la buscó, olvidarla nunca puede;
Dios al desierto manda que florezca
Bajo sus plantas. ¡A tu sombra, oh palma,
Que de los llanos el calor refrescas
De la Siria, el descanso ellos buscaban!
¡Tambien vagaron con la planta incierta,
Profético Jordan, sobre tus bordes!
¡Sobre las vuestras copas altaneras
Tambien, cedros del Libano, se alzaron

Hasta el cielo sus súplicas sinceras!
Su pacífico sueño protegía
En su oscuro recinto esa caverna;
Del águila el clamor los despertaba;
Y allí al Señor en las desiertas breñas,
Cantaban al sordo eco del torrente,
Cuyas aguas también les refrijeran;
Entonce un ángel, descubriendo el rostro,
En nombre de los cielos paz les lleva;
Mas sus días no pasan sin zozobras.
A Jerónimo, gloria de la iglesia
En su origen, mirad bajo el cilicio,
Cubierto de ceniza, cual pelea
Cercado en el desierto del deleite,
Que la gran Roma sin rubor ostenta.
Su virtud se ejercita en esta lucha.
Quizá, como él, llorando su flaqueza,
Vivió un mortal sensible en este sitio.
¡Ay! suspiros de amor veces diversas
Se alzaron de la noche en el silencio
De allá del fondo de las tristes celdas;
En vano rechazárale constante,
Con austero mirar la penitencia
Que cabe un atahud vijila siempre:
Cubierto entra amor de negras telas,
Y á Dios se entrega en lágrimas bañado;
Con Cominje y Rancé de esta manera
Entró allí: Dios sin duda los absuelve:
¿Quién por ellos no llora? ¿quien sus penas
Conoce y sus amores sin dolerse?
Y tú, tú, cuyo nombre solo altera
Las almas cariñosas, de los bosques
De Paraclet vestal ¡ay, Dios! por fuerza,
Que sin prestar vulgares juramentos,
Gustar hiciste sensaciones nuevas

Al amor ; tú , à quien mortal sensible
 A si mismo engañándose , se alegra
 De hallar en la mujer que firme adora,
 ¿ Que corazon , Heloisa , no le afecta
 Tu nombre , cual lo fue el de tu Abelardo ?
 ¡ Cuantas veces con ansia apetciera,
 De aquese mundo lejos , el asilo
 Donde corrió en París tu edad primera,
 Aquellas viejas torres que prolonga
 La antigua catedral gastada y negra
 Hacia las altas nubes , donde oraron
 Nuestros abuelos ! Esas torres viejas
 La historia de tu amor han conservado.
 Allí todo , si , todo me habla de ella (1):
 Revive en aquel sitio mi memoria:
 Allí la casa de Fulbert deshecha
 En ruinas vi. Se dice que allí mismo,
 En aquel sitio que tu sombra aprecia,
 Largo jemido se alza cada un año
 En el instante en que la hora suena
 De tu infausto himeneo. Lee entonces,
 Al declinar el dia , jóven bella,
 Tus amorosas y elocuentes cartas:
 Su amante ya su turbacion penetra,
 Y aquel fuego de amor que tú les pintas,
 El que en su pecho sienten acrecienta.
 Mas ¿ que hago yo , imprudente ? ¡ En este sitio
 Consagrado , de amor habló mi lengua,
 Y hállome ahora en medio de las tumbas
 Que el poder sobre mí de Dios enseñan !
 Estas paredes , estos largos , tristes
 Dormitorios , se cubren de anatemas,

(1) Heloisa vivía en el claustro de nuestra Señora , y junto a él se ve todavía la casa de su tío el canónigo Fulbert.

De sentencias de muerte , que á la vista
El ángel de esterminio nos presenta
Leyendo por dó quier estas palabras
Dios, infierno, venganza. Aquí se encuentran
Rigor y austeridad por todas partes,
Mas en ninguna de ellas la clemencia.
Lúgubre claustro , donde está proscrito
Por el cielo el amor , donde se pena
Cual crimen el instinto mas querido,
Agrádame ya menos tu tristeza
Cuando hácia ti mi mente se lanzaba,
Buscó santo reposo y paz eterna;
Mas mi alma de un mas dulce sentimiento
Necesita. Ora flaca al rigor tiembla
De esos deberes. Pero cuando el tiempo,
Que desengaña al hombre y le despeja,
Destruído habrá el error de mis pasiones,
Y sus delicias todas pasajeras
Con lágrimas mezcladas cuasi siempre;
Cuando llegue á sentir secreta pena
Mi corazon , entonces, en aquellos
Instantes mas queridos del poeta,
En que libre , del mundo ya cansado,
Gozarse á solas y soñar desea,
Tornaré ansioso , soledad tranquila,
En tu seno á olvidar la displicencia
De la ciudad , y hallar aqui de nuevo,
Debajo de esas bóvedas desiertas,
Los mismos sentimientos expresados
En estos versos que dictó mi vena.

CAPITULO III.

De las ruinas en jeneral: las hay de dos especies.

Examinados los *sitios* de los monumentos cristianos, pasemos ahora á los efectos de sus *ruinas*. Estas ofrecen al corazon unos majestuosos recuerdos, y á las artes unas admirables composiciones. Consagremos, pues, algunas pájinas á esta poética de los difuntos.

Todos los hombres encuentran cierto atractivo en las ruinas. Este sentimiento nace de la fragilidad de nuestra naturaleza, y de una secreta conformidad que se advierte entre los monumentos destruidos y la rapidez de nuestra existencia. A esto se añade ademas una idea que consuela nuestra pequeñez, viendo que pueblos enteros y hombres á veces tan famosos, no han podido tampoco pasar de aquel corto número de dias prefijado á nuestra propia oscuridad. Asi presentan las ruinas una grande moralidad en medio de las escenas de la naturaleza; y cuando llegan á mostrarse en un cuadro, en vano se procura dirigir la vista á otra parte, porque bien pronto vuelve á fijarse en ellas. Y ¿como no habian de pasar las obras de los hombres, cuando el mismo sol que las alumbra ha de caer un dia de sus bóvedas? El imperio de aquel que le colocó en los cielos, es el único exento de arruinarse.

Hay dos clases de ruinas; unas son obras del

tiempo, y otras lo son de los hombres. Las primeras nada tienen de desagradables, porque la naturaleza trabaja con los siglos; estos ocasionan escombros, aquella siempre flores; los unos abren un sepulcro, la otra coloca allí el nido de una paloma, y ocupada continuamente en reproducir, rodea los monumentos de la muerte con las mas dulces ilusiones de la vida.

Las segundas ruinas son mas bien unas devastaciones que solo ofrecen la imájen de la nada, sin un poder reparador: como obra de la fatalidad y no de los años, se parecen á los cabellos blancos en la cabeza de la juventud. Y por otra parte, las destrucciones de los hombres son mucho mas violentas y completas que las de los años; estos minan, y aquellos destruyen. Cuando Dios por sus ocultos juicios quiere apresurar las ruinas del mundo, manda al tiempo que preste su hoz al hombre, y entonces el tiempo con espanto ve como reducimos á la nada en un abrir y cerrar de ojos lo que él necesitara muchos siglos para destruir.

Paseándome un dia por detras del palacio de Luxemburgo, me hallé cerca de aquella misma cartuja que cantó Mr. de Fontanes. Vi una iglesia cuyos techos estaban hundidos, arrancados los plomos de las ventanas, y cerradas las puertas con tablonés apuntalados. La mayor parte de las piezas y demas servidumbres de este monasterio ya no existian. Discurrí largo rato por medio de unas piezas sepulcrales de mármol negro, esparcidas por tierra, las unas hechas del todo pedazos, y otras

que conservaban aun varios fragmentos de epitafios. Entré en el claustro interior, donde vi dos ciruelos silvestres, que crecian entre los escombros y la alta maleza. En las paredes se conservaban unas pinturas medio borradas que representaban la vida de San Bruno. Junto al alero de la iglesia subsistia un reloj de sol; pero en el santuario, en lugar de aquel himno de paz que se entonaba antes en honor de los difuntos, solo oia el rechinar del instrumento con que aserraban los sepulcros.

Las reflexiones que hice yo en aquel sitio, las puede hacer todo el mundo. Sali de alli con el corazon oprimido, y me metí en el arrabal inmediato, sin saber adonde iba. Entraba ya la noche, y al pasar entre dos paredes por una calle desierta, oí de repente el son del órgano y las palabras de aquel cántico de triunfo, *Laudate Dominum omnes gentes*, que salian de lo interior de una iglesia inmediata. Se celebraba entonces la octava del Corpus. No es posible pintar el efecto que hicieron en mi aquellos cánticos relijiosos: me pareció oír una voz del cielo que me decia: »Cristiano sin fe, ¿por que pierdes la esperanza? ¿Piensas acaso que mudo de designios como los hombres, ó que abandono porque castigo? En vez de acusar mis decretos, procura imitar á estos siervos fieles que bendicen los golpes de mi mano hasta debajo de las ruinas en que los confundo.»

Entré en la iglesia al tiempo mismo en que echaba la bendicion el sacerdote. Algunos ancianos, mujeres, pobres y niños estaban postrados en

tierra: me arrodillé tambien, y vertiendo copiosas lágrimas, decia en lo interior de mi corazon. »Perdonadme, Señor, si he murmurado al ver la desolacion de vuestro templo; ¡perdonad mi frágil y alterada razon! El hombre no es otra cosa que un edificio arruinado, y un destrozo del pecado y la muerte; su amor tibio, su fe vacilante, su caridad limitada, sus imperfectos sentimientos, sus insuficientes pensamientos y su corazon despedazado, ¡ah! ¡en él todo son ruinas! (1).

CAPITULO IV.

EFFECTO PINTORESCO DE LAS RUINAS.

Ruinas de Palmira, de Egipto, &c.

Consideradas las ruinas bajo un aspecto pintoresco, interesan mas en un cuadro que un monumento entero y reciente. En los templos que los siglos no han desmoronado todavía, ocultan las paredes una parte del sitio, é impiden que se descubran las columnatas y los arcos de las bóvedas interiores del edificio; mas cuando llegan á hundirse no quedan ya de ellos mas que unas masas aisladas, entre las que la vista descubre por lo alto y á lo lejos, astros, nubes, bosques, rios y montes. Entonces, por un efecto natural de la óptica, se retiran los horizontes, y las galerías suspendidas en

(1) Véase la nota V, al fin del volumen.

el aire aparecen como recortadas sobre el fondo del cielo y de la tierra. No desconocieron los antiguos estos efectos, pues levantaban circos sin muelles cerradas, para dejar paso franco á las ilusiones de la perspectiva.

Las ruinas tienen tambien armonías particulares con sus desiertos, segun el estilo de su arquitectura, sitios en donde se hallan colocadas, y reinos de la naturaleza y meridianos que ocupan.

En los países cálidos, que son poco favorables á las yerbas y musgos, se ven despojadas de las gramas que adornan nuestros castillos y torres antiguas; pero tambien los mas corpulentos vejetales se unen á los mas grandes modelos de su arquitectura. En Palmira divide la palma las cabezas de *hombre* y de *leon* que sostienen los chapiteles del templo del sol. La palma con su alta caña reemplaza á la derribada columna; y el albréchigo, que los antiguos consagraban á Harpócrates, se eleva en el retiro del silencio. Aun se ve alli una especie de árboles, cuyo estenso y colgante ramaje y el fruto transparente, presentan con los escombros pendientes, unos bellos contrastes de tristeza. Con mucha frecuencia una caravana, sesteando en estos desiertos, multiplica los pintorescos. El ropaje oriental hermana bien su nobleza con la de estas ruinas, y los camellos parece que aumentan sus dimensiones, cuando reposando entre aquellos grandes fragmentos de albañilería, solo dejan ver sus salvajes cabezas y sus jibosas espaldas.

Las ruinas en Egipto tienen otro aspecto: co-

munmente presentan en un corto espacio todas las especies de arquitectura, y toda suerte de memorias. Las columnas del antiguo estilo egipcio se elevan junto á la columna corintia, un trozo de orden toscano se une á una torre árabe, y un monumento del antiguo pueblo pastor á otro romano. Los Esfinjes, los Anubis, las mutiladas estátuas y los destrozados obeliscos han ido rodando hasta el Nilo, yacen sepultados en la tierra, ú ocultos en los arrozales, en los campos de habas ó en las praderías de trébol. Sale el río de madre en sus altas crecientes, y parecen entonces estas ruinas sobre las aguas cual una numerosa flota; otras veces, figurando las nubes ondas sobre los costados de las pirámides, las dividen estas en dos mitades: el chakal encaramado sobre un pedestal vacío, muestra su hocico de lobo por detras del busto de un Pan con cabeza de carnero: la gazela, el eyestruz, el ibis y el dipo saltan y retozan entre los escombros, y la polla sultana se mantiene inmóvil, como una ave jeroglífica de granito ó de pórfido.

El valle de Tempé, los bosques del Olimpo, las costas de la Atica y del Peloponeso, presentan por dó quiera las ruinas de la Grecia. Allí principian á verse los musgos, las enredaderas y las flores saxátiles; una guirnalda casual de jazmin abraza á una Vénus, como si quisiera volverle su ceñidor. Unos filamentos de musgo blanco se descuelgan de la barba de una Hebé; crece la amapola sobre los hojas del libro de Mnemosina, símbolo de la nombradía pasada, y del presente olvido de es-

tos lugares. Las ondas del Ejeo , que vienen á morir bajo estos pórticos derribados, filomena que se queja , alcion que llora , cadmo que se enrosca alrededor de un altar , el cisne que hace su nido en el seno de una leda ; mil accidentes producidos por las Gracias encantan estas poéticas ruinas. Un soplo divino parece animar aun el polvo de los templos de Apolo y de las musas , y todo aquel sitio bañado del mar , se parece á un hermoso cuadro de Apeles consagrado á Neptuno , y colgado en sus orillas (1).

CAPITULO V.

Ruinas de los monumentos cristianos.

Las ruinas de los monumentos cristianos no son tan elegantes como las de los de Grecia y de Roma ; pero bajo otros aspectos , pueden muy bien ser comparables con ellas. Las mas bellas que se conocen están en Inglaterra , á las orillas de los lagos de Cumberland , en las montañas de Escocia , y hasta en las Orcadas. Los costados bajos del coro , los arcos de las ventanas , las cinceladas obras de las claves ó remates , las pilastras de los claustros , y algunos lienzos del campanario , son en jeneral las partes que mas han resistido á los esfuerzos del tiempo.

En los órdenes griegos , las bóvedas y los cen-

(1) Véase la nota X , al fin del volumen.

tros siguen paralelamente los arcos del cielo; de modo, que sobre una colgadura parda de nubes, ó sobre un paisaje oscuro, se pierden en los fondos. En el órden gótico, por el contrario, las puntas contrastan con la redondez de los cielos y las curvaturas del horizonte. Componiéndose de *huecos* el órden gótico, se adorna mas facilmente con yerbas y flores que los *llenos* de los órdenes griegos. Los duplicados filetes de las pilastras, y los cimborios, ó recortados en hojas, ó huecos en forma de cuchara, figuran otras tantas cestas, donde los vientos llevan con el polvo las semillas de los vejetales. La siempreviva se arraiga en los cimientos, los musgos cubren los desiguales esparcidos escombros con sus filamentos elásticos, la zarza hace brillar sus pardos círculos en lo rasgado de una ventana, y la hiedra, estendiéndose á lo largo de los claustros septentrionales, cae en festones por las arcadas.

Ninguna especie de ruinas produce un efecto tan pintoresco como estos escombros. Bajo de un cielo nebuloso, en medio de los vientos y tempestades, á la orilla de aquel mar, cuyas borrascas cantó Osian, tiene la arquitectura gótica algo de grande y oscuro, como el Dios de Sináí, cuya memoria perpetúa. Sentado el viajero en las Orcadas sobre un altar destrozado, se asombra de la tristeza de estos lugares. El indomable Océano, escollos eternamente espumosos, valles en que se eleva la piedra de un sepulcro, torrentes que corren entre matorrales, algunos pinos rojizos, esparcidos sobre un promontorio desnudo, flanqueado de rodales de

nieve, es lo único que se ofrece á la vista. Circula el viento en las ruinas, y sus innumerables quebradas son otros tantos conductos que despiden sus gemidos. El órgano daba antiguamente menos suspiros bajo aquellas bóvedas religiosas: en las aperturas de las cúpulas se mecen unas yerbas largas, y entre ellas se ve á lo lejos huir la nube y cernerse el águila del septentrion. Otras veces un navío, extraviado en su derrotero, y como escondiéndose bajo sus velas orbiculares como un espíritu de las aguas, cubierto con sus alas surca las olas desiertas, y parece que impelido por el aquilon, se va postrando á cada paso, saludando los mares que bañan los escombros del templo de Dios.

Por estas playas desconocidas pasaron aquellos hombres que adoraban la *Sabiduría* que se paseaba bajo las hondas. Unas veces, en sus solemnidades, se avanzaban hácia la anchurosa playa, cantando con el Psalmista: »¡Cuan vasto es este mar, que estiende tan lejos sus inmensos brazos! (1)» otras, sentados en la gruta de Fingal, junto á los respiraderos del Océano, creían oír aquella misma voz que decia á Job: »¡Sabeis quien ha cerrado el mar como con un dique, cuando se estendió, saliendo como del seno de su madre; *Cuasi de vulva procedens?* (2)» Por la noche, cuando bajaban las tempestades del invierno, y se ocultaba el monasterio entre mil remolinos, retirados á lo interior de sus celdas los tranquilos cenobitas, se dormían con el

(1) *Psal.*, ciii, y. 23.

(2) *Job*, cap xxxviii, v. 8.

múrmullo de los vientos desencadenados, felicitándose de verse embarcados en la nave del Señor, que nunca perecerá (1).

¡O sagrados restos de los monumentos cristianos! ¡Vosotros no traéis á la memoria, como otras muchas ruinas, injusticias, violencias ni sangre; ni contais mas que una historia apacible, ó cuando mas, aquellos dolores misteriosos del Hijo del Hombre! Y vosotros, santos ermitaños, que para llegar á unos retiros mas afortunados, os desterrasteis á los hielos del polo, y que gozais el fruto de vuestros sacrificios; vosotros, si hubiera entre los ángeles, así como entre los hombres, campos habitados y lugares desiertos, hubierais escojido las soledades del cielo para ocultar en ellas vuestra felicidad, así como preferisteis las soledades de la tierra para sepultar en ellas vuestra virtud.

CAPITULO VI.

ARMONÍAS MORALES.

Devociones populares.

Dejamos las armonías físicas de los monumentos religiosos y de las escenas de la naturaleza, para entrar en las armonías morales del cristianismo. Entre estas colocamos en primer lugar *las devociones populares*, que consisten en ciertas creencias

(1) Véase la nota Y, al fin del volumen.

y ritos practicados por el vulgo, aunque no estén reconocidos, ni absolutamente prohibidos por la iglesia, y que son en efecto unas armonías de la religión y de la naturaleza. Cuando el pueblo cree oír la voz de los difuntos en los vientos; cuando habla de los espectros de la noche, y cuando va en peregrinación para aliviar sus males, es evidente que estas opiniones son únicamente unas tiernas relaciones entre algunas escenas naturales, algunos dogmas sagrados, y la miseria de nuestros corazones: y de ahí es, que cuantas más devociones tiene un culto, es tanto más poético, porque la poesía se funda en los movimientos del alma y los accidentes de la naturaleza, que se hacen misteriosos mediante las ideas religiosas.

Seríamos dignos de compasión, si queriendo sujetarlo todo á las reglas de la severa razón, condenásemos con rigor esas creencias que ayudan al pueblo á soportar los disgustos de la vida, y le enseñan una moralidad que nunca podrían enseñarle las mejores leyes. Es cosa admirable (dígame lo que se quiera), que todas nuestras acciones estén llenas de Dios, y que estemos continuamente rodeados de sus milagros.

El pueblo es mucho más sábio que los filósofos. Cada fuente, cada cruz puesta en un camino, y cada suspiro del viento por la noche, trae consigo un prodigio. Para el hombre que tiene fe, es la naturaleza una constante maravilla. Si experimenta algún dolor, se encomienda á su pequeña imájen, y siente alivio. Si necesita ver de nuevo un pariente

ó á un amigo, hace un voto, toma el bordon de peregrino, atraviesa los Alpes ó los Pirineos, visita á nuestra Señora de Loreto, ó á Santiago de Galicia; se postra, pide al Santo que le devuelva un hijo (pobre marinero errante tal vez por los mares), que prolongue la vida de un padre, ó que salve á una esposa; así alivia su corazón, se restituye á su choza, y cargado de conchas hace resonar las aldeas con el eco de su caracol, y canta en un sencillo y tierno romance las bondades de María madre de Dios. Todos quieren tener algo de lo que trae el peregrino. ¡O cuantos males se han curado por la virtud de una cinta bendita! Llega finalmente el peregrino á las inmediaciones de su casa, y la primera que sale á recibirle es su mujer recién parida, un hijo que se creía perdido, ó su padre remozado.

¡Felices, felices mil veces los que creen! No pueden sonreirse, sin contar con una perpétua alegría; ni pueden llorar, sin pensar que van á agotarse sus lágrimas; nunca se pierden estas: la religión las deposita en su urna y las presenta al Eterno Padre.

Los pasos del verdadero creyente nunca son solitarios: el ángel bueno asiste á su lado dándole consejos en sus sueños, y le defiende del ángel malo. Este celestial amigo le es tan adicto, que consiente en beneficio suyo vivir desterrado en la tierra.

¿Se encuentra por ventura en los antiguos una cosa tan admirable como la multitud de prácticas usadas antiguamente en nuestra religión? Cuando

se encontraba en un bosque el cadáver de un hombre asesinado, se plantaba en aquel sitio una cruz en señal de misericordia: esta cruz pedia al samaritano una lágrima de compasion por aquel desgraciado, y á los fieles de la ciudad una oracion por su hermano. Acaso seria algun pobre extranjero muerto lejos de su pais, como aquel ilustre desconocido sacrificado por la mano de los hombres lejos de su patria celestial. ¡O que comunicacion entre Dios y nosotros! ¡que elevacion tan prodijiosa diera esto á la naturaleza humana! ¡que asombro causa hallar tanta semejanza entre nuestros dias mortales y los eternos destinos del Señor del mundo!

No hablaré de esos jubileos, sustituidos á los juegos seculares, que invitan á los cristianos á sumergirse en la piscina del arrepentimiento, purifican las conciencias, y llaman á los pecadores á la amnistia de la relijion, ni recordaré tampoco como en las calamidades públicas los grandes y los pequeños iban descalzos de iglesia en iglesia, á fin de desarmar la cólera de Dios, y que al frente de ellos iba su pastor con una soga al cuello, como una humilde víctima ofrecida por la salud del rebaño.

Mas el pueblo no temia estas calamidades si tenia en su casa el Cristo de ébano, el laurel bendito, y la imájen del santo protector de la familia. ¡O cuantas veces se ha postrado delante de estas reliquias, para implorar los socorros que no habia podido conseguir de los hombres!

¿Quien no conoce á *nuestra Señora de los Bosques*, aquella habitante del hueco de un antiguo es-

pino, ó de la mohosa covacha de la fuente? Esta imájen es muy celebrada en la aldea á causa de sus milagros. Muchas matronas os dirán que se han mitigado sus dolores de parto al invocar á la bondadosa *María de los Bosques*. Las jóvenes que habian perdido sus futuros esposos, á la claridad de la luna descubrieron las almas de aquellos jóvenes en este lugar solitario, y creyeron reconocerlos oyendo el sonido de su voz en los suspiros de la fuente. Las palomas que beben sus aguas tienen siempre huevos en sus nidos, y las flores que se hallan en sus márgenes, aparecen siempre con pimpollos en sus tallos. Nada tan natural como que esta santa de los bosques hiciese tan dulces milagros, tan gratos como los musgos que habita, y tan encantadores como las aguas que la cubren.

En los grandes acontecimientos de la vida ofrecen las costumbres religiosas sus consuelos á los desgraciados. Yo fui en cierta ocasion testigo de un naufragio. Así que llegaron á la playa los marineros, se despojaron de sus vestidos, quedándose solo con los pantalones y camisas mojadas. Habian hecho un voto á la Virgen durante la tempestad, y se fueron en procesion á una capilla pequeña dedicada á Santo Tomas. El capitan iba al frente de ellos, y el pueblo les seguia; cantando con ellos el *Ave maris stella*. Celebró el capellan la misa de los náufragos, y los marineros colgaron sus vestidos calados de agua del mar en las paredes de la capilla, como en *ex-voto*. La filosofia puede muy bien llenar sus pájinas de palabras magníficas; pero du-

damos que los desgraciados vayan jamás á colgar sus vestidos en su templo.

La muerte que es tan poética porque toca á las cosas inmortales, y tan misteriosa á causa de su silencio, debia anunciarse de mil maneras al pueblo. Ora hacia prever un fallecimiento por el sonido de una campana que se tocaba por sí misma; ora el moribundo oia dar tres golpes sobre el techo de su cuarto. Una relijiosa de San Benito, poco antes de morir, encontraba una corona de espinas blancas en el umbral de su celda. Cuando una madre perdia un hijo lejos de ella, lo sabia al instante por medio de sus sueños. Los que niegan los presentimientos, no conocerán jamás las secretas vías por donde dos corazones que se aman se comunican desde el uno al otro cabo del mundo. Muchas veces un difunto querido, saliendo del sepulcro, se presentaba á su amigo encargándole algunos sufragios para sacarle del purgatorio, y procurarle la bienaventuranza de los escojidos. Asi la relijion habia hecho participar á la amistad del hermoso privilejio que tiene Dios de dispensar una eternidad feliz.

Otras opiniones de diferente especie, pero siempre de carácter relijioso, inspiraban humanidad: ellas son tan sencillas, que casi embarazan al escritor. Tocar al nido de una golondrina, matar un pitirrojo, un reyezuelo, un grillo huésped de la casa de campo, ó un perro que envejeció en el servicio de la familia, era una suerte de impiedad, que no dejaba de acarrear alguna desgracia á la fa-

milia segun el respeto que se tenia á la vejez, se creia que las personas ancianas erau un agüero feliz en una casa, y que un criado antiguo hacia dichoso á su amo. Aqui se hallan algunos vestijios del culto relativo á los *Lares*, y se recuerda la hija de Laban llevando consigo los dioses paternos.

El pueblo estaba persuadido de que nadie cometia una accion mala, sin condenarse á ver en lo restante de su vida espantosas apariciones á su lado. La antigüedad, mas sibia que nosotros, se hubiera guardado muy bien de destruir estas útiles armonías de la relijion, de la conciencia y de la moral, y menos hubiera desechado la otra opinion, que daba por cierto que cualquiera que disfrutaba bienes mal adquiridos, habia hecho un pacto con el espíritu de las tinieblas, y legado su alma á los infiernos.

En una palabra, los vientos, las lluvias, los soles, las estaciones, las labranzas y las artes, el nacimiento, infancia, himeneo, vejez y muerte, todos tenian sus santos y sus imájenes, y jamás hubo pueblo mas rodeado de divinidades amigas que el cristiano.

No trato aqui de examinar rigurosamente estas creencias. La relijion, lejos de mandar en el asunto, servia al contrario para evitar los abusos y corregir los escesos. Solo se trata de saber si es moral su objeto, y si son mejores que las leyes para conducir el pueblo á la virtud. ¿Que hombre sensato puede dudarle? Declámase tanto contra la supersticion, que al fin se abrirá la puerta á todo

jénero de crímenes. Pero lo que espantará mas á los sofistas, es que en medio de los males que habrán causado, no tendrán siquiera la satisfaccion de ver el pueblo mas incrédulo. Si cesa de someter su espíritu á la relijion, inventará monstruosas opiniones. Se verá sobrecojido de un terror tanto mas estraño, quanto no conocerá el motivo; temblará en un cementerio, donde vea grabado que *la muerte es un sueño eterno*; y afectando despreciar el poder divino, irá á consultar á una jitana, ó aprender sus futuros destinos en los garabatos de un naipe.

Preciso es al hombre lo maravilloso, lo futuro y las esperanzas, porque se siente formado para vivir mas allá de este mundo visible. Los *conjuros* y la *nigromancia* solo son, con respecto al pueblo, un instinto ó señal de relijion, y una de las pruebas mas sensibles de la necesidad de un culto. El hombre está espuestó á creerlo todo cuando no cree nada: cuando no hay profetas, hay adivinos; sortilejios cuando se renuncia á las ceremonias religiosas; cuando se cierran los templos del Señor, se se abren las cavernas de los hechiceros.

CUARTA PARTE.

CULTO.

LIBRO PRIMERO.

**Iglesias, ornamentos, cantos, oraciones,
solemnidades y funerales.**

CAPITULO PRIMERO.

De la campana.

Ahora vamos á ocuparnos en el culto cristiano: objeto tan fecundo, cuando menos, como los de las tres primeras partes, con las cuales forma un todo completo. Y pues nos proponemos á entrar en el templo, hablemos ante todo de la campana que nos llama á él.

A mi parecer es una cosa admirable el haberse descubierto un medio de suscitar en un mismo minuto, con una campana ó martillazo, un mismo sentimiento en mil corazones diferentes, y haber forzado á los vientos y las nubes á encargarse de los pensamientos de los hombres. Considerada ademas

la campana como armonía, tiene indudablemente una belleza de primera clase, que los artistas la distinguen llamándola grande. El estrépito del rayo es sublime, y no lo es sino por su grandéza: lo mismo sucede con respecto á los vientos, los mares, las grandes cascadas de los rios, y la voz de todo un pueblo.

Pitágoras que prestaba con gusto oído atento al eco del martillo de un herrero, con cuyo sonido se deleitaba, ¿con cuanto mas placer no hubiera oído el son de nuestras campanas en la víspera de una fiesta solemne de la iglesia? Los ecos armoniosos de una lira pueden estremecer muy bien el alma; pero no se verá sobrecojida de un vivo entusiasmo, como cuando el rayo de los combates la despierta, ó cuando un estrepitoso campaneó preconiza en la rejion de las nubes los triunfos del dios de las batallas.

Mas no es esta sin embargo la propiedad mas admirable del sonido de las campanas; porque este mismo sonido tiene una multitud de relaciones secretas con nosotros. ¡Cuantas y cuantas veces en el silencio de la noche las pausadas campanas del toque de agonía, semejantes á las pausadas pulsaciones de un corazón espirante, han sorprendido el oído de una esposa adúltera! ¡Cuantas tambien han llegado hasta el ateo que en una impía vijilia se atrevia tal vez á escribir *que no hay Dios!* La pluma se le cae de la mano y escucha con espanto el clamoreo de aquella campana que parece decirle: *¿Y crearás que no hay Dios?* ¡Oh cuanto espantaron se-

mejantes ruidos el sueño de los tiranos de Francia! ¡Singular, encantadora relijion, que con solo el golpe de un májico metal puede convertir en tormentos los placeres, confundir al ateo, y hacer que caiga el puñal de la mano del asesino!

El repique y el volteo de las campanas en medio de nuestras fiestas, parecia que aumentaban la alegría pública: en las calamidades de Francia, al contrario, estos mismos ruidos llegaban á ser terribles. Todavía se nos eriza el cabello cuando nos acordamos de aquellos dias de incendio y muerte, en que resonaban continuamente los clamores del toque de rebato (1). ¿Que frances habrá olvidado aquellos alaridos, aquellos gritos agudos interrumpidos por el silencio, durante el cual se oia de cuando en cuando un tiro, una voz lastimera y solitaria, y particularmente el espantoso zumbido de la campana de rebato, ó el reloj que daba tranquilamente la hora transcurrida?

Mas en una sociedad bien ordenada, el sonido de la campana de alarma, escitando la idea del socorro, heria el alma y la movia á compasion y terror, haciendo correr de este modo los dos manantiales de las grandes sensaciones trájicas.

Tales son en corta diferencia los sentimientos que suscitaban los toques de las campanas de nuestros templos; sentimiento tanto mas precioso cuanto en ellos se encuentra un recuerdo, aunque confuso, del cielo. Si las campanas se hubiesen destina-

(1) Se refiere el autor al tiempo de la revolucion de Francia.

do á cualquiera otro monumento que no fuese las iglesias, sin duda hubiesen perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones. El mismo Dios era quien mandaba al ángel de las victorias que volteasen las campanas, publicando así nuestros triunfos, ó al ángel de la muerte que tocase la partida del alma que acaba de remontarse hácia su trono.

Dejemos, pues, que las campanas convoquen á los fieles, porque la voz del hombre no es bastante pura para congregar al pie de los altares el arrepentimiento, la inocencia y la desgracia. Entre los salvajes de la América, cuando algun mendigo se presentaba á la puerta de una cabaña pidiendo limosna, el niño de aquella familia cojia la mano al menesteroso, y le introducía en el hogar paterno: si llegasen á prohibirnos las campanas, seria conveniente elejir un niño que nos llamase á la casa del Señor.

CAPITULO II.

De la vestidura de los sacerdotes, y de los ornamentos de la iglesia.

Háblase continuamente de las instituciones de la antigüedad, y no se quiere reflexionar que el culto de los cristianos es la única reliquia que de ella ha llegado hasta nosotros. Todo recuerda en la iglesia aquellas remotas edades, cuyas márgenes, aunque abandonadas mucho tiempo hace por los

hombres, son todavía el mas dulce objeto de sus pensamientos. Si se para la consideracion en el sacerdote cristiano, al punto nos vemos como trasportados á la patria de los Numas, de los Licurgos ó de los Zoroastes. La *Tiara* nos recuerda el Medo, vagando hoy sobre las ruinas de Suza y de Ecbátana, y el *Alba*, cuyo nombre latino significa el rayar de la aurora y la blancura virjinal, ofrece dulces consonancias con las ideas relijiosas: los ornamentos todos de nuestros altares ofrecen siempre ó un majestuoso recuerdo ó una agradable armonía.

Y esos altares cristianos, modelados cual los sepulcros antiguos, y la imájen del sol vivo encerrado en nuestros tabernáculos, ¿como podrian ofender nuestra vista, ni oponerse á nuestro gusto? Nuestros cálices buscaron su nombre entre las plantas, y el lirio les prestó su forma: graciosa concordancia entre el Cordero y las flores.

Al paso que la señal mas directa de la fe es la cruz, ha sido el objeto mas ridículo para muchos. Los romanos, lo mismo que los nuevos enemigos del cristianismo, se burlaron de ella; pero Tertuliano les demostró que ellos mismos usaban de esta señal en las fasces de sus armas. La actitud que la cruz hizo tomar al Hijo del Hombre, es muy sublime: el cuerpo pendiente y la cabeza inclinada hacen un contraste divino con los brazos estendidos hácia el cielo. Pero ¿que mas? La naturaleza, menos melindrosa que los incrédulos, ostenta la cruz en muchas de sus obras, hallándose una fami-

lia entera de flores que pertenecen á esta forma, y que parecen preferir la soledad: aun la mano misma del Omnipotente ha grabado tambien la señal de nuestra salud entre los astros.

La urna que contenia los perfumes, imitaba la forma de una navecilla, y vapores odoríficos flotaban entre las llamas en un vaso suspendido de largas cadenas. Por otra parte se vieran los candelabros de bronce dorado, obra de un Cafieri ó de un Vasé, é imájen de los candelabros místicos del rey poeta; las virtudes cardinales, sentadas, sostenian el fascistol triangular; las liras adornaban sus lados; coronábale un globo terrestre, y un águila de metal, colocada encima de aquellas bellas alegorías, parecia llevar en sus alas estendidas nuestras oraciones hácia los cielos. Por todas partes ofrecíanse á la vista púlpitos lijera y enteramente suspendidos; vasos con remates de llamas, balcones y balaustres de mármol; blandones altos; sillas de coro esculpidas por los Charpentiers y Dugoulons; pies para las lámparas, torneados por los Ballins; custodias de plata dorada, diseñadas por los Bertrands y los Cottés. Algunas veces sirvieron los despojos de los templos de los dioses falsos para adornar el del Dios verdadero; las pilas del agua bendita de San Sulpicio eran dos urnas sepulcrales traídas de Alejandría: las bandejas, las patenas, las aguas lustrales recordarán á cada paso los sacrificios antiguos, mezclándose siempre, pero sin confundirse, la memoria de lo que tuvo de mas bello la Grecia con las sublimes reminiscencias de Israel.

Por último, las lámparas y las flores que adornan nuestras iglesias, perpetúan la memoria de aquellos tiempos de persecucion, en que los fieles se congregaban en los sepulcros para orar. Parecia verse aquellos primeros cristianos encendiendo clandestinamente sus hachas bajo las bóvedas fúnebres, y á las doncellas llevar las flores para adornar el altar de las catacumbas: un pastor, tan lleno de indijencia como de buenas obras, ofrecia estos dones al Señor. Este era el verdadero reino de Jesucristo, Dios de los pequeñuelos y de los miserables, cuyo altar es tan pobre como sus mismos siervos. Mas si los *cálices eran de madera*, los *sacerdotes eran de oro*, como decia San Bonifacio; pues jamás se han visto tantas virtudes evangélicas, como en aquella edad, en que para bendecir al Dios de la luz y de la vida, era menester ocultarse en las tinieblas de la noche y de la muerte.

CAPITULO III.

De los cantos y de las oraciones.

Suele echarse en cara al culto católico el emplear una lengua estraña al pueblo en las oraciones y los cantos de la iglesia, como si á este mismo pueblo se le predicase en latin, y el oficio divino no estuviera traducido en todos los libros de nuestra iglesia. Por otra parte, si la relijion, siendo tan inconstante como los hombres, hubiese mudado de idioma con ellos, ¿como hubiéramos cono-

cido las obras de la antigüedad? Es tal la inconsecuencia de nuestro carácter, que vituperamos aquellas mismas costumbres á que somos deudores de una parte de nuestras ciencias y de nuestros placeres.

Pero considerando únicamente el uso de la iglesia romana bajo sus relaciones inmediatas, no acabamos de comprender cómo pueda ser tan desagradable en nuestro culto la lengua de Virjilio, que fue tambien la de Homero en ciertos tiempos y lugares. Yo estoy persuadido de que una lengua antigua y misteriosa, que ya no varia con los siglos, convenia perfectamente al culto del Ser Eterno, incomprendible é inmutable; ademas de que, obligándonos el conocimiento de nuestros males á dirigir humildes ruegos al Rey de los reyes, ¿no era natural que se le hablase en el mas hermoso idioma de la tierra, en aquel mismo idioma, en que, postradas las naciones, hacian sus humildes súplicas á un César?

Pero ademas; y esto es notable, las oraciones en lengua latina, parece que aumentan el sentimiento relijioso de la multitud de los fieles; sin duda por un efecto natural de nuestra inclinacion á lo secreto.

Quando el hombre pronuncia algunas palabras poco familiares ó acaso desconocidas en el tumulto de sus pasiones y de las miserias que le cercan, le parece que pide cuanto le falta y cuanto ignora: lo indeterminado de su oracion es lo que le place, y su alma inquieta, sabiendo apenas lo que desea, se

lisonjea formando votos tan misteriosos como sus mismas necesidades.

Me resta, pues, examinar lo que se llama la *barbarie* de los cánticos sagrados.

Se conviene jeneralmente en que los hebreos son superiores á los demas pueblos de la antigüedad en el jénero lírico; y así es que la iglesia que canta todos los dias los salmos y las lecciones de los profetas, adoptó y usa desde un principio un gran número de hermosísimos cánticos escojidos. No puedo comprender, á la verdad, lo que tengan de *bárbaro ó ridiculo*, por ejemplo, los siguientes:

Esperar, alma mia, no debemos
De ese mundo voluble en las promesas, &c. (1).

Que despierte la tierra á mis acentos, &c. (2).

He visto mis tristes dias
Declinar hácia su ocaso.

Aun encuentra la iglesia otro manantial de cánticos en los Evangelios y las epístolas de los apóstoles. Racine imitando estas prosas, creyó lo mismo que Malherbe, que eran dignas de su musa. San Juan Crisóstomo, San Gregorio, San Ambrosio, Santo Tomas de Aquino y otros, despertaron la lira griega y latina en los sepulcros de Alceo y de Horacio. La relijion siempre vijilante en dar

(1) Malh., lib. 1. oda III.

(2) Rouss., lib. 1, oda III y X.

alabanzas al Señor de cielo y tierra, confunde por la mañana sus conciertos con los de la aurora.

Splendor paternæ gloriæ , etc.

De luz fuente inefable,
 Verbo , en quien el Eterno su belleza
 Contempla , astro luciente,
 De quien Febo solo es sombra grosera,
 Bella luz sacrosanta,
 Que el claro resplandor al dia presta,
 Alza , sol adorable , &c.

Y al ponerse el sol canta tambien la iglesia (1):

Cæli Deus sanctissime.

Gran Dios , que haces brillar tu escelso trono
 Sobre estrellado techo,
 Y con el blanco y púrpura coloras
 El arco de los cielos.

Esta música de Israel no deja de tener algun encanto en la lira de Racine , de modo que mas bien que un sonido *real* , parece oirse aquella voz interior y melodiosa , que segun Platon despierta por la mañana á los hombres poseidos de la virtud , *cantando con toda su fuerza en lo interno de sus corazones.*

Mas sin necesidad de recurrir á esto , son admirables las oraciones mas comunes de la iglesia , de

(1) Véase la nota Z , al fin del volumen.

cuya belleza parece que no hacemos mérito, á causa de la misma costumbre de repetirlas desde nuestra infancia. Por todas partes se oirian las aclamaciones, si en Platon ó en Séneca se hallase una profesion de fe tan sencilla, tan pura, y tan clara como esta.

»Creo en un solo Dios, todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles.»

La oracion dominical es obra de un Dios que conocia todas nuestras necesidades y flaquezas: medítense bien estas palabras:

»Padre nuestro que estás en los cielos;»

Reconocimiento de un Dios único.

»Santificado sea el tu nombre;»

Culto debido á la Divinidad: vanidad de las cosas del mundo: Dios solo merece ser santificado.

»Venga á nos el tu reino;»

Inmortalidad del alma.

»Hágase tu voluntad, asi en la tierra como en el cielo;»

Expresion sublime que comprende los atributos de la Divinidad; resignacion santa que abraza el órden físico y moral del universo.

»El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy;»

¡Cuan tierno y filosófico es esto! ¿Cual es la necesidad real del hombre? Un poco de pan, y aun no lo necesita mas que hoy (*hodie*), porque ¿sabe acaso si existirá mañana?

»Y perdónanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores;»

Aquí está la moral y la caridad en dos palabras.
»No nos dejes caer en la tentacion; mas libranos de mal.»

Ved aquí todo entero el corazon humano; he aquí el hombre y su fragilidad. No pide fuerzas para vencer; solo ruega para no ser atacado y no ruega para dejar de sufrir. Solo el que ha creado al hombre podia conocerle tan perfectamente.

No hablaré de la salutacion anjélica, verdaderamente llena de gracia, ni de aquella confesion que el cristiano hace cada dia á los pies del Eterno. Jamás podrán suplir las leyes por la moralidad de tal costumbre. Considérese qué freno es para el hombre esta humilde oracion que repite dia y noche: *Pequé de pensamiento, palabra y obra*. Pitágoras habia recomendado á sus discípulos una confesion semejante: pero estaba reservado al cristianismo el realizar estos sueños de virtud de los sábios de Roma y de Aténas.

Con efecto, el cristianismo es á la vez una especie de secta filosófica, y una lejislacion antigua. De aquí proceden las abstinencias, los ayunos y las vijilias, cuyos vestijios, no solo se encuentran en las antiguas repúblicas, sino que los vemos practicados por las sábias escuelas de la India, del Ejipto y de la Grecia: de manera que cuanto mas se examina el fondo de la cuestion, tanto mayor es el convencimiento, de que los mas de los insultos que se hacen al culto cristiano, van á herir de rechazo la sábia antigüedad. Pero volvamos á las oraciones.

Los actos de fé, esperanza y caridad, como

igualmente el de contrición, disponen también el corazón para la virtud: las oraciones de las ceremonias cristianas, relativas á objetos civiles ó religiosos, ó solo á simples accidentes de la vida, presentan conveniencias perfectas, pensamientos elevados, grandes recuerdos, y un estilo sencillo y magnífico al mismo tiempo. En la misa nupcial lee el sacerdote la epístola de San Pablo: *»Hermanos míos, estén las mujeres sumisas á sus maridos como al Señor.»* Y en el Evangelio: *»En aquellos tiempos se acercaron los fariseos á Jesús para tentarle, y dijeron: ¿Es permitido á un hombre dejar á su mujer...? Y les respondió: Está escrito que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer.*

En la bendición nupcial, el celebrante, después de haber repetido las palabras que Dios mismo pronunció sobre Adán y Eva: *Crescite et multiplicamini*, añade:

»¡O Dios, unid, os suplicamos, los espíritus de estos esposos, y derramad en sus corazones una sincera amistad. Mirad propicio á vuestra sierva.... Haced que su yugo lo sea de amor y paz; haced que siendo casta y fiel siga siempre el ejemplo de las mujeres fuertes; que se haga amar de su marido como Raquel; que sea prudente como Rebeca; que goce de larga vida, y sea fiel como Sara....; que logre una dichosa fecundidad, que observe una vida pura é irreprochable, á fin de que llegue al descanso de los santos y al reino del cielo: haced Señor, que vean á todos los hijos de sus hijos hasta la ter-

cera y cuarta jeneracion, y que lleguen á una vez venturosa."

En la misa de parida se canta el salmo *Nisi Dominus*: »Si el Eterno no edifica la casa, en vano es que trabajen los que la construyen."

Al principio de la cuaresma, en la ceremonia de la *comminacion* ó del anuncio de la cólera celeste, se pronuncian estas maldiciones del Deuteronomio:

»Maldito el que ha despreciado á su padre y á su madre."

»Maldito el que estravía al ciego del camino, &c."

En la visita á los enfermos dice el sacerdote al entrar.

»*Paz sea en esta casa y en los que la habitan.*"
Y despues á la cabecera del enfermo."

»Padre de misericordia, conserva y manten á este enfermo en el cuerpo de tu iglesia, como uno de sus miembros. Atiende á su contriccion, recibe sus lágrimas y alivia sus dolores."

A continuacion lee el salmo *In te Domine*. »Señor, en ti he puesto mi esperanza, líbrame por tu justicia."

¡Y cuanto mas divinas parecen todavía estas oraciones cristianas cuando se considera que todos los que asi iba á visitar el sacerdote, casi siempre eran unos miserables postrados en un lecho de paja!

Todo el mundo conoce las hermosas oraciones de los *agonizantes*, en las cuales se lee en primer lugar la que empieza: *PROFICISCERE, sal de este*

mundo, alma cristiana; y despues este pasaje de la pasion: *En aquel tiempo salió Jesus y fue hácia el monte Olivete, &c.*; seguidamente el salmo *Miserere mei*; luego esta lectura del Apocalipsi: *En aquellos dias vi muertos, grandes y pequeños, que comparecieron ante el trono, &c.*; en fin, la vision de Ezequiel: *La mano del Señor estuvo sobre mí, y habiéndome llevado fuera por el espíritu del Señor, me dejó en medio de un campo que estaba todo cubierto de osamentas. Entonces el Señor me dijo: profetiza al espíritu; Hijo del Hombre, di al espíritu: Ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, á fin de que revivan, &c.*

Hay oraciones determinadas para los incendios, las pestes y las guerras. Toda mi vida me acordaré de haber oido leer durante un naufragio, en cuyo inminente riesgo yo me vi, el salmo *Confitemini Domino*: »Confesad al Señor porque es bueno.» (S. 106, v. 1, 25, 28, 29).

»Manda, y el soplo de la tempestad se levanta impetuosamente, y las olas se sublevan..... Entonces los marineros en su tribulacion claman implorando la misericordia del Señor, y él los libra del peligro.»

»Desvanece la tormenta, la muda en calma, y las olas del mar se apaciguan.»

Cuando se acerca la Pascua, despierta Jeremías entre el polvo de Sion para llorar al Hijo del Hombre. La iglesia tomó todo lo mas bello y mas triste que se encuentra en los PP. y en la Biblia, á fin de componer los cantos de aquella semana consagrada

al mas grande de los mártires , que es tambien el mayor de los dolores. Hasta en las letanías se notan expresiones patéticas, exclamaciones tiernas y admirables, como lo atestiguan estos versículos de las letanías de la *Providencia*.

»Providencia de Dios , consuelo del alma peregrina.»

»Providencia de Dios , esperanza del pecador desamparado.»

»Providencia de Dios , reposo del corazon, &c.»

»Tened piedad de nosotros.»

En fin , nuestros antiguos cánticos galos , hasta los villancicos de nuestros abuelos , tenian tambien su mérito , puesto que en ellos se notaba la sencillez , el candor , y el verdor , digámoslo asi , de la fe. En nuestras misiones campestres se sentia uno conmovido de ternura , cuando los labradores iban á cantar la salutacion que empezaba :

»Adoremos todos ¡ó misterio inefable! á un Dios oculto, &c.»

Y esto sin duda era efecto de que en aquellas voces campestres habia un acento irresistible de verdad y de convencimiento. Los villancicos que pintaban las escenas rústicas tenian un gracejo particular en boca de una sencilla aldeana. Y cuando el ruido del huso acompañaba á sus cantos , y sus hijos apoyados en sus rodillas escuchaban con suma

atencion la historia del Niño Jesus y de su pesebre, en vano se buscarian tonos mas melodiosos y una religion mas conveniente á una madre.

CAPITULO IV.

DE LAS SOLEMNIDADES DE LA IGLESIA.

Del domingo.

Ya hicimos notar la hermosura de este séptimo dia que corresponde al del descanso del Criador; esta division de tiempo fue conocida de la mas remota antigüedad. Poco interesa ahora saber si era una obscura tradicion de la creacion, transmitida al jénero humano por los hijos de Noé, ó si los pastores la descubrieron por la observacion de los planetas; pero á lo menos es cierto que es la mas perfecta de que se valió jamás lejislador alguno; porque ademas de sus justas relaciones con la fuerza de los hombres y de los animales, tiene aquellas grandes armonías jeométricas que procuraron establecer siempre los antiguos entre las leyes particulares y las jenerales del universo: ella da seis dias para el trabajo, y el seis, por medio de dos sencillas multiplicaciones, produce los treientos sesenta dias del año antiguo, y los treientos sesenta grados de la circunferencia. Magnífica y filosófica era en verdad esta ley relijiosa, que dividia el círculo de nuestros trabajos de la misma manera que el que corren los astros en sus revoluciones, como si el hombre no

tuviese otro término de sus fatigas que la consumacion de los siglos, ni menores espacios que llenar con sus dolores, que los tiempos todos.

El cálculo decimal puede convenir á un pueblo mercantil; pero nada tiene de bello ni cómodo para las demas relaciones de la vida, ni para las grandes ecuaciones celestes. La naturaleza raras veces le emplea, porque violenta, digámoslo así, el año y el curso del sol; y la ley de la gravedad ó gravitacion (única ley acaso del universo), se verifica por el *cuadrado*, y no por el *quintuplo* de las distancias. Tampoco concuerda con el nacimiento, ni con el crecimiento y vejetacion de las especies; porque casi todas las hembras permanecen en cinta y dan á luz por el número de tres, nueve y doce, que corresponden al cálculo seximal (1).

Al presente se sabe por esperiencia, que el quinto dia es muy inmediato y el décimo muy lejano para el descanso. El terror que todo lo podia en Francia, jamás pudo reducir al aldeano á que observase la década que estableció el calendario republicano; porque hay una impotencia en las fuerzas humanas, y aun tambien en las fuerzas de los animales para tanto resistir, como se ha observado. El buey, no pudiendo arar seis dias consecutivos, al fin del sexto parece que con sus bramidos pide las horas que el Criador ha señalado para el reposo jeneral de la naturaleza (2).

(1) Véase Buffon.

(2) Los aldeanos decian: "Nuestros bueyes conocen el domingo, y en tal dia no quieren trabajar."

El domingo reunia dos grandes ventajas, porque era á la vez un dia de descanso y de religion. Preciso es, sin duda, que el hombre dé treguas á sus afanes; pero no pudiendo estenderse la ley civil á sus horas de reposo, ni dispensarle de la ley religiosa en aquellos momentos, seria quitarle todo freno volverle á sumerjir en el estado de naturaleza, y soltar, digámoslo asi, un salvaje en medio de la sociedad. Para evitar este riesgo, aun los antiguos hicieron del dia de *descanso* un dia *religioso*, y el cristianismo habia consagrado este ejemplo. Sin embargo, aquel dia de la bendicion de la tierra, aquel dia de descanso de Jehovah, estaba en contradiccion con los espíritus de una convencion *que habia hecho alianza con la muerte, porque era digna de tal sociedad* (1). Al cabo de seis mil años de un consentimiento universal, despues de setenta siglos de hosana, la sabiduría de los Dantones, levantando la cabeza, se atrevió á juzgar imperfecta la obra que el Eterno habia encontrado buena; y creyó que sumiéndonos de nuevo en el caos, podria substituir la tradicion de sus ruinas y de sus tinieblas, á la del nacimiento de la luz y del órden de los mundos; quiso separar al pueblo frances de los otros pueblos, y hacer de él, como del judío, una raza enemiga del jénero humano: un dia décimo, al cual se agregaba por todo honor la memoria de Robespierre, ocupó el lugar de aquel antiguo sábadó, enlazado con la memoria de la cuna de

(1) *Sap.*, cap. 1, v. 16.

los tiempos, santificado por la religion de nuestros padres, guardado por cien millones de cristianos sobre la superficie del globo, solemnizado por los Santos y las milicias anjélicas, y por decirlo así, guardado por el mismo Dios en la eternidad de los siglos.

CAPITULO V.

Explicacion de la misa.

Hay un argumento tan sencillo y tan natural en favor de las ceremonias de la misa, que es muy extraño le hayan pasado por alto los católicos en sus disputas con los protestantes. ¿Que es lo que constituye el culto en cualquiera religion? ¿no es el sacrificio? Sin duda; porque la religion que no le tiene, carece de verdadero culto. Esta es una verdad indisputable, porque en todas las naciones de la tierra han nacido las ceremonias religiosas del sacrificio, y no este de aquellas; de lo cual es preciso inferir, que solo el pueblo cristiano que conserva una inmolacion, tiene un verdadero culto.

Reconocido este principio, acaso se querrá impugnar la forma; mas si toda la objecion se reduce á estos términos, no es difícil probar que la misa es el mas bello, el mas misterioso y el mas divino de todos los sacrificios.

Una tradicion universal nos enseña que la criatura se hizo en tiempos pasados culpable contra su Criador. De aqui procede, que todas las naciones

han procurado apaciguar y satisfacer al cielo; todas creyeron que era necesaria una víctima, y se lo llegaron á persuadir de tal modo, que empezaron por inolar al hombre mismo; el salvaje fue el primero que recurrió á este terrible sacrificio, como que por su naturaleza estaba mas inmediato á la sentencia orijinal, que pedia la muerte del hombre.

A las víctimas humanas se sustituyó despues la sangre de los animales; pero en las grandes calamidades aun solia volverse á la primera costumbre. Los oráculos venian á reclamar de cuando en cuando los hijos mismos de los reyes: á Ifjenia, Isaac y la hija de Jetté los condenó, por decirlo asi, el mismo cielo. Curcio y Codro se sacrificaron por Roma y Aténas.

Sin embargo, el sacrificio humano fue el que primeramente debió abolirse, porque pertenecia al estado de la naturaleza, en que el hombre es casi todo *físico*. Mucho tiempo se continuó derramando la sangre de los animales; mas al fin, cuando la sociedad principió como á envejecer, y cuando el hombre llegó á reflexionar sobre el órden de las cosas divinas, echó de ver la insuficiencia del sacrificio material, y comprendió que la sangre de los machos de cabrío y de los becerros, no podia rescatar á un ser intelijente y capaz de virtud. Buscóse, pues, una hostia mas digna de la naturaleza humana. Ya enseñaban los filósofos que los dioses no se aplacaban con hecatombes, y que solo aceptaban la ofrenda de un corazon humillado: Jesu-

cristo confirmó estas nociones vagas de la razón. El cordero místico, sacrificado por la salvación universal, reemplazó al primojénito de las ovejas, y á la inmolación del hombre *físico* se substituyó para siempre la inmolación de las pasiones, ó el sacrificio del hombre *moral*.

Cuanto mas se profundice en el estudio del cristianismo, tanto mas se conocerá que no es otra cosa que la ilustración de la razón natural, y el resultado necesario de la vejez de la sociedad. ¿Quién podría sufrir hoy la sangre infecta de los animales alrededor de un altar, y creer que el despojo de un buey haría propicio el cielo á nuestras oraciones? Lo que sí se concibe con facilidad es, que una víctima espiritual ofrecida cada día por los pecados de los hombres, puede ser grata á los ojos del Señor.

Pero sin embargo, para la conservación del culto exterior, había necesidad de un signo sensible, símbolo de la víctima moral, y Jesucristo, antes de dejar la tierra, proveyó á la grosería de nuestros sentidos, que no pueden carecer de objeto material, instituyendo la Eucaristía, en la cual, bajo las especies visibles de pan y vino, ocultó la ofrenda invisible de su sangre y de nuestros corazones. Esta es la explicación sencilla del sacrificio cristiano; explicación que no ofende al buen sentido, ni á la filosofía; y si el lector quiere meditarla un poco, acaso ella le descubrirá algunas nuevas miras y relaciones sobre los abismos santos de nuestros misterios.

CAPITULO VI.

Ceremonias y oraciones de la misa.

Nada nos resta ya sino justificar los ritos del sacrificio (1).

Supongamos por un momento que la misa es una ceremonia antigua, cuyas oraciones y descripción se encuentran en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas, ¡cuanto no admiraríamos este diálogo con que se empieza el sacrificio cristiano!

ÿ. *Me acercaré al altar de Dios.*

R]. *De Dios que alegra mi juventud.*

ÿ. *Comunica, Señor, tu luz y tu verdad: ellas me han conducido á tus tabernáculos y á tu santa montaña.*

R]. *Me acercaré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud.*

ÿ. *¡Cantaré con el arpa las alabanzas del Señor! Pero, alma mía, ¿de que proviene tu tristeza y por que te turbas?*

R]. *Esperad en Dios, &c.*

Este diálogo es un verdadero poema lírico entre el sacerdote y el catecúmeno; el primero lleno de días y de experiencia, lamenta la miseria del hombre por quien va á ofrecer el sacrificio, y el segun-

(1) Véase la nota A. a, al fin del volumen.

do lleno de esperanza y de juventud canta la víctima por quien él será rescatado.

A continuacion se dice el *Confiteor*, oracion admirable por su moralidad. El sacerdote implora la misericordia del Todopoderoso á favor del pueblo y de sí mismo.

El diálogo continúa así:

℟. ¡Señor, escucha mi oracion!

R. Y lleguen á vos mis clamores.

Entonces el sacrificador sube al altar, se inclina, y besa con respeto la losa que cubria en otro tiempo los huesos de los mártires.

Recuerdo de las catacumbas.

En este momento sobrecoje al sacerdote un fuego divino, y como los profetas de Israel entona el cántico que los ángeles cantaron en el nacimiento del Salvador, y del cual oyó Ezequiel una parte dentro de la nube.

»Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Nosotros te alabamos, te bendecimos y te adoramos, ó rey del cielo, en tu gloria inmensa, &c.»

Sigue la epístola al cántico. El amigo del Redentor del mundo, Juan, hace oír palabras llenas de dulzura, ó el sublime Pablo, despreciando la muerte, revela los misterios del Omnipotente. Estando ya el sacerdote á punto de leer el Evangelio, se detiene y suplica al Eterno que purifique sus labios con el ascua como purificó los de Isaías. Entonces resuenan las palabras de Jesucristo en el concurso, siendo unas veces el juicio de la mujer

adúltera , otras al Samaritano derramando el bálsamo en las llagas del viajero, ó ya los parvulitos bendecidos por su inocencia.

¿Que pueden hacer el sacerdote y el concurso despues de haber oido estas palabras? Declarar sin duda que creen firmemente en la existencia de un Dios que dejó tales ejemplos en la tierra. Luego se canta en triunfo el simbolo de la fe. La filosofía que se precia de aplaudir las cosas grandes, debiera haber notado que esta es la primera vez que todo un pueblo ha profesado públicamente el dogma de la unidad de un Dios : *Credo in unum Deum.*

Despues prepara el sacrificador la hostia *para sí , para los vivos y para los muertos* , y ofreciendo el caliz , dice : *Señor , te ofrecemos el caliz de nuestra salud.* Bendice el pan y el vino , y añade : *Venid , Dios eterno , bendecid este sacrificio* , y se lava las manos diciendo :

»*Lavaré mis manos entre los inocentes. No permitas , ó Señor , que yo acabe mis días entre los sanguinarios.*»

Memoria de las persecuciones.

Estando todo preparado, el celebrante se vuelve hácia el pueblo , y dice :

»*Orad , hermanos míos.*»

Y el pueblo responde :

»*Reciba el Señor este sacrificio de vuestras manos.*»

El sacerdote permanece un momento en silencio , y luego , anunciando de repente la eternidad , esclama : *Per omnia sæcula sæculorum.*

»*Levantad vuestros corazones.*»

Y mil voces responden :

»*Habemus ad Dominum : Nosotros los elevamos hacia el Señor.*»

Cántase el prefacio conforme á la antigua melopea ó recitado de la tragedia griega, y se convida á las Dominaciones, las Potestades, las Virtudes, los Anjeles y los Serafines, á que desciendan con la gran víctima, y que repitan con el coro de los fieles el triple *Sanctus* y el eterno *Hosana*.

Se acerca en fin el momento terrible : acaba de abrirse el *canon*, donde está grabada la ley eterna; concluye la consagracion con las mismas palabras de Jesucristo; y el sacerdote, inclinándose profundamente, dice : *Señor, séaos agradable la hostia santa, como los dones del justo Abel, como el sacrificio de Abraham nuestro patriarca, y como el de vuestro sumo sacerdote Melquisedech : os suplicamos mandeis que estos dones sean llevados á vuestro sublime altar por manos de vuestro ángel en presencia de vuestra divina majestad.*

Dichas estas palabras se cumple el misterio, y el cordero descende para ser inmolado.

¡ Oh momento solemne ! aquese pueblo
 Prosternado, de aquese templo santo
 Por el musgo los pórticos cubiertos,
 Sus viejas tapias y su luz sombría,
 Sus vidrieras de gótico ornamento,
 La lámpara de bronce que brillaba,
 Cual simbolo del sol y de lo eterno,
 De Dios ante la imájen suspendida

Sin cesar noche y día en otro tiempo,
La majestad de un Dios que entre nosotros
Baja, el llanto, los votos, el incienso
Que en blancos copos al altar se eleva,
Las jóvenes beldades que en el templo
Cantando al lado de sus tiernas madres
Dulcifican aun mas con sus acentos
Inocentes las pompas de la iglesia,
Ese órgano que calla, ese silencio
De piedad religioso, la invisible
Relacion de la tierra y de los cielos,
Todo le inflama y le engrandece al hombre,
Y muévele á creer en tal momento,
Que atravesó ya el mundo inaccesible
Donde himnos sin fin al Ser Supremo
Con arpas de oro cantan los querubés.
Se ve dó quiera entonces al Eterno,
A ese Dios que al sábio se le oculta,
Y se revela al corazon que es tierno:
Que de Dios la existencia mas que pruebas
Ne cesita del alma el sentimiento (1).

CAPITULO VII.

La fiesta del Corpus.

Muy diversas son las festividades cristianas de las bárbaras ceremonias del paganismo: en ellas no se ve llevar arrastrando como en triunfo un buey

(1) *El dia de la conmemoracion de los difuntos* por Mr. de FONTANES. La Harpe ha dicho que estos versos son de lo mas bello de la lengua francesa, y nosotros añadimos que pintan con la mayor exactitud el sacrificio cristiano. Véase la nota B. b, al fin del volúmen.

dios, ni un chivo sagrado: no hay obligacion, so pena de ser reducido á prision, de adorar á un gato, un cocodrilo, ó de caerse embriagado y revolcarse por las calles cometiendo todo jénero de abominaciones en obsequio de Vénus, Flora ó Baco: en las solemnidades nuestras todo es esencialmente moral. Y si la iglesia ha desterrado de ellas las danzas (1), es porque sabe que se ocultan muchas pasiones bajo aquel placer en apariencia inocente. El Dios de los cristianos tan solo pide los deseos del corazon, y los arreglados movimientos de un alma que guarda la pacífica armonía de las virtudes. ¿Y que solemnidad pagana podrá compararse con la fiesta en que celebramos el nombre del Señor? (2).

Apenas anuncia la aurora la festividad del Rey del universo, las fachadas de las casas se ven adornadas de colgaduras de seda, las calles se tapizan de flores, y los alegres ecos de las campanas convocan al templo el inmenso concurso de los fieles. Hácese la señal, todo se pone en movimiento, y la solemne procesion empieza á desfilar.

Vense ante todo los diversos gremios de que se compone la sociedad de los pueblos, llevando en hombros la imájen de los patronos de su respectiva tribu, y á veces las reliquias de aquellos hombres que nacidos de la ínfima clase, han merecido ser adorados de los reyes por sus virtudes: ¡leccion

(1) Hallanse sin embargo en uso en algunos países, por ejemplo, en la América meridional, porque todavía conservan mucha inocencia los salvajes cristianos.

(2) Véase la nota C. c. al fin del volúmen.

sublime, que solo la religion cristiana ha dado al mundo!

A estas comparsas populares, sigue el estandarte de Jesucristo, no cual una insignia de dolor, y sí como una señal de alegría. Formando dos largas hileras se ven luego marchar á pasos lentos aquellos hijos del claustro, cuya antigua vestidura trae á la memoria otras costumbres y otros siglos. Sigue á estos solitarios el clero secular, y algunas veces se ven tambien prelados que vestidos de la púrpura romana prolongan aun mas aquella cadena religiosa. Casi al fin aparece solo el pontífice de la fiesta, que se distingue como á lo lejos llevando majestuosamente en sus sagradas manos la radiosa Eucaristía bajo un palio, al cabo de la augusta pompa, cual se ve brillar algunas veces el sol bajo una nube de oro, á la estremidad de una avenida iluminada por sus rayos.

Al mismo tiempo marchan tambien entré las filas de la procesion algunas comparsillas de niños ó de mancebos, presentando los unos canastillos de flores, y los otros vasos de perfumes. A la señal repetida del maestro de ceremonias, vuelven el rostro los coristas hácia la imájen del Sol eterno, y en su tránsito esparcen al viento las deshojadas rosas. Los levitas revestidos de blancas albas balancean el incensario delante del Todopoderoso, y entonces se entonan y elevan los piadosos himnos á lo largo de las santas filas, en tanto que el estrépito de las campanas y el unduloso estampido del cañon anuncian que el Omnipotente ha salido del umbral de

su agosto templo. Callan por intervalos las voces y los instrumentos, y entre aquella edificante multitud reina un silencio tan majestuoso como el de los grandes mares en un día de calma, oyéndose únicamente los pasos medidos que resuenan por las calles.

Pero ¿adonde se dirige ese Dios formidable cuya majestad así proclaman las potestades de la tierra? A descansar bajo las tiendas de lino y los arcos de follaje, que le presentan como el día de la antigua alianza templos inocentes y campestres retiros. Los humildes de corazón, los pobres y los niños le preceden: los jueces, los guerreros y los potentados le siguen. Marcha entre la sencillez y la grandeza, mostrándose á los hombres como aquel hermoso mes que ha escogido para su festividad, entre la estación de las flores y la de los rayos.

Las paredes y las ventanas de la ciudad están coronadas de habitantes, cuyos corazones se desahogan en aquella fiesta del Dios de la patria: el recién nacido tiende sus bracitos hácia el Jesús de la montaña, y el venerable anciano inclinado ya hácia el sepulcro, de repente se siente libre de sus temores, experimentando cierta esperanza de vida que le colma de júbilo en presencia del Dios vivo.

Todas las solemnidades del cristianismo están admirablemente hermanadas con las grandes escenas de la naturaleza. La fiesta del Criador viene en el momento en que la tierra y el cielo ostentan todo su poder, en que los bosques y los campos hierven en jeneraciones nuevas; todo está unido con

los vínculos mas dulces; no hay una sola planta viuda en las campiñas.

La caída de las hojas, por el contrario, anuncia la fiesta de los difuntos al hombre que cae como las hojas de los árboles.

En la primavera ostenta la iglesia en nuestras aldeas una pompa no menos agradable. La fiesta del Corpus conviene mas al esplendor de las c6rtes, y las rogativas á la sencillez de los lugares. El hombre rústico siente con alegría abrirse su alma á las benignas influencias de la relijion, y sus terrones á los rocíos del cielo. ¡Dichoso el que llevare mieses útiles, y cuyo humilde corazon se inclinare con el peso de sus propias virtudes, como la caña de la mies con el del grano que la espiga encierra en su seno!

CAPITULO VIII.

De las rogativas.

Suenan las campanas de la aldea, y la jente del campo abandona al punto sus afanosas tareas: el viñador desciende de la colina, corre el labrador por el llano, y el leñador sale del bosque: las madres cerrando sus pobres moradas llegan con sus inocentes hijos, y las honestas doncellas dejan el huso, el ganado y las fuentes para asistir á la fiesta.

Reúnense todos en el cementerio de la parroquia, en las verdeantes sepulturas de sus abuelos, y á poco rato se ve venir todo el clero encargado de la ceremonia, reducido en muchas partes á un an-

ciano pastor conocido bajo el nombre de *cura*; nombre venerable en que ha venido á confundirse el suyo, y el cual indica mas bien el padre laborioso del rebaño, que el ministro del templo. Sale de su morada construida cerca de la mansion de los muertos, cuyas cenizas custodia, hallándose establecida su abadía como una guardia avanzada en las fronteras de la vida, para recibir á los que entran y salen de este reino de dolores. Un pozo, unos álamos, una parra que serpentea alrededor de su ventana, y algunas palomas, es lo único que constituyen el patrimonio de aquel rey de los sacrificios.

Aquel apóstol del Evangelio, revestido de un simple sobrepelliz, reune luego sus ovejas delante de la puerta principal de la iglesia, y les hace un discurso interesante y tierno, sin duda, si se juzga por las lágrimas que al escucharle derrama el auditorio. Oyesele repetir muchas veces: *Hijos míos, mis amados hijos*, y en esto se encierra todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre.

Concluida la exhortacion, empieza el concurso á marchar cantando: *Saldreis con placer y sereis recibido con alegría; las colinas saltarán y os oirán con alegría*. El estandarte de los santos, antigua bandera de los tiempos caballerescos, abre el paso al rebaño, que sigue en tropel á su pastor, y van por caminos cubiertos de sombra y surcados profundamente por la rueda de los carros rústicos: salvan las altas barreras de un solo tronco de encina, y caminan á lo largo de una cerca ó hilera de espinos, don-

de susurra la abeja y silban los malvises y los mirlos: los árboles están cubiertos de flores ó adornados de las nacientes hojas: los bosques, los valles, los rios y las rocas oyen alternativamente los himnos de los labradores; y los huéspedes de las campiñas, admirados de aquellos cánticos, salen de entre los sembrados, y se paran á cierta distancia para ver pasar la pompa aldeana.

La procesion regresa en fin á la aldea, y cada cual vuelve á su labor, porque la relijion no ha querido que sea un dia de ociosidad aquel en que se piden á Dios los bienes de la tierra. ¡Con que esperanza se clava la reja en la fecunda tierra, abriendo el surco despues de haber implorado el auxilio del que dirige el sol, la luna y todos los astros, y que guarda entre sus *tesoros* los vientos del Mediodía y las templadas y repetidas lluvias! Para concluir bien este dia principiado tan santamente, los ancianos de la aldea van al anochecer á tener un rato de conversacion con el cura, y cenan juntos bajo los chopos del patio. Brilla entonces la luna derramando sus últimas armonías sobre esta fiesta, que renuevan cada año la suavidad del mas hermoso mes, y el curso del astro mas misterioso. Vese por todas partes jerminalos trigos, y crecer y desarrollar las plantas; elévanse en el silencio de los bosques voces desconocidas, como el coro de los ánjeles del campo, cuya proteccion se ha invocado; y los suspiros del ruiseñor encantan el oido de los ancianos, sentados cerca de los sepulcros (1).

(1) Véase la nota D. d., al fin del volumen.

CAPITULO IX.

De algunas festividades cristianas.

NAVIDAD , LOS REYES , ETC.

Los que nunca volvieron su corazon hácia aquellos tiempos de fe, en que un acto de relijion era la fiesta de una familia, y que desprecian unos placeres en que solo encuentran inocencia, son seguramente dignos de compasion. Mas ¿podemos prometernos de estos mismos hombres alguna cosa á lo menos, si nos privan de unos entretenimientos tan sencillos? ¡Oh Dios! Ellos mismos han tenido una triste esperiencia. La Convencion nacional de Francia tuvo sus dias sagrados, y entonces el *hambre* se llamaba santa, y el *Hosana* estaba convertido en grito de *¡viva la muerte!* ¡Cosa estraña! Unos hombres poderosos, hablando en nombre de la igualdad y de las pasiones, no han podido jamás fundar una fiesta, y el santo mas oscuro, que jamás habia predicado sino pobreza, obediencia y renuncia de los bienes mundanos, tenia su solemuidad en el momento mismo en que la práctica de su culto arriesgaba la vida. Deduzcamos de esto que toda festividad que es aneja á la relijion y á la memoria de los beneficios, es la única imperturbable y duradera. No basta decir á los hombres *alegraos* para que se *alegren*. No se dan dias de placeres tan facilmente como dias de luto, ni es tan facil mandar reir como hacer llorar.

Mientras que la estatua de Marat ocupaba el lugar en que estuvo la de San Vicente de Paul, en tanto que se hacian aquellas funciones cuyos aniversarios quedaron marcados en los fastos de la Francia como dias de eterno dolor, alguna piadosa familia celebraba en secreto una fiesta cristiana, y la religion mezclaba todavía algo de alegría á tanta tristeza. Todo corazon sencillo se enternece al acordarse de aquellas horas de desahogo en que las familias se reunian alrededor de sus tortas, que traian á la memoria los presentes de los Magos. En aquel solemne dia se presentaba el venerable abuelo como la divinidad del hogar paterno, y sus tiernos nietos, que desde mucho tiempo antes solo pensaban en la fiesta esperada, rodeaban las trémulas rodillas del anciano, y le remozaban con su juventud. La alegría asomaba á los semblantes, y los corazones se desahogaban: la sala de la fiesta estaba maravillosamente adornada, y cada cual estrenaba vestido. Tomando el vaso, en medio de los brindis y de la algazara que el júbilo producía, se sorteaban aquellas monarquías que no costaban ni suspiros ni lágrimas, y se contentaban con unos cetros que nada pesaban en la mano del que los empuñaba. No pocas veces un fraude que redoblaba la alegría de los vasallos, y solo escitaba las quejas de la reina, hacia caer la suerte en la hija de la casa, y en el hijo del vecino recién venido del ejército. Ambos jóvenes se sonrosegaban, y al mismo tiempo que se hallaban confusos con su corona, se sonreian las madres, y el abuelo bebía á la salud de la nueva soberana.

Presente el cura á la fiesta, recibia aquella primera parte llamada *de los pobres*, para distribuirse-la con otros socorros. Los juegos del tiempo pasado, un baile, cuyo primer músico era algun anciano criado de la casa, prolongaban los placeres nocturnos; y la casa entera, nodrizas, niños, arrendadores, criados y amos, bailaban todos juntos la rueda antigua.

Repetianse estas escenas en toda la cristiandad, desde el soberbio palacio hasta la humilde choza, y no habia labrador que no encontrase medio de ver cumplidos en aquel dia los deseos del Bearnés. ¡O que série de dias venturosos! Natividad, el dia de año nuevo, el de Reyes. Este era el tiempo de los matrimonios, de los presentes, de las limosnas y de las visitas; el cliente veia al juez, el juez al cliente, los gremios y las cofradías, los tribunales y los cabildos, las universidades y los ayuntamientos, todos se reunian siguiendo el uso de los galos y aquellas antiguas ceremonias; el enfermo y el pobre eran socorridos. La obligacion que se tenia de recibir con agasajo al vecino en aquella época, hacia que se viviese con él lo restante del año, y de este modo reinaba la paz y la union en la sociedad.

Es indudable que estas instituciones contribuyeron eficazmente á conservar las costumbres, manteniendo la cordialidad y el amor entre los parientes. Estas fiestas cristianas tenian tantos mas atractivos y embelesos, cuanta mayor era su antigüedad, y volviendo la mente hácia lo pasado, se experimentaba un placer, de que nuestros abuelos se

hubiesen regocijado en iguales días que nosotros; y siendo tambien multiplicadas estas fiestas, resultaba de ello que á pesar de los disgustos que la vida trae consigo, la religion habia encontrado un medio de dar de jeneracion en jeneracion algunos momentos de felicidad á millones de infelices.

En la noche de Navidad las comparsas de niños que adoraban el pesebre, las iglesias iluminadas y adornadas de flores, el pueblo que se agolpaba alrededor de la cuna de su Dios, los cristianos que en una capilla retirada hacian paces con el cielo, los alegres cánticos de *aleluya*, el ruido del órgano, todo presentaba una pompa llena de inocencia y majestad. Al siguiente dia de aquel en que todos estaban como locos, dia harto señalado por los escesos que se cometen, viene el miércoles de ceniza como la muerte al otro dia de los placeres. *¡Oh, hombre!* dice el sacerdote en aquella triste ceremonia, *¡acuérdate que eres polvo y que polvo te has de volver!* Menos tremendas y terminantes eran á la verdad las lecciones que daba el magnate que estaba siempre al lado de los reyes de Persia para recordarlas que eran mortales, ó el soldado romano que humillaba el orgullo del triunfador.

Un tomo entero seria insuficiente para pintar tan solo las ceremonias de la semana santa; harto sabida es por otra parte la magnificencia con que se celebran en la capital del mundo cristiano; y por lo mismo no me detendré en describirlas. Dejemos, pues, á los pintores y á los poetas el cuidado de representar dignamente aquel clero vestido

de luto, aquellos altares, y aquellos templos cubiertos con un velo; aquella música sublime, aquellas voces celestiales cantando las lamentaciones de Jeremías, la pasión en que se encuentran tantos misterios incomprensibles, el santo sepulcro rodeado de un pueblo consternado, y aquel pontífice lavando los pies á los pobres; aquellas tinieblas, aquellos intervalos de silencio interrumpidos por un estrépito formidable, y aquel grito de victoria que sale de repente del sepulcro; finalmente, ese Dios que abre el camino del cielo á las almas libres, y que con una relijion divina deja al cristianismo en la tierra inagotables esperanzas.

CAPITULO X.

FUNERALES.

Pompa fúnebre de los grandes.

Si tenemos presente lo que dije en el tercer libro de esta obra, acerca del último sacramento de los cristianos, desde luego se convendrá que en esta postrera ceremonia hay mas bellezas verdaderas que en todo lo que sabemos relativo al culto de los muertos entre los antiguos. La relijion cristiana atendiendo únicamente en el hombre á sus fines divinos, ha multiplicado los honores alrededor del sepulcro, ha variado las ceremonias fúnebres, según la clase y el destino de la víctima, y por este medio ha suavizado en cada uno aquella dura

cuanto saludable idea de la muerte, con la cual se ha complacido en alimentar nuestra alma, semejante á la paloma cuyo pico ablanda el grano de trigo con que alimenta á sus pichones.

No, no temais que la relijion carezca de grandeza si tiene que atender á los funerales de algun potentado de la tierra. Cuanto mas desgraciado haya sido el objeto llorado, tanta mas magnificencia ostentará alrededor de su féretro, y tanto mas elocuentes serán sus lecciones: solo ella podrá medir la altura y la caida, y demostrar las cumbres y los abismos de donde caen y adonde van á desaparecer los reyes.

Cuando se ha abierto la urna de los dolores, y se ha llenado de lágrimas de los monarcas y de las reinas; cuando grandes cenizas y grandes desgracias han reducido sus duplicadas vanidades á un estrecho atahud, entonces reune la relijion á los fieles en algun templo. Las bóvedas de la iglesia, los altares, las columnas y aun los santos se cubren con sus fúnebres velos: levántase un túmulo rodeado de hachas encendidas en medio de la nave; celébrase la misa á los pies de aquel que ni nació ni morirá jamás, y todo entonces es silencio. En la cátedra de la verdad un sacerdote en pie, solo, vestido de blanco en medio del luto jeneral, con la frente calva, y el rostro pálido, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, está recojido meditando en las profundidades de Dios; mas ábrense sus ojos de repente, despléganse sus manos, y salen de sus labios estas palabras.

»Aquel que reina en los cielos, y de quien dependen todos los imperios, el único á quien pertenece la gloria, la majestad y la independenciam, es tambien el único que se glorifica en imponer la ley á los reyes, y en darles grandes y terribles lecciones cuando le place: ora levante los tronos, ora los humille, ya comuniqué su poder á los príncipes, ó bien se le quite dejándoles únicamente su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de un modo soberano y digno de su incomparable sabiduría.

¡Oh vosotros, cristianos, á quienes llama á esta ceremonia augusta y triste la memoria de una gran reina, hija, esposa y madre de reyes! Este discurso os presentará uno de aquellos terribles ejemplos que patentizan á los ojos del mundo su vanidad toda entera. En una sola vida vereis todos los extremos de las cosas mundanas, y una felicidad y unas miserias sin límites: el largo y penoso goce de una de las mas bellas coronas del universo, todo lo mas glorioso que pueden dar de sí el nacimiento y la grandeza acumuladas en una sola cabeza, que despues se vé espuesta á todos los ultrajes de la inconstancia de la fortuna; la revolucion, contenida mucho tiempo hacia, dominándolo todo, sin freno la licencia, las leyes abolidas, la majestad violada por unos atentados hasta entonces desconocidos, un trono indignamente derrocado..... Ved ahí las lecciones que Dios da tambien á los reyes.....” (1).

(1) Bossuet, oracion fúnebre de la reina de Inglaterra.

Recuerdos de un gran siglo, de una princesa desgraciada y de una revolucion memorable, ¡cuan patéticos y sublimes os ha hecho la relijion, legándonos á la posteridad!

CAPITULO XI.

Funerales del guerrero; entierro de los ricos; costumbres, etiquetas, &c.

Una noble sencillez presidia á las exequias del guerrero cristiano. Cuando todavia quedaba alguna fe, se veia con placer á un capellan en una tienda abierta junto á un campo de batalla, celebrar una misa de difuntos en un altar formado de tambores. Bellísimo espectáculo era ver al Dios de los ejércitos que á la voz de un sacerdote bajaba en todo su poder sobre las tiendas de un campamento frances, en tanto que unos veteranos guerreros que habian arrostrado mil veces la muerte, se hincaban de rodillas delante de un féretro, de un altar, y de un ministro de paz. Al oirse los redobles de los enlutados tambores, al estruendo de las salvas interrumpidas de artillería, unos membrudos granaderos llevaban en hombros el cuerpo de su valeroso capitán á la sepultura que ellos mismos habian abierto para él cabando con sus bayonetás. Cuando salian de estos funerales, en vez de ir el acompañamiento á preparar las trípodes, las dobles copas, ó las pieles de leon con uñas de oro, se apresuraban todos á buscar en medio de los combates juegos fú-

nebres, y una palestra mas gloriosa; y si no se inmolaba una becerra negra á los manes del héroe, á lo menos se derramaba en honor suyo una sangre menos esteril, cual era la de los enemigos de la patria.

¿Hablaré de aquellos entierros hechos en nuestras ciudades á la luz de las hachas; de aquellos carros fúnebres tirados de caballos con penachos de plumas y caparazones negros; de aquel silencio interrumpido por los versículos del himno de la misericordia y del arrepentimiento? En las exequias de aquellos entierros de los grandes, conducia la relijion pobres huérfanos con el distintivo del infortunio escitando la compasion de todos los concurrentes; de este modo hacia que unos niños sin padres experimentasen los sentimientos de la piedad filial: mostraba al mismo tiempo la estrema miseria á que vienen á parar los bienes en el féretro; y enseñaba en fin al rico, que cerca de Dios no hay mediacion mas poderosa que la de la inocencia y de la adversidad; manifestaba, en fin, la estrema miseria á que en el sepulcro vienen á reducirse todas aquellas grandezas.

Cuando fallecia un sacerdote, se observaba un uso particular: enterrábasele con el rostro descubierto, y el pueblo creia leer en las facciones de su pastor el fallo del soberano juez, y advertir la alegría del predestinado por entre la sombra de una santa muerte, asi como se traslucen los resplandores del cielo en medio de una obscura noche.

Igual costumbre se observaba en los conventos.

Yo he visto una jóven religiosa tendida de este modo en su ataud. Su frente se confundia por su palidez con la blanca toca que casi la cubria; ceñia su cabeza una corona de rosas blancas, y en sus manos tenia una vela encendida. Asi es que las gracias y la paz del corazon tampoco preservan de la muerte, y las azucenas se marchitan á pesar del candor de su seno y de la tranquilidad de los valles en que nacen.

Por lo demas, la sencillez de los funerales lo mismo se usaba con el rústico labrador que con el ilustre defensor de la patria. Cuatro aldeanos precedidos del cura llevaban en hombros al habitante del campo á la sepultura de sus padres, y si algunos labradores estando con la esteva en la mano veian pasar un entierro, suspendian sus trabajos, y descubriéndose, honraban con la señal de la cruz á su difunto compañero, cuyo místico cadáver se veia viajar por entre las doradas mieses, que tal vez él mismo habia sembrado. Al pasar por delante de la cruz del camino ó de alguna hermita solitaria, se descansaba un rato, poníase el féretro sobre una peña, y se invocaba la divinidad á cuyos pies el labrador difunto habia orado mil veces, pidiendo una buena muerte ó una abundante cosecha. ¡Oh, cuantas veces habia puesto allí sus yuntas á la sombra en la hora del medio dia! ¡Cuantas habia tomado allí mismo su frugal comida de queso y pan moreno, oyendo en tanto el áspero cantar de la cigarra y los armoniosos trinos de la alondra; y ahora, por aquel mismo camino por donde iba á la igle-

sia en los dias de fiesta , marcha hácia el sepulcro entre los encantadores monumentos de su vida , entre unos hijos virtuosos y unas mieses inocentes!

CAPITULO XII.

De las oraciones por los difuntos.

Entre los antiguos el cadáver del pobre ó del esclavo eran abandonados casi sin honores; mas entre nosotros el ministro del altar está obligado á velar el féretro del aldeano lo mismo que el catafalco del monarca. ¡Cosa admirable! el indigente del Evangelio al exhalar el último suspiro , se transforma de repente en un ser augusto y sagrado; de suerte , que apenas ha dejado esta vida el mendigo que perecia de hambre á nuestra puerta , y era objeto de disgusto y desprecio , cuando la religion nos precisa á mirarle con respeto y acatarle , recordándonos una igualdad formidable , ó mandándonos mas bien que veneremos á un justo rescatado con la preciosa sangre de Jesucristo , y que de una condicion humilde , obscura y miserable , acaba de subir á un trono celestial. Asi es como el escelso nombre de cristiano lo pone todo al nivel en la muerte , y el orgullo del mas poderoso potentado no puede arrancar á la religion otra oracion que aquella misma que ofrece por el último aldeano.

Y ¡cuan admirables son estas oraciones! ora son exclamaciones de dolor , ora gritos de esperanza , la

iglesia se regocija, tiembla, confía, jime y suplica.

Exibit spiritus ejus, &c.

»El día que exhalan su espíritu vuelven á su tierra orijinal, y perecen todos sus vanos pensamientos (1).»

Dilecta juventutis mee, &c.

»¡Oh mi Dios! no os acordeis ni de las faltas de mi juventud ni de mi grande ignorancia (2).»

Los lamentos del rey profeta son interrumpidos por los suspiros del santo árabe.

Cesad ¡oh Dios mio! de aflijirme, pues mis días no son nada. ¿Que es el hombre para que tanto te merezca, y que pongas en él tu corazón?

»Si por la mañana me buscares, ya no me encontrarás (3).»

»La vida me causa tédio, y me entrego al llanto y al clamor.... Señor, ¿son acaso tus días como los días de los mortales, ó tus eternos años como los años pasajeros del hombre (4)?»

»¿Por que, Señor, apartais de mí vuestro rostro, y me tratais como enemigo vuestro? ¿Debeis mostrar acaso toda vuestra omnipotencia contra una hoja que el viento arrebatá, y perseguir á una hoja seca (5)?»

»El hombre nacido de mujer vive poco tiempo

(1) *Oficio de Dif.*, salmo CLIV.

(2) *Idem*, sal. XXIV.

(3) *Idem*, 1.^a leccion.

(4) *Idem*, 2.^a leccion.

(5) *Idem*, 4.^a leccion.

y está lleno de muchas miserias; huye cual la sombra, que jamás permanece en un mismo estado.”

»Mis años corren con rapidez, y yo voy por un camino de donde jamás volveré (1).

»Pasaron todos mis días, todos mis pensamientos se han desvanecido, todas las esperanzas de mi corazón se disiparon.... Yo digo al sepulcro: *tú serás mi padre*; y á los gusanos: *vosotros sereis mi madre y mis hermanos.*”

De cuando en cuando el diálogo del sacerdote y del coro interrumpe la continuacion de los cánticos.

Sacerdote. »Mis días se han desvanecido como el humo, y mis huesos quedan reducidos á polvo.”

Coro. »Mis días han declinado cual la sombra.”

Sacerdote. »¿Que es la vida? un leve vapor.”

Coro. »Mis días han declinado cual la sombra.”

Sacerdote. »Los muertos duermen en el polvo.”

Coro. »Ellos resucitarán; unos en la gloria eterna, y otros en oprobio para no salir de él nunca.”

Sacerdote. »Todos resucitarán, mas no todos como antes eran.”

Coro. »Resucitarán.”

En la comunión de la misa dice el sacerdote: »¡Bienaventurados los que mueren en el Señor! desde ahora descansan de sus trabajos, porque sus buenas obras les siguen.”

(1) *Oficio de Dif.*, 7.^a lección.

Al levantar el féretro se entona el salmo de los dolores y de las esperanzas : « Señor, á vos clamo desde lo profundo del abismo : haced que á vos lleguen mis clamores. »

Y al llegar el cuerpo á la sepultura, vuelve á empezar el diálogo : *Qui dormiunt* : « Duermen en el polvo : resucitarán. »

Si es el entierro de un sacerdote, se añade : « Una víctima ha sido inmolada con gozo en el tabernáculo del Señor. »

Y al meter el cuerpo en el hoyo : « Volvemos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza y el polvo al polvo. »

Finalmente, al tiempo de echar la tierra al cadáver, exclama el sacerdote con las palabras del Apocalipsis : *Oyose una voz de lo alto que decia* : *Bienaventurados los muertos.*

Pero no son estas grandes oraciones las únicas que la iglesia reza por los difuntos ; pues asi como tiene cándidos velos y coronas de flores para el féretro del inocente niño, tambien tiene oraciones análogas á la edad y al sexo de la víctima. Si cuatro vírgenes vestidas de blanco lienzo y adornadas de follaje, llevaban el cadáver de una de sus amables y sensibles compañeras, para ponerle de cuerpo presente bajo una nave colgada de cortinas blancas, el sacerdote recitaba en voz alta un himno á la virginitad. Unas veces era el *Ave, maris stella*, cántico que respira ternura, y en que la hora de la muerte está representada como el cumplimiento de la esperanza ; y otras las imágenes tiernas y poéticas to-

madas de la Escritura. *Agostose como la tierna yerbecilla de los campos: por la mañana florecia con toda su gracia, y por la tarde la hemos visto seca. ¿No es esta la flor que se marchita, herida por la reja del arado, ó la amapola que inclina su cabeza abatida por la lluvia tempestuosa?* PLUVIA CUM FORTE GRAVANTUR.

¿Y cual es la oracion fúnebre que pronuncia el sacerdote en el entierro del niño difunto, cuyo ataúd le representa su llorosa madre? Entona el himno que cantaban en el horno los tres niños hebreos, y que la iglesia repite el domingo al salir el alba. *¡Bendigan al Señor todas sus obras!* La religion bendice á Dios por haber coronado al tierno infante con la muerte, libertando al jóven ángel de las penalidades de la vida. Invita en fin á la naturaleza á regocijarse en torno del sepulcro de la inocencia, y no con exclamaciones de dolor, sino con gritos de alegría. Con el mismo espíritu canta tambien el *Laudate, pueri, Dominum*, que acaba con esta estrofa: *Qui facit habitare sterilem in domo: matrem filiorum lætatem.* «El Señor que hace fecunda una casa estéril, y que la madre se regocije en sus hijos.» ¡O que cántico para unos padres aflijidos! La iglesia les muestra habitando en la mansion de los bienaventurados al hijo que acaban de perder, y les promete otros hijos en la tierra!

En fin, no contenta la religion con haber manifestado tan piadoso celo sobre cada féretro, corona las cosas de la otra vida con una ceremonia jeneral, en que reune la memoria de los innumerables

habitantes del sepulcro (1): vasta comunión de los muertos, donde yace el grande al lado del pequeño; república de perfecta igualdad, donde nadie entra sin quitarse el sombrero ó la corona, para entrar por la baja y estrecha puerta del sepulcro. En aquel solemne día en que se celebraban los funerales de la familia entera de Adán, el alma devota y pia, al acordarse de los antiguos muertos, confunde sus angustias con las penas que experimenta, teniendo muy presente la parte de los amigos y parientes que acaba de perder. El pesar mismo adquiere mediante esta unión cierta belleza soberana, á la manera que un dolor moderno adquiere el carácter antiguo cuando el que le espresa ha estudiado las antiguas tragedias de Homero, para formar así su ingenio. Solo la religión es capaz de ensanchar el corazón del hombre en tal manera, que pueda contener tantos suspiros como muertos tiene que honrar.

(1) Véase la nota E. e, al fin del volumen.

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

Indicamos que la palabra describe
una cosa que no se interpreta en sentido diverso
de su significado natural, y sería un absurdo el
negarlo, sobre todo si se trata de una gran ilustración de la
expresión, y se entiende con esto las descripciones que
nos han dejado de costumbres, convites, ejercicios, ce-
remonias, etc., pero aquella especie de descripción es
absolutamente distinta de la nuestra, ellos pintaron
los costumbres, nosotros las cosas. Virgilio describe la
casa, pintan los pastores y Thomson los des-
iertos y los desiertos. Cuando los griegos y latinos han
preferido algunas palabras de un paisaje, solo lo han
para poner en el poema, y luego rápidamente el
fondo de la pintura, pero jamás han descrito desiertos
ó sin objetos, como nosotros, los ríos, las montañas
y los bosques, se nos objetará tal vez que tenían ca-

NOTES

EXHIBITION

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

NOTA A.

Unicamente queremos aclarar esta palabra *descriptiva*, á fin de que no se interprete en sentido diverso del que la damos. No falta quien se ha sorprendido de nuestra espresion, por no haber comprendido lo que queriamos decir. Ciertamente los poetas de la antigüedad tienen trozos descriptivos, y seria un absurdo el negarlo, sobre todo si se da una grande latitud á la espresion, y si se entiende con esto las descripciones que nos han dejado de vestiduras, convites, ejércitos, ceremonias, &c.; pero aquella especie de *descripcion* es absolutamente distinta de la nuestra: ellos pintaron las *costumbres*, nosotros las *cosas*: Virjilio describe la *casa rústica*, Teócrito los *pastores* y Thomson los *bosques* y los *desiertos*. Cuando los griegos y latinos han proferido algunas palabras de un paisaje, solo ha sido para poner en él personas, y trazar rápidamente el fondo de la pintura; pero jamás han descrito desnudos ó sin objetos, como nosotros, los rios, las montañas y los bosques. Se nos objetará tal vez que tenian ra-

zon los antiguos en mirar como *accesoria* y no como objeto *principal* la poesia descriptiva: lo mismo pienso yo, y en nuestros dias se ha hecho un grande abuso del jénero descriptivo; pero no es menos cierto que este es un medio mas en nuestras manos, y que ha estendido la esfera de las imájenes poéticas, sin privarnos de la pintura de las costumbres y de las pasiones, tal como existia entre los antiguos.

NOTA B.

POESIAS SANSCRITAS. *Sacotala*.

¡Escuchad vosotros, ó árboles de esta selva sagrada! ¡escuchad y llorad la partida de Sacotala para el palacio del esposo! Sacotala, aquella que no bebia el agua pura antes de haber regado vuestros tallos; aquella, que por la ternura que os profesaba, jamás arrancó una sola hoja de vuestro verdor, aunque sus hermosos cabellos necesitasen una guirnalda; aquella que disfrutaba el mayor de todos los placeres en la estacion que entreteje con flores vuestros flexibles ramos.

Coro de las ninfas de los bosques.

¡Quiera Dios que acompañen sus pasos todas las prosperidades! ¡que las brisas apacibles esparzan para sus delicias el odorifero polvo de las flores! ¡que puedan refrescarla en su camino los lagos de una agua clara y azulada bajo las hojas del lotos! ¡que puedan defenderla de los abrasadores rayos del sol las dulces sombras!

(*Robertson's Indie.*)

POESIA ERSA.

CANTICO DE LOS BARDÓS; *First Bard.*

Night is dull and dark; the clouds rest on the hillis,

no star wiht green tembling beam : no moon looks from the sky. I hear the blast in the wood ; but I hear it distant far. The stream of the valley murmurs , but its murmur is sullen and sad. From the tree at the grave of the dead , the longhowling owl is heard. I see a dim form on the plain ! It is a gohst. It fades , it flies. Some funeral shall pass this way. The meteor marks the path.

The distant dog is howling from the hut of the hill ; the stag lies on the mountain moss : the hind is at his side. She hears the wind in his branchy horns. She starts , but lies again.

The roe is in the clift of the rock. The heathcock's head is beneath his wing. No beast , no bird is abroad , but the owl and the howling fox. She on a leafless tree , he in a cloud on te hill.

Dark , panting , trembling , sad , the traveller has lost his way. Through shrubs , through thorns , he goes , along the gurgling ill ; he fears the rocks and ther fen. He fears the ghost of night. The old tree groans to the blast. The falling branch resounds. The wind drives the withered burs , clung together , along the grass. It is the light tread of a glost ! he trembles amidst the night.

Dark , dusky , howling is night , cloudy , windy and full of ghosts ! the dead are abroad ! my friends , receive me from the night. (*Ossian.*)

NOTA C.

Imitacion de Voltaire.

Tú sobre quien derrama á manos llenas

Mi tirano sus grandes beneficios,

O sol ! astro de fuego esplendoroso,

Luz y día feliz que yo abomino,

Que causas mi tormento , y que me pasmas,

Que pareces el Dios de los destinos
 De los hermosos cielos que te cercan,
 Ante quien desaparece todo brillo,
 Que haces palidecer la pura frente
 De tantos astros, de las noches hijos,
 Imájen del muy alto que te rije,
 ¡ Ah! ; Yo hubiese eclipsado tus prodijios!
 Mas que tú en las esferas elevado,
 Tuve á mis pies tu trono diamantino;
 Pero cai : mi orgullo y mi soberbia
 Me hundieron en las simas del abismo.
 Ingrato soy , mi ingratitud es crimen,
 Contra mi Criador rebelde he sido:
 No solo me crió, me hizo mercedes:
 El me amó; yo forcé su brazo invicto,
 Brazo de su justicia que es eterna,
 Para que descargase su castigo
 Sobre mi sien maldita (y mi cabeza):
 En su severidad le hice yo mismo
 Bárbaro, que castiga para siempre,
 Mas tal severidad he merecido.
 ; Si al arrepentimiento gracia diese....!
 No : nada doblará ni mis audacias,
 Ni el rencor que en mi pecho tiene abrigo:
 Yo detesto un Señor , porque mas vale
 Obtener del infierno los dominios,
 Y reinar en el báratro profundo
 Que allá en los cielos siervo ser sumiso.

NOTA D.

El Dante sembró de bellos rasgos su purgatorio; pero su imaginacion tan fecunda en los tormentos del infierno, no tiene la misma abundancia, cuando se trata de pintar penas mezcladas con algunas alegrías. Sin

embargo, aquella aurora que él halla al salir del Tártaro, y aquella luz que se ve pasar rápidamente sobre el mar, tienen cierta lijereza y frescura.

Dolce color d' oriental zaffiro,
Che s' accoglieva nel sereno aspetto
Dell' aer puro infino al primo giro,

Agli occhi miei ricominciò diletto
Tosto ch' io uscì fuor dell' aura morta
Che m' avea contristati gli occhi e 'l petto.

Lo bel pianeta ch' ad amar conforta
Faceva tutto rider l' oriente,
Velando i pesci ch' erano in sua scorta.

Io mi volsi a man destra e posi mente
All' altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch' alla prima gente.

Goder pareva 'l ciel di lor fiammelle.
O settentrional vedovo sito,
Poi che privato se' di mirar quelle!

Com' io da loro sguardo fui partito
Un poco me volgendo all' altro polo
Là onde 'l Carro già era sparito;

Vidi presso di me un veglio solo
Degno di tanta reverenza in vista,
Che più non dee a padre alcun figliuolo.

Lunga la barba e di pel bianco mista
Portava a' suoi capegli simigliante
De' quai cadeva al petto doppia lista.

Li raggi quattro luci sante
 Fregiavan sì la sua faccia di lume
 Ch' io 'l vedea come 'l sol fosse davante.

Venimmo poi in sul lito deserto
 Che mai non vide navicar sue acque
 Uom che di ritornar sia poscia sperto.

Già era il sole all' orizzonte giunto
 Lo cui meridian cerchio coverchia
 Gerusalem col suo più alto punto;

E la notte, ch' opposta a lui cerchia
 Uscia di Gange fuor con le bilance
 Che le caggion di man quando soverchia

Si che le bianche e le vermiglie guance,
 Là, dov' io era, della bella Aurora
 Per troppa etade divenivan rance.

Noi eravam lunghezzo 'l mare ancora
 Come gente ch'è pensa a suo cammino,
 Che va col cuore e col corpo dimora:

Ed ecco, qual su 'l presso del mattino
 Per li grossi vapor Marte rosseggia
 Giù nel ponente sopra 'l suol marino.

Cotal m' apparve, s' io ancor lo veggia.

Un lumè per lo mar venir si ratto

Che 'l muover suo nessun volar pareggia;

Dal qual com' io un poco ebbi ritratto

L' occhio per dimandar lo duca mio,

Rividil più lucente e maggior fatto.

Purgatorio di DANTE, canto I e II

NOTA E.

*Fragmento del sermon de Bossuet sobre la felicidad
del cielo.*

Si el apóstol San Pablo ha dicho (1), que los fieles eran un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres, nosotros podremos añadir, que lo son hasta para Dios mismo. Moisés nos enseña, que este soberano y sábio arquitecto, diligente investigador de su obra misma, á medida que edificó este hermoso edificio del mundo, iba admirando todas sus partes (2). *Vidit Deus lucem quod esset bona.* »Y vió Dios que la luz era buena:» que como la belleza de la arquitectura se deja ver y sentir mucho mejor que en el todo, que en las partes separadas de la obra, habiendo acabado ésta, encarece aun mas los elogios, y dice haberla encontrado perfectamente hermosa (3). *Et erant valde bona:* y finalmente, que se complacia al ver en sus criaturas los rasgos de su sabiduria y la comunicacion de su divina bondad. Mas asi como el justo y el hombre de bien es el prodigio de su gracia y la obra maestra de su omnipotencia, asi tambien es el espectáculo mas agradable

(1) *Cor. IV, 6.*

(2) *Gen. I, 4.*

(3) *Gen. I, 31.*

á sus ojos (1). *Oculi Domini super justos*: «Los ojos de Dios, dice el Salmista, están fijos sobre los justos:» no ya solo porque él vijila para protegerlos, sino tambien porque se goza contemplándolos desde lo mas alto de los cielos, como el objeto mas precioso de su divino agrado (2). ¿No habeis visto á mi siervo Job, dice él, cual es recto, justo y temeroso de Dios, como evita el mal con cuidado, y como no hay en la tierra otro hombre con quien compararlo?

¡Cuan dichoso es el soldado que pelea asi en presencia de su capitan y de su rey, á quienes su invencible valor ofrece un tan bello espectáculo! Pero si los justos son el espectáculo de Dios, él quiere á su vez serlo tambien de ellos; se complace en que le vean, como él tambien se complace en verlos; les encanta con la manifestación clara de su eterna hermosura, y les muestra ya sin velo alguno su verdad misma en un piélagó de tan pura luz, que hace desaparecer toda clase de nubes y de tinieblas.

Mas no me toca á mi, hermanos míos, el publicar estas maravillas, cuando el mismo Espiritu Santo nos describe tan al vivo, por boca de su profeta Isaias, la triunfante alegría de la Jerusalem celestial. «Yo criaré, dice el Señor, un nuevo cielo y una tierra nueva, y todas las angustias pasadas serán olvidadas y no volverán á aparecer; pero vosotros os gozareis, y vuestra alma nadará en la alegría durante toda una eternidad en las cosas que yo crió para vuestra bienaventuranza; porque yo haré de modo que Jerusalem sea arrebatada de gozo, y su pueblo se halle como en éstasis: y yo

(1) *Sal.* xxxiii, 13.

(2) *Job.* i, 8.

mismo me complaceré en Jerusalem, y triunfaré de satisfaccion en la felicidad de mi pueblo (1).”

De esta manera nos describe el Espiritu Santo los contentos de sus hijos bienaventurados; y poco despues, dirijiendo la palabra á los que están aun en el mundo, á la iglesia militante, la invita en estos términos á tomar parte en el júbilo de la santa y triunfante Jerusalem: »Alegraos con ella, dice, ¡ó vosotros que la amáis! alegraos y regocijaos estremadamente, y chupad con ella por una fe viva los pechos de sus consolaciones divinas, á fin de que abundéis en gozos espirituales, porque el Señor ha dicho: Yo haré correr en ella un rio de paz, y como un torrente abundantísimo, en que tendrán parte todas las naciones de la tierra, y yo os consolaré, dice el Señor, con la ternura misma que una madre para con su hijo (2).”

¿Que corazon seria insensible á tan divina ternura? Aspiremos, pues, á estos gozos celestiales, que serán tanto mas interesantes, cuanto que deben ser acompa-

(1) Oblivioni traditæ sunt angustia prioris, et non ascendent super cor.

Gaudebitis et exultabitis usque in sempiternum, in his que ego creo.

Quia ecce ego creo Jesusalem exultationem, et populum ejus gadium.

Et exultabo in Jerusalem, et gaudebo in populo meo.

(Is. LXIII, 17 y sig.)

(2) Lætamini cum Jerusalem, et exultate in ea omnes qui diligitis eam: gaudete cum ea gaudio.... Un sugatis et repleamini ab ubere consolationis ejus; ut mulgeatis et deliciis affluatis ab omnimoda gloria ejus. Quia hæc dicit Dominus: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam gentium.... Quomodo si cui mater blanditur, ita ego consolabor vos.

(Is. LXVI, 10 y sig.)

ñados de un perfecto reposo, porque nunca llegaremos ya á perderlos. (*Serm. de Bossuet. tom. III.*)

(Nota del editor.)

NOTA F.

No desagradará el encontrar aquí el hermoso fragmento de Bossuet sobre San Pablo. Y á fin de que podais comprender quien es este predicador que la Providencia destina para confundir la sabiduría humana, oid la descripción que yo he sacado de él mismo, en su primera carta á los Corintios.

»Tres cosas contribuyen jeneralmente á hacer á un orador mas persuasivo y eficaz; la persona del que habla, el mérito de las materias que controvierte, y el modo ingenioso con que las esplica. La razon es muy clara: la estima en que se tiene al orador, previene á favor suyo y le concilia la atencion: las materias sólidas alimentan al espíritu, y la destreza en esplicarlas de una manera agradable, las introduce mas dulcemente en el corazon. Mas por el modo con que se pinta el predicador de quien yo os hablo, es fácil juzgar que no posee ninguna de estas ventajosas calidades.

»Porque en primer lugar, cristianos, si se mira á su exterior, él mismo confiesa que su rostro es de los mas comunes (1): *Præsentia corporis infirma*; y si á su condicion, era en extremo baja, reducido como estaba á ganarse su vida con el ejercicio de un arte mecánico. Por esto dice á los corintios: »Yo he estado en medio de vosotros lleno de un gran temor y de achaques (2):» palabras que indican bien claro cuán despreciable era

(1) *Cor. x, 10.*

(2) *Et ego in infirmitate, et timore et tremore multo fui apud vos.*

(I Cor., 2, 3.)

su persona. Cristianos, ¡oh que predicador para convertir tantas naciones!

Mas puede tal vez que su doctrina sea tan bella y sublime, que le concilie el crédito que no pudiera una persona de tan ruin estima. Pero no, no es de esta suerte. Pablo nada sabe, dice él mismo, sino á su maestro crucificado (1): »*Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum*: es decir, que no sabe mas que aquello que ofende, que aquello que escandaliza, y lo que parece locura y estravagancia. ¿Como, pues, puede él esperar que sus oyentes queden convencidos? Pero ¡grande apóstol! si la doctrina que vos anunciáis es tan estraña y difícil, buscad al menos frases mas cultas, adornad y cubrid con todas las flores de la retórica esa tan disforme faz de vuestro Evangelio, y dulcificad su austeridad con los encantos de vuestra elocuencia. Mas no permita Dios, dice este grande hombre, que yo mezcle y confunda la sabiduria humana con la sabiduria del Hijo del Hombre; la voluntad de mi maestro es, que mis palabras no sean menos groseras, que increíble parece mi doctrina (2). *Non in persuasibilibus humana sapientie verbis...* San Pablo desecha todos los artificios de la retórica. Su discurso, lejos de correr de un modo dulce y agradable, y con esa especie de igualdad templada que tanto admiramos en los mejores oradores, parece, por el contrario, desigual y sin enlace alguno á los que no le penetran bien; y á los hombres nimios que tienen, dicen ellos, los oidos finos, les ofende la dureza y la irregularidad de su estilo. Pero, hermanos míos, no nos avergoncemos; el discurso del apóstol es sencillo, pero sus pensamientos son todos divinos. Si ignora la retórica

(1) Cor. II.

(2) Cor. IV.

y si desprecia la filosofía, Jesucristo lo suplè y es todo para él, y su sagrado nombre que pronuncia á cada paso, y los misterios que tan divinamente trata, harán omnipotente su misma sencillez. Si, este ignorante en el arte del bien decir, ira con su lenguaje grosero y con sus frases y acento que se resienten de su lejano orijen á esa culta Grecia, la madre y patria de los filósofos y oradores, y á pesar del mundo todo, establecerá allí mas iglesias, que discipulos dejó Platon, con una elocuencia que se tenia por divina. Predicará á Jesus en Atenas, y el mas sábio de sus senadores pasará desde el Areopago á la escuela de este bárbaro. Aun llevará mas lejos sus conquistas, y abatirá á los pies del Salvador la majestad de las fascas romanas en la persona de un procónsul, y hará temblar en sus tribunales á los jueces ante quienes se le cite. La misma Roma oirá su voz, y un dia esta soberana del universo se tendrá por mas honrada con una carta de Pablo á sus ciudadanos, que con las famosas oraciones y arengas que oyó pronunciar á su Cicerón."

Mas ¿de donde procede esto, cristianos? Es que Pablo tiene unos medios de persuasion, que la Grecia no enseñó y que Roma tampoco aprendió. Un poder sobrenatural, que se goza en exaltar lo que la soberbia menosprecia, se ha mezclado y difundido en la augusta sencillez de sus palabras; y de aqui es, que nosotros admiramos en sus prodijiosas cartas una virtud mas que humana, que persuade contra las reglas, ó por mejor decir, que no persuade tanto como cautiva los entendimientos, y que no halaga los oidos, al paso que va recta al corazon. Al modo que vemos un gran rio, estendiéndose ya por la llanura, conservar aun la impetuosidad y la violencia que adquirió en las montañas donde nace, asi esta fuerza y virtud celestial que encierran los escritos de San Pablo, aun en aquella sen-

cillez de su estilo, conserva todo el vigor que ella trajo del Empireo, de donde procede.

«Con esta virtud divina, la sencillez del apóstol sujetó todas las cosas; con ella destruyó los ídolos, estableció la cruz de Jesus, y persuadió á un millon de hombres á defender su gloria. En fin, esta virtud ha explicado en sus admirables Epístolas tan grandes misterios, que los mas sublimes ingenios, despues de haberse por largo tiempo ejercitado en las mas altas especulaciones que puede alcanzar la filosofia, han descendido de aquella vana cumbre á que se creyeran elevados, para aprender á deletrear humildemente en la escuela de Jesucristo, bajo la enseñanza de Pablo.....»

NOTA G.

Este es el catálogo de Plinio.

*Pintores de las tres grandes escuelas, JÓNICA, SICIONIANA
Y ATICA.*

Polignoto de Tasos pintó un guerrero con su broquel, el templo de Delfos, y el pórtico de Aténas, en competencia con Milon.

Apolodoró de Aténas. Un sacerdote en adoracion; y á Ajax abrasado de un rayo.

Zeuxis. Una Alcmena, un dios Pan, una Penélope, un Júpiter sentado en su trono y rodeado de los dioses en pie; á Hércules muchacho ahogando dos serpientes delante de Anfitrión y de Alcmena, que se asusta y pierde el color; á Juno Laciniense; el Cuadro de los Ráeimos; una Elena, y un Marsias.

Parrasio. La cortina; el pueblo de Aténas personificado; Teséo; Meleagro; Hércules y Perseo; el gran sacerdote de Cibeles; una nodriza cretense con su niño; un Filoctetes; un dios Baco; dos niños acompañados de

la Virtud; un pontífice á quien asiste un muchacho, el cual tiene en la mano una naveta de incienso y una corona de flores en la cabeza; un corredor armado, corriendo en el circo; otro armado, dejando sus arma al fin de la carrera; un Eneas; un Aquiles; un Agamenon; un Ulises, y un Ajax que disputa á Ulises la armadura de Aquiles.

Timantes. El sacrificio de Ifigenia; Polifemo dormido, y á quien unos pequeños sátiros le están midiendo el dedo pulgar con un tirso ó vara.

Pánfilo. Una batalla delante de la ciudad de Flins; una victoria de los atenienses, y á Ulises en su galera.

Equion. Un Baco; una alegoría de la tragedia y la comedia; una Semiramis, y una vieja que lleva dos luces delante de una recién casada.

Apetes. A Campaspe desnuda, bajo las facciones de Vénus Anadiomena; al rey Antígono; á Alejandro teniendo en la mano un rayo; la pompa de Megabizo, pontífice de Diana; Clito marchando á la guerra y tomando su casco de las manos de su escudero; Habron ú hombre afeminado; un Menandro rey de Caria; un Anceo; un Gorgosteno el trájico; los Diócuros; á Alejandro y la Victoria; á Belona encadenada en el carro de Alejandro; un Héroe desnudo; un Caballo; un Neptolemo peleando á caballo contra los persas; un Arquelao con su mujer é hija; un Antígono armado; á Diana bailando con unas muchachas; y los tres cuadros conocidos con el nombre de *Relámpago*, *Trueno* y *Rayo*.

Aristides de Tebas. Una ciudad tomada por asalto, y por asunto una madre herida y moribunda; una batalla contra los persas; unas cuadrigas corriendo; un suplicante; dos cazadores con su caza; el retrato del pintor Leoncion; Biblis; Eaco y Ariadne; un trájico, y con él un muchacho; un viejo que enseña á tocar la lira á un muchacho y un enfermo.

Protógenes. El Lialiso; un Sátiro muriendo de amor; un Cidipo; Tlepolemo; un Filisco meditando; un Atleta; el rey Antigono; la madre de Aristóteles; un Alejandro y un dios Pan.

Asclepiodoro. Los doce grandes Dioses.

Nicómaco. El robo de Proserpina; una Victoria elevándose en los aires sobre un carro; un Ulises; un Apolo; una Diana; una Cibele sentada sobre un leon; unas Bacantes y unos Sátiros, y la Scila.

Filoxeno de Eretria. La batalla de Alejandro contra Dario, y tres Silenos.

Jénero grotesco y pintura al fresco.

Plinio habla aqui de Pereico, que pintó con mucha perfeccion tiendas de barberos y zapateros, borricos, &c. Esta es la escuela flamenca. Dice igualmente que Augusto hizo representar en las paredes de los palacios y templos varios paisés y vistas de mar. La mas célebre de las pinturas al fresco de este jénero, se conocia con el nombre de *Marachers* ó Laguneros; eran estos unos aldeanos que estaban á la entrada de una villa ajustándose con mujeres, para llevarlas acuestas por medio de un charco de agua. Estos paisés son los únicos que se citan en la antigüedad, y solo eran unas pinturas al fresco, de las cuales hablaremos en otra nota.

Pinturas encaústicas.

Pausanias de Sicione. El Hemeresios, ó el niño; Glicera sentada y coronada de flores; una Hecatombe.

Eufnanor. Una lid ecuestre; los doce Dioses; Teseo; un Ulises finjiéndose tonto; un guerrero envainando su espada.

Cidias. Los Argonautas.

Antidotas. El campeón armado del broquel; el luchador, y el tocador de flauta.

Nicias Ateniense. Un bosque; Nemeo; un Baco; el Jacinto; una Diana; el sepulcro de Megabizo; la necromancia de Homero; Calipso; Io y Andrómeda; Alejandro; Calipso sentada.

Atención. Un Filarco; un Sinjenicon; un Aquiles disfrazado de mujer; un palafrenero con su caballo.

Límónaco de Bizanzo. A Ajax; Medea; Orestes; Ifigenia en Táuride; un Lecition ó maestro volatinero; una familia noble, una Gordónide.

Aristólao. Un Epaminondas; un Pericles; una Medea; la Virtud; Teseo; una alegoría del pueblo ateniense; una Hecatombe.

Sócrates. Las hijas de Esculapio; Hijia, Egla, Panacea y Laso; OEnos, ó el cordelero holgazan.

Antífilo. Un niño soplando la lumbre; las hiladoras de rueca; la caza de Ptolomeo, y el Sátiro acechando.

Aristofon. Anceo herido por el jabali de Calidon; una alegoría de Priamo y de Ulises.

Artemon. Danae y los Corsarios; la reina Estratónice; Hércules y Deyanira; Hércules en el monte OEta; Laomedonte.

Plinio (lib. 35) continúa nombrando cerca de cuarenta pintores inferiores; de quienes solo cita algunos cuadros.

En oposicion á este catálogo bastaria presentar solo el que pueden ver todos los lectores en el *Muséo*. Observaremos solamente que la mayor parte de los cuadros antiguos son retratos, ó bien pinturas de historia; y que, hablando imparcialmente, solo los mitológicos son comparables con los asuntos cristianos.

NOTA H.

El catálogo de las pinturas de la antigüedad que nos

ha dejado Plinio, no contiene un solo cuadro de pais, fuera de las pinturas al fresco. Muy bien pudiera ser que algunos de los cuadros de los mejores maestros representasen un árbol, una peña, una parte de valle ó bosque, ó una corriente de agua en el segundo ó tercer término; pero esto no es lo que constituye el pais propiamente tal, y segun nos le han dejado Lorena y Berghen.

En las antigüedades de Herculano, no se ha encontrado cosa alguna que diese motivo á creer que la antigua escuela de la pintura tuviese paisés. Unicamente en el *Téleso* se ve una mujer sentada, coronada de guirnaldas y apoyada en un cesto lleno de espigas, frutas y flores. A Hércules se le ve de espaldas y en pie delante de ella, y una cierva á sus pies dando de mamar á un niño. Un fauno toca la flauta á lo lejos, y una mujer con alas sirve de fondo á la figura de Hércules. Esta composicion es muy graciosa; pero no es el verdadero pais, el pais desnudo, que representa únicamente un accidente la naturaleza.

Supone Vitruvio que Anaxágoras y Demócrito habian hablado de la perspectiva, cuando trataron de la escena griega; sin embargo, hay motivos para dudar que conociesen los antiguos esta parte del arte sin la cual no puede haber pais. El diseño de los asuntos de Herculano es seco, é imita la escultura y los bajos relieves. Las sombras de un color rojo mezclado de negro, son igualmente espesas desde alto abajo de la figura, y por lo mismo no hacen desaparecer los objetos. Las frutas, las flores y los vasos no tienen perspectiva, y el contorno superior de los últimos no corresponde al mismo horizonte que su base. En fin, todos estos asuntos sacados de la fábula, que se hallan en las ruinas de Herculano, atestiguan que la mitología ocultaba á los pintores el verdadero pais, asi como escondia á los poetas la verdadera naturaleza.

Las bóvedas de las termas de Tito, cuyas pinturas estudió Rafael, sólo representaban personajes.

Algunos emperadores iconoclastas habían permitido pintar *flores y aves* en las paredes de las iglesias de Constantinopla. Los egipcios, que tenían la mitología griega y latina, con otras muchas divinidades, no supieron copiar la naturaleza. Aun se ven en las paredes de sus templos algunas de sus pinturas, que apenas escenden en la composición *amanerada* á las de los chinos.

El P. Sicard, hablando de un templo pequeño, situado en medio de las grutas de la Tebaida, dice: «La bóveda, las paredes, lo interior y exterior, todo está pintado, pero con unos colores tan vivos y agradables, que es preciso verlo para creerlo.

A la derecha se ve un hombre en pie con un palo en cada mano, apoyado en un cocodrilo, y junto á él una muchacha, también con un palo en la mano.

A la izquierda de la puerta se ve también otro hombre, también en pie, y apoyado sobre otro cocodrilo, con una espada en la mano derecha, y en la izquierda una antorcha encendida. Dentro del templo se ven pintadas flores de todos colores é instrumentos de varias artes, con otras diferentes figuras grotescas y emblemáticas. En otro lado una caza, en que con sólo tirar de una vez el lazo, quedan cojidas con él todas las aves que acuden al Nilo; y en otro una pesca, en que toda la de este río queda cojida en la red de una sola vez. &c.» (*Let. edif.*, tom. V, páj. 144.)

Para hallar países entre los antiguos, sería preciso recurrir á los mosaicos; pero aun estos mismos países son todos *historiados*. El famoso mosaico del palacio de los príncipes Barberinos en Palestrina, representa en su parte superior un país montuoso con cazadores y animales, y en la inferior el Nilo, que va serpenteando alrededor de muchas isletas. Unos egipcios persi-

guiendo cocodrilos; mujeres echadas debajo de ramas, y otra ofreciendo una palma á un guerrero, &c.

Hay mucha diferencia de todo esto á los países de Claudio de Lorena.

NOTA I.

El abate Bartelemy halló al prelado Bayardi ocupado en responder á unos monjes de la Calabria, que le habían consultado sobre el sistema de Copérnico. «El prelado respondia estensa y sábiamente á sus cuestiones; esponia las leyes de la gravitacion, declamaba contra el engaño de nuestros sentidos, y concluia aconsejando á los monjes que no inquietasen las cenizas de Copérnico.» (*Voy. en Ital.*)

NOTA J.

Increible parece que sean de Mr. Voltaire algunas de estas notas, pues son inferiores á su talento; mas no puede uno dejar de indignarse á cada momento, al ver la mala fe con que proceden los editores y las alabanzas que se dan reciprocamente. A no haberlo visto impreso, nadie creyera que en una *notita* puesta bajo una *nota*, se habia de llamar al comentador el *secretario de Marco Aurelio*, y á Pascal el *secretario de Port Royal*. En otras muchas partes se violentan las ideas de este grande hombre, para hacerle pasar por un ateo. Cuando (por ejemplo) dice, que *la razon del hombre sola no puede llegar á una demostracion perfecta de la existencia de Dios*, se canta victoria, y se publica que es muy original ver á Mr. Voltaire defendiendo el partido de Dios contra Pascal. En realidad esto no es mas que burlarse del sentido comun y de la buena fe del lector.

¿No es evidente que Pascal raciocina como *cristia-*

no, que quiere esforzar mas y mas el argumento de la necesidad de una revelacion? Aún hay algo peor que todo esto en esta edicion comentada. Hasta ahora no se nos ha demostrado que los *Pensamientos nuevos* que alli se añaden, no estén á lo menos truncados, por no decir otra cosa. Induce á creerlo, el haberse tomado la libertad de alterar muchos de los antiguos y dividir los otros (prestando que es arbitrario el orden primitivo), á fin de que no tengan el mismo sentido. Bien se nota cuán facil es pervertir un pasaje, rompiendo la cadena de las ideas y separando de ella algunas frases, para hacer con ellas dos sentidos completos. Se descubre en esta edicion una cierta malicia, unas estratagemas y una astucia oculta, que la hicieran muy peligrosa, si afortunadamente no hubiesen destruido las *notas* todo el fruto que de ella se prometian.

NOTA K.

Ademas de los proyectos de mejoras y reformas, que el público ya conoce, se dice que en los antiguos archivos del ministerio, despues de la revolucion, se han encontrado otros muchisimos planes propuestos y discutidos en el consejo de Luis XIV; entre ellos el de estender la frontera de la Francia hasta el Rin y poseionarse del Egipto. En cuanto á los monumentos y demas obras para adornar Paris, todo fue alli igualmente discutido; se pensó en acabar el Louvre, en hacer venir nuevas aguas, en desembarazar los embarcaderos de la ciudad, &c., &c.

Parece que razones de economia ú otras que se ignoran, obligaron á abandonar estos proyectos: por lo demas, este siglo habia hecho tanto ya, que pareciera justo el dejar algo por hacer al venidero.

NOTA I.

Responderé con un solo hecho á todas las objeciones que se me pueden hacer contra la antigua censura. ¿No es en Francia donde han sido compuestas, vendidas, publicadas, y aun impresas todas las obras contra la relijion? ¿No han sido los grandes los primeros que las han alabado y aun protegido? En este caso la censura no era mas que una medida inútil; pues jamás ha podido impedir que salga á luz un libro, ni que un autor escriba libremente sus ideas sobre un asunto; el mayor mal que podia suceder á un escritor era pasar algunos meses en la Bastilla, de donde salia con los honores de una persecucion que era á veces su único fundamento de celebridad.

NOTA M.

Mr. Chénodellé, autor del *Jenio del Hombre*, ha reproducido en magníficos versos algunos de los rasgos mas bellos de este capítulo en uno de los trozos que mas brillan en sus *Estudios poéticos*, titulado *BOSSUET*; y cuya libre traduccion copiamos á continuacion:

Asi cuando el mas fuerte de los reyes,
 El defensor de la ciudad de Atenas,
 El fogoso Demóstenes, lanzaba
 Los rayos de su voz, que brilla y truena,
 O cuando por las artes de venganza
 Armado de valor y doble fuerza,
 Rica corona de oro reclamaba,
 Instigando al rival, para que sienta
 El peso de su jenio soberano,
 Y le abrumaba en su tenaz tarea
 Con las armas terribles y sonoras

De su infinita allisona elocuencia;
El orador hirviendo en pensamiento,
Hirviendo en númen su espresion inmensa,
A su arbitrio imprimia las pasiones
Sobre la multitud que estaba cerca.
Sentir hacia sus potentes rayos
A la unida, y pasmada, y muda Grecia;
Y del arte ensanchando los prodijios,
Tronaba, y los obstáculos venciera,
Y al triunfo de su voz los corazones
Eran cual virjen y flexible cera.
Tal, y mas elocuente entre nosotros
Bossuet apareció, cuando en su empresa,
Anunciando aquel nombre del Dios que ama,
De su palabra las ardientes flechas
Hizo que penetrasen á los reyes.
Cuando aparece en la tribuna escelsa
Brillante por su jenio y sus ardores,
La palma del talento se granjea,
Y el arte que es conquista de su ingenio,
Con mas vivos fulgores centellea.
Siempre noble y sublime se remonta,
Ya sea que sintiendo noble pena,
Nos enseñe un abismo muy profundo
Dó tuvo un trono antiguo su riqueza,
Y ostente de gran reina los dolores;
O ya sea que abriendo las esferas,
Pinte al supremo dueño que encorvando
Varios estados bajo ley suprema,
Con su mano estremece las coronas
Y los tronos destruye y bambolea,
Y da lecciones á los fuertes reyes
Que ostentan esplendor de la diadema.
Mas ; como el corazon hiere y cautiva
Con profunda y patética tristeza

Quando llama las almas solitarias
A la fúnebre tumba de Henriqueta,
Invocando su lloro por tributo!
¡Como pinta tan májica princesa,
Rica de gracia y juventud florida,
Detenida en su suerte lisonjera,
Y de las cumbres de crecienté gloria
Cayendo en brazos de la muerte adversa!
Contemplad *de ese trueno al estampido* (1),
Cual desprecia las célebres grandezas
De aquello que juzgamos mas pomposo
En la triste morada de la tierra.
Compadece falaces esplendores,
Y del mas alto cielo dó se eleva
Su sublime y su vasto pensamiento,
Baja, y se apoya en funerales huesas:
Y allí entre el comun polvo, mudo y triste
Con ecos de su voz terrible y fiera,
De los reyes que rijen á los pueblos
Confunde el aparato y la soberbia.
Castellano tan fiero con tus armas,
De Rocroi en los campos desalientas.
¡Tu noble corazon que nunca teme,
Por la primera vez se espanta y tiembla!
¿Que apasionado jóven de la gloria
En sus pupilas las victorias muestra,
Tus viejos batallones desbarata,
Y de tanto soldado, en tal contienda,
Deja escapar un resto desdichado
Que de Lens á los llanos lo reserva? (2).
Es Condé jeneroso, que va entrando
Por la primera vez en su carrera,

(1) Espression del mismo Bossuet.

(2) Oracion fúnebre del gran Condé.



Es Bossuet el que pinta sus esfuerzos
 Que á los veinte años coronados fueran
 Por bélico laurel inmarcesible.
 ; Como á inflamarse el orador empieza!
 ; Cual del jóven Enghien el alma sigue
 Cual sus pasos de sangre en la refriega!
 Ya no es un cuadro, es la batalla misma,
 Su mismo movimiento nos presenta.
 ; Oh Bossuet! con los májicos pinceles
 Que el arte con agrado te reserva;
 Cual águila que habita vastos cielos
 Y que quiere estender alas inmensas,
 Y salva las distancias mas enormes,
 Y corre con su vuelo las esferas
 Midiendo el universo con sus ojos,
 Asi Bossuet cambiándonos sus temas,
 Retrata dignamente á nuestra vista,
 Ya la ciudad de Esparta, ya de Aténas,
 Y Memfis con destinos relumbrantes;
 De las grandes imájenes se cerca,
 Pasa con majestad, cual las edades,
 Y en rapidez al tiempo se asemeja (1).
 Pero cuando aparece mas sublime,
 Es cuando armado va de su lumbrera,
 Intérprete inspirado de los siglos,
 Y en las tumbas intrépido penetra
 De estados que no son : con dolor fiero
 Para cerrar el luto de la tierra,
 Del imperio romano esclarecido
 El ataúd en su sepulcro sella,
 Y al traves de despojos muy antiguos
 Y el rayo de los hombres, su voz lleva.

(1) Discurso sobre la Historia universal, 3.^a parte, intitulada *los Imperios*.

NOTA N.

Júzguese de la elocuencia de San Juan Crisóstomo por estos dos fragmentos traducidos ó extractados por Rollin en su *Tratado de los estudios*, tom. II, cap. 2, pág. 493.

Extracto del discurso de San Juan Crisóstomo sobre la desgracia de Eutropio.

Eutropio era un valido poderosísimo del emperador Arcadio, que gobernaba á su arbitrio la voluntad de su amo. Mas este príncipe tan débil para sostener sus ministros, como imprudente en elevarlos, casi á pesar suyo se vió obligado á abandonar á su favorito, y en un momento cayó Eutropio desde la cumbre del poder en la miseria mas extrema. En su triste situacion no halló mas consuelo que la jenerosa compasion del santo, á quien habia maltratado frecuentemente, ni otro asilo que el sagrado de los altares, que él habia tratado de abolir por sus leyes, y al cual se refugió en su desgracia. Al dia siguiente destinado á la celebracion de los santos misterios, todo el pueblo acudió presuroso á la iglesia, para ver alli en la persona de Eutropio una imájen viva de la debilidad de los hombres y de la nada de las grandezas terrenas. El santo obispo habló sobre este asunto de un modo tan fuerte y persuasivo, que convirtió en compasion el odio y la enemistad que tenian á Eutropio, é hizo prorumpir en lágrimas á todo el auditorio. Es preciso no olvidar que la costumbre de San Juan Crisóstomo era la de hablar á los grandes y poderosos de la tierra, aun en la época de su mayor prosperidad, con una enerjía, y una libertad verdaderamente episcopales.

»Nunca, dice, debiéramos esclamar mejor que en



las circunstancias presentes: *vanidad de vanidades y todo vanidad*. ¿Donde está ahora el brillo de las mas altas dignidades? ¿donde las insignias de honor y distincion? ¿que se ha hecho todo aquel pomposo aparato de los banquetes y festines? ¿en que han parado aquellos repetidos aplausos, y las desmesuradas adulaciones de todo un pueblo reunido en el circo, para presenciar los espectáculos? Una sola ráfaga de viento ha despojado este árbol soberbio de todas sus hojas, y despues de haberle conmovido hasta en sus raices, le ha arrancado en un momento de la tierra. ¿Donde están, pues, aquellos falsos amigos, aquellos viles adula-dores y parásitos tan solícitos en hacerle la córte, y en manifestarle con sus palabras y sus acciones el mas servil rendimiento? Todo, todo desapareció, desvaneciéndose como un sueño, como una flor, como una sombra. Jamás debiamos cansarnos de repetir esta sentencia del Espiritu Santo: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. Debiera escribirse en caractéres bien visibles en todas las plazas públicas, en las puertas de nuestras casas, y en todas nuestras estancias; y seria mejor que estuviese grabada profundamente en nuestros corazones, y fuese el continuo objeto de nuestras conversaciones.

«¿No tenia yo razon, dice San Juan Crisóstomo dirijiéndose á Eutropio, de representaros la inconstancia y la frajidad de vuestras riquezas? Ahora conocéis por vuestra propia esperiencia, que cual esclavos fujitivos, ellas os han abandonado y aun son, digámoslo asi, vuestros asesinos, pues son la principal causa de vuestros desastres. Yo os repetia continuamente, que debiais hacer mas caso de mis amonestaciones, por amargas que ellas os pareciesen, que de las finjidas alabanzas con que vuestros aduladores os abrumaban, porque *las heridas que hace el que ama, valen mucho mas que los*



ósculos engañosos del que aborrece. ¿No tenía yo razon en hablaros asi? ¿Que se han hecho todos esos cortesanos? Se han separado de vos; han renunciado á vuestra amistad; solo cuidan ya de su seguridad, de sus intereses, aun á costa de los vuestros. Nuestra conducta es muy diferente: hemos sufrido vuestras vejaciones durante vuestra elevacion; y en vuestra caida os sostenemos con todo nuestro poder. La iglesia, á quien habeis hecho guerra, abre su seno para recibirnos, y los teatros, objeto eterno de vuestras complacencias, que mas de una vez nos han granjeado vuestra indignacion, os han abandonado y vendido.

»No hablo asi para insultar á la desgracia del caido, ni para renovar ni enconar mas unas llagas que aun están manando sangre, sino para prevenir á los que se sostienen aun, y hacerles evitar iguales males. El mejor medio de precaverlos, es el convencerse bien de la fragilidad y vanidad de las grandezas humanas: llamarlas una flor, una yerba, un humo, un sueño, no es decir bastante; porque en realidad son aun menos que la nada, y á la vista teneis la prueba mejor. ¿Quien llegó jamás á tanta altura? ¿no contaba con bienes inmensos? ¿le faltaba alguna dignidad? ¿no era tenido y respetado en todo el imperio? y actualmente abandonado y mas temeroso que el hombre mas desgraciado, que el mas vil de los esclavos, que los mismo presos encerrados en los mas negros calabozos, no teniendo á su vista mas que espadas que se levantan ya contra él, los suplicios y los verdugos, privado de la luz en medio mismo del dia, espera á cada momento la muerte, y jamás se aparta de su imaginacion.

»Vosotros mismos fuisteis ayer testigos, cuando vinieron á buscarle desde el palacio con el objeto de arrancarle de este asilo á la fuerza, de como corrió á ampararse de los vasos sagrados, temblándole todo el

cuerpo, con el rostro pálido y desfigurado, pudiéndose apenas oír su voz, interrumpiéndole los sollozos y jermidos, y mas muerto que vivo. Lo repito, no hago estas reflexiones para insultar á su desgracia, sino para inspirar compasion y escitar vuestra clemencia á favor suyo.

»Pero algunas personas inhumanas aun nos reconviene de haber abierto á este desgraciado el asilo de la iglesia, diciendo que era este el mas cruel enemigo de la iglesia misma, y el que con sus leyes habia como cerrado é inutilizado este asilo sagrado. Es muy cierto, responde San Juan Crisóstomo, y este debe ser para nosotros un nuevo y muy poderoso motivo de glorificar á Dios, pues que ha obligado á un enemigo tan temible á venir aqui, y prestar este homenaje al poder y á la clemencia de la iglesia; á su poder, porque la causa de su desgracia lo ha sido la guerra que quiso hacerle; á su clemencia, porque á pesar de los males que la ha causado, ella le abre su seno, olvida lo pasado, le cobija bajo sus alas, le cubre y le defiende cual si fuese el escudo de su proteccion, y le recibe en el sagrado asilo de sus altares, que él mismo se habia esforzado en abolir. No hay victoria, no hay trofeo mas glorioso, ni de mayor honra para la iglesia: semejante jenerosidad debe avergonzar á los judios y á los jentiles. Acordar descubiertamente su proteccion á un enemigo declarado, pero desgraciado ya, abandonado de todos, y hecho el objeto del desprecio y del odio universal; mostrar á favor suyo una ternura superior á la de una madre; oponerse á un mismo tiempo á la cólera del principe y al ciego furor del pueblo: he aqui lo que constituye la gloria de nuestra santa relijion.

»Vosotros decis, llenos de indignacion, que él habia cerrado este asilo con diversas leyes. ¡Oh hombre, quien quiera que seas! ¿te es licito el recordar las in-

justicias que te hicieron? ¿no somos los servidores de un Dios crucificado, que al morir dijo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen?* Y este hombre prosternado al pie de nuestros altares, y dado en espectáculo á todo el universo, ¿no acaba él mismo de derogar sus leyes y proclamar su injusticia? ¡Que mayor honor para estos altares, y como este lugar se ha vuelto mas respetable y terrible, despues que á nuestra presencia se vió como encadenado en él este leon! No realza el brillo y la imájen de un príncipe, no, el verle sentado en un rico trono, vestido de púrpura, y ceñido con su diadema, sino hollando á sus pies los bárbaros vencidos y cautivos.

»Yo veo en nuestro templo una reunion tan numerosa como pudiera en la gran solemnidad de la Pascua. ¡Que leccion para todos el espectáculo que ocupa en este momento vuestra atencion! El silencio mismo de ese hombre que veis reducido á un tal estado, es mil veces más elocuente que nuestros discursos, porque el rico, al entrar aqui, con solo abrir los ojos, reconocerá la verdad de aquella sentencia: *Toda carne no es mas que yerba, y toda su gloria como la flor de los campos. La yerba se secó y la flor cayó, porque el Señor la ha herido con el soplo de su cólera;* y el pobre aprende aqui á juzgar de su suerte de bien diferente manera que antes lo hizo, y bien lejos de quejarse de ella, aprende tambien á estar contento de su pobreza; pues ve que es comó su asilo, su puerto y su ciudadela, la que le ofrece cierto reposo y seguridad, y la que le liberta y preserva en fin de los mortales sustos y alarmas, cuyo orijen son siempre las riquezas.»

El fin que se propuso San Juan Crisóstomo en este sermón, no fue solo el instruir á su pueblo, sino tambien enternecerle con la pintura tan viva que le hizo de las desgracias. Asi tuvo el consuelo, como queda di-

cho, de ver prorumpir en lágrimas á su auditorio, á pesar del justo odio que tenían á Eutropio; pues no sin razon se le miraba como el verdadero autor de todos los males, tanto públicos como particulares. Cuando el santo lo advirtió, continuó diciendo: »¿He calmado vuestros espíritus? ¿he desterrado vuestra cólera? ¿he estinguido vuestra inhumanidad? ¿y os he movido á compasion? Si, sin duda; el estado en que os miro, y esas lágrimas que derramais, son para mi los mejores garantes. Y pues que vuestros corazones se han en fin enternecido, y que la mas ardiente caridad ha correjido y templado la frialdad y ablandado la dureza, vamos todos juntos á arrojarlos á los pies del emperador, ó mas bien roguemos al Dios de la misericordia se digne ablandarle, á fin de que nos conceda un perdon cumplido.»

Este sermon produjo el efecto deseado, y San Juan Crisóstomo salvó la vida á Eutropio. Pero pocos dias despues cometió éste la imprudencia de salir de la iglesia para salvarse, y habiendo sido sorprendido, se le desterró á Cypre, de donde se le sacó inmediatamente y se le condujo á Calcedonia, para instruirle su proceso, y al fin fue decapitado.

Extracto sacado del primer libro del Sacerdocio.

Tenia San Juan Crisóstomo un amigo llamado Basilio, quien le habia persuadido á que abandonase la casa de su madre, y se fuese con él á pasar en un desierto una vida solitaria y retirada. Cuando esta desconsolada madre supo esta resolucion, ella me tomó por la mano, dice San Juan Crisóstomo, me condujo á su estancia, y haciéndome sentar sobre la misma cama en que me habia dado á luz, principió á llorar y hablarme en unos términos, que me enternecieron aun mas

que sus lágrimas. »Hijo mío, me dijo ella, Dios no ha querido que yo gozase largo tiempo de las virtudes de tu padre. El poco tiempo que medió entre los dolores que yo hube de sufrir al daros á luz y su muerte, te dejó huérfano y yo viuda, mucho mas pronto de lo que conviniera á vuestra situacion y á la mía. He sufrido todas las penas é incomodidades propias de la viudez, y de las cuales no pudieran formarse jamás una justa idea las personas que no las han pasado. No hay palabras con que poder espresar la turbacion y los continuos desasosiegos que se ve como abismada una jóven viuda que acaba de salir de la casa de sus padres, que no conoce los negocios, y que estando sumergida en la afliccion, debe hacer frente á nuevos cuidados, que por la flaqueza de su edad y de su sexo, no puede sobrellevar. Es preciso que ella supla á la negligencia de sus domésticos, y aun se preserve de su malicia; que se defienda de los perversos designios de sus parientes; que sufra constantemente las injurias de los partidarios del gobierno, y la barbarie é insolencia que ejercen en el cobro de las contribuciones.

El padre que al morir deja hijos, si hay entre ellos una hija, deja un gran cuidado para la pobre viuda; mas no obstante, este cuidado es llevadero, en cuanto está esento de temores y gastos; pero si deja hijos, la educacion es mucho mas difícil, y es un objeto de sobresalto y desvelos continuos, sin contar los gastos que trae consigo el procurarle la instruccion oportuna. Todas estas molestias sin embargo, no me han inclinado á contraer segundas nupcias, antes bien me he mantenido firme en medio de estas tribulaciones y borrascas; y confiando sobre todo en la gracia de Dios, me resolví á llevar con paciencia todas las incomodidades que la viudez lleva consigo.

Mas el único consuelo que tenia en mis miserias,

era el de verte continuamente, y contemplar en tí la viva imájen de mi querido esposo difunto; consuelo que empezó en tu infancia, cuando aun no sabias articular una palabra, y que es la época en que los padres y madres se complacen mas en sus hijos.

»No, no te he dado el menor motivo para reconvenirme y decirme que si he sostenido con valor las incomodidades de mi presente condicion, tambien he disminuido el patrimonio de tu padre para sobrellevarlas: lo cual es comunmente una desgracia que sucede á los pupilos y menores; al contrario, he conservado fielmente todo lo que él te dejó, sin embargo que no he perdonado gasto alguno para tu mejor educacion. Yo he suplido estos gastos de mis propios bienes, y con el dote que mi padre me dió al casarme. No te digo esto, querido hijo mio, con el fin de reconvenirte sobre las obligaciones que me debes: mas por todas estas, solo te pido un favor; no me dejes viuda por segunda vez. No abras de nuevo una llaga que empezaba ya á cerrarse; espera á lo menos el dia de mi muerte, que acaso no estará lejano. Los jóvenes pueden esperar llegar á viejos; pero en mi edad solo se espera la muerte. Cuando me hayas enterrado en el sepulcro de tu padre; cuando hayas reunido mis cenizas á las tuyas, emprende entonces cuantos viajes quieras, por tierra como por mar, pues nadie te lo podrá impedir. Mas en tanto que yo viva y respire, sufre mi presencia y compañía, y no te fastidies de vivir conmigo. No atraigas sobre tí la cólera del Todopoderoso, aflijiendo de una manera tan sensible á tu pobre madre, que ciertamente no lo ha merecido. Si yo trato un dia de hacerte tomar parte en los negocios del mundo, ó bien que te quiera obligar á encargarte de la administracion de mis bienes, que al fin son los tuyos, no tengas mas consideracion, estoy conforme en ello, ni á las leyes de la naturaleza, ni á

las penas que yo he sufrido para criarte, ni al respeto y veneracion que debes á tu madre, ni á algun otro motivo semejante; huye de mi cómo de un enemigo de tu reposo, como de una persona que te tiende peligrosos lazos. Pero si hago cuanto depende de mí, para que puedas vivir en la mas perfecta tranquilidad, reténgate á lo menos esta sola consideracion, aun cuando las demas sean inútiles. Por numerosos que sean todos tus amigos, no te dejarán nunca tan libre como yo te dejo; ni tampoco hallarás uno que se interese tanto como yo en tus progresos y en tu felicidad.”

San Juan Crisóstomo no pudo resistir á un discurso tan tierno, y por mas instancias que le hizo su amigo Basilio, no acertó á abandonar una madre tan afectuosa para con él, y tan digna de ser amada.

La antigüedad pagana no puede ofrecer discurso mas hermoso, mas vivo, mas tierno, ni mas elocuente que este; pero de una elocuencia sencilla y natural, que escede infinitamente á cuanto el arte mas estudiado pudiera presentar de mas brillante. En todo el discurso no se ve un pensamiento forzado, ninguna frase estraña ó afectada; todo fluye alli del modo mas sencillo, pareciendo que la naturaleza misma lo ha dictado. Pero lo que causa mas admiracion, es la prudencia incomprendible de una madre en tanto extremo aflijida y desconsolada.

NOTA O.

Solo á un gran talento, dice Mr. de La-Harpe, le fuera dado el despertar al hombre de su frio letargo y vencer la indiferencia, y si á esto se añade el buen ejemplo (ventaja que felizmente han tenido todos nuestros grandes predicadores), es cierto que el ministerio de la palabra tiene toda su fuerza y dignidad en el púlpito.

En cualquier otra parte, es un hombre que habla á otros hombres; pero allí es un ser de otra especie, colocado entre la tierra y el cielo, es como un mediador que Dios ha escogido entre él mismo y su criatura. Desde allí anuncia los oráculos de la eternidad, sin consideracion alguna á los respetos del siglo; y el lugar desde donde perora, y aquel donde se le escucha, confunde y hace desaparecer todas las grandezas, sin permitir que se perciba otra que la suya propia. Los reyes se humillan como el bajo pueblo ante su tribunal, y solo vienen allí para instruirse. Todo cuanto le rodea añade un nuevo peso á sus palabras; su voz resuena en las bóvedas sagradas del templo y en medio del mas profundo silencio. Si invoca á Dios, Dios está presente en el altar; y si anuncia la nada de la vida, la muerte está allí para confirmar su testimonio, y muestra á los que le escuchan que están sentados sobre sepulcros.

No dudemos que los objetos exteriores, el aparato del templo y de las ceremonias, tienen una grande influencia en los hombres, obrando en su espíritu antes que el mismo orador, con tal que no destruya el efecto. Figurémonos á Masillon en la cátedra del Espíritu Santo, pronto ya á pronunciar la oracion fúnebre de Luis XIV, dirigiendo primeramente la vista en derredor, fijándola por algunos instantes sobre aquella pompa lúgubre, y tan imponente que acompaña á los reyes hasta los asilos mismos de la muerte, en que solo se ven féretros y cenizas, bajando en seguida sus ojos un momento hácia tierra, como absorbido en una profunda meditacion, y elevándolos hácia el cielo, pronunciar con una voz grave y enérgica: *¡Solo Dios es grande, hermanos míos!* ¡Que exordio no encierran estas solas palabras acompañadas de la correspondiente accion! ¡cuan sublime las hace el espectáculo que rodea el orador! ¡como una sola frase anonada todo lo que no es Dios!

El autor de una *Epístola á Mr. de Chateaubriand*, que se publicó en 1809, hizo en pocos versos una descripción del siglo de Luis el Grande, en la que se echa de ver una imitación bellísima de este pasaje: *Como vemos el sol*; y que dice así:

Como ese sol, monarca de los mundos,
Por la tarde se ve que al mar se inclina,
E iluminando bosques y montañas,
Abrasa el occidente con sus tintas:
Así Luis en la vejez helada
Conservaba también su gloria antigua.
Y dejando su cetro y su corona,
Grande en recuerdos, el sepulcro pisa,
Turenna no era ya, pero aquel Villars,
Que con él en las glorias rivaliza,
Llevaba á la victoria las banderas,
Y Denain desde almenas muy erguidas
Viera que los ingleses espantados,
El polvo abandonaban de la liza.
Finó Corneille su mágica carrera,
Melpómene lloraba en triste cuita,
Pero Rousseau, escuchando sus trasportes,
Derramaba brillantes melodías,
Y al arpa de David su atrevimiento
Hermanaba de Horacio dulce lira.
Rival de Nestor, Fenelon amable,
Las lecciones de Méntor imprimía
En el jóven Telémaco dichoso:
Bossuet con su elocuencia hermosa y viva,
Las quejas y suspiros de la Francia
Del gran Condé á la sombra dirijía,
Y su terrible voz en templos santos,
Al nombre del Señor que el cielo habita,
Temblar hacia coronadas testas:

Flechier, menos enérgico en sus iras,
Pero lleno de gracias deliciosas,
Hacia derramar en vena rica
Lágrimas abundosas y sensibles
Del gran Turenna sobre huesa fria;
Y cuando en los instantes de su luto,
Los cristianos al féretro acudian
De su Luis; cuando sagrados cantos
Sonaban en las bóvedas antiguas,
Massillon escuchaba esos conciertos
Llenos de una feliz melancolia,
Y animando su voz así tronaba:
»Dios solo es grande, y la grandeza misma.»

NOTA P.

LICHTENSTEIN.

Los Enciclopedistas son una secta de pretendidos filósofos, formada en nuestros días, que se creen superiores á cuanto la antigüedad ha producido en este género. Al descaro de los cínicos, reúnen la impudencia de esparcir cuantas paradojas les pasan por las mientes; se engrienen en su jeometria, y sostienen que aquellos que no han estudiado esta ciencia, tienen un espíritu falso, y que por consiguiente solo ellos tienen el don de razonar, sus discursos mas comunes están atestados de términos científicos. Ellos dirán, por ejemplo, que tales leyes han sido sábiamente establecidas en razon inversa del cuadrado de las distancias; que esta potencia, pronta ya á celebrar una alianza con aquella otra, se siente movida á ello por un efecto de la atraccion, y que bien pronto las dos naciones estarán asimiladas. Si les proponemos dar un paseo, es como si les propusiéramos resolver un problema de una curva; si les da una cólica nefritica, se curan por las leyes de la hi-

drostática; si una pulga les pica, son los infinitamente pequeños del primer orden que los incomodan; si dan una caída, es por haber perdido el cetro de la gravedad. Y si en medio de esto algun gacetero tiene la osadía de atacarlós, le ahogan en un diluvio de tinta y de injurias, porque el crimen de lesa filosofía es imperdonable.

EUJENIO.

Pero ¿que relacion tienen estos locos con nuestro nombre, ni con el juicio que la posteridad ha hecho de nosotros?

LICHTENSTEIN.

Mucho mas de lo que creis; porque ellos denigran todas las ciencias, escepto la de sus cálculos. La poesia es una cosa frivola, de la cual debe desterrarse la fábula, porque un poeta solo debe rimar con enerjia las ecuaciones aljebraicas. En cuanto á la historia, quisieran ellos que se estudiase al revés, principiando por la moderna, para remontarse despues á la de los tiempos anteriores al diluvio. Reforman todos los gobiernos; la Francia debe venir á parar en ser un estado republicano, cuyo lejislador será un jeómetra, y que otros jeómetras como él deberán gobernar, sujetando al cálculo infinitesimal todos los actos de la nueva república. Esta conservará una paz constante, y se sostendrá sin ejército. Todos ellos afectan un santo horror á la guerra. Aborrecen la guerra y los jenerales que se han hecho célebres en ella; mas no por eso se abstienen de combatir entre sí con la pluma, y dirigirse frecuentemente las invectivas mas groseras, solo dignas de una plaza pública; y si tuviesen algunas tropas, las harian marchar unas contra otras. En su estilo, estas indecencias se llaman libertades filosóficas.

puédese pensar en voz alta, porque este es el privilegio de la verdad; y como, segun su sentido, ellos son los únicos depositarios de ella, se creen autorizados á publicar cuantas estravagancias se les ocurren, seguros de ser aplaudidos.

MALBOROUGH.

A lo que veo ya no hay en Europa casas de locos; si aun las hubiese, mi opinion seria que habitasen en ellas todos esos señores, para que fuesen alli los lejisladores de sus semejantes.

EJENIO.

Pues mi opinion seria que se les diese á gobernar una provincia que mereciese ser castigada; y por su propia esperiencia aprenderian entonces, cuando ya lo hubiesen trasformado todo, que no son mas que unos ignorantes, y que si el criticar es una cosa fácil, el arte de gobernar es muy difícil; y sobre todo, que el hombre se espone á decir mil desatinos cuando se pone á hablar de lo que no entiende.

LICHTENSTEIN.

Los presuntuosos no confiesan jamás que hayan podido errar en sus principios; nunca un sábio se equivoca, porque él es solo el verdaderamente ilustrado, y porque de él debe emanar la luz que disipe los negros vapores de la ignorancia en que yace sumido el pueblo ciego é imbécil; asi Dios solo sabe como ellos le instruyen. Ora lo hacen descubriéndole el orijen de las preocupaciones, ya con un libro sobre el espiritu, el sistema de la naturaleza, &c. En fin, esto es un nunca acabar. Un hato de tunantes, que ya sea por moda, ya por darse mas tono, se cuentan entre sus discipulos, aparentan copiarlos, y se erijen en sub-precentores del jénero

humano; y como es mucho mas fácil decir injurias que alegar buenas razones, la costumbre de sus discipulos es el desenfrenarse en toda ocasion contra los militares.

EUJENIO.

Un necio encuentra siempre otro mas necio que le admire; ¿pero los militares sufren que se les ultraje tan impunemente?

LICHTENSTEIN.

Dejan ladrar á estos gozquecillos, y siguen su camino.

MALBOROUGH.

Mas ¿por que se encarnizan de ese modo contra la mas noble de todas las profesiones; contra aquella precisamente bajo cuya proteccion puede solo ejercerse en paz todas las otras?

LICHTENSTEIN.

Como son muy ignorantes en el arte de la guerra, creen que deprimiéndole, lograrán hacerla despreciable; pero como ya os lo tengo dicho, declaman jeneralmente contra todas las otras ciencias, y ensalzan sobre sus ruinas la jeometria sola, para concentrar en sus personas toda la gloria, y destruir asi toda otra que no sea la suya propia.

MALBOROUGH.

Pero nosotros no hemos despreciado ni la filosofia, ni la jeometria, ni las bellas letras; contentándonos con el mérito que contrajéramos en nuestra carrera.

EUJENIO.

Todavía he hecho yo mas. En Viena proteji á todos los sábios, y los distingui, aun cuando nadie hacia el menor caso de ellos.

LICHTENSTEIN.

Lo creo muy bien, porque vosotros erais unos gran-

des hombres, y esos pretendidos filósofos no son mas que unos tunos, cuya vanidad quisiera hacer algun papel; mas esto no impide que á fuerza de repetirse tan á menudo estas injurias, no lleguen al fin á perjudicar á la memoria de los héroes. Se cree que el ser filósofos es discurrir á diestro y siniestro, y que ganar la palma no es mas que aventurar paradoja sobre paradoja. ¿Cuántas veces he oido condenar vuestras mas bellas acciones con palabras tan indecentes como ridiculas, y trataros de hombres que habiais usurpado vuestra reputacion en un siglo de ignorancia, que carecia de verdaderos apreciadores del mérito?

MALBOROUGH.

¡Nuestro siglo, un siglo de ignorancia! ¡Ah! esto si que yo no pudiera sufrirlo.

LICHTENSTEIN.

El siglo actual es el de los filósofos. (*Obras de Federic. II.*)

NOTA Q.

Retratos de J. J. Rousseau y de Voltaire,

POR LA HARPE.

.....
 Dos sobre todo, cuyo nombre ilustre,
 Elocuencia y talentos admirables
 Del horror han fundado el poderio,
 Haciéndolo tan bello que se amase,
 Prepararon de lejos tal desgracia,
 E inesperados y terribles males,
 Que á su vista tal vez se asustarian
 Si con la prevision los contemplasen.
 Si, lo creo: testigos de sus obras,
 De los franceses el furor salvaje

Ellos desaprobáran altamente.
¡Escusa del orgullo miserable!
Quien el timon cojió, conocer debe
Bajios peligrosos de los mares,
Lejitimo perdon reclama el débil,
Abuso del poder es crimen grave.
En primer rango colocados ellos
Por espíritu y dones naturales,
En alta voz lecciones dirijieron
A los miseros pueblos ignorantes;
Su voz subió á los cielos á hacer guerra,
Corrió el mundo su acento formidable.
Emprendieron lós dos quitar al hombre
El yugo que su Dios no puso en valde,
Y al mundo su discípulo indiscreto
Deberán responder de golpes grandes,
Que descarga ese Dios por confundirlos.
Cargados de unas quejas incesantes,
Siempre comenzarán sus tristes nombres
La relacion de nuestro mal y ultraje.
A ese pueblo rebelde abrieron senda,
Vergüenza eterna al resultado cabe.

El uno que en sus años mas floridos
Con agravios nutrió su vida errante,
Marcó con un escándalo su aurora,
Metéoro siniestro de las artes,
Y por ensayo de impostor talento
Las artes calumnió, cuyo realce
Por sus únicos títulos tuviera,
De un cínico afectó vanos alardes,
Adornó paradojas increíbles,
Ennoblecíó el sofisma estravagante,
Y *verdad*, exclamó: mas ¿por que medios
Tan vergonzosos quiso acreditarse?

De la misera envidia cortesano,
En servirla y amarla se complace,
Adula la mas infima bajeza,
Y de la sociedad las mismas bases
Con su principio de *igualdad* socaba;
En un pueblo sembró, pueblo inconstante,
El novador espíritu, quimera,
Que nuestra Europa cubrirá de sangre.
Rousseau fue, pues, apóstol del orgullo:
Con sus elojios ponderar bien sabe
Su infancia, que en Jinebra se nutriera,
Y por vengar un libro, por vengarle,
De su patria turbó la paz querida;
Mientras que procuró por otra parte
En sus escritos arreglar el mundo,
Segun su ciudad pobre y miserable.
Su ingenio admiro, mas detesto el uso,
Su palabra es un fuego devorante,
Que entre tristes ruinas y despojos
Siniestra y fatal luz es lo que esparce.
Todo, y la verdad misma nos engaña
En sus escritos, y ese torpe engaste
De falso y verdadero, es lo que forma
De un sofista muy hábil el carácter.
Ya de una y otra ley apostatando
Admira el Evangelio, que es amable,
Y reprueba la fe: ya es un deista,
Ya un cristiano: ya se arma en el combate
Contra Jinebra y Roma, apura él solo
La inconstancia del hombre deleznable,
Pide una estatua, una prision implora,
Y por torcidas sendas y parajes
El amor propio su razon llevando
Hiere con un delirio lamentable
De sus últimos años la existencia;

Huye del mundo que le da su ultraje,
Al mundo se confiesa, y siempre altivo,
Levantando su acento formidable,
Dice al Dios que gobierna las esferas:

»Mejor por fin que yo no existe nadie.»

El otro, mas famoso y eminente,
Fue por años sesenta memorables
El dios de la armonía entre nosotros.
Ceñido de laureles inmortales,
Formado para suerte bonancible,
Dió á la Francia su nombre por realce.
Ese es Voltaire; nos vendió muy cara
Esa herencia sublime y tan brillante,
Cuando ya por su edad asegurado,
Y libre en su destierro, el vuelo grande
De su fogoso espíritu tomara
Sobre el siglo ascendientes admirables;
Cuando su indócil ambición tentaba
Con su Dios competir y destronarle,
En Ferney, su armería, sacudiera
Sobre la Europa májicos fanales,
Que en años treinta para horrible incendio
Relucieron con rayos funerales.
La impiedad poderosa por su medio
Con un esfuerzo ciego y espantable
Los tronos sacudió sobre la tierra
Que en el cielo pudieron apoyarse.
Por seducir, nacido ese proteo
Con todos los talentos singulares
De agradar y enojar, multiplicaba
Sus traidores venenos abundantes;
Armado del ridiculo, y huyendo
De la razón las armas celestiales,
Prodigando mentiras y calumnias,

Y las injurias con astutas sales,
 Disfraza la impostura de mil modos,
 Impone duramente al ignorante;
 Y á los hombres de ingenio va insultando;
 A la vulgaridad descender sabe;
 Hacer del vicio un juego, y en escuela
 Convertir los escándalos infames:
 Circula embellecida con los chistes
 La blasfemia, que es frívola y picante,
 Su autoridad al buen sentido quita,
 Rechaza con sofismas el exámen,
 Avergüenza al escrúpulo, y coloca
 Torpe incredulidad en alta clase.

NOTA R.

He aquí lo que Mr. de Montesquieu escribía en el año 1752 al abad de Guasco: «Huart quiere hacer una nueva edicion de las cartas persianas; pero hay en ellas algunas *mocedades* (*Juvenilia*), que yo quisiera antes retocar.»

Al pie de este pasaje se encuentra esta nota del editor: «Ha dicho á algunos amigos, que si hubiera de publicar ahora estas cartas, omitiria algunas en que se habia dejado llevar del fuego de la juventud; que obligado por su padre á estudiar todo el dia los *Códigos*, se hallaba por la noche tan fatigado, que por via de recreo se ponía á componer una carta persiana, que naturalmente le dictaba su pluma sin estudio.» (*Obras de Montesquieu*, tom. VII, páj. 233.)

NOTA S.

Voltaire, á quien me agrada citar á los incrédulos, pensaba así del siglo de Luis XIV y del nuestro. He aquí

algunos pasajes de sus cartas, que lo prueban bien, puesto que por ellos solos pueden llegar á conocerse los mas intimos pensamientos del autor.

»Racine es el único hombre verdaderamente grande, y tanto mas grande, cuanto menos aspira á quererlo ser. El autor de la *Atalia* es el hombre perfecto.» (*Corresp. jen.*, tomo VIII, páj. 465.)

»Habia yo creído que Racine seria mi consuelo, mas es mi desesperacion; porque es el colmo del atrevimiento el querer componer una tragedia despues de este grande hombre; así es, que yo no veo mas que piezas malisimas despues de él, y antes de él solo alguna buena escena.» (*Alli mismo*, tom. VIII, páj. 467.)

»Yo no puedo quejarme del buen modo con que os esplicais acerca de *Bruto* y del *Huérjano*; aun yo mismo convendré en que se encuentran algunas bellezas en dichas obras; pero repitámoslo, ¡viva Juan (Racine)! Cuanto mas se lee, mas se descubre en él un talento singular, sostenido por todos los primores del arte: en una palabra, si hay alguna cosa en la tierra que se acerque á la perfeccion, es Juan Racine.» (*Alli mismo*, tom. VIII, páj. 501.)

»Hoy dia es moda el despreciar á Colbert y á Luis XIV; pero esta moda pasará, y aquellos dos grandes hombres, con Boileau, quedarán á la posteridad.» (*Alli mismo*, tom. XV, páj. 108.)

»Facil seria demostrar, que todas las cosas pasaderas de la época actual, están sacadas de los buenos escritos del siglo de Luis XIV. Si nuestros malos libros no lo son tanto como los que se publicaron en tiempo de Boileau, de Racine y de Moliere, consiste en que en las insípidas obras de hoy dia, hay siempre algunos fragmentos que son palpablemente extractados de los autores del reinado del buen gusto. Nosotros nos parecemos á los ladrones que mudan y adornan del modo mas ri-

diculo los vestidos robados por miedo de que sean reconocidos. A esta supercheria se agrega la rabia de disertar y de paradojear; esto forma un conjunto el mas impertinente y un fastidio mortal." (*Alli mismo*, tom. viii, páj. 219.)

»Acostumbras á la escasez de talentos en todo jénero, al ingenio de los conceptos y de la agudeza hecho ya comun, y á la rareza del jenio creador y orijinal; á un diluvio de libros sobre la guerra para ser vencidos, sobre la hacienda para no tener un cuarto, sobre la poblacion para no tener ni cultivadores ni reclutas, y sobre todas las demas artes, para no sobresalir en ninguna." (*Alli mismo*, tom. vi, páj. 391.)

En fin, Voltaire ha dicho en su bella carta á Milord Hervey, todo cuanto se ha repetido y dicho mil veces despues, sobre el siglo de Luis XIV.

Año 1740.

».....Pero sobre todo, Milord, no os incomodeis tanto conmigo, porque yo di al último siglo el nombre de Luis XIV. Bien sé que Luis XIV no tuvo el honor de ser ni el amo ni el bienhechor de un Bayle, de un Newton, de un Halley, de un Adison, y de un Driden; pero tampoco lo hizo todo Leon X en el siglo que se denomina de este papa; muchos otros principes concurrieron á ilustrar y civilizar el jénero humano. Sin embargo, ha prevalecido el nombre de Leon X, porque este mas que otro alguno favoreciera las artes. Y ¿que rey ha hecho mas servicios á la humanidad que Luis XIV? ¿que monarca distribuyó mas beneficios y favores, ni dió mas pruebas de buen gusto, ni se señaló con tan bellos establecimientos? Sin duda no hizo todo lo que pudo hacer, porque era hombre; pero hizo mas que otro alguno, porque era un hombre grande: la razon mas poderosa para estimarle mucho es, que á pesar de sus

faltas, harto conocidas, ha conservado mas fama que ninguno de sus contemporáneos, y que no obstante haber privado á la Francia de un millon de ciudadanos, que todos tenian interes en disfamarle, toda la Europa le aprecia, y le coloca en la clase de los mas grandes y mejores monarcas.

»Señaladme, milord, un soberano que haya atraido tantos sábios estranjeros á sus estados, ni que haya fomentado y estimulado tanto el mérito de sus súbditos. Sesenta sábios de Europa recibieron á la vez recompensas de él, admirados de que les conociera.

»*Aunque el rey no sea vuestro soberano, les escribia Mr. Colbert, quiere sin embargo ser vuestro bienhechor; me manda remitiros la adjunta letra de cambio como una prueba de su estimacion.* Recibian estas cartas firmadas en Versalles un habitante de la Bohemia ó de la Dinamarca: *Guillemini* edificó en Florencia una casa con los presentes de Luis XIV, é hizo esculpir el nombre del rey en el frontispicio de ella. ; Y no querriais, milord, que yo le pusiese al frente del siglo cuya historia escribo!

»Lo que hizo en su reino debe servir de eterno ejemplo; encargó la educacion de su hijo y de su nieto á los hombres mas sábios y mas elocuentes de la Europa; cuidó de colocar los tres hijos de Pedro Corneille, dos en el ejército y uno en la iglesia; estimuló el naciente mérito de Racine con un regalo de mucha consideracion para un jóven desconocido y sin bienes; y cuando este ingenio llegó á la madurez, aquellos talentos que comunmente se ven escluidos de la fortuna, fueron el fundamento de la suya. Aun mas que ésta, le facilitaron ellos el favor y algunas veces la familiaridad de un soberano, cuya sola mirada era para otros muchos un beneficio. En 1688 y 1689 fue de los comprendidos en aquellos viajes de Marly tan solicitados por

los cortesanos: quedábase en la alcoba del rey cuando este se hallaba indispuerto, y le leía aquellas obras clásicas de elocuencia y de poesía que tan ilustre hicieron aquel famoso reinado.

»Luis XIV atendía á todo, protejia las academias y distinguia á los que sobresalian en ellas, y nunca se limitó á prodigar su favor á un jénero de mérito con exclusion de los demas, como lo hacen muchos príncipes, que favorecen no lo que es de mérito real y verdadero, sino aquello que les place: la fisica y el estudio de la antigüedad fueron constantemente el objeto de su estudio particular, sin que de este se distrajera del todo ni aun en medio de las guerras que sostenia en Europa; porque en tanto que hacia construir trecientas ciudadelas, y marchar cuatrocientos mil soldados, hacia tambien levantar el observatorio, y trazar un meridiano desde el uno al otro cabo de la Francia; obra única en el mundo. Hacia imprimir en su palacio las traducciones de los buenos autores griegos y latinos, y enviaba jeómetras y fisicos á lo interior del Africa y de América para adquirir nuevos conocimientos. Creed, milord, que á no ser por el viaje y los esperimentos de aquellos que envió á Cayena en 1672, y á no ser tambien por las medidas de Mr. Picard, jamás hubiese hecho Newton sus descubrimientos acerca de la atraccion. Un Cassini y un Huyghens, ambos dejaron su patria que tanto honran, para venir á Francia á gozar de la estimacion y de los beneficios de Luis XIV.

»Me oponéis, milord, el ejemplo de *Pedro el Grande*, que introdujo las artes en su pais, y que es el creador, digámoslo asi, de una nacion nueva, y añadís que á pesar de esto su siglo no se llamará en Europa el siglo del *Czar Pedro*. Paréceme que la diferencia es muy notable. Pedro el Grande se instruyó en los demas pueblos, y se llevó al suyo las artes; pero Luis XIV ha ins-

truido á las naciones, á las cuales, hasta sus faltas les han sido útiles. Los protestantes que salieron de sus estados, llevaron á vuestro mismo país una industria que constituía la riqueza de la Francia. Que, ¿os parece de poca monta tantas manufacturas de sedas y de cristalería? En particular estas últimas se han perfeccionado entre vosotros por nuestros emigrados, perdiendo así nosotros lo que habeis adquirido los ingleses.

»Por último, milord, la lengua francesa ha llegado á ser como la lengua universal. ¿Y á quien le debe esta singularidad? ¿Estaba por ventura tan estendida en tiempo de Enrique IV? No por cierto; pues en aquellos tiempos solo gozaban de este privilegio el español y el italiano. Nuestros excelentes escritores han hecho, pues, esta mudanza. Acaso direis: pero ¿quien ha protegido, alentado y empleado á esos excelentes escritores?— El ministro Colbert, añadireis. — Lo confieso en parte, milord, y aun convengo en que el ministro debe ser partícipe de la gloria del soberano. Pero ¿que hubiese hecho un Colbert bajo otro príncipe? Lo mismo que hiciera bajo el gobierno de vuestro rey Guillermo, bajo un Carlos II de España, y de otros muchos soberanos semejantes.»

»Y debéis saber, milord, que Luis XIV reformó el gusto de la corte en mas de un jénero. El fue el que nombró á Lulli músico de cámara, y quitó este privilegio á Lambert, solo porque este era un hombre mediano y aquel un hombre superior. Sabía distinguir la viveza del jenio; sujeria á Quinault los argumentos de sus óperas, dirigia las pinturas de Le Brun, sostenia á Boileau, Racine y Moliere contra sus enemigos, estimulaba las artes útiles lo mismo que á las bellas artes; y siempre lo hacia con conocimiento de causa: prestaba á Van-Robais dinero para fomentar sus fábricas; adelantaba millones á la compañía de las Indias que ha-

bia formado, y daba pensiones tanto á los sábios como á los oficiales valientes. No solamente se hicieron en su reinado grandes cosas, sino que era él el que las hacia. Permitid, pues, milord, que yo procure levantar á su memoria un monumento, que consagro tambien á la utilidad del jénero humano.

»No tan solo ensalzo á Luis XIV porque ha hecho bien á los franceses, sino porque ha hecho bien á los hombres; yo escribo como tal y no como súbdito: quiero hacer la pintura del último siglo, y no puramente la de un principe. Estoy ya cansado de aquellas historias en que solo se trata de las aventuras de un rey, como si fuese el único que existiera, ó como sino existiese nada sino con relacion á él: en suma, escribo mas bien la historia de un gran siglo que la de un gran principe. Peliffon hubiese escrito con mas elocuencia que yo; mas él era cortesano y era pagado. Yo no soy ni uno ni otro, y por tanto me toca decir la verdad. (*Corresp. jen.*, tomo III, páj. 53.)

NOTA T.

El abad Fleury, en sus *Costumbres de los cristianos*, opina que los antiguos monasterios están contruidos segun el plan de las casas romanas, tales como están descritas en Vitruvio y en Paladio. »La iglesia, dice, que es lo primero que se encuentra, á fin de que su entrada esté espedita para los seculares, parece que ocupa el lugar de aquella primera sala, que los romanos llamaban *atrio*: de alli se pásaba á un patio cercado de galerías cubiertas, que denominaban *peristilo*, lo cual es exactamente el claustro en que se entra desde la iglesia; y de donde se va seguidamente á las demas piezas, como al capitulo, que es el *exedro* de los antiguos, al refectorio, que es el *tridinium*, y al jardin, que

»está á espaldas de todo lo demas, como estaba en las
»casas antiguas.»

NOTA U.

En un poema de Mr. Alejandro Soumet, titulado la *Incredulidad*, se halla entre otras imitaciones del *Jenio del Cristianismo* el siguiente fragmento sobre las ruinas de los monumentos cristianos.

¿Quien no midió con pasos de tristeza
La basilica antigua abandonada,
En donde sus abuelos religiosos
Delante del Eterno se inclinaban ?
Esos mudos escombros elocuentes,
Ese umbral santo , donde veces tantas
Inclinando su frente sobre el polvo,
El arrepentimiento se humillara,
Y la súplica pura concibiera
De dulces alegrías la esperanza;
Esa hilera de tumbas que ha cubierto
El musgo , esa techumbre agujerada,
Aquesos vasos rotos , de los tiempos
Y de la muerte el gran poder proclaman.
El hombre los observa y da suspiros
Herido de la idea de su nada.
Nuestra imaginacion á esas ruinas
Vuelve su incienso y culto , y fiestas sacras,
Y de un siglo al través los himnos oye
Que religion cantó en esas moradas.
Allí se sonrojaba el himeneo;
Aquí el adolescente se inclinaba,
Cual su modesta ofrenda bello y puro,
Consagrando al Señor ante sus aras
Flores , frutos , primicias de la tierra.

Mas el tiempo pasó con su güadaña.
Y nada existe ya : la muerte ahora
Se mira allí dó sonrió la infancia;
Sobre el sagrado altar la yerba crece,
Y con su grito el ave funeraria
De continuo entristece esas paredes.
Alguna vez tan solo se adelanta
Un cenobita triste hasta este sitio,
Que viene á visitar la tumba helada
De un amigo ; miradle ora ; un recuerdo
Hácia aqui le conduce á visitarla;
De tumba en tumba su dolor discurre.
Entre esqueletos de figura humana
Testigos del dolor que le consume,
Y mármoles y ruinas que regára
Con su llanto, tranquilo , sin temores,
Su postrimero asilo él mismo labra.
A media noche el aquilon se lleva
Sus acentos : y el claustro su plegaria
Atento escucha , y lo repite luego.
Mas ¿ que invisible poder por fuerza me ata
A estos sagrados restos , y embellece
Estas paredes viejas tan gastadas ?
La relijion : con lazo misterioso,
Con su poder encantador le agrada
Unirnos á esos pios monumentos
Que por bien de los hombres Dios consagra.
El sepulcro del mártir , el peñasco,
Del pobre cenobita la morada,
Donde en largo destierro envejeciera,
A nuestro corazon todo le habla:
Y tú , signo sagrado] , del cristiano
Y del mundo á porfia venerada,
Cruz modesta , ¿ quanto es tu poderio ?
Con tus mudas lecciones enseñanza

Das al hombre, y parece que le dices:
 «Un Dios muere por ti, no olvides nunca
 Su santa ley.» Mas de una vez la calma
 Al arrepentimiento devolviera
 Tu inesperado aspecto, que prestára
 Llanto al dolor, remordimiento al crimen,
 Y al infortunio triste la esperanza.

(Nota del Editor).

NOTA X.

He aqui otro fragmento poético, tomado de las armonías del *Jenio del Cristianismo*, que forma parte de un poema de Mr. F. Barqueville, titulado *Las ruinas de los claustros*.

.....
 He aqui la celda humilde dó el Eterno
 Se eleva la piedad todos los dias:
 Aqui del corazon las inquietudes
 A su Dios con fe ardiente le confia;
 Ese altar fue regado con su llanto:
 Esas paredes aun ennegrecidas
 Con luto religioso, sus cantares
 Piadosos con frecuencia repetian;
 La misma devocion á las columnas
 Clavó de un santo ó mártir las reliquias,
 En esa estrecha cerca cultivaba
 Algunas flores, que eran de su vida,
 De su alma y sus costumbres pura imájen.
 ¡Que ideas sobre todo resucita
 Allá en mi pensamiento esa campana
 Que volteaba en los aires algun dia!
 ¡Cuantas veces del bronce los acentos
 Tan terribles, el alma endurecida
 Estremecer lograron del ateo,

Cuando su lenta y fúnebre armonía
 Anunció en el silencio de la noche,
 Que la vida un mortal á perder iba!
 Escuchad de las crédulas aldeas
 El relato: un fantasma, en la capilla,
 La quietud ha turbado á media noche
 Con el zumbido horrible que, tañida
 La campana, despues al oído deja,
 Y un terror nuevo cada noche avisa:
 Los pajarillos al nacer la aurora,
 Con sus trinos y alegre vocería,
 Daban siempre al labrador la seña
 De comenzar del campo las fatigas:
 Retumbaba de pronto la campana:
 Llenaba el templo jente campesina,
 Y en los altares niños y mujeres
 Por la cosecha en flor á Dios pedían.

NOTA Y.

OTRO FRAGMENTO DE LAS RUINAS DE LOS CLAUSTROS.

.
 Pero otras ruinas buscan mis pinceles
 Mas sublimes..... Corramos á esas rocas:
 De horribles tempestades negra cuna,
 A orillas de esa mar atronadora
 Que fecunda en naufragios siempre ha sido,
 Dó el hijo de Fingal en bellas trovas
 A los héroes cantára. Antiguos bosques,
 Un solitario valle dó se arroja
 El gamo á pastar yerba de las tumbas,
 Un torrente del cual las aguas brotan:
 Y con estruendo ruedan entre arbustos;
 El majestuoso trueno que rimbomba

En los aires só un cielo nebuloso,
El agreste murmurio de las olas,
El heleño sus fúnebres adornos
Con las góticas ruinas ya mohosas
De un claustro oscuro confundiendo , todo
Mis sentidos encanta y aprisiona;
De horror sublime todo en estos sitios
A mi asustada vista se colora.
Ya la imaginacion la eterna nieve
Que los montes altisimos corona.
A los rayos del sol inalterables,
Abraza , y mil recuerdos atesora
De los pueblos. La mente todavia
Que sigue le parece á esas piadosas
Y solitarias almas que vagaban
Por bajo de los arcos de las toscas
Bóvedas de ese triste monasterio;
Percibe los suspiros que trasporta
La brisa de la tarde ; quieta escucha
Delirante , en silencio , la armoniosa
Triste queja del órgano, que jime;
Y sueña que de lejos se remontan
Conciertos invisibles por los aires;
Y alzando del altar las piezas rotas,
Que existe aun le parece , y que al Eterno
El sacrificio se repite ahora.

(Nota del Editor).

NOTA Z.

Los oficios tomaron sus nombres de la division que hacian los romanos de las horas del dia.

La primera parte del dia se llamaba *Prima*, la segunda *Tertia*, la tercera *Sexta*, y la cuarta *Nona*; porque comenzaban á la hora primera, tercera, sexta y nona. La primera vela se llamaba *Véspera*.

NOTA A. a.

»Algunas veces celebraba la misa con la lijereza que suele producir la costumbre aun en las cosas mas graves, cuando se practican con mucha frecuencia. Desde que me rijo por mis nuevos principios, la celebro con mas intencion, penetrándome de la majestad del Ser Supremo, cuya presencia reconozco, y de la insuficiencia del espiritu humano, que concibe tan poco lo que tiene relacion con su autor. Pensando en que le presento los votos del pueblo bajo una forma prescrita, observo con escrupulosidad todos los ritos, leo con cuidado, y procuro no omitir una sola palabra, ni una sola ceremonia. Al acercarse el momento de la consagracion, aumento mi recojimiento para hacerla con todas las disposiciones que exigen la iglesia y lo augusto del Sacramento, y entonces procuro hacer el sacrificio de mi razon ante la suprema intelijencia. Y me suelo decir: ¿Quien soy para sondear el poder infinito? De este modo pronuncio con respeto las palabras sacramentales, esforzándome en dar á su efecto toda la fe que depende de mi. Por incomprendible que sea este misterio, no temo que en el dia del juicio se me condene por haberle profanado en mi corazon.»

(*Rousseau, Emil.*, t. III).

NOTA B. b.

»Los absurdos rigoristas en materia de religion, no han llegado sin duda á conocer el efecto que producen en el pueblo las ceremonias exteriores. Esto prueba que jamás han asistido en viernes santo á la adoracion de la cruz, ni han observado el entusiasmo de la multitud en la procesion del Corpus; entusiasmo de que yo mis-

mo participo algunas veces. Porque siempre me ha palpado el corazón, y he sentido mis ojos bañados en lágrimas al recorrer esa larga hilera de sacerdotes revestidos con hábitos sagrados, esos jóvenes acólitos cubiertos con albas blancas, ceñidos con largos cinturones azules, y derramando flores delante del Santo Sacramento; esa multitud que les precede y le sigue en profundo silencio; tantos hombres prosternados en el suelo, y al oír ese canto grave y patético, entonado por los sacerdotes, y repetido con afecto religioso por una multitud de voces de hombres, de mujeres, de doncellas y niños. Este aparato tiene un no sé qué de sombrío y melancólico; y tanto, que he conocido á un pintor protestante, que había vivido en Roma mucho tiempo, convenir en que jamás había visto officiar en San Pedro al soberano pontífice rodeado de cardenales y de preladados, sin hacerse en aquel momento católico.

Ahora bien, suprimid todos los simbolos sensibles, y todo lo demas quedará reducido á un galimatías metafísico, que tomará tantas formas ridiculas, cuantas cabezas habrá alrededor.”

(DIDEROT, *Ensayo sobre la pintura.*)

NOTA C. C.

LA FIESTA DEL CORPUS EN UNA ALDEA. (1).

POR MR. DE LA RENAUDIÈRE.

Cuando Cancer ardiente los calores
Fecundantes envia con que dora
Las cosechas, y pinta flores varias,
Con tales dones la natura hermosa

(1) El autor de este poemita parece que lo trabajó inspirado por sus propias ideas, ó mas bien, por las que concibió a

Aumenta con orgullo su belleza;
 Sobre un trono el estio en réjia pompa,
 Lleno de luz, en medio de su córte,
 Se aparece. En los campos que corona
 De gracias su presencia, todo augura
 Placer, ó la abundancia siempre otorga.
 En estos bellos dias luminosos,
 Cantos de amor al ciclo se remontan-
 Del hombre alegre de esperanza lleno,
 Y la piedad guirnaldas olorosas
 Al Dios de las alturas le tributa,
 De quien el cielo y tierra fueron obra.
 ¡Oh! ¡cual me encantan sus ofrendas puras,
 De las ciudades lejos, á la sombra
 De los tranquilos campos, que parece
 Hacen nacer la gratitud hermosa!
 Todo aqui un cielo bienhechor nos muestra,
 Y hácia él mas pura nuestra voz remonta.
 Todo es candor; y cuanto el pecho siente
 Mejor aqui espresar el labio logra.
 De la campestre pompa el lindo cuadro
 Muéstrase vivo ante mi vista absorta.
 Me entrego á contemplar de las aldeas
 Otra vez aun las fiestas deliciosas;
 Y esta imájen feliz mi pincel mueve.

 Ya el sol allá por la azulada bóveda
 A torrentes la luz sobre nosotros
 Vertia al avanzar en su carroza,

la vista de una procesion en C.... Hallanse ademas algunas que pertenecen á Chateaubriand. Aunque este poemita se insertó en el *Mercurio* de 2 de Julio de 1808, hemos procurado sin embargo publicarlo ahora con las adiciones que el mismo autor ha creído oportuno comunicarnos.

(Nota del Editor.)

Cuando alli junto al templo, los aldeanos
Un grupo reunidos solo forman
Alrededor de las sagradas tumbas
De sus abuelos, que en verdura tornan
Su antiguo luto, cual vestir queriendo
Las mismas galas que á esperanza adornan
¡Con que placer en tan felice dia
Contempla él otra vez el brillo y pompa
De las solemnes fiestas que el ateo
Proscribió con sus leyes ominosas!
¡Con que delirio y entusiasmo entonces
La multitud á su pastor recobra!
Las sacras vestiduras, harto tiempo
En criminal olvido, al fin le adornan.
Como el convaleciente que escaparse
De entre las garras de la muerte logra,
A la natura su primer mirada
En ademan de acariciarla arroja;
El antiguo pastor asi abre su alma
Cuando otra vez su patria á pisar torna,
A la ternura y sentimientos dulces.
En los dias de luto y de zozobra,
Sus virtudes tambien y su entereza
Pagaron sobre estraña tierra, odiosa,
Diez años en destierro transcurridos.
El allá desde márjenes remotas
Jemia por la iglesia, dó cantaba
Del Señor los favores y las glorias,
O cautivaba con sencillas voces
Los corazones todos; por la sombra
Del jardin que él plantó, por sus amigos
De infancia, el presbiterio humilde, y toda
Su modesta fortuna. ¡Objetos caros!
Sus ojos ya por fin á verlos tornan;
Olvida el alma los pasados males,

Y en su rigor y suerte poco próspera
El pan del pobre amasa todavía.
Pronto de la campana la sonora
Voz anunció el momento de la marcha,
Y el pueblo que en dos filas ya se forma
Comienza á andar. Huid de esos lugares
De ciudades brillantes, faustüosas.
No aqui se ven tejidos primorosos,
Ni el oro ni la púrpura se notan,
Ni el altar del Señor de la natura
Cubierto está de flores inodoras,
Hijas de la ficcion. Del poderoso
La grandeza tampoco aqui orgullosa
Viene á ostentar el esplendor del lujo.
¡Cuan preferible es la aldeana pompa!
Modesta, sin arreos, algo rústica,
El corazon piadoso se enamora
Y enternece á su aspecto. Los ancianos
Hijos del valle, cuya frente tosca,
Calva atestigua su útil existencia,
Sin órden avanzando en silencio oran:
Del sagrado estandarte precedida,
No lejos se mostraba la piadosa
Comitiva despues ante mis ojos,
Y presto de los árboles las hojas
Con placentera sombra la cubrian.
La jente se apretaba alli gozosa
Por estrecho camino á Dios siguiendo,
Y el espacio mil voces sonoras
Con sus sagrados cánticos llenaban.
De los reyes al Rey á quien adoran,
Bajo los verdes toldos esparcian
Las jovencitas deshojadas rosas,
A porfia sembrando sus colores,
Y uniendo á la fragancia que atesoran

Las flores , el perfume del incienso
Que hizo á Sabá en un tiempo poderosa
Del labriego á la voz sus dulces trinos
Tambien uniendo á las campestres pompas,
Volaba el pajarillo , y encendiendo,
Con ese fuego que fecunda y dora,
Los pórticos el sol de su palacio,
Su resplandor en las espesas copas
De los árboles luego detenía
Placiame ver la jente labradora
Debajo la arboleda , celebrando
Del podoroso Dios las altas glorias,
Cual solian allá en la edad primera.
Aquella jente en su virtud dichosa
No pedia el faustoso y vano lujo
De las nuestras ciudades corruptoras,
Ni de nuestros palacios la hermosura,
Ni nuestras diversiones rüidosas,
Ni las nuestras grandezas humillantes
»Tenednos , gran Señor , misericordia,
»Benedicid nuestras mieses y ganados,
»Esclamaba ; que un dia en estas chozas,
»Reunidos nuestros hijos con nosotros,
»La vejez de una vida laboriosa
»Alegren , y que nunca su destino
»Las lágrimas arranque de congoja,
»Y siempre entre placeres tan sencillos,
»Fundando en el amor la dicha sola,
»En esos bellos campos nuestras almas
»Siempre estén ocupados como ahora.
La procesion entonces á la aldea
Se encamina con santa parsimonia.
¡ Ah ! ; que cuadro tan tierno se ofrecia
A mis ojos ! En sus cabañas toscas
Detenidos los débiles ancianos,

Por su lozana juventud briosas
Suspiraban. Ancianos, consolaos,
Vuestros fecundos campos que enamoran,
De constante trabajo vuestra vida,
Y esa vuestra alma pura y caudorosa
Que la venganza nunca ha conocido,
Que al infeliz consuela á toda hora,
Que á la indigencia humilde siempre acoje,
En el cielo un asilo os otorgan.
En la tierra os ofrecen alta dicha
Vuestros hijos, que al veros siempre doblan
Su alegría; sonriendo ellos encantan
Vuestra vejez, y calma y aminora
Esa dulce sonrisa los dolores.
Al declinar el día, cuando torna
La procesion, despues que el horizonte
Ya con menos calor y con mas sombra
Se guarnece de púrpura, y que el viento
De la tarde se escurre entre las hojas,
Vendrán de amor filial por las delicias
Gozar, que aqui reunidos con vos gozan;
Y ágiles crecerán, y embellecidos
Só la estrella que os guarda bienhechora;
Y en esos bellos días del patriarca
Creereis aqui obtener las dichas todas.
La fiesta ora me obliga á abandonaros:
No muy lejos estiende sus pomposas
Ramas un roble viejo, que la hiedra
Circunda y por los años negro ahora.
Alzaban á su sombra un verde trono
Las jóvenes alli al nacer la aurora;
En el rústico altar despues formaba
En festones el musgo bellas orlas,
Y su blancura el lirio balanceaba,
Y mostraba tambien fragante rosa

En lindos ramilletes su frescura.
Sobre aquel trono ornado en esta forma
Por la pura inocencia, Dios eterno
La potestad que el mundo nos pregona
Depusiera un instante. Al grato aspecto
De aquellos sitios mi alma se alborozaba
Sintiendo de la calma la dulzura,
Y la mente tranquila y sin zozobra,
Solitaria y en Dios solo pensando,
Por un mundo mejor este abandona.
Cesando entonces la solemne calma,
Cerca el altar con pausa religiosa
La jente que subiera de la aldea.
; Con que santo respeto se coloca
El párroco, y pisando en su camino
Las deshojadas flores olorosas,
Lleva al Rey de los reyes, y le muestra
Só el misterioso emblema de la hostia!
En seguida la jente se arrodilla,
Y al Dios del universo con fe adora.
Creen todos que Dios ha descendido
Hasta su corazon; mas no le notan
Irritada la faz ni vengativa,
Cual deberá mostrarse en la última hora,
Cuando con frente airada se presente
Sobre la tierra desquiciada y rota,
Y juez severo al espantado mundo
La equidad de sus leyes protectoras
Proclame, que los hombres despreciaron;
Ven solo á un Dios que tierno se despoja
De su esplendente brillo, que cual padre
Se muestra á su familia cariñosa,
La desgracia acojiendo, y la esperanza
De una suerte mejor en que no torna
De sufridos dolores el recuerdo,

Llevando al corazón que ante él se postra.
Su modesto pendon la jente lleva
A la mansion antigua donde se ora.
Mas ¿que grupo armonioso se presenta
En confusion marchando silenciosa
Junto al sagrado pábulo en este instante?
Distingo de la aldea á las matronas
Ornadas con sus hijos. A sus ojos
Todo rie, y en dicha se trasforma
En tal dia, y de su alma la ventura
En sus alegres ojos bien se nota.
Reuniendo allí sus gracias á porfia
Las jóvenes tambien con blancas tocas
Revestidas, parece reproducen
Los ángeles de amor que el cielo gozan.
Todas siguen al Dios de la natura;
Como su corazón su voz ignora
La mentira; sus dulces tiernos cantos
La piedad los exhala por su boca,
Y llevadas sus voces por el viento
Hasta los cielos llegan, y sonoras
Con los celestes cantos se confunden.
En masa sale luego la piadosa
Comitiva á llenar el templo augusto,
Y comienza despues la ceremonia:
El misterio de amor que el alto cielo
Propicio al pecador al fin le torna,
Y aun las penas amengua del difunto,
De aqueste dia el esplendor corona.

NOTA D. d.

Jacobo Delille, autor del poema de *la Compasion*, no se ha desdeñado tampoco de tomar algunos rasgos al capítulo sobre la fiesta de las *Rogativas*.

Ya en la nueva estacion á ver tornamos
Esa solemnidad alegre y bella,
En que la religion , del hombre estrella.
Con su piadoso culto favorece
La aficion laboriosa de los pueblos:
Y ya desde que Mayo se embellece,
Comienzan las agrestes poblaciones
En los campos sus largas procesiones.
Apenas la señal
De esta gran fiesta da en nuestros corrales
El chantre matinal,
Ya los niños , los viejos y mujeres
El palacio abandonan y cabañas,
Y á la puerta del templo calocados
En dos filas se parten ordenados.
Preséntase en seguida
El cura respetable de la aldea,
Pastor muy cariñoso,
Que á su rebaño con la fe convida.
El mismo presuroso
De antemano dispuso ya la fiesta,
El orden , la salida,
La ruta , y el descanso y el regreso.
Ya salen : ¡ que embeleso !
De dulce primavera
Céfiro blando sopla en la bandera,
Y en los aires la mece y la entretiene;
La cruz de plata viene
Despues tambien , y el mas rico tesoro,
Que es su patron cerrado
En la capilla de oro,
Mártir un tiempo , apóstol
O supremo pontífice de Galia.
Bajo este rico peso se doblegan
Sus espaldas. Los frescos vientos juegan

De sus albas de lino con los pliegues;
La capa con bordados de oro puro,
El cingulo de seda,
El imponente traje religioso
La pompa desplegando,
Su grave esplendor luce,
Y los sencillos campos admirando,
A los rayos del sol aun mas reluce.
El sacerdote marcha á la cabeza
Sin cesar en su libro murmurando;
Despues con entereza
Las voces esforzando,
Entona los responsos
Con los brillantes himnos alternando.
A su placer cada uno
Ocúpase en el santo itinerario.
Ya toma uno el rosario
Con santa devocion;
Los santos á su vez un otro invoca,
Los nombres apuró del calendario,
Y ruega con gran celo
Porque merced mayor le otorgue el cielo.
De piadoso entusiasmo enardecido,
Un otro del profeta
Los versículos canta conmovido.
Sus votos y sus himnos y oraciones
Confúndense del viento en las rejiones,
Hasta el olimpo llegan,
Y en el valle, en el bosque y los vacios,
De las rocas el eco sonoro
Su voz oye, y repite presuroso,
Y sus cantares píos
Unidos se remontan á los cielos.
Ya marchan: la ojjiacanta
Su ruta ha perfumado;

Cantando , los arroyos y los rios
Costean ; de los árboles menores
Una nube despréndese de flores;
Y sus pies blandamente resbalando
En tierra preparada,
En liquidos rubies caminando
Dispersan la rociada.
Los bosques salvan , altos y zarzales,
Despues el verde prado y tiernas mieses.
Tambien algunas veces
En la alta cumbre allá de una colina,
Que altiva y orgullosa
A los campos vecinos les domina,
Sus venerables manos
Estiende el cenobita,
Y á Dios por los racimos florecientes
Le ruega y por los granos.
Como las aguas frescas,
De los cielos cayendo cual vertientes,
Bañan la tierra toda y la fecundan,
Asi las bendiciones
Sobre las tiernas plantas y los frutos
Descienden para bien á borbotones,
Y los valles , los campos , las riberas,
Se muestran placenteras,
Las hojas reverdecen,
Y sin notar el modo,
Tambien se abren las flores y recrecen:
Parece ante ellas que prospera todo;
Guia siempre sus pasos la esperanza,
Que el ruego da confianza.
Con rostro alegre todo ella lo apresta,
Y en los llanos se cierne y en los valles,
Y de los altos montes en la cresta,
Encuentran bajo un roble en el camino,

Bajo un olmo una rústica capilla,
Un santo de una aldea.....
Y sus pasos detienen de contino
Dó quiera que se vea,
Y el santo y los altares
Los sus votos reciben y cantares
Despues la noche llega, esparce su beleño,
Y alegres fantasias
Van á mecer su sueño.
Una dichosa idea les predice
Que llenarán sus trojes y bodegas
De frutos y vendimias abundantes,
Y en sueño tan felice,
Hasta la aurora oprimen dormitantes
Almohadas de espigas y de flores.
Los frutos piensan ver y las gabillas,
Y gozan ya contentos los tesoros
Que espera su ambicion.
¡ De sencillos placeres y primores
Bella y feliz mansion!
En este hermoso sitio todavia
Ver creo el fausto dia,
En que niño mezclábame entre niños
Del pueblo, y orgulloso he acompañado
La santa comitiva.
¡ Despues de mucho tiempo no he gozado
Tan bella prespectiva!

(Nota del Editor.)

NOTA E. e.

Nuestro *dia de las almas*, ó conmemoración de los difuntos, se diferencia de los *Feralia* de los antiguos romanos, en que estos celebraban únicamente la memo-

ria de los ciudadanos que habian muerto durante aquel año. Esta celebracion comenzaba en 18 de Febrero, y duraba once dias consecutivos: durante cuyo tiempo se suspendia la celebracion de matrimonios, se cubrian las estatuas de los dioses, y se cerraban los templos. Los romanos, imitando en esta parte á los griegos, nos han trasmitido los aniversarios que celebramos en los dias siete, nueve y cuarenta, despues del fallecimiento de alguno. Los griegos hacian sacrificios, y presentaban ofrendas á los dioses infernales por las almas de los finados, y celebraban funerales, entierros y novenarios, y á los treinta dias las Tricades y Triacontades.

Los latinos tenian sus *Justas*, *Exequiæ*, *Inferiæ*, *Parentationes*, *Novendialia*, *Denicalia*, *Februa* y *Feralia*.

Próximo á espirar un moribundo, un amigo, ó el pariente mas cercano, aplicaba sus labios á los suyos para recoger su último aliento; y así que espiraba, se entregaba el cuerpo á los *Pollieustores*, á los *Libitinarios*, á los *Vespillos*, y á los *Designadores*, como encargados de labarlo, embalsamarlo y llevarlo al sepulcro con las ceremonias acostumbradas. Delante de la comitiva marchaban los pontífices y sacerdotes, y llevábanse los cuadros que representaban los hechos, coronas y trofeos de los abuelos del difunto. Precedian esta pompa dos coros, de los cuales el uno entonaba cánticos alegres y rápidos, y el otro graves y sentimentales. Los antiguos filósofos creian que el alma (que suponian no era mas que una armonia) se elevaba al Olimpo al eco de estos acentos lúgubres, para gozar entre los dioses de aquella melodía, de la que no era mas que una emanacion (*Vid. MACROBIO sobre el sueño de Scipion*). Depositaban luego el cuerpo en el sepulcro, ó en una urna funeraria, y se le daba el último adiós: *¡Vale, vale, vale. Nos te ordine quo natura permiserit sequemur!*

Creemos que no disgustará al lector que insertemos

en este lugar un excelente trozo del poema de Mr. de Fontanes, bajo el título de el *Día de las almas en el campo*, y cuya traducción ofrecemos con alguna libertad:

Ya Sajitario cruel desde los cielos
Tendido había su arco, y asolaba
La tierra enfurecido que espantaba;
Los montes y los campos,
Y los prados sin flores no ofrecían
Mas que despojos tristes por dó quiera:
Ya Noviembre también contado había
Ceñudo el primer día,
Y entonces yo dichoso,
El declinar del año contemplando,
Gozaba de los campos el reposo.
¡Y á que poeta la vista encantadora
De la naturaleza,
La vista de su pompa y su belleza
No halaga y enamora!
¡Ni que mortal sensible no ha gustado
Alguna vez siquiera la hermosura
De los cuadros monótonos de otoño!
¡Con que triste dulzura
El dolor pensativo se pasea,
Por la tarde, y recorre á lento paso
Aquellos nuestros valles sin colores,
Sin gozo ni frescura!
Busca el árbol que mas amarillea,
Y gózase del viento en el murmurio
Que va arrancando la última verdura.
Para mi ofrece aqueste sordo ruido
Placer desconocido.
Si la selva se ajita de repente,
Paréceme al instante
Que allí la voz de un tierno amigo ausente

Murmura entre el follaje ya marchito.
En esta época triste,
En que á la muerte todo se encamina,
La relijion de luto se reviste;
Parece mas augusta y peregrina;
Y su esplendor divino se acrecienta
Al aspecto del mundo envuelto en ruina.

Hoy su voz torna á abrir el sacro asilo,
Dó yacen sus abuelos,
Renovando costumbre tan piadosa:
Este recuerdo ¡oh, cielos!
Ocupa al pensamiento todavía.

La aurora aparecía,
Volteaba la campana estrepitosa,
Sus lúgubres sonidos
Del norte fiero uniendo á los silbidos,
Anunciaba la fiesta de los muertos.
Hácia el templo corrian las mujeres,
Los viejos y los niños.
Preside allí un mortal, cuya palabra
Y ejemplo les mantiene
A las tribus en paz siempre perene,
Y allí su dicha labra.
Un sacerdote amante
De las leyes, celoso sin exceso,
Sin ambicion de gloria ni de mitra,
Querido de sus fieles, no ha buscado
Un titulo mayor que el que ha alcanzado;
Y del apóstol santo imitador,
Como él ha merecido
El dulce y grato nombre de pastor.
Jamás el fanatismo en sus sermones
Contristó de las fiestas la alegría;

Es pobre , y alimenta
Al pobre condolido.
Si alguna vez al lecho del anciano
Le llaman , afanoso se presenta;
Su voz hace calmar el sufrimiento,
Y parece que baja la esperanza
Conducida del cielo por su mano.

»Jamás , le dice , hermano,

»Debeis temer los golpes de la muerte;

»Elevaos á Dios , que ya os espera,

»Y con piedad os mira:»

Y hablando de esta suerte,

Consuélase el enfermo,

Y sin temor espira.

Despues que en el descanso en fin respira

El hombre de los campos,

Y el doble sulco deja con el toro,

Este sencillo Fenelon nos lee,

Del alto Dios que sirve las palabras,

Que son rico tesoro.

Jamás de las escuelas las disputas

Renueva , esas cuestiones

Que á Próspero ajitaron,

A Tomas , á Pelajeo y á Calvino,

Y nunca terminaron.

En tal dia de gracia y de venganza,

Lejos de armar contra ellos el divino

Enojo , les recuerda el santo objeto

Que á todos les reúne , y la tristeza

Al fin logra endulzar con la esperanza.

»Ayer , él les decia;

»Nuestros himnos y cantos de alegría,

»En dulce competencia,

»A esos dichosos muertos celebraban,

- »Cuyo inflamado celo
 »Conquistar supo en vida el alto cielo.
 »Lloremos hoy por esos tristes manes,
 »Cuyo gozo consiste en nuestro duelo.
 »Nuestra súplica alcanza poderosa
 »A todos aliviar los que padecen
 »Tormento pasajero todavía.
 »Visitemos del muerto la morada
 »Terrible y silenciosa.
 »¡ Ah! el hombre allí se acerca,
 »Y á su pesar á un tiempo allí descende,
 »Y se convierte en nada.
 »Mas al fin romperá celeste rayo
 »La lúgubre rejion de los sepulcros.
 »Despues sus moradores
 »Bajo su antigua forma, sorprendidos
 »Dispertarán, de nuevo los fulgores
 »Mirando repetidos,
 »De aquella luz primera ya perdida.
 »¡Que libre entonces yo hácia un nuevo mundo
 »En triunfo lleve á Dios mi grey querida!"

Dijo : y luego el augusto sacrificio
 Dispuso. Ora sus brazos estendiendo
 Volvianos el cielo mas propicio;
 O adoraba inclinado humildemente.
 ¡ Solemne instante! El pueblo arrodillado;
 El templo cuyos pórticos el musgo
 De verde ha chapeado;
 Esas paredes viejas;
 La luz sombría y góticas ventanas;
 La lámpara de bronce que en lo antiguo,
 Cual simbolo del sol y de lo eterno,
 Para el Señor lucia,

Pendiente ante el altar de noche y día;
La majestad de un Dios que entre nosotros
Desciende omnipotente;
Las lágrimas, los votos y el incienso
Que hácia el altar se eleva;
Las jóvenes hermosas
Que por sus madres siempre acompañadas,
Con la su voz purísima é inocente,
Endulzan todavía
Las pompas religiosas;
Ese órgano que calla;
Ese piadoso y lúgubre silencio;
La union santa, invisible,
Del cielo con la tierra,
Todo inflama y admira al ser sensible,
Que olvidando los males de este suelo,
Ya piensa haber salvado
El mundo inaccesible,
Donde con arpas de oro,
De inmortales querubes rejio coro,
Himnos canta sin fin al Dios del cielo.
Sin fuerza á Dios entonces se comprende,
Que Dios se oculta al sábio
Que su poder medir necio pretende,
Y al tierno corazon se manifiesta,
Llenándole de gozo y de contento:
Que la idea de un Dios, mas que de prubeas
Necesita del alma el sentimiento.
Mas del templo á salir ya se apresura
La jente toda en grupos separada,
Y de la muerte á la mansion oscura
Camina desólada.
De la sagrada cruz el estandarte
Dirije nuestros pasos.
Los cantos majestuosos á los muertos

Consagrados, al ruido se mezclaban
Que nuncio se presenta
De recias tempestades.
Oscuros nubarrones se estendian
Sobre nuestras cabezas, que espantaban;
Y nuestras tristes frentes
Y fúnebres conciertos,
Con el luto del campo y la tormenta
Acordes caminaban.

En tanto, de esta suerte
Llegamos al asilo de la muerte.
El tejo, el triste box, la estéril hiedra,
La zarza y el espino,
Alli dó quiera medra.
Y vense alli tambien tilos dispersos,
Y el viento con silbidos.
Sobre sus copas corre ya marchitas.
No muy lejos sus aguas estravia
Un rio caudaloso,
Y á tal aspecto observa el alma mia
En las calladas tumbas,
Y en el tropel del mundo,
El movimiento eterno y el reposo.

¡ Con que santa alegría,
Todo ese pueblo honrando á sus abuelos,
Con triste afan buscaba,
O la piedra ó el cesped que ocultaba
Sus restos tan queridos!
A los que amó en un tiempo ora llamaba,
Y tornarlos á ver tambien creia.
Mas ¡ ay! ¿ en la morada de los muertos
De un amigo pudieran las cenizas
Hoy nuestros ojos encontrar inciertos?

Los que murieron son cual desterrados,
 Sus derechos son todos violados,
 Y sus restos sin gloria, á la ventura
 Entre otros hacinados,
 ¡ Ah! ya contra nosotros ora siento
 Sus mañes levantarse en mil lejiones.
 Temblemos, si, temblemos;
 Maldito sea el tiempo y las naciones
 Que así se degradaron,
 Que el culto de las tumbas olvidaron.
 Aquí al menos los muertos no han sufrido
 Ultrajes de abandono ó de insolencia,
 Y conservan en paz su última herencia.
 No han ocupado mármoles sus nombres.
 El pastor, hacendado y el labriego,
 Sólo estas piedras sin arte colocadas,
 Descansa eternamente con sosiego.
 Quizás ellas ocultan un Turena,
 O algun Corneille, que en este santo sitio
 Vivió en el abandono mas profundo;
 De si mismo ignorado cual del mundo.
 Mas ¡ ay! si de la tumba
 De nuevo despertára,
 Y grande en las batallas, y sublime
 En el teatro, su nombre todavía
 Al populacho idólatra admirára,
 ¿ Mas tranquilo su sueño ora sería?
 ¡ Yo aqui junto á los muertos olvidára
 Aquese afán de nombre,
 Esa fama, ese ruido de que el hombre
 Se muestra tan celoso!
 Ellos en mí tambien despertarian
 Los mas puros y austeros pensamientos.
 ¡ Que espectáculo! Un lúgubre jemido

Sordo vágó sobre el fatal cercado.
Presto se oyen los gritos y sollozos,
Y santos juramentos;
Todos lloran, y todos tristes jimen;
Una jóven beldad tan solo veo
Que su dolor oculta con cuidado.
El llanto á su despecho,
Sus ojos manan tristes, distraidos;
Salen hondos suspiros de su pecho,
Y trémula su planta bambolea.
¡ Ah! no es estraño, no, que asi se vea:
El amante ha perdido que adoraba;
Aquel que para esposo
Su alegre corazon elijió un dia,
Y ahora le promete todavia
No ser jamás perjura.

Tambien allá una viuda,
No lejos de ese tronco sin verdura,
Lloraba por su esposo;
Y allí á su lado un niño de tres años,
Que ignoraba infelice todavia,
Cuál desgracia será no tener padre,
Tambien lloraba al ver llorar su madre.
De su hijo amado la temprana muerte
Al destino otra madre le acusaba,
Y la piedra en sus brazos abarcaba
De su sepulcro frio.
Aqui los labradores
Con arrugadas frentes, temblorosos,
Todavía á rogar tambien venian
En este santo sitio, dó pedian
Para aplacar los cielos,
Santa oracion y preces sus abuelos.

Algunos viejos tristes,
Con tierna voz doliente,
Un sepulcro estrechaban aun reciente.
Era el de Humbert, mortal muy respetado,
Despues de nueve soles
En ese santo sitio ora enterrado.
Toda su vida fue útil á su patria.
Las granjas del contorno
El sol entonces fértiles volvía;
Los árboles que alli plantára un dia,
Los que él hizo felices
Contarán á sus nietos sus favores,
Que á menudo recuérdanse y se elojian
Allá en nuestras veladas,
Cuando de invierno crudo los rigores
Nos dejan las comarcas asoladas.

.....
Esas fuertes murallas tutelares,
Sus brazos las alzaron;
Las aguas de ese rio sublevadas
Con ellas sujetaron:
¿Y cuanta vez tambien los alborotos
Nacientes los calmaron?
El solo aquesos montes
Engalanó con uvas las primeras,
Y él mismo trasplantára á las moreras
Ese gusano activo que en silencio,
Con admirable ciencia,
Se encierra en redes frájiles, hiladas
Despues por la opulencia.
¡Ah! mereces, anciano jeneroso,
De aqueste santo dia los honores,
Nuestro llanto sin duda y nuestras preces.
Pasa tambien el sacerdote agosto
La fiesta guiando, y párase en seguida

Ante el pobre sepulcro de aquel justo.
 Allí el canto resuena
 Que á los muertos les libra de la pena;
 Y en su éstasis piadoso
 El pueblo ha recorrido ya tres veces
 El sepulcral recinto;
 Y tres veces tambien el sacerdote
 Allí el agua bendita fue esparciendo,
 Y el eco de las tumbas á los manes
 Contentos, se oyó entonces repitiendo
 Muy suave de este modo:
Que descansen en paz. Callóse todo;
 Y despues ¡oh presajio afortunado!
 El cielo vió alejarse la tormenta,
 Y el sol hasta la tarde
 Consuelo dió á la tierra ya contenta.

Fin del tomo segundo.

Cap. II. De la ciencia	14
Cap. III. Parte histórica de la poesía descriptiva	15
Cap. IV. De las descripciones del paisaje	17
Fin del tomo segundo.	
Cap. V. Caracteres del verdadero poeta	20
Cap. VI. De las especies de las novelas	22
Cap. VII. De los cuentos	31
Cap. VIII. De las novelas	35
Cap. IX. Aplicación de los principios establecidos en las novelas precedentes. — Caracteres de Salsaparilla	38
Cap. X. Arrogancia poética. — Fábula en los bosques de Gortago, narrada en el sepulcro de Filipo	

INDICE.

SEGUNDA PARTE.

POETICA DEL CRISTIANISMO.

LIBRO CUARTO.

DE LO MARAVILLOSO, Ó DE LA POESÍA EN SUS RELACIONES
CON LOS SERES SOBRENATURALES.

CAP. I. <i>La mitología apocaba la naturaleza, los antiguos no tenían poesía llamada propiamente descriptiva</i>	5
CAP. II. <i>De la alegoría.</i>	11
CAP. III. <i>Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos</i>	15
CAP. IV. <i>Si las divinidades del paganismo tienen poéticamente la superioridad sobre las divinidades cristianas.</i>	20
CAP. V. <i>Carácter del verdadero Dios.</i>	25
CAP. VI. <i>De los espíritus de las tinieblas</i>	28
CAP. VII. <i>De los santos</i>	31
CAP. VIII. <i>De los ángeles.</i>	35
CAP. IX. <i>Aplicacion de los principios establecidos en los capítulos precedentes. = Carácter de Satanás.</i>	38
CAP. X. <i>Artificios poéticos. = Vénus en los bosques de Cartago; Rafael en el verjel de Eden,</i>	

<i>Ec.</i>	43
CAP. XI. <i>Continuacion de las máquinas poéticas. = Sueño de Eneas: sueño de Atalía.</i>	46
CAP. XII. <i>Sobre el mismo asunto. = Viaje de los dioses de Homero. Satanás yendo al descubrimiento de la creacion</i>	53
CAP. XIII. <i>El infierno cristiano</i>	57
CAP. XIV. <i>Paralelo del Infierno y del Tártaro. = Entrada del Averno. Puerta del infierno del Dante. Dido. Francisca de Rimini. Tormentos de los culpables.</i>	59
CAP. XV. <i>Del Purgatorio.</i>	65
CAP. XVI. <i>El Paraíso.</i>	68

LIBRO QUINTO.

LA BIBLIA Y HOMERO.

CAP. I. <i>De la Escritura y de su escelencia</i>	74
CAP. II. <i>En la Escritura hay tres estilos principales</i>	76
CAP. III. <i>Paralelo de la Biblia y de Homero. Términos de comparacion.</i>	86
CAP. IV. <i>Continuacion del paralelo de la Biblia y de Homero. = Ejemplos.</i>	95

TERCERA PARTE.

BELLAS ARTES Y LITERATURA.

LIBRO PRIMERO.

BELLAS ARTES.

CAP. I. <i>Música.</i> = <i>De la influencia del cristianismo en la música</i>	113
CAP. II. <i>Del canto Gregoriano</i>	116
CAP. III. <i>Parte histórica de la pintura entre los modernos.</i>	119
CAP. IV. <i>De los asuntos de las pinturas</i>	124
CAP. V. <i>Escultura.</i>	127
CAP. VI. <i>Arquitectura.</i> = <i>El cuartel de los inválidos.</i>	128
CAP. VII. <i>Versalles</i>	131
CAP. VIII. <i>De las iglesias góticas</i>	133

LIBRO SEGUNDO.

FILOSOFÍA.

CAP. I. <i>Astronomía y matemáticas.</i>	138
CAP. II. <i>Química é historia natural</i>	154
CAP. III. <i>De los filósofos cristianos.</i> = <i>Metafísicos.</i>	162
CAP. IV. <i>Continuación de los filósofos cristia-</i>	

nos. = <i>Publicistas</i>	166
CAP. V. <i>Moralistas</i> . = <i>La Bruyere</i>	168
CAP. VI. <i>Continuacion de los moralistas</i>	172

LIBRO TERCERO.

HISTORIA.

CAP. I. <i>Del cristianismo en el modo de escribir la historia</i>	181
CAP. II. <i>Causas jenerales que impidieron á los modernos escribir con ácierto la historia</i> . = <i>Causa primera</i> . = <i>Bellezas de los asuntos antiguos</i>	184
CAP. III. <i>Segunda causa</i> . = <i>Los antiguos han apurado todos los jéneros de historia, á escepcion del jénero cristiano</i>	188
CAP. IV. <i>¿Por que razon los franceses no tienen mas que memorias?</i>	192
CAP. V. <i>Hermosa perspectiva de la historia moderna</i>	197
CAP. VI. <i>Voltaire historiador</i>	200
CAP. VII. <i>Felipe de Comines y Rollin</i>	202
CAP. VIII. <i>Bossuet historiador</i>	204

LIBRO CUARTO.

ELOCUCENCIA.

CAP. I. <i>Del cristianismo en la elocuencia</i>	210
CAP. II. <i>De los oradores</i> . = <i>Padres de la igle-</i>	

<i>sia</i>	214
CAP. III. <i>Masillon</i>	222
CAP. IV. <i>Bossuet orador</i>	227
CAP. V. <i>La incredulidad es la causa principal de la decadencia del gusto y del jenio</i>	235

LIBRO QUINTO.

ARMONÍA DE LA RELIION CRISTIANA CON LAS ESCENAS DE LA NATURALEZA Y LAS PASIONES DEL CORAZON HUMANO.

CAP. I. <i>Division de las armonías</i>	244
CAP. II. <i>Armonías físicas. = Sitios de los monumentos relijiosos. Conventos maronitas, costos, &c.</i>	245
CAP. III. <i>De las ruinas en jeneral: las hay de dos especies</i>	258
CAP. IV. <i>Efecto pintoresco de las ruinas. = Ruinas de Palmira, de Ejipto, &c.</i>	261
CAP. V. <i>Ruinas de los monumentos cristianos.</i>	264
CAP. VI. <i>Armonías morales. = Devociones populares.</i>	267

CUARTA PARTE.

CULTO.

LIBRO PRIMERO.

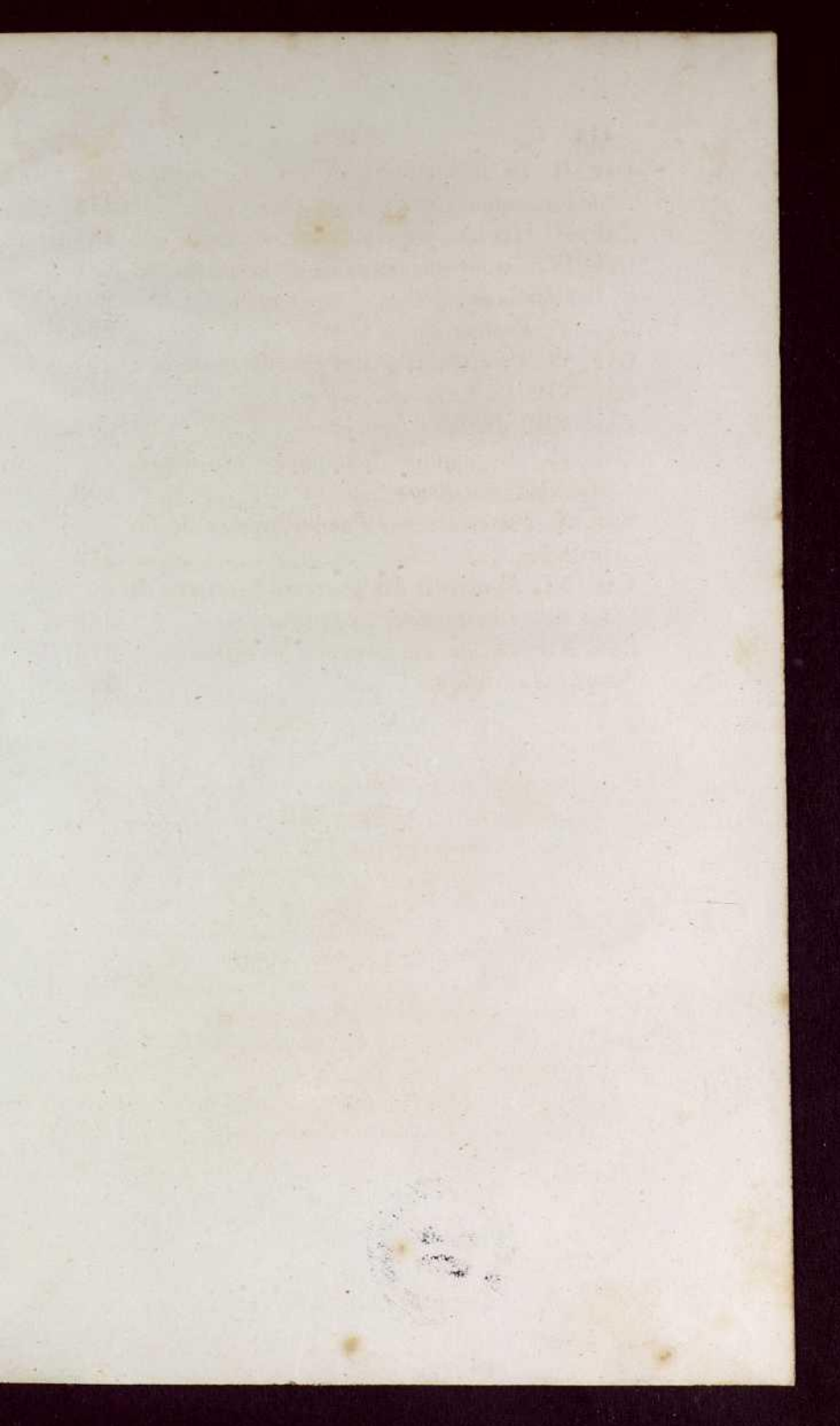
IGLESIAS, ORNAMENTOS, CANTICOS, ORACIONES, SOLEMNIDADES Y FUNERALES.

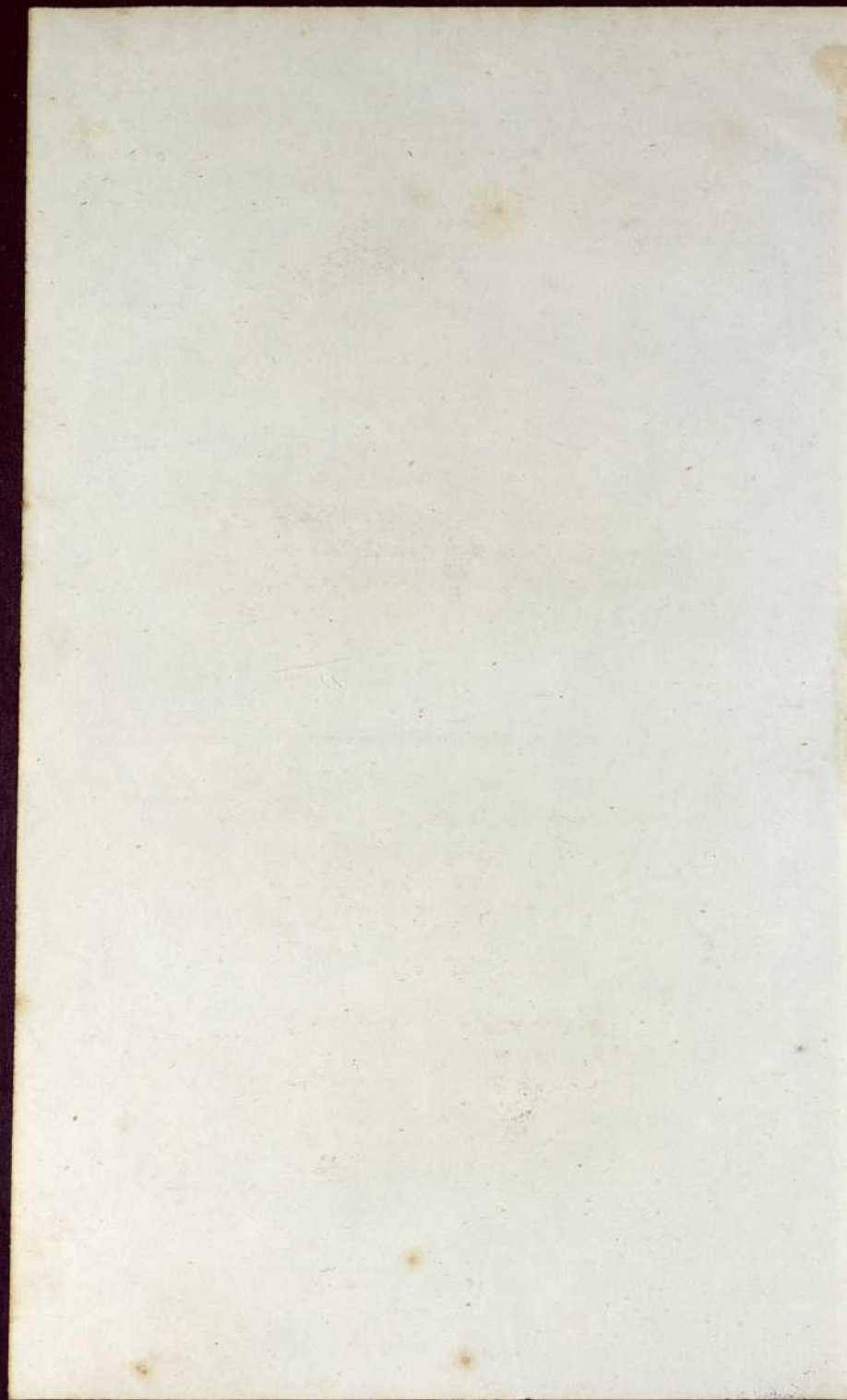
CAP. I. <i>De la campana.</i>	275
---	-----

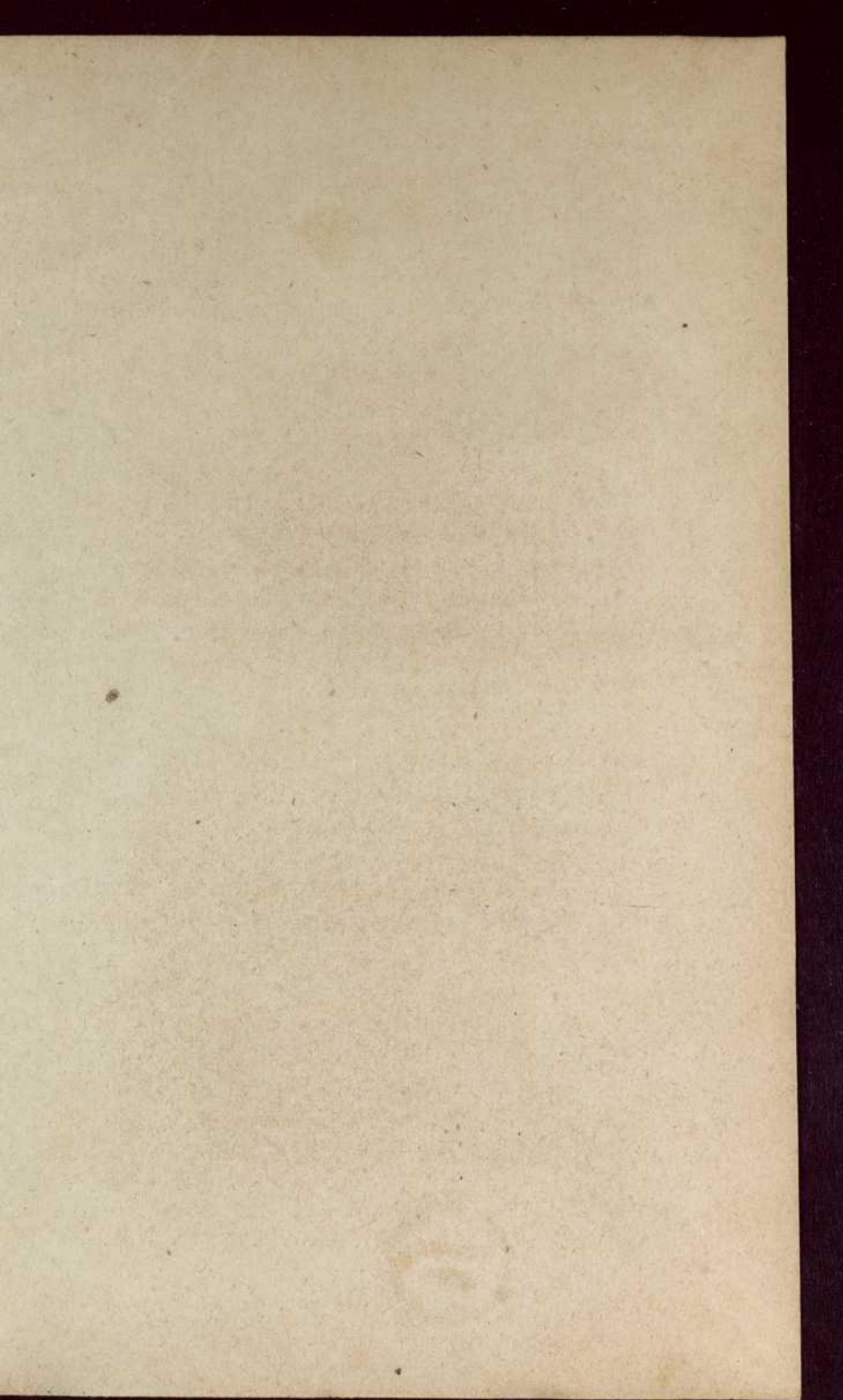


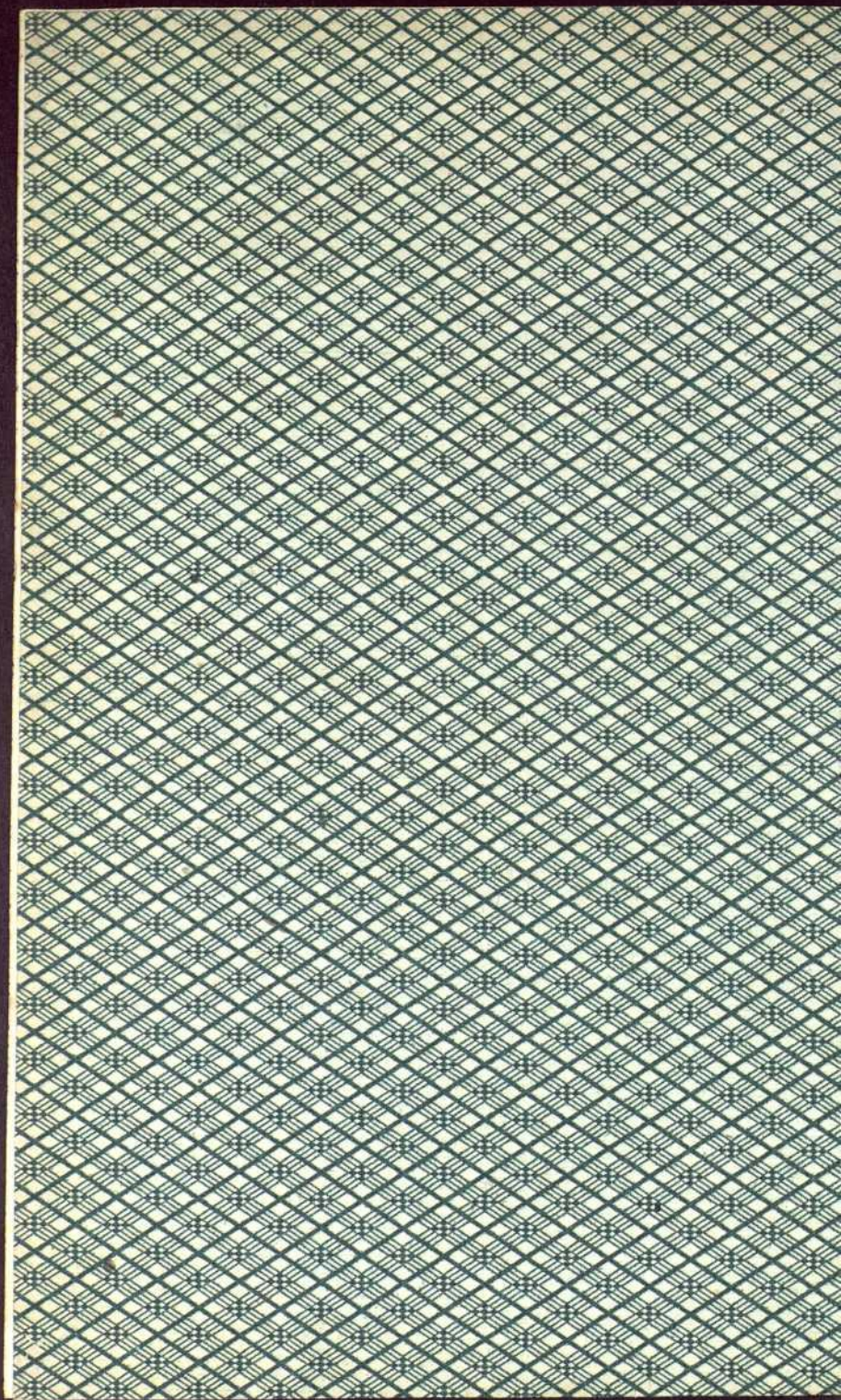
CAP. II. <i>De la vestidura de los sacerdotes y de los ornamentos de la iglesia</i>	278
CAP. III. <i>De los cantos y de las oraciones</i>	281
CAP. IV. <i>De las solemnidades de la iglesia. =</i>	
<i>Del domingo.</i>	291
CAP. V. <i>Esplicacion de la misa</i>	294
CAP. VI. <i>Ceremonias y oraciones de la misa.</i>	297
CAP. VII. <i>La fiesta del Corpus</i>	301
CAP. VIII. <i>De las rogativas.</i>	305
CAP. IX. <i>De algunas festividades cristianas.</i>	
<i>Navidad, los Reyes</i>	308
CAP. X. <i>Funerales. = Pompa fúnebre de los grandes.</i>	312
CAP. XI. <i>Funerales del guerrero; entierro de los ricos; costumbres, etiquetas, &c.</i>	315
CAP. XII. <i>De las oraciones por los difuntos.</i>	313
<i>Notas é ilustraciones</i>	325



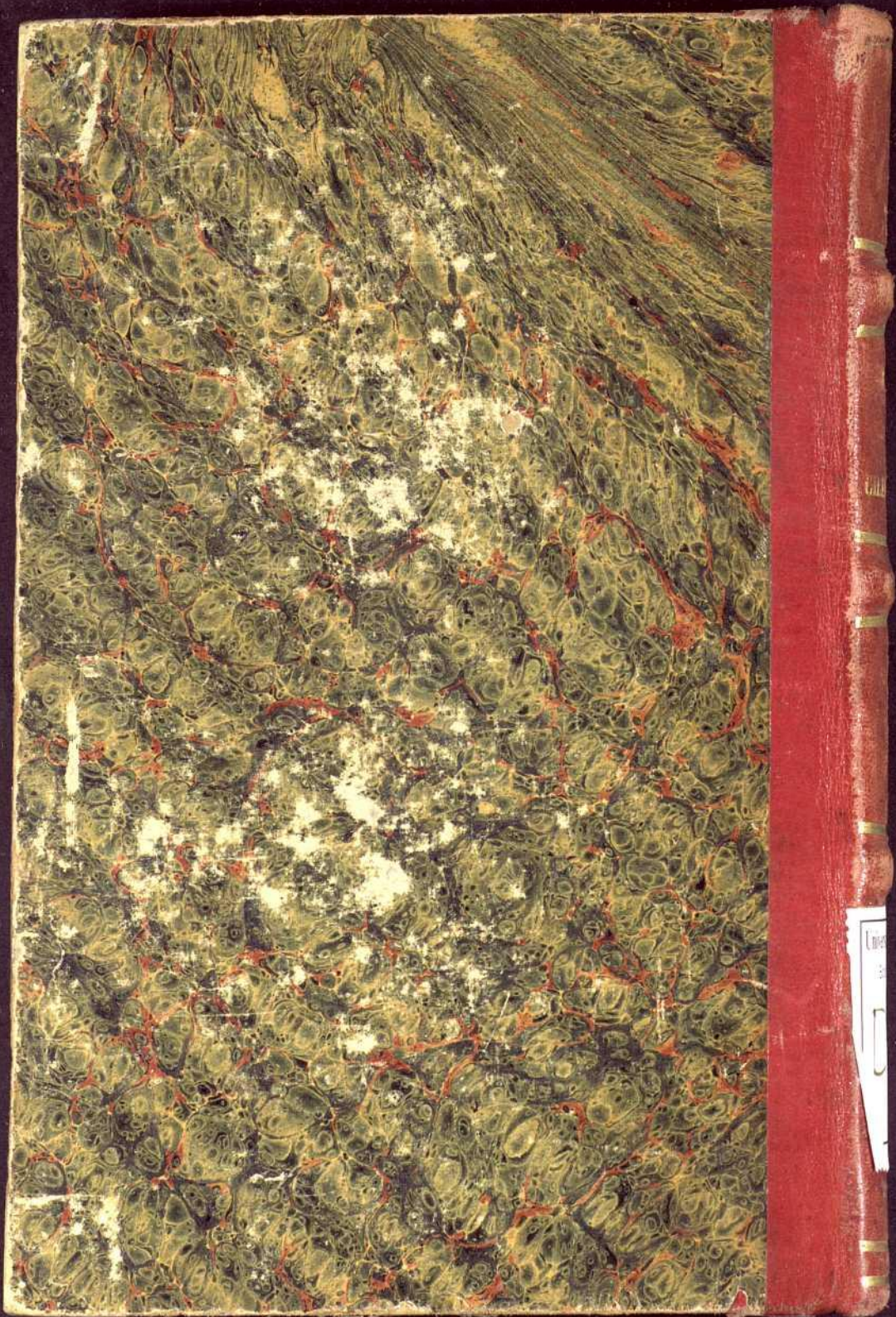












OBELIAS
DE
CHATEAUBRIANT

Universitat de València

Biblioteca General

D-114

44